



*Entre
dos
vidas*

JENNYFER L.F.

D.J.57

Entre dos vidas

Entre dos vidas

Por Jennyfer L. F.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Entre dos vidas

Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-09-06106-8

© del texto Jennyfer L.F.

De la corrección del texto Manuel Zamora

© de la edición Ediciones Estrella Blanca

Impreso en España.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a Jennylofe@hotmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra



Es viernes, un sol de media mañana se filtra a través de la ventana de mi despacho bañándolo todo y dejándome parcialmente ciega. Miro la hora, las once, todavía me quedan más de tres horas para finalizar mi jornada laboral y tengo un sinfín de reuniones preparadas. Me siento extasiada. Pilar, una clienta del banco de toda la vida, no entiende que no le puedo rehipotecar su casa; que es demasiado arriesgado y me explica por enésima vez los motivos que la han llevado hasta aquí.

—Escuche, entiendo que es su trabajo, pero si no fuera completamente necesario no estaría aquí, haciéndole perder su tiempo y el mío —me explica con pesar.

—Doña Pilar, la entiendo, de verdad que sí, pero lo que me solicita es completamente inviable. Con su sueldo y el de su marido, no pueden permitirse rehipotecar su casa. Es demasiado arriesgado me temo —le vuelvo a contestar con una breve sonrisa cruzando mis manos sobre el cristal de mi mesa. Ella se endereza en su asiento y me mira fijamente, intentando ser más convincente.

—A mi marido le han prometido un ascenso y un aumento de sueldo — responde suplicante.

—Entonces vuelva cuando eso suceda y volveremos a hacer números sin ningún compromiso —le digo mirándola fijamente asintiendo con la cabeza.

—Mi hijo no podrá ir a la universidad... —agacha la cabeza y a mí se me parte el alma, pero no tengo opción.

Suena el teléfono en el primer cajón de la mesa, lo abro para ver quien insiste tanto; la palabra «Mamá» brilla en la pantalla y suspiro. Me pregunto mentalmente que querrá ahora...

—¿No puede hacer una excepción?

—Me temo que no, lo siento. —Mi móvil continúa incesante—. Disculpe, parece que la llamada es urgente.

—Claro, responda, por favor... —murmulla moviendo las manos a la vez que asiente con la cabeza.

Abro el cajón de nuevo y saco mi *iPhone* blanco. Lo descuelgo.

—Mamá, estoy con una clienta.

—Daniela, es importante.

La voz de mi madre es temblorosa y espero que realmente sea importante y no otra de sus tonterías. Miro a mi clienta que continúa sentada con una tímida sonrisa.

—¿Qué pasa?

—La yaya María, ha tenido una embolia. Está hospitalizada.

—¿Qué?! —Me alarmo al instante—. ¿Dónde está? ahora mismo salgo para allí.

Mi madre me da la dirección del hospital y lo apunto todo en un pósit que tengo encima de la mesa. Cuelgo a toda prisa a medida que me levanto y Pilar, mi clienta, me mira sin entender que nuestra reunión ha acabado.

—Disculpe, pero me ha salido una urgencia y tengo que marcharme ahora mismo.

—Pero...—No le dejo continuar.

—Cuando tenga el ascenso que ha comentado, lo volvemos a mirar.

Me pongo el abrigo y me cuelgo el bolso a medida que salgo a toda prisa del despacho. Fuera, Laura, mi asistente, teclea algo en el ordenador.

—Laura, me ha salido una urgencia familiar, me marchó. —Levanta la cabeza del teclado.

—De acuerdo, Daniela, espero que no sea nada.

—Cuando sepa algo más, te lo hago saber. Que nadie me moleste.

—¡Entendido!

Salgo corriendo de la oficina que se encuentra en la misma Rambla de Barcelona y me dirijo al garaje donde aparco mi Mercedes rojo todos los días, tan rápido como puedo. Los tacones altos no me dejan avanzar tan rápido como quisiera, pero es el precio que tengo que pagar por lucirlos. La Rambla está atestada de gente y yo la voy esquivando tan rápido como puedo mientras me dirigen alguna que otra mirada reprochadora al pasar.

Estoy muy nerviosa, mi yaya es mi debilidad. De niña pasaba todos los

veranos en Arrosa, el pequeño pueblo donde vive, junto con Elena. Y eran unos veranos maravillosos. Ahora, temo que algo le pueda pasar; mi madre estaba muy nerviosa y no me ha explicado su estado.

Ahora que lo pienso, hace demasiado que no la visito. Desde las últimas navidades y de eso, hace casi cinco meses.

Me monto a toda prisa en el coche, dejo mi bolso de Louis Vuitton marrón en el asiento de piel negro del copiloto y arranco el coche que ruge bajo mis pies. Salgo del garaje casi derrapando para incorporarme al lento tráfico de Barcelona de un viernes en hora punta. Y cada vez que paro, me desespero un poco más. La ronda está colapsada. Solo quiero coger la carretera, apretar a fondo el acelerador y llegar cuanto antes al hospital.

El teléfono vuelve a sonar, esta vez es mi padre e imagino que, mi madre está demasiado nerviosa para explicarme las novedades. Pulso el botón del manos libres y le saludo.

—Hola, papá. ¿Alguna novedad?

—Hola, hija. Sí, han conseguido estabilizarla así que tranquila. No quiero que corras demasiado con el coche y tengamos que lamentar otra desgracia.

—No te preocupes, domino bien el coche —le aseguro agarrando firmemente el volante con las dos manos.

—Puede ser, pero aun así, es innecesario. Se quedará ingresada esta noche.

Su voz es tranquila y firme, pero eso no dice mucho de la situación, su tono siempre es el mismo.

—¿Cómo está mamá?

—Está en la cafetería del hospital tomando una tila con el abuelo. Los dos están bastante alterados.

—Bien, en tres cuartos de hora más o menos estoy ahí, ya he salido de Barcelona. ¿Habéis avisado a Elena?

—Ya sabes que no —responde impasible.

—¿Por qué?

—Daniela, no es momento de discutir; tú misma la puedes avisar cuando llegues.

—Está bien, papá —cedo—. Un beso.

—Un beso, hija.

La comunicación se corta y yo suspiro. Ha dicho que la tienen estabilizada y eso es un alivio aunque deba quedarse hospitalizada. Sin

pensarlo, marco el teléfono de mi sucursal bancaria de la que soy la directora, para comunicarle a Laura que voy a tomarme unos días de vacaciones para atender a mi abuela y ayudar a mi madre.

—Despacho de Daniela Guzmán —responde de forma metódica.

—Laura, soy yo, Daniela.

—Hola, Daniela —responde alegremente—, ¿todo bien?

—Sí —respondo mirando al frente prestando atención a la carretera—, mi abuela ha tenido una embolia, voy a tomarme dos semanas de vacaciones para atenderla.

—Pero... —empieza a hablar— Daniela mañana vienen desde la central, ¿recuerdas la reunión?

—Anúlala —contesto muy segura de mí misma—. Deberán esperar a mi vuelta. Confío en que traslades la emergencia familiar que he tenido, estoy segura de que no habrá ningún problema.

—Como quieras, Daniela.

—Mantenme informada de cualquier situación que creas que deba saber, ¿de acuerdo?

—Así lo haré.

Cuando cuelgo, aprieto el acelerador y el coche responde de inmediato aumentando la velocidad considerablemente.

Tardo más de lo que me gustaría en llegar, pero es que al salir de la autopista y tomar la nacional, me encuentro con un tráiler al que es imposible adelantar y entorpece el buen ritmo que llevaba.

Al llegar al hospital, encuentro a mi familia en la sala de espera. Mi madre mueve la pierna de arriba abajo sin cesar, nerviosa. Mis tacones resuenan en la silenciosa sala y mi madre alza la cabeza al escucharlos. Su labio inferior sube hacia arriba formando un puchero, se levanta y se acerca a mí a toda prisa para fundirse en un abrazo conmigo.

—Sshh... mamá, tienes que tranquilizarte. —Me separo de ella para mirarla a la cara—. Papá me ha dicho que está estabilizada. —Saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas que han caído por su mejilla.

—Sí, pero no saben si tendrá secuelas.

Cierro los ojos cuando escucho sus palabras y los apreto con fuerza. Echo un brazo por los hombros de mi madre y empezamos a andar y nos reunimos con el resto. Mi madre es pequeña, muy poquita cosa en realidad. Tanto mi hermana como yo, hemos heredado la altura y el color de pelo de mi padre,

que en sus años de juventud lució una melena castaña. Mi madre en cambio es rubia, su melena corta y recta queda dos dedos por debajo de la nuca. Sus ojos son azules, como los de mi abuela, pero ni de lejos son tan bonitos como los de ella, que son transparentes y dulces. Los de mi madre transmiten una especie de frialdad que nunca he entendido.

—Hola —les saludo. Mi abuelo tiene la cabeza agachada y me parece que ha envejecido de golpe diez años. Me agacho—. Abuelo, ¿cómo estás?

—Hay, hija... si le pasa algo a tú abuela... —responde con pesar sin siquiera mirarme.

—La abuela es fuerte, no le pasará nada, te lo aseguro. —Me acerco y beso su mejilla llena de surcos.

—Hola, papá.

Mi padre me da un reconfortante abrazo y besa mi mejilla.

Me quito el abrigo beis de paño cruzado y lo pongo en mi regazo cuando me siento. La sala es muy humilde, en un tiempo pasado debió ser blanca, hoy, las paredes están sucias del roce de las personas y los asientos sin duda han vivido tiempos mejores.

Es la una del mediodía y los médicos, no han vuelto a decir nada más, desde hace hora y media. Lo último que sabemos es que le están haciendo pruebas y cada minuto en esta sala, se convierte en una eternidad. Mi madre está tan nerviosa que está a punto de morderse las uñas estropeando así la estupenda manicura que lleva hecha de ese centro de belleza tan caro al que va.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —Propongo rompiendo el silencio—. No hacemos nada aquí esperando.

—Yo no me muevo de aquí hasta que no sepa algo de mi María —murmura mi abuelo sin levantar la cabeza.

Apoyo mi mano en su muslo huesudo y lo aprieto en señal de afecto, pero él no responde. Está abatido.

—Mamá, en ese caso ¿por qué no vais papá y tú? —mi madre me presta atención—. Yo me quedaré con el abuelo y después os relevaremos, así siempre habrá alguien por si viene el médico con noticias.

—Me parece una buena idea —intercede mi padre antes de que mi madre se niegue—. Vamos, Claudia, si todos estamos débiles no podremos aguantar aquí.

—Está bien —responde finalmente levantándose—. Gracias, Daniela.

Apenas un cuarto de hora después de que se marchen, aparece el médico con noticias.

—Los familiares de María Conde. —Mi abuelo y yo nos levantamos como un resorte a la espera de nuevas noticias.

—Hola —me apresuro a decir—, soy su nieta y él es su marido. ¿Tiene buenas noticias?

—Sí, María está bien. Actualmente está consciente, le están haciendo un electrocardiograma para descartar que le haya venido derivado del corazón. En un rato podrán pasar a verla.

Una lágrima silenciosa rueda por la mejilla de mi abuelo. ¡Cuánto se quieren a pesar de los años vividos juntos!

—Muchas gracias, nos encantaría verla cuanto antes.

—Les aviso en cuanto sea posible.

Cuando el doctor se marcha, mi abuelo continúa llorando silenciosamente, girando la cabeza esperando que no me dé cuenta.

—Abuelo, está bien. No tienes que preocuparte.

—Hija... pensé que hoy perdía a mi compañera. —Inevitablemente le abrazo. Es tan tierno escucharle hablar de mi abuela de esta forma—. Ojalá algún día encuentres a tú media naranja, Daniela.

—Pero si yo tengo pareja, abuelo —respondo mirándole sin entender.

—Digo uno de verdad, no el gañán ese que tienes por novio. —Una carcajada sale de mi pecho. Que sincero es.

Nos volvemos a sentar en la silla de plástico sucio de nuevo, a la espera que podamos entrar a verla, y entonces, reparo en que no he avisado a Cristhian, el gañán que ha mencionado mi abuelo.

—Abuelo, si no te importa, voy fuera a hacer una llamada—murmuro levantándome con el abrigo en la mano y colgándome el bolso.

—¿Vas a llamar al novio ese tuyo? —Asiento— No sé para qué te molestas. —Beso su cabeza y salgo sin querer prestar atención a sus palabras.

Fuera brilla un sol espléndido de mediados de mayo, mi estación favorita. Una leve brisa mueve levemente mi melena castaña haciendo que el pelo se venga a mi rostro. Frente a las puertas del hospital, unos arbustos llenos de algunas flores de las cuales desconozco el nombre crean un perfume delicioso que llega a mis fosas nasales a través de la brisa. Son de distintos colores: moradas, rosas y blancas.

Saco el móvil de mi bolso observando las flores y busco la última llamada

que tengo suya: de ayer por la noche. La línea empieza a timbrar al otro lado varias veces, hasta que al fin decide responder.

—Hola —me saluda al descolgar— ¿Cómo estás? Ya me ha explicado tu padre lo que ha sucedido.

—Hola, bien supongo. Ahora más tranquila, el médico acaba de pasar, y mi abuela está bien.

—Me alegro mucho, Daniela.

—Oye... voy a quedarme aquí unos días —digo empezando a dar pequeños círculos sobre mis pasos—. Podrías venir el fin de semana.

—¿Qué pinto yo allí, Daniela? —pregunta seco—. Además, tus abuelos no me soportan y yo no soporto ese pueblucho.

—Ya, lo sé... era para pasar algo de tiempo juntos.

—Cuando vuelvas te dedicaré todo el tiempo que quieras —responde ya con una sonrisa en los labios. Y lo sé no porque lo esté viendo, sino porque lo conozco a la perfección—. Oye, te tengo que dejar, tenemos una comida con un cliente muy importante y no quiero llegar tarde.

—Claro, no importa. Un beso.

—Un beso, preciosa.

La reacción de Cristhian ha sido la que esperaba, lo conozco bien y sé cuánto le disgusta Arrosa y su gente, sin excluir a mis abuelos, algo que me molesta a pesar de que ellos, tampoco ocultan lo poco que les agrada él.

Busco en la lista de contactos el número de Elena, tengo que explicarle lo que ha pasado. No tarda en responder, apenas dos timbrazos han sonado.

—Hermanita —saluda entusiasta.

—Hola, Elena.

—¿Qué pasa, Daniela? —su tono ha cambiado al momento, de alegre a alerta.

—Oye, no te asustes ¿vale?

—¡Desembucha, joder! —Suspiro y doy una vuelta sobre mí misma.

—La yaya está ingresada, ha tenido una embolia, pero está bien —me apresuro a decir.

—Pero... ¿Cómo...?

—No lo sabemos, le están haciendo pruebas.

—Avísame en cuanto sepas algo, por favor... —dice con la voz temblorosa.

—Claro, cuenta con ello. Un beso.

—Un beso. —Hace una pausa—. Daniela...

—¿Sí?

—Gracias.



Entramos los tres en el dormitorio de mi abuela que permanece en la unidad de cuidados intensivos especializada en embolias. Ella sonrío al vernos, está llena de cables conectados a monitores varios que pitan sin cesar marcando el ritmo de su débil corazón, y aun así, sonrío abiertamente con sus ojos iluminados.

Me acerco a su cama y cojo su mano arrugada. Ella la aprieta débilmente a mi alrededor, la miro y sonrío con ternura.

—¡Qué alegría verte, mi niña! —susurra bajito.

—No tenías que darnos este susto para que viniera a visitarte. Podías pedírmelo —le digo bromeando. Ella expande su sonrisa.

—Estas preciosa como siempre, aunque algo delgaducha.—Está obsesionada con mi peso, piensa que padezco algún trastorno alimentario, o como le llama ella una enfermedad de esas de la comida.

Mi abuelo se acerca a la cama ahora que se ha enjugado todas las lágrimas sin que mi abuela lo vea. Mi madre junto con mi padre permanecen a los pies de la cama. Mi abuelo toma su otra mano y se la lleva a los labios con ternura dejando en ella un pequeño beso. Mi yaya gira la cabeza y la mira.

—¡Qué susto nos has dado!

—¿Cómo te encuentras mamá? —Pregunta finalmente mi madre.

—Fuerte como un roble —responde sonriente.

—Ya será menos; vaya susto, un poco más y nos matas.

—Pero ha funcionado, estamos todos reunidos. —Todos reímos—. Solo falta Elenita.

Se hace el silencio en la sala al mencionar su nombre, como si no la

conocieran, como si no fuera su hija también.

Apenas dos días después le dan el alta. Ha mejorado considerablemente desde que llegó al hospital; sin embargo, le deben seguir haciendo pruebas y hacer reposo absoluto. Yo me marchó con mis abuelos a casa, dejando que mi madre vuelva a Barcelona junto con papá, que no puede posponer sus asuntos de trabajo por más tiempo.

—¿De verdad que no te importa, hija? —Pregunta antes de sentarse en el coche, que está en la puerta del hospital.

—No, avisé que me tomaba unos días de vacaciones para atender a la yaya —sonríó—, me apetece pasar algo de tiempo con ella. —Asiente, me da un beso y se monta en el coche. Mi padre también se acerca y me rodea con sus brazos.

—Gracias, cariño. Cuando tengas que volver, tu madre vendrá.

—De acuerdo.

Mis padres se marchan y yo llevo la maleta de mi abuela al coche. Lo aparco frente a la puerta del hospital para que no tengan que andar demasiado; me bajo a abrirles la puerta. Mi abuelo le sostiene la mano mientras bajan lentamente los escalones de uno en uno y salgo disparada a ayudarlos.

—Agárrate a mí, yaya.

Le ayudo a subir al coche, que no resulta demasiado cómodo para sus débiles cuerpos, y me siento al volante para arrancar con suavidad e intentando no pisar demasiado el acelerador.

Llegamos a Arrosa en veinte escasos minutos. Entro en el pueblo mirando todo a mi alrededor, e inevitablemente, me veo correteando por sus calles de piedra cuando era niña, y una sonrisa se abre paso en mi rostro. Las últimas veces que he estado, era de noche, llegaba de las últimas para cenar en Navidad, y me marchaba de las primeras porque a Cristhian no le gusta este sitio. Dice que todo el pueblo huele a establo.

Mis abuelos viven casi a las afueras del pueblo, en una pequeña masía que mi abuela heredó de su madre, y esta, a la vez de la suya. Y así por varias generaciones más. Aparco el coche delante de la casa y bajo. No es fácil andar por el terreno de tierra con los tacones de diez centímetros que llevo, estoy a punto de torcerme el pie en dos ocasiones desde el asiento al maletero donde llevo la maleta de mi abuela. La llevo a la casa y salgo de nuevo para ayudarla a caminar.

—Vamos, yaya, que te ayudo. —Le tiendo la mano que toma con escasa fuerza, para salir con dificultad.

—Gracias, hija.

Entramos cogidas del brazo y miro todo a mi alrededor. La casa necesita una mano de pintura y varios arreglos más que seguro mis abuelos no pueden asumir con sus humildes pagas de jubilados.

—Te llevo a tu dormitorio y te acuestas, necesitas descansar.

—Tengo que hacer la comida —se queja.

—Yo me encargo, yaya —empiezo a hablar de camino a su dormitorio sin hacerle caso—, para eso estoy aquí.

—Pero si tú no sabes ni freír un huevo —responde intentando pararme.

—No te preocupes, yo me apaño. —Suspira pero no replica. Obedece y continúa andando.

La acuesto y antes de salir del dormitorio, creo que ya está dormida. El camino la ha agotado. Me dirijo a la cocina que aunque es antigua, tiene su encanto y en ella puedo recordarla perfectamente trajinando de un lado para otro haciendo sus inigualables roscos de anís; toda una delicia.

Los armarios de madera están pintados de un extraño azul grisáceo que mi abuelo se encarga de mantener dándole una capa de pintura cada año, los armarios superiores acristalados y la pica, de un único seno de piedra bastante grande. En medio de la estancia, una gran mesa donde comíamos mi hermana y yo de niñas junto a ellos.

Miro que hay en la nevera, pero al momento descarto la idea de cocinar algo, no se me da nada bien y de seguro mi abuela me criticará. Voy al salón pero no veo a mi abuelo. Me dirijo a su taller, donde solía trabajar como carpintero antes de jubilarse. Allí lo encuentro, puliendo una pieza que no alcanzo a saber que es.

—Abuelo —le llamo al entrar, me mira. Su mirada es triste—. Voy a la tienda de Carmen a comprar algo de comer. ¿Te apetece algo en especial?

—Lo que tú veas, hija.

Subo al coche y me voy a la tienda de Carmen, una tienda de comida preparada de toda la vida. Recuerdo que con mi hermana, a menudo solíamos comprar una porción de tarta a media tarde jugando por las calles. Aparco el coche y ando por las calles adoquinadas. La gente me mira, mis gafas de sol grandes, de pasta negra Dolce & Gabbana, y llaman la atención en un pueblo pequeño y humilde como este. El resto de mi atuendo va a juego con las

gafas de sol, quizás demasiado formal para el entorno.

Reconozco algunas de las miradas que me dirigen, pero nadie me saluda. Intento recordar el punto exacto donde se encuentra la tienda de Carmen y cinco minutos después la encuentro. Está de espaldas charlando con una cliente mientras le prepara una porción de macarrones.

—Carmen, la tarta que me diste para que probaran en casa gustó mucho —le dice una señora frente al mostrador.

—¡Cuánto me alegro, Pepa!

—Mi nieta se relamía cuando se acabó su trozo.

—He probado una nueva receta del curso de repostería que hice. —Se gira y me ve. Le sonrío y me sonrío—. Toma, Pepa. —Le tiende la bolsa—. Son quince con cuarenta.

La señora le paga y se marcha mirándome de arriba abajo al pasar por mi lado.

—Hola, Carmen —le saludo con una pequeña sonrisa levantándome las gafas de sol.

—¿Daniela? —pregunta sonriendo. Asiento—. ¡Pero qué guapa estás! —Sale del mostrador y me da un afectuoso abrazo—. Estás muy cambiada. —Toma mis manos y me besa en la mejilla.

—Ha pasado mucho tiempo... —respondo sonriendo.

—Sí, demasiado. —Me dirige una mirada reprochadora—. ¿Cómo tú por aquí?

—Mi abuela ha tenido una embolia y he venido a cuidarla.

—No me digas ¿pero está bien? —Asiento.

—Sí, pero muy débil. Necesita hacer reposo. He venido a coger algo de comer, la cocina no es lo mío.

—Hay muchacha... con la edad que tienes más valdría que aprendieras, eres una mujer hecha y derecha. Tienes que aprender las labores del hogar... —murmura con la boca torcida.

—Carmen, las cosas han cambiado —le digo sonriendo—, las mujeres no tenemos por qué ser mujeres de nuestras casas como antes. —Me mira de soslayo y entra tras el mostrador.

Cuando llego a casa, mi abuelo continúa en su taller y mi abuela, sigue dormida tal como la dejé. Dejo la bolsa con la comida sobre la mesa de la cocina.

Desde que mi abuela ingresó, apenas he hablado con Cristhian y a pesar

de que nuestra relación no es la típica, lo echo de menos. Desde que él y yo empezamos, ambos hemos tenido las cosas muy claras: somos independientes y no creemos en los cuentos de príncipes y princesas. Me gusta estar con él, nos compenetramos bien y tenemos gustos similares, pero cada uno necesita su espacio, y eso, no es un problema para nosotros.

A Elena, mi hermana pequeña y confidente, desde el principio no le gustó. Cuando se lo presenté, arrugó el morro y me miró con una ceja arqueada a la que yo no hice demasiado caso. Con mi padre ya fue otra historia, es su ojito derecho y siempre me ha hecho saber cuánto le gusta, desde que empezó las prácticas y lo trajo a cenar a casa para que lo pudiera conocer.

Preparo la mesa con esmero, tal y como siempre lo ha hecho mi abuela conmigo y mi hermana. La mesa la recubre el mantel celeste con pequeñas flores bordadas a mano que tanto le gusta a ella, los platos están perfectamente alineados junto con los cubiertos y los vasos.

Inevitablemente, una sonrisa se abre paso en mi rostro. Mi hermana se encuentra en este momento en París, estudiando Bellas Artes a pesar de ganarse la enemistad de mi padre, que decidió retirarle la palabra en cuanto les comunicó que dejaba la carrera de Administración y Dirección de empresas, para hacer algo que le llenaba mucho más.

Recuerdo aquel día perfectamente, mi padre puso el grito en el cielo, y mi madre negó con la cabeza y mirada de decepción. Ambos le rompieron el corazón a mi hermana, y yo me vi dividida entre el amor incondicional que le tengo a mi hermana pequeña, y la desilusión de mis padres.

Salgo de la cocina para avisar a mi abuelo, pero antes de que ponga un pie fuera de esta alguien pica en el cristal de la puerta trasera de la cocina. Abro sin preguntar, porque Arrosa es un pueblo muy pequeño en el que jamás pasa nada; y pienso que, quizás después de haberle explicado a Carmen lo que le ha sucedido a mi abuela, la noticia haya corrido cómo la pólvora, por lo que seguramente alguien venga a interesarse por su estado.

Al otro lado de la puerta, hay un chico alto, de un metro noventa tranquilamente. Está apoyado en el quicio de la puerta con una enorme sonrisa. Lo miro sin saber quién es.

—Hola.

—¿Dani? —Pregunta ampliando su sonrisa. Asiento, lo miro y analizo.

Creo que reconozco la persona que está al otro lado, pestañeo un par de

veces sin dar crédito a que sea quien creo que es. Ha cambiado muchísimo, pero algún rasgo de su adolescencia reconozco. Tiene una espalda ancha, el pelo muy claro con pequeñas mechuras rubias provocadas por los destellos del sol. Su rostro endurecido por el tiempo lo recubre una suave barba de varios días del mismo color que el pelo de su cabeza. Sus manos son grandes y se ven fuertes y trabajadas. Pero tras todo eso, sus ojos siguen siendo los mismos. Algo pequeños y de un azul cielo precioso. Dulces y sinceros.

—¿Sabes quién soy? —pregunta mirándome fijamente.

—¿Hugo? —contesto su pregunta con otra a la vez que carraspeo. El asiente—. No me lo puedo creer... ¿Dónde están tus hierros, gafas y demás? —una carcajada se abre paso en su garganta. Abre sus brazos y los acepto.

Hugo es un amigo de la infancia y parte de mi adolescencia. No uno cualquiera, era mi mejor amigo. Aquel en quien confiar cuando todo el suelo se removía bajo mis pies. Ha cambiado tantísimo que me cuesta creer que sea él. Ha crecido desde la última vez que lo vi, pero ya aparentaba que iba a ser muy alto. Sus gafas han desaparecido, así como los hierros de sus dientes dejando una hilera perfecta y blanca que le hace una sonrisa muy seductora, también todo el acné de su rostro.

—Ya ves, yo también he crecido. Estás muy guapa, Dani.

Yo también he cambiado bastante, mi melena no solía traspasar los hombros y ahora, llega más abajo de media espalda. Mi pecho se ha desarrollado considerablemente y las curvas han hecho acto de presencia en mi cuerpo, que era prácticamente recto hasta los dieciocho.

—Gracias. ¿Cómo tú por aquí?

—Esa pregunta te la debería hacer yo a ti, ¿Cuánto tiempo ha pasado, diez años?

—Algo así, sí... —contesto con una sonrisa nerviosa. Abro la puerta más—. Pasa, por favor.

—Mi madre me ha explicado que María ha estado ingresada —asiento—, he venido a traerle unos buñuelos de viento. A tu abuela le encantan. —Me tiende una bolsa que contiene un *tupper*.

—Gracias, Hugo, no era necesario.

—No es molestia. También me dijo que estabas en el pueblo. Quería verte.

—Me alegro que vinieras. Aquí hay tanto silencio que parece que se me va a caer la casa encima. —Se firma en la encimera de la cocina y me mira—.

¿Hay algo interesante para hacer por aquí? —Carraspeo de nuevo. Su mirada es intensa y me cohibe inconscientemente.

—¿Has olvidado todo lo que hacíamos? —Me siento en una de las sillas de madera que rodea la mesa y él me sigue.

—No, claro que no. Recuerdo con mucho cariño mis veranos en este lugar.

—Dejaste de venir —me reprocha serio. Asiento.

—Es cierto. —Agacho la cabeza sin saber muy bien que contestar.

—Me marchó —se levanta y apoya la mano en el respaldo de la silla— si te apetece, luego te vengo a recoger y salimos a tomar unas cervezas, por los viejos tiempos.

—Yo no bebo —respondo tímidamente— pero puedes venir a recogerme igual. —Asiente y se va.

—Hasta luego entonces.

Un nudo recorre mi estómago. Esto ha sido raro. Hugo era cómo... está mal que lo diga, pero era un paga fantas. Él bebía los vientos por mí y aunque yo me sentía tremendamente cómoda a su lado, jamás pude llegar a sentir más por él. El último verano que pasé aquí, tenía diecisiete años, en unos meses empezaba la facultad y, aunque fue un verano estupendo, al empezar la facultad un nuevo mundo se abrió paso para mí haciendo que todo esto quedara reducido a la nada. Hugo intentó por todos los medios mantener el contacto, pero entre las horas de estudio, las fiestas nocturnas y las nuevas amistades, el tiempo pasó y yo cada día tenía menos tiempo para responder a sus llamadas y mensajes.

Mi móvil empieza a sonar sacándome de mis pensamientos. Para mi sorpresa es Cristhian.

—Hola —respondo con una sonrisa sentándome en el sofá de la sala de estar.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal todo por allí?

—Aburrida —respondo suspirando—. ¿Qué tal tú?

—Estupendo, ayer tuve un juicio muy importante. El del cliente aquel que te expliqué que se le acusa de violación, ¿te acuerdas?

—Ajá, un asco de tío. —Cruzo las piernas y me inclino ligeramente hacia adelante.

—¡Gané el juicio! —Explica alegremente— ¿no es genial?

—Has librado a un violador de la cárcel, ¿cómo va a ser eso genial? —

pregunto sin entender su buen humor. Nunca me ha gustado mucho su entusiasmo por algunos casos.

—No empieces de nuevo, Daniela. Es mi trabajo, ya lo hablamos.

—Solo espero no cruzármelo por la calle —mascullo de mal humor.

—Solo quería compartir mi alegría contigo —responde serio—, pero veo que no te alegras.

—Disculpa —miro hacia arriba—, es que aquí el tiempo parece que se detiene. Te echo de menos.

—¿Cuándo vuelves? —pregunta obviando que le he dicho que lo echo de menos.

—En casi dos semanas.

—Pasarán rápido, no te preocupes.

—¿Eso quiere decir que no piensas venir ni un solo día a visitar a mi abuela ni a mí?

—No empieces, Daniela —murmura exasperado—, ya lo hemos hablado.
—Me levanto del asiento.

—Perfecto, no te molesto más —Le digo antes de colgar.



Mi abuela se encuentra mejor cuando la despierto para comer, pero también me reprocha que haya comprado la comida en lugar de haberla cocinado yo. Para ella, los tiempos no han cambiado. La mayoría de las chicas de mi edad que permanecen en Arrosa se han dedicado a lo propio: casarse, tener hijos y cuidar su casa. Yo me moriría.

—¿Cómo está Carmen? —Pregunta llevándose el tenedor a la boca con un trozo de patata cocida y judía.

—Bien supongo, le ha hecho ilusión verme. —Sonríe—. Abuelo, ¿qué hacías en el taller?

—Unos candelabros de madera —murmura sin levantar la mirada del plato. La levanta y me sonrío—. Le quedarán bien a la mesa del salón.

—¿Echas de menos trabajar? —Pregunto mirándolo fijamente. Asiente.

—Sí, hija. Lo echo mucho de menos.

—Y... ¿no ha venido nadie a visitarte? —Me quedo mirándola, atónita.

—Yaya, no está bien espiar —respondo torciendo la cabeza. Una sonrisa se abre paso en su rostro.

—Está hecho un buen mozo, ¿verdad?—Una pequeña carcajada se escapa de mi garganta.

—La verdad es que ha cambiado muchísimo.

—Está muy guapetón —murmura haciendo ojitos.

—Os ha traído unos cuantos buñuelos de viento.

—Carmen sabe cuánto le gustan a tú abuelo.

—Esa mujer tiene una mano para la cocina increíble —dice mi abuelo sonriendo. Mi abuela lo mira con reproche—. Pero no más que mi María. —Coge su mejilla entre sus dedos índice y pulgar y lo pellizca con suavidad.

—Eres un zalamero —responde ella mirándolo de soslayo.

Antes de que me dé cuenta, Hugo está en casa. Pasa, saluda a mis abuelos y se sienta en el sofá con ellos; yo preparo café, el único electrodoméstico medianamente moderno de la casa. Tengo que comprarles un lavavajillas cuanto antes. Dejo la cocina en perfectas condiciones antes de llevar los cafés en una bandeja junto con las manzanillas que me han pedido mis abuelos y los buñuelos.

Hugo no tiene prisa por marcharse, disfruta de la compañía de mis abuelos, escuchando las batallitas de juventud de mi abuelo en el ejército de montaña, y mi abuela como lo conquistó. Los escucha atentamente mientras toma su café solo, dándole pequeños sorbos, no sin antes, soplar el líquido negro humeante.

—Yo voy a echarme un rato —empieza a hablar mi abuela—, vosotros podéis salir un rato, hija.

—¿Seguro, yaya?

—Claro, dormida no te necesitaré. —Me guiña un ojo sonriente.

—Vamos, te acompaño para ayudarte a acostarte.

Le ayudo a levantarse agarrándola por la axila y con pasitos muy lentos, la acompaño hasta su dormitorio; acto seguido le ayudo a acostarse con cuidado y le doy un beso en la mejilla antes de salir del dormitorio. Mi abuelo permanece charlando con Hugo.

—¿Abuelo necesitas algo?

—No, hija. Yo voy a estar en el huerto recogiendo las lechugas y los tomates.

—De acuerdo, entonces me marchó.

Hugo se levanta, me mira de arriba abajo arqueando las cejas. Instintivamente, me miro yo también, no entiendo porque me mira así.

—¿Qué?

—¿Piensas venir así? —Me muestra su hilera de dientes blancos. Vuelvo a mirarme.

—¿Qué pasa? —Señala mi atuendo. Llevo un pantalón de pinza negro con americana a conjunto y mis tacones negros.

—Bueno —se rasca la nuca— los tacones y demás, no creo que sean para pasear por un pueblo con el suelo de piedra.—Se carcajea de mí.

—Puedo ir a mirar a ver qué llevo en la maleta, pero mi armario suele ser así. —Una carcajada sale de su boca y le doy un golpe en su brazo al pasar

por su lado, que está más fuerte de lo que esperaba.

Entro en el dormitorio que será mío durante las próximas semanas y abro el armario donde antes he colocado cuidadosamente mis cosas. Reviso su contenido de arriba abajo. Al final, encuentro un pantalón vaquero pitillo y una camiseta en rosa pálido que meto por dentro del pantalón y los conjunto con unas bailarinas negras. Es un *look* informal y que no acostumbro a llevar pero que sabía, que era necesario para venir aquí. Recojo mi melena en una coleta de caballo despejando mi rostro.

Al llegar al salón, mi abuelo ya se ha marchado y Hugo se gira al escucharme llegar. Sonríe al verme.

—¡Esto es otra cosa! —Agarra mi mano y me da una vuelta—. Te queda muy bien este pantalón —murmura arqueando una ceja.

—Gracias —respondo asintiendo con la cabeza.

—Y te hace un culito redondito muy mono. —Le doy un capón en toda la nuca que no esperaba—. ¡Auuu!

—¡Eso por maleducado! —Y aunque he fingido que me he indignado, en realidad me ha gustado, porque Cristhian no suele dedicarme piropos de ningún tipo.

—¿No te gustan los piropos? —pregunta abiertamente al pasar por mi lado.

—Los piropos educados sí, los groseros no.

—¿Así que he sido grosero? —Abro la puerta y salgo. Él pasa por mi lado.

—¡Claro!

Fuera, aparcado detrás de mi Mercedes, hay un Range Rover negro. Saca una llave del bolsillo trasero de su pantalón vaquero e, inevitablemente, le miro el culo prieto y bien puesto, por cierto. Abre el coche y me sonrío.

—Luego he quedado con el resto, ¿te apetece verles? —Sonrío y asiento. Más vale que me relacione un poco o moriré de aburrimiento por estos lares.

—Estaría bien, hace mucho que no sé nada de nadie. ¿A qué te dedicas, Hugo?

Arranca el coche y gira el volante para iniciar la marcha saliendo del terreno arenoso de mis abuelos, para entrar en la pequeña carretera local que conduce al pueblo que está a tan solo cinco minutos en coche.

—A la cría de caballos —murmura sin mirarme—, sigo el negocio familiar junto a mi padre. No todos hemos podido salir de aquí. —Me mira

una leve fracción de segundo—. Pero me gusta lo que hago, disfruto mucho. ¿Y tú, que es de tu vida?

—Pues dirijo una sucursal bancaria en Barcelona, tengo pareja y poco más —digo mirándolo—. No me puedo quejar, me van bien las cosas. ¿Tienes pareja? —Niega—. No me lo creo, alguna amiguita debe haber. — Me mira con una ceja arqueada.

—¿Y por qué tendría que mentirte? —Pregunta con una ceja alzada. Niego agachando la cabeza—. ¿Te apetece ir a ver los caballos? Antes te encantaban. —Me mira sonriente.

—Sí, desde que me fui de aquí aquel verano no he vuelto a ver ninguno.

Apenas tardamos diez minutos en llegar. Todo está casi igual que la última vez que estuve allí, y mi mente retrocede en el tiempo. Retrocedo a mis diecisiete años. Hugo anda a mi lado y me lleva a este mismo lugar, porque su padre le ha pedido ayuda para cepillar a los caballos y, por supuesto, yo estoy encantada de ayudarle.

—En una semana te marchas, Dani, te echaré de menos... —arguye mientras cepilla su caballo preferido. Se llama Thor, porque tiene un nervio increíble, sin embargo, cuando él lo acaricia y lo monta, todo desaparece. Casi nadie lo puede montar.

—Volveré a menudo, ya lo sabes. —Me mira inseguro, sonrío y continúa cepillando a Thor—. ¿Me dejas intentarlo?—Me mira, sonrío y me tiende el cepillo.

—Sabes, tengo un amigo al que le gusta mucho una chica pero no sabe cómo decírselo. —Imaginaba perfectamente a quien se refería y yo no quise herirle.

—Dile a tú amigo —me giré a mirarlo un segundo—, que antes de declararse se fije en las señales. —Continué cepillando a Thor para no ver sus ojos llenos de incertidumbre.

—¿Qué señales?

—Pues las señales que le indicarán si ella siente lo mismo, si no las ve, no vale la pena que le diga nada.

—¿Y cómo puede identificar él esas señales?

—Es fácil. —Le tiendo el cepillo para que continúe él, tenga algo que hacer y no se ponga tan nervioso—. Dile a tú amigo que se fije en cómo ella lo mira, si lo suele observar cuando no se da cuenta, si sonrío continuamente sin ningún motivo.

—Él cree que si sonrío... —murmura sin mirarme.

—No me refiero a cualquier tipo de sonrisa, sino a una sonrisa boba.

—Es muy complicado. —Me mira frunciendo el ceño apareciendo una pequeña uve entre sus cejas. Me río.

—No lo es, dile que se fije bien. Si no ve esos signos, mejor que no se arriesgue. —Asiente.

—Lo tendré en cuenta. —Suspira—. Digo... le diré que lo tenga en cuenta.

—Allí vivo yo —dice atrayéndome al presente—. Mandé hacer la casa al lado de la de mis padres para poder ayudar al máximo. Además, me gusta la tranquilidad que hay aquí.

—La misma que en todo el pueblo, listo. —Me carcajeo de él.

—Vamos, te lo enseño.

Ando a su lado mirándolo todo. Los establos continúan en el mismo lugar; a la izquierda de la casa de sus padres, que sigue en buenas condiciones a pesar del tiempo. Al otro lado, a su derecha, hay una nueva casa que antes no estaba, la de Hugo. Es de piedra, con el tejado negro y puntiagudo, como la de las montañas, y sin entrar, sé que debe desprender una sensación a hogar increíble. La imagino con una chimenea en el salón, que conociéndolo, seguro que no falta y, en invierno, con un tronco crepitando mientras empiezan a aparecer los primeros copos de nieve.

A pesar del tiempo, todo está intacto, la casa de sus padres y los establos, que a lo lejos, se ve la madera en perfectas condiciones.

—Llévame primero a ver los caballos. —Paso por su lado en dirección contraria.

—Vamos.

Entramos en el establo. La madera de pino se encuentra en perfectas condiciones, lustrada y barnizada tal como se veía a lo lejos. El olor es fuerte para una chica de ciudad como yo; un día dejó de molestarme para convertirse en un olor normal e incluso, familiar, porque aquí, siempre me he sentido como en casa.

—¿Cuál de ellos es Thor?

—Thor está muy mayor ya —murmura sin mirarme. Se acerca a un caballo negro imponente y le acaricia el morro—. Seguramente esté dormido. Esta es Estrella, una pura sangre de armas tomar que me ha costado muchísimo dominarla.

—¿Adiestras caballos?

—Aja. Los adiestramos, los vendemos y hacemos hípica también. — Intento tocar el morro de Estrella pero esta relincha y esquiva mi mano mostrándome su disconformidad.

—Vale, bonita, no te tocaré...

—Como te he dicho, es de armas tomar. Déjame tu mano. —La toma con suavidad antes de que pueda responder y la acerca lentamente al morro de Estrella. La yegua duda.

—Sshhtt... tranquila, bonita.

Mi mano toca el morro de Estrella que se remueve, su mano sobre la mía es firme y acaricia el morro de Estrella continuamente.

—¡Es preciosa!

—Sí que lo es. ¿Te gustaría montar a caballo?

—¿A Estrella? —Mis ojos se abren como platos. Una carcajada sale de su pecho.

—No, claro que no. No creo que Estrella esté preparada para que alguien que no sea yo la monte. Para ti había pensado en uno más tranquilo.

—Uuff... menos mal. Me habías asustado. —Llevo la mano a mi pecho.

—Ven mira, para que tú montes, iría bien Calma.

—Ya sé que tengo que tener calma, pero hace mucho que no monto y tengo que reconocer que me asusta un poco.

—No, tonta, esta es Calma. —Me sonrío y me guiña un ojo. Cuando sonrío se le forman unas líneas a los lados de sus labios que le quedan francamente bien. Lleva una camiseta blanca con cuello de pico que se ciñe muy bien a su cuerpo mostrando su torso trabajado—. Sí quieres, yo monto contigo, ¿te parece?

—Me parece. —Le sonrío también.

Hugo abre la puerta de Calma y esta relincha levemente saludándolo.

—Hola bonita —La saluda pasando una mano por su lomo—. ¿Te apetece un paseo?

—Como si pudiera contestarte —murmuro sonriendo. Me mira y sonrío abiertamente.

—Te sorprenderías. La voy a ensillar.

—¿Qué es eso? —le pregunto al verle sacar una especie de manta. Lo pone sobre el lomo de Calma con sumo cuidado.

—Es el sudadero, sirve para que no se lastime con la montura. —Agarra

la montura y la coloca sobre la manta que ha colocado.

Le acaba de colocar varias cosas más de las que desconozco el nombre y prefiero no preguntar por no parecer una inculta, hasta que está lista para montar y la saca hacia el exterior.

—¡Perfecto! Ya puedes subir. —Mis ojos se abren considerablemente.

—¿Y la escalera? —pregunto sin entender cómo quiere que suba.

—No hace falta—responde carcajeándose claramente de mí.

—Pues ya me dirás tú, como crees que voy a llegar allí arriba —digo señalando el lomo del caballo.

—¿No recuerdas cómo lo hacías antes? Ven anda, yo te ayudo. Agárrate a la montura.

Me agarro tal como me indica y cuando menos me lo espero, me sujeta de las nalgas y me levanta como si de una pluma se tratara.

—Aaaahhh... —grito porque no lo esperaba—. No tengo la flexibilidad que tenía antes. Ya no soy una niña.

Cuando estoy a la altura paso una pierna sobre el lomo del animal y ya estoy arriba. Hugo da un salto de lo más atlético y sube en un santiamén. Pasa sus brazos alrededor de los míos y toma las agarraderas del caballo. No puedo creer cuanto ha cambiado.

—Tienes razón, ahora eres madurita —me pica con una sonrisa bien abierta. Me giro y le dedico una mirada asesina que le hace reír más fuerte.

Maneja el caballo con soltura, vamos a paso lento mientras salimos de la finca. Su cabeza se encuentra a un costado de la mía y puedo sentir su respiración pausada en el oído. Me siento nerviosa, porque aquí subida y en manos de Hugo, siento que no domino la situación y eso es algo que no soporto en esta vida. Me defino como una persona meticulosa, me gusta tener todo en orden y bajo control. Pero sobre todo, lo que menos soporto en esta vida, es no depender únicamente de mí misma.

Empezamos a pasar por caminos que reconozco de tiempos pasados. Es primavera y las flores de varios colores están por todas partes atrayendo aromas que en la gran Barcelona son imposibles de encontrar. Miro de un lado a otro con una tímida sonrisa en los labios.

De fondo, se escucha el sonido de las aguas correr, el deshielo ha empezado en las montañas, y el río baja lleno de agua haciendo que la tierra que va pisando Calma, esté parcialmente húmeda. Aquí, rodeada de naturaleza, solo se escuchan los cascos del caballo trotar, las aguas como ya

he explicado antes, y los pajarillos revolotear en busca de algo de comida.

—Es precioso.

—¿Lo habías olvidado? —pregunta en mi oído. Giro la cabeza y lo miro.
Asiento.

—La verdad es que sí.

—Ya ves, nunca es tarde para volver.

—Ni imaginas cuanto necesitaba desconectar un poco. Adoro a mi abuela, pero hacer de enfermera es tremendamente duro.

—María siempre le explica a mi madre cuan orgullosa está de vosotras —sonrío—, ¿tu hermana no ha venido? —niego.

—No, le ha sido imposible. Está estudiando bellas artes en París.

—Vaya... —ladea su cabeza— no imaginaba algo así a pesar de que ella siempre ha sido más sencilla que tú.

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunzo el ceño girando la cabeza para mirarle.

—Qué tú siempre has sido muy princesita.

—¡Eso no es cierto!

—¡Claro que sí!

—Háblame de tu novio —murmura sin mirarme. Giro la cabeza y lo miro de nuevo. Su boca queda a unos escasos centímetros, lo que hace que me ponga nerviosa. Carraspeo.

—Se llama Cristhian —empiezo a hablar mirando hacia delante—. Él empezó a hacer prácticas en el bufete de mi padre y una noche lo invitó a cenar.

—¿Qué te gustó de él?

—Eres un poco cotilla, ¿no crees? —Una carcajada sale de su garganta.

—Puede que sí...

—Pues no sé; supongo que su seguridad en él mismo. Tiene una sonrisa un poco canalla para lo pijo que es, que siempre me gustó.

—¿El típico chico malo? —Niego con la cabeza sonriendo.

—No, claro que no. De hecho es el ojito derecho de mi padre.

—Eso sí que es nuevo... yo no le gusté nunca ni como amigo.

—¡Eso es porque pensaba que me acabaría quedando aquí a vivir!

No continúa hablando, de repente noto como inca el talón en un costado de Calma y este responde poniéndose al galope en una fracción de segundo. Me asusto y chillo sin poder reprimirlo aun sabiendo que se va a reír de mí y

que voy a quedar como una nenaza.

—¡¡Aaaaaaahhhh...!!

El aire azota mi cara y remueve el pelo de mi coleta que hace me dé en varias ocasiones. Siento la adrenalina correr por mis venas como hacía tiempo no la sentía. Y Hugo, a pesar de haberme escuchado gritar, no se detiene, continúa manteniendo el ritmo a pesar de que estoy bastante aterrada, pero él me tiene bien agarrada con sus brazos, y sé, sin duda alguna, que allí estoy a salvo, y que nada va a pasarme.

—Agacha la cabeza.

—¿Qué?

—Agacha la cabeza ¡rápido!

Veo una rama sobresaliendo del camino, me asusto y rápidamente agacho la cabeza tal como me ha indicado Hugo, no sin antes, volver a dejar escapar un grito ahogado de mi garganta.

—¿Querías matarme?

—¡Claro que no! —responde—. ¿A que ha sido divertido?—Él empieza a reír y, sin querer, me contagia y río yo también.

El ritmo de Calma empieza a decaer y, pasamos de ir al galope al trote. Paramos delante de unas ruinas. Hugo baja de Calma y me ayuda a bajar tendiéndome sus brazos y yo me lanzo sin pensarlo un segundo. Mientras me tiene en sus brazos me mira fijamente a los ojos y sonrío abiertamente.

Cuando me deja en el suelo mis mejillas se han teñido de rosado, no hace falta que me lo diga para saberlo. Ata a Calma en un árbol para que no pueda escapar.

—¿Qué te ha parecido el paseo? —murmura sonriente el canalla. Le doy un pequeño golpe en el brazo.

—Eres muy gracioso, estaba muerta de miedo.

—No me creo que no hayas disfrutado —dice mirándome—, ¿ni siquiera un poquito?

—Bueno, un poquito... sí.

—Es lo que más me gusta en este mundo, montarme en el lomo y galopar mientras el aire azota mi cara. —Anda dirección a las ruinas—. Hace que me sienta vivo. Ven por aquí —me indica.

Le sigo sin rechistar y nos adentramos en lo que sin duda, algún que otro siglo atrás, debió ser una casa de tamaño considerable. Ahora quedan poco más que los cimientos medio derruidos, piedras caídas por todos los lados y

lo que un día debió ser una ventana. Nos asomamos. Estamos muy arriba en la montaña y las vistas son increíbles. Mis ojos toman una panorámica del lugar y veo como se funde el verde de los árboles, con el azul del inmenso cielo. Sin duda en Barcelona no hay oportunidad de ver estas cosas. Me siento en un muro y en silencio miro a la nada.

La calma se apodera de mí e intento retener este sentimiento en mi pecho, para recordarlo muy fuerte, en momentos no tan apacibles poder volver a acudir aunque sea en mi mente. Inspiro profundamente y lleno mis pulmones con el aire limpio que me rodea.

—Esto no lo encontrarás por Barcelona —murmura sin mirarme.

—Lo tengo claro ¡Esto es precioso!

—Lo descubrí un día de excursión junto con Lucas y Héctor. Íbamos de ruta, mochilas a cuestas sin un rumbo fijo. Lucas se adentró en el camino y la encontró.

—Es una pasada. —Giro la cabeza para mirarlo. Asintió todavía mirando hacia el infinito.



Bajamos dando un agradable paseo por el sendero a lomos de Calma que camina pausadamente, mientras charlamos admiramos el paisaje que nos envuelve. Me siento bien, tranquila y serena como hacía tiempo no me sentía. Es curioso como después de tantísimos años y todo lo que ha pasado en nuestras vidas, nos sigamos sintiendo cómodos el uno al lado del otro; como si no hubiera pasado el tiempo.

Hugo se baja del caballo y yo me quedo arriba. Le apetece caminar un rato. Él tiene tomadas las riendas de Calma, yo no me atrevo a llevarlas ni loca. Hubo un día en el que sí me atreví, fue aquel último verano. Fue muy especial y viví cosas muy bonitas a su lado a pesar de que no las valoré por aquel entonces.

Se acerca a un arbusto y arranca una especie de margarita de tallo largo, se sube al lomo de Calma de nuevo y la coloca tras mi oreja enredándola en mi pelo.

—Siempre te han sentado bien las flores en el pelo.

—¿Tú crees? —pregunto mirando hacia atrás.

—¡Claro! —hinca el pié en Calma y esta se pone al trote—. ¿Te acuerdas del baile de las fiestas de Arrosa?

—¿El que se celebra con la entrada de la primavera? —Asiente.

—Ese mismo. Pues, recuerdo que llevabas una diadema de flores frescas que te había hecho tu abuela.

—Es verdad —murmuro sonriendo.

—Estabas preciosa. Mis ojos se abrieron como platos cuando te vieron.

Me giro a mirarlo fijamente haciendo que nuestras miradas se crucen por un momento. Su mirada es serena, todo calma, hasta el punto de

incomodarme y tener que apartarla.

—No sabía que te acordaras, apenas puedo recordarlo yo.

—Eso es porque no tuvo el mismo significado para ti que para mí.

Dicho esto vuelve, a hincar el talón dos veces más en el lateral de Calma y esta empieza a trotar con fuerza sorprendiéndome de nuevo. Estoy disfrutando muchísimo, los rayos del sol me dan en la cara e intento absorber toda la energía que puedo.

Cuando llegamos de nuevo a la finca, siento una paz en mi interior y un bienestar que no recuerdo la última vez que la sentí.

En la ciudad todo es muy distinto, el ritmo es acelerado, los ruidos están a la orden del día al igual que los coches, los humos y demás. Aquí todo parece ser calma y paz, sonrisas y bienestar y entonces, comprendo que a pesar de que no me había dado cuenta, he echado de menos todo esto; y también a Hugo.

Hugo se baja del caballo y al igual que la otra vez me tiende sus brazos, no lo pienso un solo segundo, me tiro a ellos sabiendo que allí nada malo puede sucederme.

—¿Qué te ha parecido el paseo?

—Tengo que reconocer que he echado de menos todo esto. —Me mira y sonrío abiertamente mientras lleva a Calma hasta su establo—. ¿Me enseñas ahora tu casa?

—¿Quieres verla? —pregunta alzando las cejas.

—¿Por qué no? Así veré lo desastre que eres.

—¿Qué te hace pensar que no la tengo bien ordenada? —Entra a Calma en su habitáculo y cierra la verja negra. Me encojo de hombros. Hugo mira su reloj—. Me parece que tendremos que dejarlo para otro día.

—¿Has recordado que no recogiste la ropa del baño después de ducharte?

No me da tiempo a reaccionar, Hugo me agarra con su brazo del cuello, haciéndome doblegar y acercándose a él y a restregar por mi cabeza, la palma de su mano abierta, despeinándome entera.

—Auuuuu —me quejo.

—No. He quedado con Lucas y los demás en La Guarida. ¿Vienes?

—Si me sueltas —respondo todavía con la cabeza bajo su brazo. Abre el brazo y empieza a andar de forma despreocupada hacia su coche.

Subimos al coche y vamos hacia el pueblo de nuevo, Hugo vive a las afueras al igual que mis abuelos, pero en el otro extremo. Me coloco las gafas

de sol y miro por la ventana la poca vida que tiene el pueblo. No tardamos en llegar, apenas cinco minutos.

Al centro del pueblo no se puede acceder en coche, es demasiado pequeño y es peatonal. Dejamos el coche en el parquin que queda justo a la entrada.

Andamos uno al lado del otro, me parece mentira estar aquí y tenerlo de nuevo a mi lado, tan cambiado y tan él a la misma vez. Miro hacia arriba, una de las entradas al pueblo es casi majestuosa; un gran puente de piedra medieval nos recibe con las puertas abiertas y la gran verja de puntas punzantes en su extremo levantada. A pesar de ser un pueblo pequeño y muy tranquilo siempre tiene turistas porque la verdad es que es precioso. Está increíblemente bien cuidado y conservado.

Paso la mano por la piedra, paro un segundo y miro hacia abajo el lago que cruza el pueblo y en el que varios patos nadan en la orilla esperando que la gente que pasea les lance algo de comer.

—¡Es precioso!

—Sí que lo es, a veces me gusta imaginar las historias de la gente que vivía aquí años atrás. —Le miro y le sonrío.

—¿Y qué imaginas? —Me mira una fracción de segundo, sonrío y vuelve a mirar hacia adelante.

—Pues... la cosa podría ir así: Una princesa con un matrimonio concertado del reino vecino huye del reino cogiendo sus faldas como puede e intentando no tropezar a causa de los tacones, pero el rey previsor, manda a sus guardias que le cierren el paso mientras su amante, un humilde herrero de la corte, la espera fuera escondido tras un arbusto...

—Jajajajajaj —me río mirándolo— ¡no sabía que tuvieras tanta imaginación! —Me mira con una ceja alzada y pasa una mano por la barba. Reprimo un suspiro porque ese gesto me ha parecido tremendamente sexi.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí... seguro que si me lo propongo, puedo escribir un libro.

—Apuesto que sí. ¿Cómo acaba tú historia?

—Los guardias cruzan sus lanzas antes de que ella pase impidiéndole el paso—empieza a explicar moviendo sus brazos—. Ella se para con lágrimas en los ojos y les suplica con la mirada que la dejen pasar, pero ellos, ni se inmutan.

—¿Y entonces se tiene que casar con el viejo y feo pretendiente que su

padre le ha buscado? —Niega con la cabeza.

—Mi libro nunca tendría un final tan triste, de eso ya se encarga la vida —murmura mirándome fijamente—. Entonces, su amante sale de detrás del arbusto con un palo de tamaño considerable y les pega bien fuerte en la cabeza a ambos.

—¿En esa época no llevaban cascos de metal? —pregunto frunciendo el ceño.

—Es mi historia —me recrimina burlón—, así que se los han dejado en casa antes de salir a trabajar. —Una carcajada se escapa de mi garganta—. ¿Por dónde iba? ah sí, pues les pega fuerte y los deja fuera de combate, la princesa consigue escapar; se casa con su herrero y viven juntos humildemente en una casa en el campo donde pronto tendrán descendencia. Fin. —Pongo mi mano en su hombro.

—Bonito final.

Empezamos a andar de nuevo por el largo puente que conduce hacia la plaza también de estilo románico. A un lado se conserva una torre en la que se puede entrar a ver fotografías de las distintas épocas del pueblo. La iglesia en el otro extremo con una gran escalinata y el campanario.

Una calle atrás, se encuentra La Guarida, el local donde tantas tardes he pasado en mi juventud con Hugo y los demás. Creo que de la mayoría ni siquiera recuerdo el nombre. Hugo me abre la puerta roja del local y miro alrededor. Al lado del local una bicicleta antigua pintada de rojo con una cestilla con flores dentro, decora la entrada. Sigue tan bien cuidado como lo recordaba. Se nota que los propietarios sin duda hacen lo que les gusta, se nota en cada detalle escogido.

En un lateral del local, en un rincón, se encuentra una barra ovalada de madera pintada de blanco con taburetes delante de madera y hierro negro.

—Hola, Susana —saluda Hugo a la chica de detrás de la barra con una sonrisa. Ella le mira haciendo ojitos y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro. No me hace falta ver más para saber que siente algo por él.

Es una chica guapa, de pelo lacio por debajo de los hombros en tono castaño y ojos profundos, o es que se vuelven profundos al mirarle a él. Me dirige una pequeña mirada rápida. Sus cejas bien perfiladas y espesas enmarcan sus ojos. Sus labios son gruesos y nariz chata. Lleva un sencillo jersey negro de cuello desbocado que deja entrever su hombro derecho.

—Hola, Hugo. ¿Qué tal? —le pregunta secando una taza y dejándola

sobre la cafetera.

—Bien, ¿recuerdas a Dani? —Me mira—, Dani, ella es la mujer de Lucas, ¿la recuerdas? —Niego.

—Claro que me acuerdo de ella —murmura borrando todo rastro de sonrisa—. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a cuidar de mi abuela, está enferma —contesto levantando ligeramente la cabeza. No me gusta cómo me mira.

—¡Oh! Que se mejore entonces. Espero disfrutes de la estancia en un pueblo tan humilde como este.

—Seguro que sí —arguyo sonriendo.

—Ponme una porción de esa tarta tan rica que haces, anda. ¿Qué vas a querer? —me pregunta mirándome.

—Un café descafeinado con leche de soja y sacarina. —Me mira con una ceja arqueada.

—No tenemos leche de soja, solo de vaca. Entera, por cierto. De la de toda la vida.

—Está bien. ¿Descafeinado puede ser o aquí tampoco tenéis de eso? —La ataco.

—Claro. Enseguida os lo llevo. Lucas y Héctor están en la mesa de siempre, Hugo.

—Gracias, Susana.

Pone una mano en mi espalda y me acompaña a la mesa.

Es la misma en la que solíamos sentarnos siempre. Está en un rincón del local. Es redonda, de madera y el rincón lo acoge un sofá ovalado donde nos solíamos colocar todos en aquellas tardes de verano con un granizado de limón para sofocar el calor.

Allí veo dos hombres que sin duda no hubiera reconocido en la vida. Uno es muy grande; demasiado para mi gusto. Aunque está sentado, se ve que es muy alto. Sus brazos son enormes y llenos de tatuajes. Lleva una espesa barba muy oscura y la cabeza casi afeitada hasta la mitad y a partir de ahí, le crece el pelo que lo lleva hacia un lado formando un tupé. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

El otro chico me mira con la cabeza ladeada y sonrío. Tiene una bonita sonrisa de medio lado, haciendo que le aparezcan unos hoyuelos bastante sexis. Unos ojos oscuros y dulces y facciones marcadas. Lleva una camisa blanca con cuello de pico que deja entrever algo de bello y con una cazadora

de cuero negra que le sienta francamente bien.

—¡Buenas! —saluda Hugo estrechando las manos de ambos y dándoles un toque en el hombro. El chico de barba espesa me mira y mi bello se eriza—. ¿Os acordáis de Dani? —Intento sonreír.

—Hola —saludo a media voz.

—Él es Lucas —lo señala—, y el Héctor, ¿los recuerdas? —Héctor se levanta y me da dos besos.

—Vagamente, la verdad es que no os hubiera reconocido en la vida.

—Me alegro de volver a verte, Dani. Hacía mucho que no te veíamos por aquí.

Lucas se levanta y me da dos besos. Noto que aspira mi aroma al acercarse, contengo la respiración. Su sola presencia me intimida mucho. No entiendo como un hombre así es amigo de Hugo. Héctor se echa a un lado para dejarnos sitio en el asiento, Hugo pasa y se sienta frente a Lucas, yo al lado de Hugo.

Susana llega con la bandeja en la mano transportándola con gran maestría. Lucas le da un cachete en el culo y ella fuerza una sonrisa. Deja nuestras cosas y deja la bandeja bajo su brazo.

—Pues aquí tenéis.

—Gracias, Susana. —Ella asiente.

—Siéntate un rato con nosotros, Susana —le dice Lucas—, hoy tenemos una visita especial. Dani viene de la gran ciudad. —Y lo dice con retintín.

Susana se sienta un momento, todavía es temprano y no hay demasiada gente en el local.

—Susana es mi mujer —dice mirándome—, el último verano que estuviste aquí empezamos a salir, ¿lo recuerdas?

—Algo sí recuerdo, ha pasado mucho tiempo.

—Claro, esto dejó de ser suficiente para la chica de ciudad...

—Noto reproche en tú voz, ¿te molesta que dejara de venir? —Sonríe abiertamente y niega.

—Claro que no, solo que no soporto a la gente que se cree superior.

—Lucas, vale ya —le interrumpe Héctor—. Tengamos la fiesta en paz, no querrás que se haga una falsa idea de la gente de pueblo, ¿verdad?

—¡Claro! —exclama agarrando su copa de cerveza para darle un trago.

—¿Qué es de tú vida, Dani? Ha pasado tanto tiempo —Héctor me cae bien y recuerdo que entonces ya congeniábamos—. ¿Estás casada?

—No —digo negando—, tengo pareja pero no nos hemos casado. La verdad es que no creo mucho en el matrimonio.

—¡Eso sí que es una novedad! —exclama arqueando las cejas.



HUGO

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, algo más de diez años, y aquí está de nuevo. La tengo sentada a mi lado en La Guarida y no puedo creerlo. Está tan guapa como siempre, pero algo cambiada, más... mujer. Sus ojos siguen siendo los mismos, grandes y expresivos, recubiertos de un montón de largas y espesas pestañas que le dan un aire exuberante. Su boca sigue siendo la misma, con labios gruesos, rosados y perfilados, y sigue teniendo los mismos gestos que tenía. Se le siguen formando dos líneas en su rostro cada vez que sonrío.

Sus curvas han hecho acto de presencia, solía ser una chica muy delgada; no es que ahora no lo esté, se nota que se cuida muchísimo. Pero le han salido caderas haciendo que su cintura se estreche y crecido el pecho haciéndola muy sugerente. Cuando abrió la puerta de la cocina de María, no podía creer que la tuviera delante, que fuera ella.

Ahora, en La Guarida, puedo notar que el ambiente se corta con un cuchillo. La sonrisa de Susana se ha borrado en cuanto la ha visto; aunque recuerdo que nunca se han llevado excesivamente bien, y no sé el porqué; Susana siempre ha sido una chica muy simpática y abierta, excepto con Dani. Para ella siempre ha tenido reproches, caras largas y borderías varias.

Lucas, por su parte, tampoco se lo está poniendo demasiado fácil, pero Daniela ha sacado las uñas y contestado muy sofisticada sin perder la compostura en ningún momento. Imagino que eso es saber tener modales, aquí, cualquier otra chica se hubiera puesto a su altura y hubiera protagonizado un numerito en toda regla.

—¿Por qué? —le pregunta Dani a Héctor.

—Bueno... —se rasca tras la nuca— al menos por aquí, la obsesión de toda chica es cazar un chico y casarse para tener hijos. —Una carcajada sale de la boca de Dani.

—Yo eso, al menos de momento, no me lo planteo. —Le da un sorbo a su café—. No soy una persona excesivamente romántica, me gusta mi independencia.

—¿Y qué dice tu pareja de eso?

—Comparte mi misma opinión. No creemos en los cuentos de hadas, digámoslo así.

Los tres la miramos atónitos. Por aquí no se ven este tipo de chicas. No al menos las que se han quedado en Arrosa. La mayoría de las chicas de nuestra quinta se han marchado buscando un futuro mejor del que podrían tener aquí, las que se han quedado, el noventa por ciento están casadas, con hijos y se ocupan de poco más que su casa, talleres de costura y cosas así.

—En ese caso —empieza a hablar Héctor—, si yo fuera tu pareja, no te dejaría demasiado tiempo por aquí sola. —Le guiña un ojo. Dani se echa a reír, con la boca bien abierta y echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Creo que no le preocupa mucho. Si estoy con él es porque quiero, ¿no? —ambos asentimos. Lucas permanece en silencio escuchando—. No tiene de que preocuparse —asegura asintiendo con la cabeza—. ¿Y tú, Héctor, no tienes pareja?

—No, todas quieren que pase por el altar y yo me niego. —Otra carcajada de Dani, parece que se llevan bien y sé perfectamente que a Héctor le ha gustado, me lo dicen sus ojos—. Ya te he dicho que no se encuentran muchas como tú por aquí.

—Creo que la mayoría de las mujeres tienen una idea demasiado romántica del amor. —Remueve su café y le da un sorbo. Nos mira y sonrío.

—Explícate mejor —le digo intentando participar un poco en la conversación. Parto un trozo de mi tarta de chocolate y le tiendo el tenedor—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —responde sonriendo—. Pues, que yo creo más bien en el placer de estar con alguien con quien tienes afinidad y se comparten gustos similares. Y por otro lado, que no te absorba, que entienda que aunque estéis saliendo, cada uno debe tener su propio espacio e intimidad.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Espeta Héctor emocionado

agarrando su mano—. ¿No quieres cambiar de novio?

—Por el momento no, gracias.

Al rato, Lucas se marcha de mal humor al ver que ella es el centro de atención; siempre le gusta serlo él. A veces, me pregunto que tiene en su cabeza y que vio Susana en él. Es mi amigo desde niño, pero a veces me cansa con su pose de machito duro. Es demasiado bruto y rudo, sobre todo con las mujeres. Susana tiene más paciencia que un santo al continuar a su lado después de tanto tiempo.

Damos un agradable paseo hasta el coche, el sol sigue brillando pero ella, debe marcharse para atender a su abuela, que es el motivo que la ha traído aquí. Corre una suave brisa y el pueblo, a esta hora, parece que cobra vida. Teresa, la de la floristería, recoge flores diversas de fuera, imagino que para preparar algún ramo mientras mira con curiosidad a Dani.

—Lo he pasado bien —dice distraída.

—Por un momento pensé que había sido un error traerte. —Me mira y sonrío.

—No te preocupes, tengo que confesar que su aspecto da miedo —sonrío —, pero si no le paro los pies a tiempo, me come.

—Tienes razón.

—¡Claro que la tengo! Yo siempre tengo razón. —Una carcajada sale de mi pecho.

Cuando la dejo en casa de María me da pena separarme de ella. La he echado tanto de menos que apenas puedo creer que esté aquí. Y sé, que no debo esperar nada de esta visita, pues ella, está aquí únicamente por su abuela y que tiene una pareja esperándola. Pero algo en mi interior me dice, que esta es la oportunidad que siempre esperé. Quizás por eso jamás ninguna llegó a ganarse mi corazón, quizás por eso, con ninguna funcionó.

El sol empieza a esconderse tras las montañas, ella abre la puerta del coche, me da un beso en la mejilla y sale sin más.

—Gracias por esta tarde, Hugo. —Asiento.

—A ti. —Cierra la puerta y se marcha. Hago sonar el claxon y se gira. Bajo la ventanilla—. ¿Me das tú número de móvil?

—Por supuesto, apunta. —Saco el móvil y anoto los números que me va cantando—. ¿Me llamarás? —pregunta arqueando las cejas.

—Puedes contar con ello. —Se da la vuelta y esta vez sí, se marcha.

Arranco el coche dándole vueltas a la conversación que hemos mantenido

esta tarde en La Guarida y en lo especial que es. Ella siempre ha sido así: distinta y especial.

Llego a casa y veo que las luces están encendidas, el coche de mi padre se encuentra en su sitio y a mi madre, la veo trajinar de un lado a otro de la casa.

¡Cuánto llega a trabajar esta mujer! Entro y la saludo:

—Hola, mamá. —Ella se gira y me sonrío.

—Hijo, ¿qué tal la tarde? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Bien, ¿por qué?

—Has estado con ella, ¿verdad?—Me hace ojitos.

—Eres una cotilla ¿dónde está papá? He visto su coche fuera.

—En la ducha, pero no me has contestado. Siéntate anda, que te traigo una cerveza y hablamos un rato.

—Vale, pero te advierto que no hay mucho que contar. —Paso hasta el salón y me siento en el sofá de piel marrón dejándome caer.

Me recuesto y apoyo los pies en la mesa de delante solo para chincar a mi madre que, en cuanto llega, me regaña como cuando era niño. Me dirige una mirada de advertencia mientras arquea su ceja izquierda, me señala con su dedo índice y con la cabeza ligeramente inclinada hacia su derecha

—¡Quita los pies ahora mismo de ahí! —Una carcajada sale de mi garganta.

Mi madre, aunque es una mujer muy dulce, también tiene dentro de sí todo un sargento de hierro. Me tiende la lata de cerveza y se sienta a mi lado con una copa de vino.

—¿Qué tal el día en la tienda, mamá?

—Bien, he tenido el encargo de un pastel muy especial. —Le da un trago a su copa de vino tinto y lo paladea. Siempre ha tenido buen paladar para el vino—. Toñi va a ser abuela y le ha montado una fiesta sorpresa a su hija. —Asiento, algo había escuchado—. Una de esas fiestas americanas. Pero no te he pedido que te quedes para hablar de mí. —Me mira de soslayo.

—¿Qué quieres que te cuente? —Abro la lata, me endezco en el sofá y apoyo los antebrazos en los muslos.

—De pequeño solo tenías ojos para Daniela, luego fuisteis creciendo y la cosa no cambió. Cada vez que venía, una sonrisa se instalaba en tu cara que nada la podía hacer desaparecer —me explica mi madre, pero yo todo eso ya lo sé—. Te dolió cuando se marchó y no volvió; cuando cortó la comunicación contigo.

—Ha pasado mucho tiempo de aquello. Hemos crecido. Tiene pareja —le digo mirándola y dándole un trago a mi lata—, somos amigos o viejos conocidos. Cuando he ido a casa de María y ha abierto la puerta, no podía creer que fuera ella.

—Le han crecido las tetas, ¿verdad, hijo?

—¡¿Mamáááá...?!—Me quejo mirándola con las cejas arqueadas.

—¡Es verdad...! Antes era como una tabla de planchar: nada por delante, nada por detrás. —Niego con la cabeza y le doy otro trago a mi lata.

—Me ha hecho ilusión verla, no lo puedo negar. Nunca he llegado a olvidarla del todo, supongo. Pero soy muy consciente de que cuando se vaya, no volverá. Solo está de paso.

—Pues no lo permitas —dice muy seriamente—. Por lo que sé, ese novio que tiene no le gusta mucho a su abuela. Dice que no están hechos el uno para el otro. —Deja la copa en la mesa, se girapara mirarme de frente—. Eres un chico encantador, y muy guapo... y no lo digo porque seas mi hijo.

—Tú jamás podrías verme con malos ojos —pongo la mano en su pierna, pone su mano sobre la mía y la acaricia—. Soy tu hijo.

—Estás muy equivocado. Si no fueras la buena persona que eres, lo reconocería. Pero eres trabajador, honrado y muy bueno, además de muy atractivo. —Palmea mi mano—. No tienes idea de la cantidad de chicas que te hacen ojitos y ni te enteras.

Me levanto, la conversación empieza a incomodarme. No quiero que mi madre se inmiscuya donde no debe, y mucho menos, me de unas falsas esperanzas. La caída luego sería demasiado dura.

—Gracias por la cerveza, mamá, pero me voy a casa. —Me agacho y le doy un beso en la frente.

—Como quieras, cariño.

Tengo una gran suerte con la madre que la vida me ha regalado. Siempre ha sido muy dulce, pero también muy autoritaria haciendo que siga el buen camino, sin caer en vicios poco sanos. Siempre hemos tenido una gran confianza y me ha explicado todo con tipo de detalles; desde el sexo, hasta las drogas.

Su flequillo grisáceo cae de medio lado tapando parte de su rostro. Hace cosa de dos años, decidió que no quería seguir tiñendo su pelo. Desde entonces, lo lleva muy corto y grisáceo, pero lejos de hacerla mayor, está guapísima.

Entro en casa y cierro la puerta con un suspiro en el pecho. Dejo las llaves sobre la mesa de roble hecha a mano por el abuelo de Daniela. Ya es de noche y, aunque es primavera, cuando cae la noche la temperatura baja considerablemente, por lo que enciendo la chimenea del salón.

Me doy una larga ducha que me ayuda a despejar mi mente; anudo una toalla en mi cintura al salir y me dirijo a mi dormitorio donde me pongo solo el pantalón flojo del pijama. Me siento en el sofá, frente al televisor y agarro el móvil por inercia. Tengo un *whatsapp* de Daniela.

Dani

Lo he pasado bien esta tarde.

Tengo que agradecerte que las paredes de casa de mi abuela no se hayan caído sobre mí. ¿Nos vemos mañana? 20:58

Sonrío, porque a pesar de la apariencia de estirada que ahora tiene, en el fondo sigue siendo aquella chica sencilla que un día conocí y me robó el corazón, capaz de impresionarse con las cosas más sencillas del mundo. Un paseo a caballo, o el aleteo de una bonita mariposa. Me dispongo a contestarle.

Hugo:

Pensé que quizás todo esto era demasiado aburrido para ti, pero veo que Lucas y Susana le han puesto salsa a la tarde, haciendo que no te des cuenta de la falta de glamur de Arrosa. 21:17

Le contesto con picardía. Al momento se pone en línea y escribe...

Dani:

¿Esa es la opinión que tienes de mí? pues mañana te demostraré que yo puedo ser toda una chica de pueblo. 21:18

Hugo:

¿Y cómo lo vas hacer? 21:18

Dani:

Me tiraré un eructo delante de ti,
¿Es suficiente de pueblo eso? 21:19

Hugo:

Ser de pueblo no significa ser mal educado... 21:19

Dani:

Ni ser grosero ¡y tú lo eres! 21:19

Hugo:

Jajajajajaja 21:20

Dani:

Buenas noches, Hugo. Me ha gustado verte... 21:20

Hugo:

A mí también, Dani. Buenas noches, preciosa. 21:21

Se desconecta y un suspiro se escapa de mi pecho. Soy un completo gilipollas, solo lleva un día aquí y ya me tiene suspirando.



Acuesto a mis abuelos y me marcho a mi dormitorio que tiene la misma decoración que el resto de la casa. Antigua, pero bien cuidada. El armario debe tener al menos cien años, es de cuatro puertas, las dos del centro con espejo y con llave. La cama, al igual que las mesitas de noche y el tocador, es ostentosa. Demasiado grande y aparatosa para mi gusto. El techo lo atraviesan unas vigas de madera que mi abuelo Paco, mantiene en perfecto estado.

Me meto en la cama e intercambio varios mensajes con Hugo que me dejan una sonrisa en el rostro. Había olvidado cuanto me gustaba pasar tiempo con él.

Mi móvil empieza a sonar y la palabra «Cristhian» brilla en la pantalla. Sigo molesta con él y se lo cojo seria.

—Hola —respondo seca. Me endezco en la cama.

—Hola, nena. ¿Sigues enfadada?

—Un poco, la verdad.

—Vamos, preciosa, antes de que te des cuenta estarás aquí.

—Tú es que no entiendes nada, ¿verdad?

—Daniela, no quiero discutir.

—¡Pues yo sí!

—Será mejor que te deje, el aire de la montaña veo que no te sienta demasiado bien. Eso, o tienes la regla. Una de dos.

—¿Sabes? A veces puedes ser un poco idiota.

No le doy tiempo a contestar; cuelgo el teléfono.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche, aquí no hay mucho que hacer, no hay *wifi* y no quiero gastar mis datos móviles el primer día. Mis abuelos no

tienen en el televisor más que los canales gratuitos; así que decido apagar la luz y darme la vuelta en la cama. No tarda en engullirme la oscuridad.

Al despertar no recuerdo qué he soñado, pero sé que no ha sido plácido. Me despierto con una sensación de malestar y nervios que recorre todo mi cuerpo, y mi corazón late desbocado bajo mi pecho. Miro la hora en el móvil que marca las siete, tengo la hora cogida y apenas necesito despertador para abrir los ojos. Mis abuelos duermen todavía, así que aprovecho para darme una ducha de agua caliente.

Entro en la ducha y me coloco bajo el chorro; cierro los ojos y veo unos ojos que me miran serios. Son pequeños y me acechan. Los abro deprisa y asustada. No quiero volver a cerrarlos. Me doy una ducha más bien rápida intentando deshacerme del malestar que siento. Abro el armario y pienso que no tengo gran cosa para ponerme que se adecúe a este pueblucho, y tampoco hay demasiadas tiendas en las que me pueda comprar algo decente.

Saco el único vaquero oscuro que he traído, un jersey azul marino de punto fino y unas bailarinas del mismo color; el cabello lo dejo suelto.

Despierto a mis abuelos y les preparo el desayuno, mi yaya, esta mañana no se encuentra demasiado bien y le llevo el desayuno en una bandeja a la cama. Me siento a su lado y converso con ella.

—Gracias, mi niña. —Me da un beso en la mejilla.

—No hay de qué, yaya. Para eso estoy aquí.

—¿Cómo está Elena?

—Está en París, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —Levanta la taza de leche y se la lleva con mano temblorosa a los labios—, pero conociendo a tu padre, seguro que muy bien no está.

—No se lo está poniendo fácil, la verdad. Pero yo hablo a menudo con ella.

—Tú siempre has sido la niña bonita de papá —acaricia mi mejilla con cariño—, pero ella no lo ha tenido tan fácil.

—A Elena siempre le ha gustado desafiar a papá —Intento defender un poco a mi padre aunque sé que no tiene razón.

—Sí —se ríe—, siempre ha sido una granujilla. ¿Qué tal la tarde con Hugo?

—Bien —sonrío y agacho la cabeza—, parece que no haya pasado el tiempo cuando estoy con él.

—Es un buen chico. —Agarra una madalena que muerde con delicadeza. La mastica y la traga—. Siempre estuvo enamorado de ti. —Me mira arqueando una ceja.

—Ha pasado mucho tiempo, yaya.

—Más te valdría estar con un hombre así, que con el novio tuyo ese.

—Yaya, apenas conoces a Cristhian para hablar así de él.

—Si no lo conocemos —me empieza hablar señalándome con el dedo índice— es porque no ha querido. Tu abuela se enferma y ¿dónde está él? Ni siquiera una llamada...

—Me pregunta a mí —le miento—, es tímido.

No la dejo responder porque no me apetece continuar con este tema, bastante calentita estoy yo como para que me caliente mi abuela. Recojo la bandeja de sus muslos y la llevo a la cocina dándole un beso en la frente antes de salir del dormitorio.

Mi abuelo está en su taller trabajando y yo me ocupo de las tareas básicas de la casa, como recoger las cosas del desayuno, barrer y limpiar el polvo ¡quien me ha visto y quién me ve! Hacia media mañana abro la nevera para ver que puedo preparar para comer, necesitaré un tutorial de YouTube, porque como ya he dicho, no soy muy habilidosa en la cocina.

Salgo a comprar varias cosas al mercado; la gente me mira pero no como el día anterior. Con este look no llamo tanto la atención. Una chica de pelo castaño y lacio, me mira atentamente a mi lado.

—¿Dani? —pregunta con una sonrisa en los labios. La miro sin saber muy bien quién es y asiento—. Soy Júls.

A la mente me vienen varios recuerdos, fuimos amigas desde el primer día que pasé en este pueblo. Siempre estábamos juntas y nos aveníamos muy bien. Sonrío abiertamente.

—Júls, ¡cuánto tiempo!

—Sí ¿cuándo has venido?

—Vine ayer, mi abuela está enferma y he venido a cuidarla —repito como cada vez que me preguntan por mi presencia aquí.

—Vaya, dale recuerdos a María de mi parte. ¿Te apetece un café y nos ponemos un poco al día de nuestras vidas? —Me pregunta con una sonrisa en el rostro. Miro mi reloj.

—Claro, pero será breve, tengo que preparar la comida.

Acabamos de comprar en la parada y, cargadas ambas de bolsas, me

lleva hacia La Guarida, donde Susana sigue tras la barra. Me dirige una mirada de asco nada más verme y, me pregunto qué le habré hecho yo, para que le disguste mi sola presencia. Nos dirigimos a la misma mesa de ayer, la que es redonda y con un banco acogiéndola forrado de piel.

Pido un café con leche descafeinado y ella uno normal, Susana tampoco ha sido muy amable con Júls.

—¿Todo el tiempo es tan desagradable, o solo es así conmigo?

—No se lo tengas en cuenta, solo viendo el marido que tiene, no me extraña que se le haya agriado el carácter. ¿Te acuerdas de Lucas?

—Ayer tuve el placer de verlo, vine con Hugo.

—Entonces ya sé el motivo. Susana lleva media vida enamorada de Hugo aunque no lo reconozca.

—De algo me di cuenta. Le mira haciendo ojitos —murmuro acercándome a ella. Ella sonrío y asiente.

—Sí, aquí no es ningún secreto. Además se murmura que Lucas no la trata precisamente bien.

—¿Y por qué no se separa? —pregunto encogíendome de hombros.

—Tienen una niña de diez años, además, ¿tú has visto lo grande que es? —Asiento—. Apuesto a que le tiene miedo.

—¿Tú crees? —Asiente.

Al acto nos callamos. Susana llega con sendos cafés que deja en la mesa sin mediar palabra y se va de la misma forma.

La mañana pasa a toda prisa y antes de que me dé cuenta, es hora de volver a casa de mis abuelos, si quiero que coman a su hora.

—Júls, me ha encantado verte, pero tengo que marcharme.

—¿Nos vemos otro día? —Asiento—. Yo invito.

—¡Claro! —Le doy un beso en la mejilla—. Gracias por el café —murmuro antes de salir disparada por la puerta del local.

Preparo la comida tal como me va indicando el tutorial, no me parece demasiado complicado; quizás es que nunca me había parado a intentarlo. No es que prepare nada demasiado complicado; una ensalada con tomate y atún que poco tiene que ver con las que puedes comer en Barcelona. El tomate era más grande que mi puño, de un rojo intenso y un olor que dan ganas de darle un bocado antes de aliñarlo. De segundo he preparado unos macarrones con carne y ¡con sofrito y todo!

Mi abuela sonrío al ver el esfuerzo que yo he hecho y me lo agradece.

—Muy bueno, hija —dice pinchando un macarrón para meterlo en su boca.

—No hace falta que mientas, yaya.

—No miento, para ser los primeros macarrones que preparas están ricos.

—¡Gracias!

—Pero yo te enseñaré a cocinar como Dios manda. ¡Y a coser, también!

—¿Y yo para qué quiero saber coser, yaya? —Reniega con la cabeza—. Está bien, si te hace ilusión, aprenderé.

Igual que ayer, me encargo de dejar la cocina en condiciones, acostar a mi abuela y demás. No he sabido nada de Hugo en todo el día, así que decido darle una sorpresa e ir a visitarlo.

Subo al coche y voy directa a su casa. Su coche está aparcado frente a la puerta. Aparco el mío a su lado. La verdad es que me apetece muchísimo pasar un rato con él. No he sabido nada de Cristhian en todo el día, pero no me sorprende después de cómo acabó la conversación ayer; es muy orgulloso, pero no me importa, yo lo puedo ser más, y sigo molesta.

Entro en el establo mirando a mi alrededor, una de las puertas de los caballos está abierta. Al asomarme lo veo cepillando un precioso caballo negro; creo que es Estrella, el caballo que solo él puede montar.

—Eres un buen caballo —le susurra mientras pasa el cepillo desde la cabeza hasta la cola—. Algún día cuando estés preparada, te venderé y un jinete será muy afortunado por tenerte. —El caballo permanece quieto, disfrutando de sus cuidados. De vez en cuando mueve la cola. Yo los observo en silencio—. Te echaré de menos, pero tú vales para mucho más que estar aquí, ¿lo sabes? —El caballo se gira, me mira y relincha. Hugo se gira.

—Hola —saludo sonriente. Paso y me acerco a su lado.

—¡Dani! —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué hacías? —le pregunto con interés.

—Preparaba a Estrella, en una hora viene un ojeador que creo que puede estar interesado en ella.

—Pensé que no estaba preparada. —Asiente mirándome y continúa cepillando a Estrella.

—Así es, pero para eso estoy yo, para prepararla e informar cuando llegue su momento. —Acaricia el morro de Estrella con cariño y esta agacha la cabeza disfrutando de su contacto—. Estrella es una pura sangre, vale para mucho más que dar paseos a niños en su lomo o clases de hípica.

—¿Para qué otra cosa? —Pregunto sin entender torciendo la cabeza. Me muero por acariciar su morro, pero no me atrevo. Estrella me va mirando y resoplando dejándome claro que mi presencia le incomoda.

—Carreras de caballos. —La sigue cepillando con brío para sacarle brillo—. Estoy seguro que sería un caballo ganador. ¿Quieres intentarlo? —Me pasa el cepillo.

—Bueno... la verdad es que sí, pero me asusta un poco.

—Yo te ayudo, ven.

Me acerco a él algo temblorosa. No me gusta no controlar la situación, que las cosas no estén en mis manos y esta, es una de esas situaciones.

—Vamos, todavía no conozco ningún caballo que se haya comido una persona.

—Te crees muy gracioso, ¿no? —le digo renegando con la cabeza y una mueca en la boca.

Hugo agarra mi brazo, me acerca a él y poniéndome frente a Estrella, y me da el cepillo que agarro con mano temblorosa. Su cuerpo está pegado al mío y siento como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo. Es una sensación rara que jamás he tenido y no se identificarla muy bien. Incluso me llega a incomodar. Pone su mano sobre la mía, lentamente y con mucho cuidado se va acercando a Estrella, mientras le susurra para tranquilizarla. Su boca está en mi oído derecho y, el leve susurro, hace que mi piel se erice.

—Ssstthhh... tranquila, Estrella. —Ella se remueve en su sitio moviendo las patas sin moverse del sitio, y yo contengo la respiración—. Dani, tienes que respirar, o te vas a poner morada —murmura sonriendo. Suelto el aire.

—¡Tonto! es que estoy nerviosa. ¿Y si me da una patada?

—¿Confías en mí? —Pregunta mirándome fijamente a los ojos desde un costado. Lo miro y asiento.

—Sí —Contesto firmemente mirando sus ojos azules como el cielo.

Hugo pone el cepillo sobre Estrella sin dudar y empieza a deslizarlo por su lomo, desde la cabeza hasta el final de su preciosa cola negra, y repite la acción continuamente. Estrella finalmente se relaja y deja que la cepille con la ayuda de Hugo. Algo en mi estómago lo recorre y lo revuelve, me siento ligeramente incómoda y tremendamente cómoda a la misma vez; ¿eso puede ser?

Dejamos de cepillar a Estrella, salimos de su cubículo casi en silencio. Me siento extraña, jamás había sentido algo así y menos en la compañía de

Hugo. Él parece no haberse dado cuenta de nada, su sonrisa sigue siendo la misma de hace un momento y parece, que nada le ha perturbado como a mí.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? —dice caminando a mí lado.

—Muy bonita. Estrella es una yegua preciosa. Sin duda va a enamorar al que la venga a ver. ¿No los echas de menos cuando se van?

—Claro que sí, pero en eso consiste este negocio.

—Supongo que tienes razón. —Agacho la cabeza.

—Te invito a una cerveza en mi casa, ¿te apetece?

—No bebo alcohol, ¿recuerdas?

—Es verdad —pasa una mano por la barba—, en ese caso puedo ofrecerte un agua mineral natural con hielo y una rodaja de limón —espeto en tono burlón.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Yo? —pregunta abriendo bien sus ojos—. ¡Dios me libre...! —continúa en el mismo tono.

—Me gusta cuidarme —le explico—. Una dieta sana, hacer ejercicio, no tomar azúcares, etc....

—¿Qué ejercicio haces? —pregunta deteniéndose a mitad de camino para mirarme.

—Pues... voy al gimnasio —respondo encogiéndome de hombros—. Algo de cardio, máquinas y natación. Cada mañana antes de ir a trabajar, hago una hora de natación.

—Eso no es ejercicio —contesta sonriente mostrándome su hilera de dientes blancos—, te invito a que te quedes una semana aquí a trabajar conmigo o hacer ejercicio en la naturaleza.

—¿Quieres que vayamos a correr? Te apuesto a que te gano.

—Vale —responde muy seguro de sí mismo—, acepto la apuesta, pero si pierdes, te tomas una cerveza conmigo.

—¿Y si gano?

—Paso un día en la ciudad contigo enseñándome todo lo que me pierdo al no estar allí.

—Trato hecho. —Le tiendo la mano que acepta sin dudar. Hemos hecho un trato y no pienso perder, estoy muy segura de mis posibilidades.

Hugo abre la puerta de su casa y me da paso, quedándome en la entrada. Miro a mi alrededor, todo es muy amplio y luminoso. Una chimenea blanca corona el salón tal como esperaba, frente a la cual tiene dos sofás en blanco

impoluto, junto con una mesa de madera maciza, y una alfombra recubriendo el suelo de tarima.

Entro mirando todo a mi alrededor, a un lado una enorme mesa de aspecto artesanal con dos banquetas y un enorme ramo de lavanda fresca encima de esta. Él me mira expectante. Las puntas de mis dedos rozan la mesa y al instante sé, que está fabricada por mi abuelo.

—¿La ha hecho mi abuelo, verdad? —Asiente—. Es preciosa.

—Siéntate, ¿te traigo agua?

—¿Tienes té?

—Sí, a mí madre le gusta tomarlo, así que siempre tengo para las tardes de charlas que pasamos de vez en cuando.

—Os lleváis muy bien —Asiente—. Si puede ser, el té con menta.

—Tengo menta fresca, te va a encantar.

Me siento y desaparece por el pasillo. Entra de nuevo en el salón con una mueca en el rostro. Se pasa una mano por la nuca.

—Soy un maleducado, disculpa. ¿Te apetece ver la casa? —Me levanto y asiento.

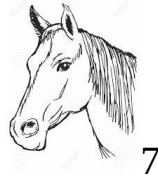
—Pensé que no querías enseñármela —le digo con una sonrisa burlona en el rostro.

Me conduce por el pasillo que había desaparecido hace solo unos segundos. Entramos en la cocina que es de aspecto rústico, imagino que al igual que el resto de la casa. Es una cocina preciosa y muy bien ordenada. Todos los armarios son de madera natural, la pila de cerámica auténtica y en la pared en lugar de armarios, tiene alacenas donde se ve todo muy ordenado.

El me mira mientras yo observo todo con detenimiento. Parece expectante, nervioso. Se va pasando la mano por la barba continuamente y no puedo quitarme de la cabeza que, me encantaría pasar yo misma la mano por ahí. Me ruborizo ante mi pensamiento y pienso que ojalá no se percate del rubor de mis mejillas.

—No dices nada.

—Me gusta mucho. No es una casa femenina, pero eso no quiere decir que no tenga todos los detalles necesarios. Me encanta, y estoy segura, que el resto también.



HUGO.

La tengo en casa y apenas puedo creerlo; lo he soñado tantísimas veces... imaginado cuanto habría cambiado al pasar los años. Dios, ahora que lo pienso parece que esté enfermo... quizás la gente opine así. Incluso llegué a buscarla por Facebook para verla cuando empezó el boom, pero no la encontré.

Ahora ella ha vuelto y eso asusta, porque alimenta lo que estaba quedando enterrado en un rincón de mi corazón. No quiere decir que la haya estado esperando, claro que no. Yo he tenido parejas, he intentado encontrar el amor. De algunas me encapriché, de otras me atrajo solo el físico. Pero después, todo eso quedaba atrás y no encontraba la conexión que siempre he tenido con Daniela.

Con ella siempre fue así, una química entre ambos que imagino yo sentía de una forma, y ella de otra muy distinta. A su lado siempre me he mostrado tal cual soy, sin miedo a ser natural, incluso cuando mis inseguridades se apoderaron de mi mente. Ella llegaba llenándolo todo con su sonrisa, pasando un brazo por mis hombros y dándome un beso en la mejilla, y con eso, todo lo malo desaparecía.

No lo encontré en ninguna otra chica y por ese motivo con ninguna funcionó. Hoy la tengo aquí y la noto algo distinta, algo en su mirada ha cambiado. Me atrevería a decir incluso que cuando me he acercado a ella, ha temblado ligeramente. Está tímida y agacha la cabeza continuamente con una sonrisa algo avergonzada. Está encantadora.

Le enseño la casa y, tal como imaginé, le encanta. Es preciosa y estoy muy orgulloso de ella, he trabajado mucho para tenerla como está hoy en día.

Antiguamente era un granero viejo y mohoso que después diseñé y construí con mis manos lo que hoy es mi casa.

La acompaño por las escaleras que conducen a mi dormitorio con una mano en su espalda; es lo último que le queda por ver y sé, que el dormitorio al igual que el resto de la casa, le encantará. A mí es la estancia que más me gusta, está en la planta superior y es muy grande.

Cuando entra, mira de un lado a otro con detenimiento.

—¡Es preciosa! —Se adentra en el dormitorio.

El techo es abocardado, de madera y con una claraboya sobre la cama de matrimonio que me permite observar las estrellas todas las noches antes de dormir.

—Desde aquí —le señalo la claraboya—, se puede ver algo que en Barcelona seguro que no ves ni de broma. —Me pongo a su lado.

—¿El qué?

—Las estrellas. —Asiente.

—¡Seguro! —Se gira, me mira y sonrío—. Un día tienes que dejarme verlas contigo. —Mi estómago se contrae.

—¡Claro! Cuando quieras.

—Tienes una casa muy bonita —murmura mirándome de soslayo—. ¿Cuántas veces se pasa tu madre a limpiar? —dice escapándosele una pequeña sonrisa de sus labios. La miro con una ceja arqueada.

—¿Qué te hace pensar que mi madre viene a limpiar?

—¡La casa está perfecta!

—¡Porque yo me encargo de que así esté! ¿y la tuya?

—Te aseguro que mi madre no es quien la limpia—responde con una mueca.

—¿Y tú?—Arquea la ceja izquierda.

—Me has pillado; yo tampoco.

Paso un brazo por su cintura sin tocarla y, con el dedo índice, presiono en su costado. En ese punto clave donde recuerdo perfectamente que la hace gritar a la vez que botar, porque se muere de las cosquillas.

—Aaaaahhh... cosquillas no, por favor...—me implora.

—Esta es mi venganza —me giro, mis manos se van derechas a sus costados y sin tocar ninguna zona prohibida, empiezo a hacerle cosquillas como cuando éramos niños—, por insinuar que no sé apañármelas solo.

—Nooo... —Las carcajadas salen de su pecho una tras otra, no puede ni

hablar, se muere de la risa mientras se encoje para que no pueda acceder a su cintura. Pero le es imposible, pesa muy poco y mis manos son fuertes—, para... por favor.... —continúa riendo.

—No pienso parar hasta que me pidas perdón —respondo sin cesar mi ataque. Acaba cayendo en mi cama boca arriba muerta de la risa.

—¡Ni muerta! —consigue responder entre lágrimas de risa. Me siento a horcajadas sobre ella, sin llegar a tocarla y continuo con mi ataque. Está muy débil y ya casi ni se puede cubrir ni puede hablar.

—¿Te rindes? —pregunto parando una fracción de segundo.

—Vale... —levanta las manos a modo de rendición— me rindo. Lo siento.

Me levanto de encima de ella, me incorporo y la miro sonriendo. Está preciosa, con el pelo desparramado sobre la colcha morada. Los ojos le lloran y su barriga continúa moviéndose riendo todavía a pesar de no tocarla ya. Se intenta enderezar y le entra la tos por la risa.

—¿Estás bien? —le tiendo la mano para ayudarla a levantar. Asiente con la cabeza, toma mi mano y cuando estoy a punto de levantarla, coge fuerza y me tira a la cama.

No lo puedo creer, ha conseguido tumbarme, estoy boca abajo y ella aprovecha para sentarse sobre mi espalda mientras intenta matarme a cosquillas, sin acordarse, que yo no tengo.

—¿Por qué no te ríes? —pregunta con frustración.

Me giro, queda sentada sobre mi abdomen y nos miramos fijamente. Arqueo repetidas veces las cejas para hacerme el interesante.

—Porque no tengo cosquillas, ¿recuerdas?

—Es injusto —se queja dejando caer los brazos.

—La vida es muy injusta.

Me endezco y quedo a unos escasos centímetros de su rostro. Su perfume entra en mis fosas nasales y aprovecho a absorberlo. Me encanta. Se levanta y yo también. Se ha puesto nerviosa, se le nota. No me mira a la cara, carraspea y juega con un mechón de pelo que cae por delante de sus hombros.

Bajamos de nuevo hacia el salón, se ha quedado tremendamente seria y, me pregunto, si le habrá molestado la cercanía. Andamos uno al lado del otro, entramos en el salón.

—¿Todavía te apetece el té con menta? —pregunto no muy seguro de que me guste la respuesta.

—Sí, ¿o tienes prisa? —dice mirándome algo insegura.

—No, y en cualquier caso, puedes quedarte aquí mientras enseño a Estrella.

Se sienta en el sofá y yo desaparezco hacia la cocina en busca de nuestras bebidas. Preparo el té y corto algunas hojas de menta de mi propia planta. Saco una lata de cerveza para mí de la nevera y lo llevo todo en una bandeja que dejo sobre la mesa frente al sofá. Dani está sentada con las piernas cruzadas; la derecha sobre la izquierda y la mueve continuamente hacia arriba y abajo sin cesar. Dejo las bebidas sobre la mesa.

—¡Gracias! —dice descruzando las piernas y enderezándose para agarrar su taza.

—No hay de qué. —Cojo mi lata y la acerco a su taza para brindar—. ¡Salud! —asiente con la cabeza.

—Esta mañana me he encontrado con Júls en el mercado —me explica—, me ha hecho mucha ilusión, ahora que estoy por aquí, me doy cuenta, cuanto lo he echado de menos. —La miro de soslayo—. Es enserio, sé que puede parecer que no, pero es así.

—¿Entonces por qué no has vuelto?

—No lo sé, los días pasan, conoces gente nueva, los estudios...

—No es excusa —murmuro sonriendo para que no se lo tome a mal.

—Sé que no lo es, pero no tengo otra explicación. —Le da un trago a su té después de soplar repetidas veces el líquido humeante—. Pero estar aquí, recorrer las calles de piedra, el pequeño mercado, mi abuela, y... —Agacha la cabeza.

—¿Y...?

—Y tú. —Asiento de lo más pensativo—. Te he echado de menos, nuestras tardes, nuestras charlas, montar a caballo...

—Este viernes es la fiesta de la primavera, ¿te apetece venir?

—¿Me estás pidiendo una cita, Hugo? —pregunta con un mohín en los labios y la mirada iluminada.

—¿Es lo que quieres, Dani? —Le pregunto divertido entrando en el juego.

—Eres mi mejor amigo, ¿Qué sentido tendría una cita? —pregunta encogiéndose de hombros.

—te corrijo, era tu mejor amigo. —Suspira.

Al día siguiente quedamos para salir a correr juntos por la montaña tal

como acordamos; ella llega perfectamente conjuntada, con un pantalón ceñido como si de una segunda piel se tratara y un top Nike que deja ver su vientre plano y firme. Casi me corta la respiración cuando la veo, pero lo disimulo cuando le doy un beso en la mejilla y la animo a empezar cuanto antes.

Sale muy decidida, pensando que lo tiene todo ganado; ¡que poco se imagina cómo será su final! Salimos a paso firme desde mi casa por un camino de tierra que asciende montaña arriba hasta el río. El sol es fuerte para ser un mes de mayo y eso no la va a ayudar demasiado.

A medio camino está roja como un tomate, las gotas de sudor caen por su rostro y no pronuncia palabra. La miro de soslayo, casi me da pena y todo. La cuesta, cuando uno está cansado parece interminable, bastante bien lo sé.

—¿Falta... mucho? —pregunta casi sin respiración.

—Estamos a mitad de camino —le respondo como si nada.

—¡¿Qué?! —se para y apoya sus manos sobre sus muslos mientras intenta coger aire. Me paro también—. No puedo más, Hugo.

—¿Eso quiere decir que he ganado? —Lo medita un segundo.

—Sí —responde finalmente.

—Si quieres, podemos seguir andando. El río es precioso y te puedes refrescar. —Asiente. Intenta coger aire de nuevo y soltarlo poco a poco por la boca.

—Mmm... —Tiene los ojos cerrados, inspira profundamente y los abre. Me mira—. Cuanta tranquilidad, me encanta.

—No sé cómo puedes vivir con un ritmo de vida tan ajetreado. —Asiente—. Coches, polución, ruido, estrés... —Niego con la cabeza—. No cambio esto por nada.

—La verdad es que yo tampoco lo sé —se echa a reír—, parece que esté de vacaciones y no sabes cuánto las necesitaba, no me he dado cuenta hasta estar aquí y tener esta tranquilidad.

—¿Y a tú pareja no le importa? —Me mira y su sonrisa se borra—. Quiero decir, que debe echarte de menos.

—No te creas, ambos somos muy independientes. Él es muy cosmopolita... no soporta este pueblo. —Me explica todavía con los ojos cerrados—. Consigo que venga una vez al año por navidades y casi lo traigo a rastras por la corbata.

—Pues él se lo pierde, así no te comparto estos días.

—¡Soy toda tuya! —murmura sonriente y abriendo un ojo para mirarme.

—Mmm... si me dices esas cosas... voy a querer algo más que una amistad —respondo sonriente y arqueando repetidas veces las cejas. Sus ojos se abren como platos y una carcajada sale de mi pecho.

Antes de darnos cuenta, hemos llegado al río. Tiendo una toalla en el suelo y nos sentamos en la orilla metiendo los pies dentro. Se está muy bien. Apoyamos nuestro peso en las manos por detrás de nuestros cuerpos, cerramos los ojos, y miramos directamente al sol.

—¿Qué crees que hubiera pasado si hubiera vuelto? —Pregunta sin mirarme. Abro los ojos y la miro.

—Pues que probablemente me hubiera acabado tirando de cabeza a la piscina —abre los ojos y me mira— y entonces, quizás me hubieras rechazado, nuestra amistad se hubiera acabado o bien, me habrías aceptado y ahora estarías conmigo.

—Con el tiempo te has vuelto muy sincero —dice seriamente.

—Sí, algo que debí hacer con anterioridad. Me alegro de tenerte aquí, Dani.

—Yo también me alegro...



Los días aquí pasan a toda prisa, y no hay ni uno que no lo pase con Hugo. Mi yaya cada día se encuentra más animada, se levanta, pasea conmigo por la mañana y por la tarde me anima a que me marche con Hugo; la muy... la conozco muy bien, y sé lo que pretende, pero a mí no me importa en absoluto; me encanta su compañía.

Estar en Arrosa, a pesar de lo que pensé, me está sentando francamente bien para desconectar de todo. De todo, incluido Cristhian, que parece que desde que estoy aquí se ha abierto una grieta enorme en nuestra relación y tengo que reconocer que no me molesta tanto como debería, porque después llega Hugo y lo llena todo con su sonrisa sincera, sus ojos tiernos y esa barba que empieza a volverme un poco loca a pesar de intentar ignorarlo.

Que caprichoso es el destino, nunca lo llegué a considerar más que un íntimo amigo, mi confidente, ese hombre en el que llorar a pesar de ver en sus ojos muchas otras cosas. Ahora, en mi estómago nacen mil mariposas cada vez que nuestras miradas se encuentran, algo que tengo que reconocer jamás me ha pasado; ni siquiera con Cristhian.

Hugo hace que me sienta francamente bien a su lado, me trata con una naturalidad extrema; besa mi mejilla, me abraza y me piropea sin ningún pudor, pero sin segundas intenciones. Parece que el tiempo no haya pasado desde la última vez que me despedí de él, y de eso hace ya más de diez años.

Algunas tardes las pasamos en La Guarida, donde nos reunimos con Héctor y Lucas, que sigue poniéndome el vello de punta a pesar de no mostrárselo. Susana por su parte, continúa mostrándome la misma antipatía del primer día y todavía hoy, no endiento el porqué. Para mi suerte, alguna tarde ha venido Júls, pero no se queda demasiado porque siempre va liada de

un lado para otro con su hija.

Hoy es viernes y la fiesta de primavera de Arrosa. Una fiesta que al pueblo le encanta festejar y que asiste la mayor parte de los habitantes, unos cuantos cientos; no más. Y yo, como perdí la apuesta con Hugo, también tendré que ir, porque la cerveza la quiere allí, sí o sí. Sin más opción.

—Cariño, ¿Qué te vas a poner para el baile? —me saca mi abuela de mis pensamientos.

—Pues no sé, yaya, pero por ropa de arreglar no me preocupo, es mi forma habitual de vestir. —Se echa a reír mirándome con ternura—. ¿De qué te ríes? —pregunto sin entender.

—¿No pensarás ponerte uno de esos trajes serios que tienes en el armario? —Asiento sin entender muy bien—. Veo que no recuerdas que tipo de fiesta es...

—La verdad es que no demasiado, solo que se concentra el pueblo entero.

—Ves a la tienda del pueblo, seguro que encuentras algo para esta noche.

Así lo hago, no he quedado con Hugo hasta la noche que viene a buscarme; me invita a cenar en su casa y nos vamos juntos al baile, así que tengo tiempo.

En la tienda, la dependienta me informa que el baile es tipo vaquero y entre las dos, encontramos el conjunto perfecto. Salgo contenta con tres bolsas llenas de cosas chulas, sacando las gafas de sol del bolso y chocándome con alguien. Alzo la cabeza y sus ojos me atraviesan. Susana me mira de malas maneras y una ceja arqueada.

—¿Qué pasa, no tienes ojos o qué? —pregunta enfadada.

—Disculpa —murmuro en tono serio—, oye, ¿te he hecho algo para que siempre me trates así? —Tuerce su boca en una mueca de medio lado y suspira con desprecio.

—Solo que te crees el ombligo del mundo, como siempre... no soporto a la gente como tú.

—¿La gente como yo? —Pregunto señalándome con el dedo índice.

—Sí, que se creen superiores al resto. —Niego con la cabeza.

—Mira, si tienes complejo de inferioridad, no es culpa mía —espeto mirándola directamente a los ojos.

—Podrías hacernos un favor a todos y marcharte de una vez, todos sabemos que no volverás y Hugo lo pagará.

No puedo contestarle porque me ha dolido lo que ha dicho, fue lo que

hice una vez y que no quiero pase dos. Me giro y continúo andando sin responder a su provocación.

—¡Sí, eso vete! —Grita para que la escuche.

Al entrar en el coche mi respiración está acelerada y mi corazón bombea rápido la sangre chocando fuertemente contra mi pecho. Cierro los ojos y suspiro. Mi móvil suena e intento que mi tono de voz sea sereno y firme. Es Cristhian.

—Hola, Cristhian —saludo sin demasiado entusiasmo.

—Yo también me alegro de escucharte...

—No estoy de humor, te lo advierto.

—Lo siento. Oye, ¿por qué no enterramos ya el hacha de guerra? — Suspiro—. Te echo de menos y mi cama también.

—Ya...

—¿No lo crees? —arranco el coche y me incorporo a la circulación de forma lenta, las pocas calles que se puede pasar en coche son peatonales y no se puede rebasar los treinta quilómetros por hora—. Esta noche soñé que mis labios recorrían centímetro a centímetro tu piel —murmura con voz melosa—. Hace tanto de la última vez...

—Porque tú has querido —le ataco—. Podrías haber venido.

—¿No querrás mancillar la casa de tu abuela? —murmura en tono juguetón. Al final y aunque no quería, me ha hecho reír.

—Cuando quieres eres muy inteligente.

—Una semana más y te tengo entre mis brazos. Te secuestraré todo el fin de semana.

—No esperaba otra cosa.

—¿Vamos a estar bien? —pregunta esperanzador.

—¡Claro! No puedo estar tanto tiempo enfadada contigo.

Hablando con Cristhian al teléfono, llego a casa sin apenas darme cuenta. Aparco el coche en la puerta y apago el motor mientras acabamos de charlar.

—Te quiero —dice. Y me extraña, porque él no es de palabras de amor empalagosas.

—¿Te encuentras bien? —pregunto apoyando mi cabeza en el reposa cabezas de piel negra.

—Por supuesto, solo quiero que lo sepas ahora que no te tengo cerca para demostrártelo con hechos.

—Y yo a ti, Cristhian.

—Te llamo mañana. Un beso preciosa.

—Un beso.

La comunicación se corta y yo suspiro dentro del coche con los ojos cerrados, sintiendo cosas en mi pecho que no entiendo. Al entrar, mi yaya está en el salón, sentada en el sofá viendo Pasa palabra de lo más emocionada.

Ha mejorado notablemente desde que llegamos a casa; la otra mañana me hizo teñirle las canas con su habitual color chocolate lo que hace que esté más favorecida, sus mejillas flacuchas, han cobrado color de nuevo y ha recuperado algún kilo que había perdido. Mantiene los pies en alto, con un cojín sobre la mesa de roble donde apoya los pies, y otro en su regazo. Me mira y sonrío. Con su mano me hace un gesto para que me siente a su lado. Obedezco sin pronunciar palabra y apoyo la cabeza en su hombro huesudo.

—De pequeña te gustaba que te acariciara el pelo, ponías la cabeza en mis piernas y te quedabas dormida mientras lo acariciaba.

—Sigue gustándome, yaya.

—¿Mal de amores? —Me enderezo y la miro sin entender como ha leído mi mente.

—No, todo está bien. —Asiente.

—No tienes cara de estar todo bien; cuando quieras yo te escucharé. — Pasa una mano por mi rostro con una tierna sonrisa en el suyo.

Me voy al cuarto de baño, necesito una ducha relajante y aclararme las ideas. Abro el agua y la dejo correr para que se caliente. Cuando entro, la noto excesivamente caliente y mi piel, se va erizando por allí donde va pasando a la vez que se enrojece, pero la aguanto, pongo la cabeza bajo el chorro y cierro los ojos.

Mientras me enjabono el pelo con olor a fresa silvestre, me convengo que eso que estoy empezando a sentir por Hugo, no es más que una amistad muy fuerte de hace muchos años; un cariño del puro y nada más. Y con ése pensamiento salgo convencida de ello y sin querer preocuparme más.

Me pongo el vestido blanco con puntilla que he comprado; queda por medio muslo enseñando bastante pierna. Lo acompaño con una bota alta de media caña marrón y una cazadora vaquera; alzo el cuello de esta y me miro al espejo con una sonrisa. El look es distinto al mío, muy distinto; pero reconozco que me gusta, me sienta bien. Me seco el pelo a conciencia y le paso la plancha para que quede completamente liso. Me maquillo como hace

días que no lo hago (exactamente desde que estoy aquí), me aplico máscara de pestañas, delineador sobre el ojo, algo de color a mis mejillas y tiño los labios de un rojo intenso.

Me miro en el espejo del cuarto de baño de mi dormitorio, no parezco yo la que me mira desde el espejo. Abajo se oyen las risas de mis abuelos y otra más aguda, más... masculina. Bajo las escaleras asomando la cabeza para verlo cuanto antes y allí está; plantado en medio del salón, de brazos cruzados y charlando con mis abuelos con total familiaridad.

Está guapo a rabiar, lleva un pantalón vaquero ajustado que le queda francamente bien, una camiseta blanca de manga larga ajustada, con los botones de la parte delantera parcialmente desabrochados, unas botas camperas y un sombrero estilo vaquero. Se gira, me mira y una sonrisa se abre paso en su rostro a la vez que se quita el sombrero de la cabeza con la mano derecha. En mi rostro también se abre paso una sonrisa.

Se acerca, me tiende la mano que acepto sin dudar y me da una vuelta.

—Uuuuaaaaauuuu... ¡estas preciosa!

—¿De verdad? —Me miro—. Es tan distinto a mi estilo. —Me mira con una ceja arqueada y una sonrisa bien amplia.

—En ese caso, déjame decirte, que deberías ir así más a menudo.

Hugo coloca el sombrero en mi cabeza; lo recoloco y hago una pose coqueta frente al espejo del salón.

—Estás preciosa, hija —dice mi abuela acercándose a darme un beso en la mejilla agarrando mi rostro entre sus manos.

—Tú que me ves con buenos ojos.

—Cuida mucho de mi niña —dice mi abuelo mirándonos con cariño.

—Por supuesto, Paco. —Me tiende su brazo y yo lo tomo encantada todavía con su sombrero en la cabeza—. ¿Nos vamos? —Asiento.

Al salir, la noche ha caído y el cielo está estrellado, la temperatura es agradable. Los grillos cantan a nuestro alrededor y no puedo evitar sonreír. Hugo se acerca a su coche para abrirme la puerta; gesto que no ha tenido jamás Cristhian en los más de cinco años de relación y, no es que me importara, jamás he necesitado éstos gestos, pero reconozco que me ha gustado.

—Gracias —digo al entrar. Él asiente con la cabeza y cierra la puerta cuando estoy acomodada en el asiento del copiloto.

Rodea el coche por detrás y se monta tras el volante. Los focos del coche

iluminan todo a nuestro alrededor.

—El sombrero te sienta que ni pintado. —Lo toco sobre mi cabeza.

—¿Sí? —pregunto arqueando las cejas. Asiente haciendo morritos.

—Te lo regalo.

—¿En serio?

—Claro, te queda mejor a ti, que a mí. —Me acerco y beso su mejilla.

—¡Gracias!

Llegamos a su casa en apenas diez minutos de reloj, en los que ambos, hemos estado un poco ausentes. Yo me he dedicado básicamente a mirar por la ventanilla, hipnotizada mirando la luna llena que brilla en todo su resplandor.

—¿No hay luna en Barcelona? —dice en tono pícaro. Cuando giro la cabeza y lo miro, una enorme sonrisa ocupa gran parte de su rostro.

—No tan grande y bonita —murmuro mirándolo directamente a los ojos.

—¡Aquí todo es mejor que allí! —le miro con una ceja arqueada— solo que no te has dado cuenta aún. —Y yo lo tomo como una indirecta en toda regla.

—Quizás, algún día me dé cuenta. —Abre su puerta y sale del coche.

Abro la mía antes que él llegue, pero antes de salir, él ya está allí. Me tiende la mano y yo la acepto. Enlaza sus dedos con los míos con total naturalidad y empieza a andar a mi lado rumbo a su casa. Todas las luces permanecen apagadas, incluidas las de la casa de Carmen.

Hugo introduce la llave en la cerradura de la puerta de madera maciza, la abre y se echa a un lado para dejarme pasar. Enciende las luces.

—Pasa, por favor. Estás en tu casa.

—Gracias.

La mesa del salón está preparada para dos comensales, con un pequeño centro de mesa en medio y una vela todavía apagada. La cubitera de pie está a un lado, con una botella que no alcanzo a ver enfriándose dentro y cubierta por un trapo.

Hugo se mueve de un lado a otro del salón, inquieto, fregando las palmas de sus manos contra los vaqueros justo antes de agarrar un mando de sobre la mesa de delante del sofá, y encender el equipo de música. Al momento Antonio Orozco empieza a sonar a través de los altavoces que están distribuidos por el salón, creando un sonido envolvente. Sonrío, porque él sabe cuánto me gustan las canciones de Antonio.

—Te acuerdas.

—¿Cómo dices?

—Que todavía recuerdas mis gustos musicales. —Sonríe.

—Claro que me acuerdo. Siéntate a la mesa —Señala con el dedo índice—, yo me encargo de todo.

Obedezco.

Me siento tarareando la canción «Mi héroe» que suena de fondo, con una especie de euforia o inquietud, no sé qué palabra lo define mejor en mi pecho.

Un brazo por delante de mí me sobresalta, deja el plato con una ensalada que tiene una pinta estupenda.

—Cantas muy bien. Casi había olvidado la melodía de tú voz. —Sonrío.

—¡Eres un mentiroso!

—No, que va... antes te gustaba cantarme.

—Era una niña.

—Una niña con una voz dulce y bonita. —Se sienta frente a mí después de dejar su plato sobre la mesa. Saca la botella y la abre con maestría—. ¿Una copa?

—No bebo alcohol, ¿recuerdas? —respondo mirándolo fijamente al mar de sus ojos.

—Te has vuelto una aburrida —mis ojos se abren como platos—, además, perdiste la apuesta —dice con una sonrisa burlona en la cara mientras se pasa la mano por la espesa barba.

—La apuesta era una cerveza, no una copa de vino —espeto inclinando mi cuerpo hacia adelante para tenerlo más cerca. No contesta, agarra mi copa y la llena un poco menos de la mitad.

—Vale, pero Pruébalo al menos. Es de la viña de un amigo de la familia. Está buenísimo. —Mi boca se convierte en un piñón meditando si hacerle caso o no, solo para fastidiarlo un poco. Al final accedo.

—Está bien, ¡solo un sorbo! —Alzo la copa para brindar con él.

—Por esta noche —murmura mirándome fijamente. Asiento. Ambos nos llevamos la copa a los labios.

Reconozco que está bueno, es un vino tinto muy suave que a un trozo de carne le quedaría muy bien a pesar de no ser muy entendida en vinos. Hugo lo remueve en su copa, lo olfatea y lo lleva a su boca donde lo paladea y pasa por todos los recovecos antes de tragar. Vendito vino. Me enfado conmigo

misma por pensar en ello. Desde que estoy aquí, mi mente está turbada y me importa menos que Cristhian no se haya presentado.

—Háblame de ti, Dani. De tu vida, de tu mundo...

—No hay mucho que contar —aliño mi ensalada mezclándolo todo con la ayuda del cuchillo y el tenedor—. Trabajo de lunes a viernes en una sucursal bancaria. Cuando salgo, voy al gimnasio cada día sin excepción y después, normalmente estoy con Cristhian un rato.

—¿Por qué no vivís juntos? —Me encojo de hombros—. Perdona que me meta, pero si estuvieras conmigo, quisiera despertarme a tu lado todos los días de mi vida.

Y lo suelta así, como si nada, dejándome completamente noqueada.

—¡Te has puesto roja!

—No ¡claro que no! —Una carcajada sale de su pecho.

—Claro que sí —responde asintiendo con la cabeza.

—Supongo que no hemos llegado a ese punto. Él tiene su piso y yo el mío. La verdad es que me encanta mi independencia. —Agarra la copa y la suspende en el aire.

—¿Lleváis juntos mucho tiempo? —Asiento.

—Cinco años.

Su boca se convierte en una O y emite todo un silbido.

—Eso es mucho tiempo para no haber llegado a ese punto.

Se lleva la copa a los labios y le da un sorbo. Yo lo imito casi sin darme cuenta.

—Dejemos de hablar de mí. —Agacho la cabeza, pincho un trozo de lechuga y jamón de pato y me lo llevo a la boca—. ¿Por qué un chico como tú no tiene pareja?

—¿Qué quieres decir con un chico como yo? —dice inclinando su cuerpo hacia adelante y mirándome fijamente a los ojos. Mil mariposas que no deberían estar, vuelan por mi estómago.

—Pues... —esquivo su mirada— un chico trabajador, cariñoso, bueno, simpático, divertido y...

—¿Y? —levanto la cabeza y lo miro a los ojos, no puedo estar un segundo más sin mirarlos.

—Guapo. Muy guapo. —Su sonrisa se ensancha. Se endereza en su asiento y continúa comiendo.

—Con ninguna ha cuajado, supongo.

La cena es muy amena, Hugo se ha esmerado en prepararlo todo a conciencia y no tengo duda que lo ha hecho él. Cuando llega el postre, la mitad de la botella ha caído y no porque haya bebido solo, yo he contribuido a vaciarla, y eso quiere decir que tengo calor. Mucho calor. Me quito la chaqueta y me doy aire con las manos. Antonio sigue cantando esta vez junto a David Bisbal.

Hugo se levanta, me tiende la mano y yo la acepto sin pensarlo demasiado. Su salón es espacioso y no está recargado de muebles, lo que nos permite movernos con facilidad por el salón mientras bailamos la balada que los dos cantantes nos regalan en este momento.

Agarra mis brazos y, mirándome fijamente a los ojos, lo que hace que por un momento se me corte la respiración, se los lleva al cuello. Rodea mi cintura con los suyos, colocando las manos cuidadosamente, para que no toquen nada que no deben. Apoyo la cabeza en su hombro y allí, siento una tranquilidad pasmosa. Cierro los ojos dejándome llevar mientras Antonio sigue cantando en susurros y yo, me muevo cómodamente entre los brazos de Hugo.

Quien lo iba a decir.

—Jamás pensé que algún día te tendría entre mis brazos, bailando — murmura en un susurro en mi oído. Enderezo la cabeza y lo miro a los ojos que están a unos pocos centímetros de los míos.

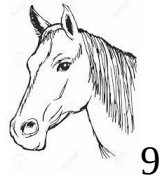
Se acerca un poco más, mi corazón late desbocado con su cercanía. Sus ojos van de los míos a mi boca, se muerde el labio y mis labios inferiores se encogen por la sensación que me provoca. Estoy achispada y no pienso demasiado bien. Su boca se acerca a la mía lentamente y lo veo acercarse sin poder hacer nada por evitarlo. Sus labios rozan los míos, cálidos, suaves y tiernos. Un suspiro se escapa de mi pecho cerrando los ojos. Su boca se acerca de nuevo a la mía y es entonces, cuando algo de cordura llega a mi cerebro para separarme antes de que sus labios vuelvan a rozar los míos.

—No puedo, lo siento...

—No pasa nada —acaricia mi rostro con su dedo pulgar—, no he podido evitarlo. Tenerte aquí después de tanto tiempo es como un sueño, Dani.

—Hugo, tengo pareja, ya lo sabes. —Sus ojos no se apagan, siguen mirándome fijamente.

—Lo sé. —Asiente—. Pero dicen que en el amor y en la guerra todo vale.



HUGO

La he besado, he notado sus labios gruesos entre los míos y, Dios... que bien saben. Mucho mejor de lo que esperaba. Sus ojos me lo estaban pidiendo. Miraban mis ojos con ternura y de ahí se han ido a mi boca, he mordido mi labio y su cuerpo se ha estremecido entre los míos. Así que no he podido evitarlo.

—No me lo pongas difícil, por favor —dice mirándome con cierta distancia.

—Eso no te lo puedo prometer, Dani. Tendrás que marcharte o dejar de verme si no quieres que lo siga intentando.

—No puedo hacerlo—contesta mirándome fijamente.

—¿Por qué?

Hemos parado de bailar, continuamos abrazados en medio del salón mientras Antonio sigue cantando para nosotros.

—Porque en realidad, te he echado mucho de menos sin saberlo. No puedo estar aquí y no verte.

—Tú abuela se encuentra bien. —Agacha la cabeza esquivando mi mirada. Miro mi reloj, son las doce—. Será mejor que nos vayamos. —Asiente.

Recogemos la mesa antes de salir de casa y aunque ella se ha ofrecido a dejar la cocina en orden, le he prohibido tocar nada. No quiero que se manche el vestido, es blanco y le queda precioso.

—No te dejes la cazadora. —Se la tiendo y se la coloca bajo mi atenta mirada.

—Ni el sombrero.—Lo agarra con una mano y se lo coloca.

La fiesta se encuentra en el otro extremo del pueblo, a la entrada. Hay montada una gran carpa abierta; fuera barriles hacen de mesa y la gente a su alrededor toma bebidas mientras charlan y ríen unos con otros. Es una fiesta vaquera y el ambiente es como tal. Balas de paja se encuentran dentro de la carpa haciendo de banco para la gente más reservada que no se atreve a bailar. En un extremo se encuentra un toro mecánico que resulta bastante divertido cuando las cervezas han empezado a hacer mella, intentado no salir despedido del dichoso cacharro.

Entramos ya habiendo bastante ambiente. En la barra nos encontramos con Héctor que no desaprovecha el momento para tirarle la caña a la camarera. Tiene el codo apoyado sobre la barra y la cabeza en la mano, con una sonrisa de medio lado y la camisa de cuadros que lleva entreabierta. La camarera lo mira pestañeando varias veces y no me cabe ninguna duda, esta noche Héctor se marchará acompañado a casa.

—¿Tú no eres de aquí, verdad?—le escucho al llegar a su lado.

Palmeo su hombro y se gira sonriente, no se había percatado de nuestra presencia.

—¡Buenas! —saluda chocando mi mano con la suya. Detiene su mirada en Dani—. Pero bueno... —la mira de arriba abajo— ¿Quién es esta chica de pueblo tan guapa? —Sus ojos acarician su piel creando en mí una sensación de malestar y, por lo visto a la camarera también porque se marcha.

—Disculpa —llamo la atención de ella para que no se marche—, ponme una caña —asiente— Daniela tú otra, ¿verdad?

—No, yo no quiero nada.

—La apuesta —La señalo con el dedo y las cejas arqueadas.

—Ya he pagado mi apuesta —responde sonriendo.

—La apuesta era una cerveza —digo burlón—. Pon otra para ella —pido sin hacerle mucho caso a Dani.

—¡Eso es trampa! —Se queja—. Hola, Héctor. Perdona, que este tonto me ha entretenido. —Se acerca y le da un beso en cada mejilla.

La camarera trae nuestras cañas bastante más seria de lo que estaba cuando hemos llegado, pero Héctor le guiña un ojo y vuelve a sonreír instantáneamente.

—¿Otro brindis?

—¿Pretendes emborracharme, Hugo? —Una carcajada sale de mi pecho.

—¿Por qué no? —pregunto ladeando la cabeza—. ¡Salud! —Chocan

nuestras copas y bebemos de ella. Dani hace una mueca de asco al acabar.

—¡Esto está asqueroso!—Hace una mueca con los labios y cara de asco.

—Después de cinco ya no la encontrarás tan mala —dice Héctor guiñándole un ojo.

Mientras charlamos los tres y Héctor le tira la caña a Dani más de lo que me gustaría, llegan Lucas y Susana, que no trae muy buena cara y, cuando ve a Dani peor todavía. Resopla y niega con la cabeza. No entiendo su comportamiento hacia Daniela, nunca le ha gustado, es cierto, pero ahora parece que su sola presencia le molesta.

—¡Buenas, cabrones! —Agarra nuestros hombros con fuerza situándose entre medio de los dos.

—Cabrón tú, desgraciado —responde Héctor riendo. Son como dos niños a pesar de la edad.

—Hola, Daniela —dice mirándola con lascivia, y eso sí que me ha molestado.

—Hola —responde seca.

Susana no se molesta en saludarla, saluda a Héctor dándole dos besos y dos más a mí, cuando llega el turno de Dani se la salta.

—Si no os importa, voy con las chicas —dice Susana señalando algunas chicas que son amigas desde niñas.

—Claro, no te alejes —responde Lucas.

—Joder, ni que fuera una niña.

—No te metas Héctor. —Lo señala con el dedo—. Es mi mujer, es cosa mía.

—Vale, vale... no te cabrees.

—Claro, los hombres como tú piensan que las mujeres son de su propiedad —se entromete Dani llena de rabia. Lucas se gira a mirarla con una sonrisa de medio lado negando con la cabeza a la vez que emite un sonido con su garganta.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro, chata?

—¿Chata? —Arquea las cejas cabreada y se señala.

—Sí, ¡chata!

Me pongo en medio de ambos. No quiero que la sangre llegue al río. Lucas es buena persona, siempre ha estado cuando lo he necesitado, pero es muy temperamental y no quiero que se enzarcen en una discusión. Por otra parte, Dani tiene muy mal carácter y es capaz de darle una bofetada; a pesar

del tiempo, la conozco perfectamente.

—¡Haya paz!

Para mi suerte Júls se acerca a nosotros entusiasmada, sonriendo y con los brazos abiertos donde acoge a Dani.

—¡Daniiiiii! —Le da un beso en la mejilla—. ¡Qué alegría que te hayas animado a venir!

Lucas se separa y se acerca a la barra donde llama la atención de la camarera silbando con dos dedos, y yo puedo suspirar de alivio. Las dejo charlando tranquilamente. Me acerco a la barra.

—No me gusta —dice sin mirarme— y no quiero que se meta en mis cosas, Hugo. Mantenla atada en corto. —Gira la cabeza para mirarme. Lleva los laterales de la cabeza muy rapados, casi afeitados, dándole un aspecto bastante bárbaro.

—No le hagas tanto caso. —Sonríe de medio lado.

—Haz lo que te digo, Hugo. No sé porque te gusta tanto esta niña pija. No te valora, ni a ti ni a nadie aquí. Se cree superior.

—¡Eso no es cierto! —Gira su cuerpo y me mira.

—Claro que lo es. ¿Si no por qué no ha venido en todo este tiempo? —Niega con la cabeza y agarrando el vaso de tubo que ha traído la camarera con vodka y le echa la limonada—. Siempre has perdido el culo por ella.

—Esta vez no voy a dejar que se vaya —digo muy seguro. Toca mi hombro mientras se carcajea de mí y no me gusta un pelo.

—Ya la escuchaste el otro día. Un niño rico calienta su cama mientras tú te pajeas pensando en ella.

—A veces puedes ser un gilipollas con todas las letras.

Lo dejo allí, solo mientras se bebe su cubata y charla con la camarera. Me acerco a Héctor que charla con más gente y, al ponerme a su lado, veo lo que mira. Dani está en la pista de baile, bailando y riendo con Júls y algunas chicas más. Sonríe plenamente mientras intenta aprenderse un baile vaquero riendo como una niña. Está preciosa

—¿Te gusta? —pregunto sin mirarlo. Héctor gira la cabeza y me mira.

—Es muy guapa, sin duda.

—No es lo que te he preguntado.

—¿Y a ti? —Pregunta arqueando una ceja.

—Sí —respondo seguro de mí mismo—. Ya lo sabes, de toda la vida.

—Entonces no hay más que hablar. Por mí no tienes que preocuparte —

Agarra mi hombro entre sus manos—, pero ves con cuidado, tiene pareja, no lo olvides. —Asiento.

Dani se acerca junto con Júls y se van derechas a la barra donde piden otra cerveza y yo alucino, porque pensé que no se acabaría ni a la que la he invitado yo. Me acerco a ella desde atrás.

—Creía que tú no bebías...

—¡Aaaah...! —Se lleva una mano al pecho—. Me has asustado, tonto... —Se gira, me mira a los ojos y pasa una mano por mi barba suavemente sin apartar sus ojos de los míos—. Un día es un día. —Sonrío porque no sé el porqué, pero me ha parecido que es frase iba con doble sentido.

—Hay cosas que es mejor no tomar por un solo día, porque luego uno quiere más y más.

—Puede ser que tengas razón.

Héctor se acerca a nosotros rompiendo la intimidad del momento.

—Venga, una de toro mecánico. —Dani lo mira sin entender—. Todos pasamos por él, quien caiga antes invita a una ronda de chupitos para todos.

—¡Vale! —responde muy segura de sí misma.

Susana nos ve dirigiernos hacia el toro, mira a Dani y me mira a mí. Sonríe y se acerca echando su pelo hacia su lado derecho con la mano.

—¿Dónde vais, Hugo?

—Una ronda de toro mecánico.

—Me apunto —dice andando a mi lado sin mirar siquiera a Dani. Se asoma, la mira y empieza a hablar con una mueca en la cara—. No me digas que la pija esta también va a participar...

—La pija esta tiene nombre —arguye Dani seriamente—. ¿Acaso crees que no puedo?

—No lo creo, lo sé. —Se desafían con la mirada—. Te puedo ganar con los ojos cerrados.

—Lo veremos. —De la boca de Susana sale una carcajada.

—¡Será divertido!

Susana nos deja atrás y se va con Héctor que está delante nuestro charlando con Júls, su mejor amiga desde la infancia. Se quieren como si fueran hermanos.

Cuando llegamos al toro, Sebas, el marido de Júls, está encima vestido de vaquero; sombrero incluido.

—Yiiiiijaaaaaaa.... —dice con una mano al aire. Todos reímos—. Cariño,

esto va por ti —dice mirando a Júls que ríe al verlo.

Pero después de lanzarle un beso cae estrepitosamente a la colchoneta que lo rodea para evitar accidentes mayores. Júls se acerca a él, que le ha entrado un ataque de risa y no puede parar, se acerca y le da un beso en los labios, la agarra de la cintura y la tira a la colchoneta con él.

Todos aplaudimos, vitoreamos y silbamos a los enamorados; son envidiables ya que llevan el uno junto al otro, catorce años y siguen tan enamorados como el primer día. Se levantan haciendo una reverencia y riendo abiertamente.

—Ahora Dani —pide Susana cruzada de brazos y con una sonrisa burlona en los labios.

Dani no contesta, se quita la cazadora vaquera y las botas, me lo entrega todo decidida a subirse al cacharro sin dudar. Sube y se agarra imagino que con fuerza. Héctor mira su reloj y prepara el cronometro. Levanta la mano y le hace una seña al hombre que lleva los mandos de la máquina. El toro empieza moverse, lentamente al principio, cogiendo ritmo después. Dani se mueve de momento con soltura encima de él y sonriendo. Mira a Susana y levanta una mano arqueando una ceja con algo de chulería, que poco imagina lo que le espera.

Susana le devuelve la sonrisa burlona y le pide al hombre que le empiece a dar caña con un movimiento de su dedo índice haciendo círculos. El toro cada vez va más rápido y Dani se tiene que agarrar con ambas manos para no caer; la ha pillado por sorpresa y se ha borrado de su cara todo rastro de sonrisa mientras Susana disfruta del espectáculo.

Se agarra con fuerza, incluso con las piernas hace fuerza, pero el toro va demasiado rápido y le da unas sacudidas que dudo pueda aguantar mucho más. Cae de un lado, quedando suspendida casi en el aire mientras se resiste a caer del todo, pero una última sacudida hace el trabajo y cae sin remedio.

Se recoloca el vestido y baja de la colchoneta. Susana se acerca a ella y le dice al pasar por su lado:

—Cincuenta miserables segundos.

—A ver lo que aguantas tú, lista.

—Tengo el récord de tiempo en esta fiesta durante los cinco últimos años seguidos —dice con chulería.

Y así es, Susana aguanta sobre el toro cinco largos minutos con elegancia y bastante arrogancia también para mi gusto. Al bajar pasa por su lado y

chasquea los dedos. Se va hacia la barra dejando a Dani bastante cabreada mirándola con el entrecejo fruncido. Empieza a andar a paso decidido tras ella sin saber muy bien que pretende. No me meto, pero voy a observarlas de cerca sin que me vean, no me gustaría que acabara con su precioso rostro magullado; Susana es una gata.

—¿Se puede saber por qué me odias tanto? —le pregunta Dani tocándole el hombro. Ella suspira con asco.

—Porque me has jodido la vida —responde muy seria mirándola a los ojos.

—¿Yo? —pregunta Dani señalándose sin creer su respuesta.

—¡Sí, tú! Siempre venías con tu cara bonita, alardeando de tus cosas en la ciudad, para ti nunca hemos sido suficiente, ni siquiera Hugo.

—¿Qué dices...? —Tiene una ceja arqueada y una mueca en los labios—. Yo siempre he querido mucho a Hugo.

—No, eso no es cierto. Él bebía los vientos por ti y tú solo lo utilizabas. Te sabía a poco. Yo siempre he estado enamorada de él ¿sabes? Pero estando tú yo no existía.

—No es mi culpa, Susana. Me marché, podrías haberlo intentado...

—No te acuerdas de nada, porque todo esto para ti no significaba nada. —Dani se sienta en un taburete.

—Estoy intentando comprenderte, pero necesito que me ayudes. —Deja sus manos suspendidas en el aire.

—¡Un poco corta sí eres! —Dani intenta contestar pero Susana alza una mano y la interrumpe, y yo, no puedo dar crédito a todo lo que estoy escuchando—. El último verano que estuviste aquí, yo estaba perdidamente enamorada de Hugo, pero no me hacía caso y empecé a salir con Lucas. —Agacha la cabeza—. Dicen que un clavo saca otro clavo y Lucas llevaba todo el verano tras de mí... así que al final le dije que sí.

—¿Por qué no lo has dejado nunca?

—Quise hacerlo, quise dejarlo en cuanto te marchaste. Pensé que tenía al menos tres meses de margen hasta que volvieras. Tres meses para hacer que Hugo se fijara en mí. Pero tuve un retraso —la boca de Dani se abre—, sí, estaba embarazada y Lucas lo supo enseguida, así que no me quedó más remedio que seguir con él.

—Podrías haber criado a tu hijo sola antes que con un bruto así. —Susana chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Solo tenía diecisiete años, Daniela. No todo el mundo ha tenido las cosas tan fáciles como tú en la vida.

—Entiendo lo que sientes, pero no es mi culpa, Susana, no puedes culparme a mí de que tu vida no sea fácil.

—Pues ya me dirás a quién culpo, no tendrías que haber venido nunca aquí. Solo puedo sentir asco cuando te veo y recordar porqué no soy feliz.

Dani no contesta, se va seria y a paso decidido. Me busca con la mirada de un lado a otro. Me acerco a ella desde atrás y le paso un brazo por el hombro. Al verme su rostro se relaja y me abraza mientras mira a Susana, la conozco muy bien.

—¿Lo has escuchado todo? —Asiento.

El resto de la noche no se encuentran ninguna de las dos. Ambas mantienen la distancia y yo me alivio. Apenas puedo creer que todo lo que ha dicho sea cierto, nunca noté nada.

Dani está bebiendo más de lo que creía. Ríe y baila sin parar y yo parece que esté hipnotizado mirándola, no tengo ojos para nadie más. A las cuatro creo que la noche ha tocado su fin; Júls y Dani han permanecido toda la noche juntas riendo sin parar. Parecen más dos adolescentes que dos mujeres hechas y derechas.

—Dani, vamos que te llevo a casa. —Me mira con una ceja arqueada—. Júls, Sebas te está buscando como un loco. —Asiente y se va.

—No quiero irmeeee.... —dice riendo.

No le hago caso, agarro su brazo para pasármelo por los hombros y la llevo casi a cuestas. Abro la puerta del coche y la meto dentro. Me mira sonriendo, está agotada, apuesto a que no suele salir muy a menudo de noche.

—Hugo —la miro—, llévame a tu casa. —Arqueo una ceja—. Quiero ver las estrellas desde tú cama. Me lo prometiste. —Beso su frente y cierro la puerta.

No lo pienso demasiado, arranco el coche y me pongo en marcha hacia mi casa. La ayudo a bajar del coche y a subir las escaleras que conducen a mi habitación. Sonríe al llegar, se quita las botas y se tumba en la cama mirando hacia la claraboya que deja ver las bonitas estrellas.

Suspira y se rasca un ojo sin recordar que está maquillada, así que cuando me mira, parece un mapache, pero aun así, sigue estando preciosa.

—¿Quieres ponerte algo más cómodo? —Asiente. Rebusco en un cajón de mi armario y le tiendo una camiseta.

Desaparece dentro del cuarto de baño de la habitación. Cuando sale, mi respiración se corta. Se ha descalzado, limpiado su ojo negro y la camiseta le llega justo por debajo del culo. Algo dentro de mi pantalón empieza a crecer y unas hormigas corren por la parte baja del abdomen. Está preciosa.

Se tumba de nuevo en la cama y con su mano me hace una seña para que me acerque a ella.

—Ahora voy.

Cojo el pantalón del pijama y me lo coloco también en el cuarto de baño dejando mi pecho al descubierto.

Al salir, ella está enderezada en la cama, mirándome fijamente esperando que la acompañe. Me acerco a paso decidido y me tumbo a su lado poniendo los brazos bajo la nuca. Dani apoya su cabeza en mi pecho y mira las estrellas en silencio mientras yo acaricio su pelo. No puedo imaginar un momento más íntimo y mejor entre los dos. Bueno sí, pero es mejor no pensarlo demasiado.

Pasados diez largos minutos llenos de un silencio nada incomodo, se gira, me mira fijamente y acaricia nuevamente mi barba produciendo un hormigueo por allí donde su mano pasa. Se acerca y roza mis labios con los suyos. Yo los acepto, los saboreo con calma y absorbo el gusto y olor que desprenden. Mi mano va derecha hacia su nuca y la entierro entre su pelo sedoso y oscuro.

Se separa un segundo, abre su boca y se acerca de nuevo metiendo su lengua en mi boca, arrasándolo todo con ella. Mis sentidos se nublan por un momento y nuestra respiración se descontrola, pero entonces recuerdo lo que ha pasado justo antes de marcharnos al baile, y como me ha parado recordándome que tiene pareja, y entiendo, que no está en plenas facultades de sus actos. Y a pesar de lo poco que me apetece, la paro.

—Dani —no me hace caso y estoy tentado a no pararla, pero no puedo hacerlo—, Dani, para por favor. —Se separa unos centímetros.

—No... ¿no te gusta? —Se recoloca el pelo tras la oreja.

—Claro que me gusta, de hecho, me encanta. Pero tú has bebido, así no quiero que sea. —Se acerca de nuevo, se pone a horcajadas obre mí.

—Esto es lo que quiero.

Mi bulto crece considerablemente al notar su abertura encima de mí, mi respiración es entrecortada y su lengua no deja de jugar con la mía. Sus manos rodean mis mejillas, sus caderas empiezan a moverse sobre mí y creo que en cualquier momento voy a volverme loco, pero no puedo, esto no está

bien. Así que me separo de ella, agarro sus brazos y la obligo a parar.

—Dani, no quiero que después te arrepientas. Esto es lo que más me apetece en el mundo, pero no así. No en estas condiciones.

La agarro entre mis brazos y la coloco a mi lado; no vuelve a pronunciar palabra. Se gira y yo me acoplo a ella mientras acaricio su pelo y lo enredo entre mis dedos.

—Buenas noches, Dani. —Beso su mejilla.

—Buenas noches...



Los rayos del sol entran desde el techo y tocan mis ojos, los entreabro y los froto con el puño. No reconozco el dormitorio y me asusto al girarme y encontrar a mi lado durmiendo plácidamente a Hugo, con el pecho descubierto. Lo miro y me miro, no llevo pantalón, pero las bragas están en su sitio. Suspiro de alivio, aunque sin recordar muy bien como acabé anoche en su cama.

—Buenos días —alza sus brazos y se despereza—, ¿has dormido bien?

—Sí —digo escueta analizando la situación. Carraspeo como siempre que estoy nerviosa.

—Puedes estar tranquila —me da un beso en la mejilla—, no ha pasado nada.

—¿Seguro? —Pregunto alzando una ceja—. Odio no saber lo que ha pasado ¡por eso no bebo nunca!

—Yo no te obligué a nada —se levanta de la cama y se gira guiñándome un ojo—, que conste. Júls y tú estabais muy animadas.

Toco mi cabeza, me duele, estoy desubicada y no recuerdo mucho lo que pasó.

Hugo se pone una camiseta para taparse el pecho mientras me mira con una tranquilidad pasmosa. Entra en el cuarto de baño y cierra la puerta. Me levanto y recojo mis cosas para entrar a vestirme cuando él salga. En el móvil tengo tres llamadas perdidas de Cristhian y me extraña, pero lo llamaré más tarde, cuando esté en casa. Miro el reloj de mi muñeca que marca las doce. Me llevo una mano a la frente negando con pesar; mis abuelos deben estar preocupados o pensando cosas que no son.

—¿Te preparo café? —pregunta al salir. Se acerca a mí y recoloca un

mechón de pelo que tapa mi rostro.

—Te pedí yo que me trajeras aquí, ¿verdad? —Asiente—. ¿Por qué no pasó nada?

—Porque horas antes, cuando te besé, me paraste. Hubiera sido como aprovecharme de ti. —Me mira fijamente a los ojos sentándose a mi lado—. No te voy a negar que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no pasara nada, pero así no lo quiero, Dani.

—¡Qué vergüenza! —Me tapo la cara con las manos. Él las aparta para mirarme.

—No tienes porqué. —Me da un beso en la frente—. Vístete, te preparo algo de almuerzo.

—Gracias.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla rozando con la mano su espesa barba que raspa bajo el tacto de mi piel produciendo un cosquilleo en mi interior.

Sale del dormitorio y yo me quedo allí, sola, suspirando, y pensando que me estoy metiendo yo solita en un lío tremendo, del que no sé cómo saldré. Hugo parece el hombre perfecto, o al menos, el perfecto... para mí.

Hugo me lleva a casa como si no hubiera pasado nada entre los dos, y lo agradezco, porque lo último que quiero es estropear nuestra amistad por una borrachera, me he dado cuenta cuanto me importa y no quiero volver a perderlo.

—¿Entras en casa? —Abro la puerta y lo miro mientras asiente con una sonrisa en los labios.

Esta mañana está muy guapo, bueno, como de costumbre. Hugo con los años ha ganado, es como el buen vino. Lleva una camiseta de manga corta gris marengo y cuello de pico, un vaquero ceñido que le sienta francamente bien y unas Converse. Rodea el coche y se acerca hasta mí, pasa un brazo por mis hombros y entramos en casa charlando y riendo.

—Tendrías que haberte visto la cara cuando caíste del toro mecánico. — Una carcajada sale de mi pecho mirándolo casi embobada.

—Espero que no hicieras fotos...

—Yo no, pero Héctor... no puedo prometerte nada.

—Hola, Daniela.

Esa voz hace que pare en seco y con un nudo en el estómago giro la cabeza. Allí, sentado en el antiguo sofá de mis abuelos, está Cristhian junto

con mi yaya y mi abuelo. Automáticamente me suelto del agarre de Hugo y doy dos pasos hacia delante. Él se levanta y se acerca; como siempre lleva uno de sus trajes de corbata, tan sofisticado y clásico. La barba la lleva muy bien cuidada, la repasa cada día cuando se levanta y el pelo en perfecto orden.

Creo que ha ganado color desde la última vez que lo vi; me mira de arriba abajo y después a Hugo con una ceja levantada. Toma mi mano y se acerca con confianza a darme un beso.

—¡Qué sorpresa, Cristhian!

—Ya ves, no podía estar un solo día más sin ver a mi chica. —Mira a Hugo marcando territorio—. Le decía a tu abuela que la encuentro muy bien, pronto podrás volver a casa. Está muy guapa, doña María.

—Gracias.

—¿Y él es...? —Le tiende la mano.

—Hugo, un amigo de la infancia. —Puedo observar que el apretón es contundente, por parte de los dos.

—Cristhian, su pareja. —enfatisa en la palabra.

—Bueno, será mejor que me vaya, no quisiera molestar en un momento familiar.

—Tú no molestas, hijo —responde a toda prisa mi abuelo que parece que la situación le divierte.

—Tengo faena con los caballos, pero gracias —asiente con la cabeza—. Nos vemos otro día, Dani. —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—¿Dani? —Pregunta Cristhian frunciendo el ceño—. Qué ordinario, ¡con el nombre tan sobrio que tienes! —Lo miro sin saber muy bien qué decir—. Daniela es precioso. —Agarra mi cintura y me acerca a él.

—Ya, bueno... Dani es un apelativo cariñoso.

—Pues creo que no deberías tomarte tantas confianzas y recordar que está ocupada —Hugo ríe abiertamente.

—Cristhian, creo que te estás pasando.

—No soy yo el que se toma libertades con la pareja de otro —responde con su cara de chulería habitual.

—Lo dicho, Dani, nos vemos otro día. —Me suelto del brazo de Cristhian.

—Claro, espera que te acompañe a la puerta. —Le lanzo una mirada de reproche a Cristhian.

Salgo bajo la atenta mirada de Cristhian, que ha dejado claro desde el

principio lo poco que le agrada Hugo. Abro la puerta y ambos salimos un segundo.

—Siento lo que ha pasado —pasa una mano por mi rostro dejando una suave caricia—, a veces puede ser un poco capullo.

—No te preocupes, en el fondo lo entiendo —alzo las cejas sin comprender—, yo alejaría cualquier moscardón de tu alrededor. —Besa mi mejilla y se escapa un suspiro de mi boca. Él sonrío—. ¿Sabes lo bueno de todo esto? —Niego—. Que así me lo pone más fácil a mí. Es un capullo; te mereces algo mejor.

—Hugo... —Pone un dedo en mis labios sin dejar que continúe hablando.

—Sshh... no te preocupes por nada. —Besa de nuevo mi mejilla y pasa el pulgar por ella mientras mantengo los ojos cerrados y acaricia mis labios—. Nos vemos, ¿vale?

—Claro.

Se da la vuelta y se marcha a paso ligero. Entra en el coche bajo mi atenta mirada, no he sido capaz de quitarle el ojo de encima, entra y sonrío, arranca y se va. Mi cabeza es un auténtico caos.

Entro de nuevo en la casa donde permanecen los tres en silencio. Un silencio incomodo que además, no me apetece rellenar delante de mis abuelos. Solo les daría la razón con respecto a Cristhian.

—Yaya, voy a dar una vuelta por los alrededores con Cristhian, ¿os importa?

—No, hija. Enséñale lo bonito que es todo esto. —Asiento sonriendo.

—¿Vamos? —Se levanta en silencio y me sigue hasta el exterior.

—Por cierto —empieza a hablar al salir de la casa— ¿de qué vas disfrazada? —Me miro de arriba abajo.

—Pues a mí me gusta. ¿Qué haces aquí, Cristhian?

—Ya te lo he dicho. —Toma mi mano mientras damos un breve paseo, él no va muy adecuado para el territorio.

—¿Te lo ha dicho mi padre, verdad? —Arruga el entrecejo y niega.

—¿No puedo echar de menos a mi pareja?

—Mmmm... teniendo en cuenta la cantidad de veces que lo hemos hablado y te has negado en banda —lo miro—, es poco probable.

El sol brilla en lo alto del cielo, no hay una sola nube y ni siquiera corre una leve brisa. Está siendo un mayo muy caluroso. Caminamos por un pequeño camino que va hacia la montaña, lleno de flores silvestres de

distintos colores y mariposas volando a nuestro alrededor.

—Vale, ¡lo reconozco! —se para y me mira de frente— tu padre me dijo que no me fiara de un chico de aquí y no se equivocó. —Mi mano derecha se va a mi cintura y se pone en jarra—. No me gusta las libertades que se toma y mucho menos como te mira, Daniela.

—Solo es un amigo, Cristhian —respondo de mal humor—. No significa nada —miento.

—Pues si no significa nada, preferiría que lo dejaras de ver —dice muy seriamente. Y sé que lo está diciendo completamente en serio. Sonrío de medio lado y reniego con la cabeza.

—Tú te has vuelto loco, ¿verdad? —niega—. Desde cuando crees que puedes darme órdenes, ¿con qué derecho?

—Soy tu pareja, Daniela, creo que algo de derecho sobre ti sí tengo.

—Exacto, soy tu pareja, no tu objeto. Quiero dejar una cosa clara, Cristhian —lo miro muy seria a los ojos—, no puedes prohibirme nada, tengo voz y voto sobre mi misma. ¿Entendido?

—A veces eres una cabezota muy terca. Por suerte pronto no tendrás que volver, tú abuela se encuentra bien, puedes volver a Barcelona y acabar de pasar las vacaciones conmigo.

Se acerca a mí, tira de mi cintura y me acerca a él de modo que no cabe un alfiler entre ambos. Me agarra del culo y la nuca y hunde su lengua en mi boca de forma profunda y yo me dejo hacer. Necesito recordar el sabor de sus labios, el tacto de sus caricias y olvidar otros besos menos ardientes pero que han dejado más huella.

—Solo queda una semana aquí, Cristhian. —Lo miro desde abajo, agarrada a su cuello—. Quizás no lo entiendas, pero he echado de menos todo esto —muevo mi mano alrededor—, a mis abuelos. Voy a quedarme.

—Está bien —asiente—, siento mi comportamiento —niega con la cabeza—, no sé lo que me ha pasado, me he puesto celoso —reconoce. Sonrío y le doy un rápido beso en los labios.

—¿Te quedas a dormir? —sonríe y niega.

—No, mañana tengo una partida de golf con tu padre.

—Claro —asiento—, dale recuerdos de mi parte.

Paseamos agarrados de la mano y en silencio hasta llegar al pueblo. Sé muy bien que no le gusta nada estar aquí y que si ha venido, desde luego es porque ha pensado que lo nuestro podía estar en serio peligro. Mi madre

llama a menudo, suele llamar por la tarde, cuando mi abuela se levanta de la siesta y yo no he regresado. Imagino que la ha puesto al día de mis salidas con Hugo y esta a mi padre, y este, por supuesto, a Cristhian.

Cristhian nos invita a comer en el pueblo; hay un restaurante especializado en carnes a la brasa y aunque le he dicho que mis abuelos no comen muy bien la carne, no me ha escuchado y nos ha llevado. Acabada la comida nos lleva a casa de nuevo y prácticamente una hora después se marcha no antes sin pedirme un millón de veces que me vaya con él.

—Nena, te echo de menos. Apenas nos hemos visto en los últimos diez días y tus abuelos están bien. —Intenta camelarme mordisqueando el lóbulo de mi oído en la puerta de la casa—. Mis sábanas te echan de menos —susurra.

—Yo también te echo de menos, pero cuando me vaya me tendrás siempre. Aquí apenas vengo. No insistas más, por favor.

—Está bien —alza las manos—, he hecho todo lo que está en mi mano, si no quieres estar conmigo... —su cara es la de un animalillo desprotegido. Al final, ha conseguido hacerme reír.

—Vete, anda...

Me da un beso en los labios, se va, y no sé muy bien si lo que siento es alivio. Entro en casa, mi abuela está sentada en el sillón gris oscuro mirando una telenovela. Me mira y sonrío.

—¿Qué le ves? —pregunta con una sonrisa. Me acerco y me siento en el sillón de al lado.

—Pues... es muy guapo. —Cruzo las piernas y apoyo la cabeza en mi mano derecha que se firma en la pierna.

—De la guapura no se come. Eso se va con los años.

—Cierto —afirmo—, pero además, tenemos gustos afines, no me agobia y respeta mi libertad.

—Eso es porque no te quiere mucho y tú a él tampoco. —Reniega con la cabeza.

—Eso no es cierto, hay muchas maneras de ver las cosas, yaya. —Se endereza en el asiento, apaga el televisor y me mira.

—Cuando encuentras el hombre de tu vida, te falta el aliento cuando lo ves, un cosquilleo recorre tú cuerpo cuando te acaricia y quieres pasar cada noche con él entre tus piernas.

—¡Yaya! —le recrimino.

—Soy mayor, hija, pero no olvides que yo también he tenido tu edad. —
Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Me encanta tenerte aquí —
acaricio su rostro surcado de arrugas de trabajar al sol en sus años buenos —,
tú expresión ha cambiado, es más dulce.

—Gracias, yaya. Os he echado de menos sin darme cuenta.

—Ahora ves a darte una ducha, vístete y vete a ver a Hugo.

—Yaya no hagas de casamentera —murmuro mirándola entrecerrando
los ojos.

—No me hace falta hacerlo, mi niña.

Se recuesta de nuevo en su asiento y enciende el televisor.

Le hago caso, me doy una relajante ducha y me pongo ropa limpia, la
necesito. Me pongo un pantalón beis, cinturón marrón y camisa blanca. Me
calzo las Converse blancas que he tenido que comprar para andar por las
calles de Arrosa y recojo el pelo en una alta y tirante coleta de caballo. Me
miro en el espejo y parece que la imagen que me devuelve es la de otra
persona completamente distinta a la que llegó. Me pongo un colgante largo
que llega por debajo de mi pecho y salgo.

Mi abuela se ha quedado dormida mirando la novela, paso una manta por
encima suyo y le doy un beso en la frente antes de salir.

Me voy a la finca de Hugo, donde espero encontrarlo y no me equivoco.
Hugo está en el establo dando de comer a los caballos.

—Hola. —Se gira, me mira y sonrío.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte. —Deja la pala en el suelo y se acerca.

—No es eso y lo sabes, pero pensé que estando aquí tú novio...

—Ya se ha ido —le aclaro.

Se acerca y me besa la mejilla con afecto, yo también beso la suya y nos
quedamos a un escaso centímetro el uno del otro haciendo que mi estómago
se contraiga.

—Pues sí que es capullo, sí. Creo que no se da cuenta de lo que tiene a su
lado.

—Nuestra relación es así —digo muy segura. Su sonrisa se ensancha y
niega.

—Porque eso no es amor —acaricia mi mejilla y se acerca demasiado a

mí—, ¿qué sientes cuando me acerco? —Pone mi mano en su pecho; noto como su corazón late desbocado, al igual que el mío—. ¿Lo sientes? —Asiento.

—No es amor, Hugo, es el recuerdo de lo que sentías en la adolescencia. —Tuerce la boca, suspira y niega.

—No me digas lo que es o no es; sé lo que siento.

Empezamos a andar uno al lado del otro para salir del establo; al pasar por delante de Calma, asoma la cabeza, resopla y me hace dar un respingo. No lo esperaba.

—¡Qué susto!, ¿Te apetece dar un paseo? —Salimos al exterior. Hugo mira el cielo que se ha oscurecido considerablemente quedando recubierto de un manto de nubes grisáceas.

—Creo que va a llover. —Miro yo también.

—No creo. Me apetece pasear.

La puerta de la casa principal se abre y sale Antonio, el padre de Hugo, que está prácticamente igual que la última vez que lo vi. Es muy alto al igual que su hijo, de espalda ancha y sonrisa bonita. En su tiempo debió de ser un hombre muy atractivo, ahora a pesar de los años, sigue teniendo un punto interesante con la aparición de las canas a ambos lados de su pelo rubio.

—Hola, papá —levanta la mano y sonrío, siempre se han llevado muy bien—. Acabo de cepillar los caballos, dado de comer y limpiado los establos. Puedes descansar.

—Gracias —le da un beso en la mejilla—, pero no tenías que hacerlo todo.

—No es molestia, tengo que cuidar de mi viejo padre —espeto riendo. Su padre le da un capón en toda la nuca.

—Espero que el borrico de mi hijo —me mira— te trate mejor que a mí.

—Yo tengo mano firme —le guiño un ojo sonriendo—, no se preocupe.

—Eso es lo que necesita —continúa hablando—, una mujer que lo ponga firme.

—¡Papá...! —se queja Hugo. Los tres nos echamos a reír.

—Será mejor que me vaya antes de que meta la pata de nuevo —me da un beso en la mejilla—, me alegro de verte, Daniela.

—Igualmente.

Se gira y se marcha dirección a los establos a paso decidido a pesar de lo que le ha dicho Hugo.

Salimos de la finca andando pausadamente, a pesar de que el día se ha oscurecido hace calor y humedad. Ambos estamos algo más callados de lo habitual, pero es que la noche anterior fue intensa y yo tengo un nudo en el pecho que me desconcierta bastante. El camino que seguimos es de tierra, con una barandilla de madera que separa la carretera de la finca y en el borde, pequeñas florecillas blancas adornan el límite del camino.

En diez escasos minutos llegamos a la entrada del pueblo, entramos por el imponente puente de piedra maciza. Lo miro embobada, es un puente precioso; además, siempre me gusta imaginar las historias de las personas que han debido pasar por allí hace siglos. Me apoyo en un extremo del puente y miro al infinito, las vistas son igual de bonitas que el puente.

Hugo se acerca a mi lado, se firma en la piedra y sin mirarme empieza a hablar:

—¿Estás bien? —lo miro mordiéndome el labio. Carraspeo, me pone nerviosa y no soporto ponerme nerviosa.

—No —respondo sin pensar mirando de nuevo hacia la nada— y odio no estarlo. Cuando vine aquí, pensé que esto sería... aburrido. No pensé en ver a nadie. Pero ahora todo se ha complicado.

—¿Por qué? —Se gira de espaldas a las bonitas vistas, se firma en el puente y se cruza de brazos bajo su pecho mirándome.

—Pues... —Reniego con la cabeza sin mirarle—. Porque estás despertando sentimientos en mí que no controlo —me abalanzo a decir— y no controlar las cosas, me pone muy nerviosa. No lo soporto.

—Pero es que las cosas del corazón son así —lo miro—, si todo pudiera estar siempre bajo control, la vida no tendría emoción, ¿no crees?

—No me gusta la emoción, Hugo —explico seria—. Me gusta mi rutina, tener las cosas bajo control y no dejar nada al azar. —Acaricia mi rostro y un hormigueo recorre mi cuerpo. Cierro los ojos y aunque no lo veo, sé perfectamente que está sonriendo.

—Estás encantadora. —Me tiende una mano. La miro dudando si aceptarla o no y finalmente, lo hago—. Me encanta cuando te veo perdida, jamás te había visto así.

Empezamos a andar de nuevo, me concentro en regular la respiración que se me desboca cada vez que me toca de forma más íntima de lo normal; respiro y miro hacia las piedras que conforman el suelo; intento pensar en cosas banales mientras que él, con su mano unida a la mía, la acaricia con el

pulgar. Y pienso en la cantidad de personas que deben haber pisado estas mismas piedras a lo largo de los años. Un suspiro se escapa de mi pecho que no le pasa desapercibido y sonrío.

Nos adentramos en el pueblo, apenas pasa gente por las calles, la mayoría de las tiendas están cerradas y solo pasean algunos turistas, cámara en mano, disparando sus flashes a todo a su alrededor. Las calles son estrechas, las fachadas de las casas y las tiendas de piedra al igual que el suelo, conservando su aspecto original; con sus porticones de madera maciza. Bajamos por una escalera que conduce a la orilla del río que pasa y, mientras bajamos, encontramos rincones preciosos donde hacerte una foto o simplemente sentarte a disfrutar del silencio que este pueblo ofrece.

Al llegar abajo, unos patos se acercan a la orilla esperando algo de comida que no van a tener. Hugo se detiene y me mira agarrándome de los hombros.

—Si te incomoda algo, tienes que decírmelo, Dani. —Permanezco en silencio, con el ruido de fondo del agua corriendo levemente—. Yo tengo la percepción que te gusta, que tengo una oportunidad, y no la quiero dejar escapar... —Muerdo mi labio inferior.

—No es eso —empiezo a decir—, o sí, no lo sé. Claro que me gusta, y ese precisamente es el problema, Hugo, que no quiero que me guste. Tengo pareja y una vida en Barcelona.

—¿Y? —arquea las cejas.

—Pues... —empiezo a andar, dando pequeños círculos y lo miro de nuevo—, imagina que dejo a Crithian —asiente con una sonrisa—, ¿Quién tendría que dejar su vida atrás?

—No te entiendo —paso una mano por mi pelo tirante, yo creo que es más que obvio.

—Yo tengo mi trabajo y mi piso en Barcelona, y tú aquí —suspira—, ¿Quién deja su vida, Hugo?

—Nos lo podemos combinar, Dani. —Niego.

—Temporalmente quizás, pero como siempre has dicho, un día querrás más. Querrás estar todos los días a mi lado, dormir todas las noches abrazados, y por primera vez pienso que a mí también me podría convencer, ¿y entonces qué?, ¿Quién hará el sacrificio?

—Iremos viendo —se acerca y toma mis manos—, estás asustada y te entiendo, pero si no lo probamos, siempre nos quedará esa duda. —Se acerca,

rodea mi cuerpo con sus fuertes brazos y yo me dejo querer, porque estar en sus brazos, es el mejor lugar del mundo. Y eso asusta. Mucho.



HUGO

La tengo entre mis brazos, rodeo su cuerpo y la noto cálida. Mantiene su cabeza apoyada en mi pecho y apuesto a que escucha mi corazón desbocado latir aporreándolo. Una gran gota cae de repente en la punta de mi nariz y sin previo aviso, cae el diluvio universal. Nos separamos, miramos hacia el cielo que está completamente encapotado sin habernos dado cuenta.

Agarro su mano y empezamos a correr por las calles desiertas intentado ponernos a cubierto. Ambos reímos como dos adolescentes. En apenas un minuto, nuestras ropas han quedado empapadas por el aguacero que está cayendo.

Paramos justo en la entrada del puente, bajo el arco en el que se encuentra la verja de enormes puntas arriba, ofreciendo un poco de reparo. La camisa de Dani, se pega extremadamente a su cuerpo, es blanca y se trasparenta bastante. Sus pezones endurecidos imagino que por el frío, me saludan tímidamente e instintivamente, mis ojos se van hacia ellos. La boca se me abre y seca al momento, porque aunque no lo quiera pensar, me encantaría metérmelos en la boca a la vez que sujeto sus pechos entre mis manos. Y con ese involuntario pensamiento, cierta parte de mi cuerpo se despierta y la respiración, se me entrecorta.

—¿Quieres parar de mirarme las tetas?! —una carcajada se escapa de mi pecho y ella vuelve a pegarme.

—Yo no tengo la culpa, eres tú que me vas apuntando. —Se acerca de nuevo con intención de pegarme, pero yo la acojo entre mis brazos y quedamos a unos pocos centímetros.

Pienso en lanzarme, en darle el beso que tanto me apetece, pero me

contengo, hoy no está ebria y quiero ver si ella da el paso. Mira mi boca, alza la vista y mira mis ojos; suspira y agachando de nuevo la vista hasta mis labios, se acerca despacio, como meditando lo que está haciendo. Me acerco un poco para facilitarle el trabajo y el resto se lo dejo a ella. Antes de que me dé cuenta, sus labios están rozando los míos; tiernos y suaves al principio, exigentes y rudos después. Y yo me dejo hacer.

Su mano se enreda en mi pelo, y la mía se posa en su nuca mientras la otra baja despacio por su espalda parándose antes de llegar a su precioso trasero.

—¿Qué estoy haciendo?! —pasa una mano por su pelo mojado.

—Se llama dejarse llevar...

—Parece que no vaya a amainar —dice cambiando de tema mirando a su alrededor. Se separa levemente.

—No estamos tan lejos de mi casa, te puedes secar un poco y luego te llevo —digo mirándola con una ceja arqueada sonriendo para quitarle hierro al asunto.

Me mira con una tímida sonrisa y me sorprende tanto, no parece mi Dani. Le tiendo la mano que acepta sin dudar y empezamos a correr bajo la lluvia. No hay un alma por la calle y la carretera está desierta, un relámpago ilumina el cielo de repente, tronando fuertemente después. Dani grita mientras ríe y se abraza fuerte a mi brazo corriendo.

El camino a casa está hecho un auténtico barrizal, corremos intentando esquivar los charcos que más que charcos parecen piscinas, pero resulta bastante complicado.

—¡Vamos, un último esprín! —digo tirando de su mano.

—El último en llegar invita a una cerveza —me reta soltando la mano y acelerando el ritmo.

Le dejo un poco de ventaja para darle un poco de emoción a la carrera, adelantarla demasiado rápido no sería divertido.

Lleva como cien metros de ventaja y la puedo escuchar reír bajo la lluvia y chillar cuando truena de nuevo. Está a punto de entrar en la finca, y está alegre, parece una adolescente. Doy un esprín fuerte, mis zancadas son mucho mayores que las suyas, así que no me cuesta demasiado ponerme a su altura. Dani me mira con la boca abierta e intenta apretar el ritmo, pero yo también lo hago y no la dejo adelantarme.

Llego primero a la puerta de casa, ella justo detrás. Su respiración está

entrecortada por la carrera, apoya sus manos sobre las rodillas y me mira desde abajo riendo. Parece que le ha dado un ataque de risa, cada vez que me mira, una nueva carcajada sale de su boca. Se endereza y gotas caen sin cesar por su rostro, la miro negando con una sonrisa en mis labios.

Daniela ha llegado a mí para llenarme de vida, para darle color a todo a mi alrededor. Ver la vida de forma distinta. Abro la puerta sin querer mirarla un segundo más o me abalanzaré sobre sus labios carnosos que parece me llaman continuamente. Entramos en casa uno al lado del otro, su risa ha cesado y parece nerviosa de nuevo. Coge un trozo de tela de su camiseta y lo retuerce entre sus dedos; inquieta, nerviosa...

Se acerca a mí, me empuja levemente contra la pared y pasando sus brazos alrededor de mi cuello se lanza a mis labios que reciben los suyos gustosos.

—¿Estás segura? —pregunto en un segundo que separa sus labios de los míos. Asiente.

—¿La vida es esto, no? Dejarse llevar... yo no estoy muy acostumbrada, tú tendrás que guiarme.

—Yo soy un experto, no te preocupes.

Acaricio sus brazos desnudos, está empapada, y su piel erizada y no sé si de frío o de sensación. Acaricio sus labios con los míos; aprisiono su labio inferior entre mis dientes, con delicadeza y suavidad. Un suspiro se escapa de su garganta. Mi pulgar se pasea por su rostro mientras mis ojos recorren cada centímetro de su rostro, buscando algo en él. Algo como arrepentimiento, duda o algo que me haga pensar que no desea lo que está pasando entre ambos. Pero no encuentro nada de eso; solo veo pasión, lujuria y deseo.

Mi mano desciende por su espalda lentamente, dejando una caricia suave. Dani se separa de mí levemente y mirándome fijamente a los ojos se quita la camisa dejando al descubierto un sujetador blanco y medio transparente que me deja ver sus pezones endurecidos. Mi entrepierna se sacude de repente, haciendo que el pantalón vaquero que llevo me apriete considerablemente.

Me quito la camiseta, la cojo entre mis brazos y girándola la arrincono contra la pared. Mis manos están en su rostro y mis labios empiezan a recorrer su cuello, devorándolo como tantas veces he soñado. De su boca se escapan pequeños gemidos y me vuelven loco de remate.

—¿Estás segura? —vuelvo a preguntar. No quisiera que después se arrepintiera.

—Sí —beso de nuevo su cuello—, sí... aahh... —suspira.

La cojo entre mis brazos de repente, haciendo que un gritito se escape de su garganta.

—¿Qué haces?

—Sí te voy a hacer el amor, no será aquí. Será en mi cama, como Dios manda —digo mirándola a los ojos. Ella se ruboriza y me parece tan tierno.

Subo las escaleras que conducen a mi dormitorio con ella en brazos, mientras la miro fijamente a los ojos y ella a los míos. Está tremendamente callada y no sé si eso es bueno o malo.

La tiendo con delicadeza en la cama, todavía con mis ojos puestos en los suyos. Me mira y asiente, dándome permiso para que continúe con lo que hemos dejado abajo. Desabrocho mi pantalón y lo quito dando tirones de él que parece que no quiere salir ni a tiros.

—Eres un patoso —se ríe—, ¿quieres que te ayude?

—Mmm... eso suena muy tentador —el pantalón sale volando por los aires—, pero ya está. Si quieres te ayudo yo a ti.

—No es mala idea —dice coqueta mordiéndose el labio.

Me acerco decidido, desabrocho el botón de su pantalón y posteriormente la cremallera. Agarro de la cintura y empiezo a tirar levemente de él. Ella me mira y yo a ella, mis ojos van descendiendo, recorriendo cada centímetro de su piel desnuda, esa que siempre he querido acariciar con la yema de mis dedos y que hoy voy hacer. No pienso dejar una sola zona sin acariciar.

Su braguita al igual que el sujetador, es transparente permitiéndome ver su monte de Venus pelado, algo que me excita soberanamente. Mis manos se están dando un festín de ella, de su piel, de su tacto bajo mis dedos ansiosos.

Dani se sienta en la cama, agarro un brazo y empiezo a dejar un reguero de besos desde la palma de su mano abierta hasta la clavícula. Mantengo los ojos cerrados, sintiendo cada roce de mis labios con su piel. En la zona de la clavícula, en la parte que está hundida por el hueso, tiene un pequeño lunar levemente abultado, y dejo allí mismo un beso que le hace suspirar.

—Hazme tuya, Hugo —murmura jadeante.

—Todo a su tiempo —la miro a los ojos—, no quiero que esto acabe nunca.

Bajo suavemente la tira del sujetador, y acaricio su hombro, mis manos se van hacia su espalda y desabrochan el sujetador que cae dejando su pecho al descubierto.

Tiene un pecho precioso, lleno pero no demasiado grande, redondo y su pezón, suavemente sonrosado. Se me antoja tan apetecible que agacho la cabeza y lo meto en mi boca agarrando sus pechos entre mis manos, tal como antes he imaginado.

Dani echa la cabeza hacia atrás y jadea mientras devoro su pecho, sus manos se pasean por el mío y ascienden hacia mi cuello, rodeándolo. Se acerca y besa mi cuello mientras yo devoro el otro pecho. Están deliciosos.

Mete su mano por el elástico del bóxer y agarra las nalgas entre sus manos, intenta bajarlo. La paro y la miro negando.

—¿Tienes prisa? —digo sonriente mientras devoro de nuevo su cuello.

—Dios, sí...

—Déjame saborearte. —Suspira.

Hago que se tumbe, no me quita ojo de encima, su pecho sube y baja rápido, casi puedo escuchar su corazón martillear fuertemente su pecho. Cierra los ojos e inspira profundamente. No quiero follar, con ella no... quiero hacerle el amor.

Introduzco los dedos índices en el elástico de su minúscula braguita y la arrastro hasta quedar en sus tobillos donde ella misma se las quita con los pies, abro sus piernas y acaricio la parte interna de su muslo mientras se mueve inquieta. Su pelvis sube, en busca de lo que yo le puedo ofrecer, pero todavía no ha llegado el momento.

Beso la parte interna de su muslo derecho y abre más sus piernas, voy ascendiendo besándole hasta dejar un beso en su ingle que le hace quejarse y suspirar.

—Por favor... esto es una tortura...

—No cariño, la tortura empieza ahora.

Me hundo entre sus piernas, mi lengua roza toda su hendidura húmeda de ganas de mí y la saboreo. Está deliciosa. Una mezcla entre salada y dulce a la vez. Mi lengua juega con su clítoris hinchado de ganas y lo absorbo haciéndola gemir fuertemente.

—Aaaaahhh... Dios... sí, así, sigue....

Posa una mano en mi cabeza mientras su cadera se alza en busca de más. Tengo la polla tan dura de ganas que creo que me va a estallar, pero vale la pena. Por verla así. Por sentirla tan entregada. Estoy disfrutando muchísimo.

Dirijo un dedo hacia su abertura empapada y sedienta de más, que me recibe gustosamente mientras sigue jadeando.

—Quiero tenerte dentro —me mira —, ¡ya!

No me hago esperar más, abro el cajón de mi mesita de noche y saco un preservativo que tengo suelto por ahí. Rasgo el envoltorio con los dientes y cuando me lo voy a poner, me lo quita de las manos para colocármelo ella misma. Me mira a los ojos fijamente mientras agarra mi polla entre sus manos haciendo que una corriente eléctrica sacuda mi cuerpo, y empieza a desenrollarlo hasta cubrirla del todo. Se tumba de nuevo y mirándome fijamente, se abre de piernas invitándome a entrar en ella.

No lo pienso más y, colocando mis manos a ambos lados de su cabeza, se la meto despacio mientras la miro para ver su reacción. Se muerde su labio inferior mientras me sigue mirando fijamente.

—Un poco más —demanda alzando sus cadera.

Hago lo que me ordena y me adentro un poco más en ella, saboreando su contacto. Cierro los ojos y empujo mientras ella alza las caderas para recibirme mejor, hasta quedar completamente hundido en ella.

—Aaaahhh... —gime al notarme en ella.

Me tumbo sobre ella, con cuidado de no aplastarla con mi cuerpo, sigo hundiéndome lenta y pausadamente, disfrutando. Beso su clavícula mientras me muevo en su interior. Sus piernas están bien abiertas permitiéndome un acceso mayor.

—Más rápido —demanda.

—Ssshhtt... no hay prisa, princesa.

Me mira sin entender muy bien, parece perdida y asustada y yo solo me dedico a mirarla mientras sigo hundiéndome con un poco más de fuerza cada vez. Echa la cabeza hacia atrás y se deja llevar, se apoya en sus codos, con la cabeza atrás y su pecho bamboleando con cada investida mía. No puedo imaginar una visión más bonita.

—Me voy a correr —anuncia apretando mi miembro entre sus labios inferiores haciendo que una sacudida me golpee de lleno.

Aumento el ritmo, sus jadeos han subido de decibelios pero no tenemos de qué preocuparnos, aquí, entre medio de la nada, nadie puede escucharnos. Mi mano se mete en medio de los dos y acaricia su clítoris mientras su boca se abre y gime fuertemente en mi oído haciendo que me catapulte hacia el infinito. Aprieto los dientes, los puños y un chorro sale de la punta de mi

polla directo a la goma que la recubre. Ella aprieta las piernas y una réplica me sacude de nuevo.

Ambos acabamos sudados, mantenemos los ojos cerrados. Con las frentes pegadas la una a la otra. Abro los ojos estando todavía en su interior, la miro, está sudada y más bonita que de costumbre, y eso, ya es decir. Abre los ojos y nos miramos. En ellos veo incertidumbre. Sonríe y acaricio su rostro con mi pulgar.

—Eres preciosa —susurro con mis labios pegados a los suyos.

En un gesto muy natural besa mis labios con delicadeza y me sabe a gloria.

—Eres mi princesa. —Me mira pero no responde.

Salgo de su interior, despacio y mirándola a los ojos. Su pecho sube y baja rápido, cierra los ojos e inspira profundamente para soltar después el aire que ha retenido pausadamente. Ruedo en la cama quedando a un costado suyo; su pelo oscuro como el chocolate intenso está desparramado por la almohada impregnándola de su aroma a fresas. Recojo un mechón entre mis dedos y me lo llevo hasta la nariz donde lo olfateo. Me encanta.

—¿Estás bien? —Asiente tímidamente—. ¿Seguro?

—Supongo que sí, y eso es lo preocupante.

—No para mí. —Sonrío ampliamente y ella me imita.

—Voy a darme una ducha si no te importa. —Se endereza en la cama.

—¿No puedo retenerte en mi cama por más tiempo? —Tapa su pecho con la sábana, lo que me indica que no.

Me incorporo, acaricio su espalda con mis dedos y dejo un beso cálido en su piel. Se gira y me mira sonriente, indecisa. Agarro su barbilla con mis dedos y la acerco a mi boca, beso sus labios que son cálidos y gruesos. Algo en mi interior se remueve y tengo claro que haré lo que haga falta para retenerla el tiempo necesario para que se dé cuenta, que su lugar es a mi lado y no del papanatas ese.

Nuestros labios siguen besándose suavemente mientras nos miramos a los ojos y nuestras respiraciones se vuelven agitadas de nuevo, y ya quiero estar de nuevo dentro de ella, y no solo por lo meramente sexual y el placer que me ha proporcionado; sino porque es el mejor lugar del mundo para mí. Sentirla tan mía, tan accesible. Sentirla con la plenitud que lo he hecho, verla con los ojos cerrados, la boca abierta y jadeando...

Antes de que ambos nos demos cuenta, estamos en plena faena de nuevo.

Ella se ha puesto encima de mí, con las manos apoyadas firmemente sobre mi pecho y el suyo moviéndose al ritmo de nuestros cuerpos. La vista que me está regalando es preciosa, y mantengo los ojos abiertos para retenerla en mi mente si algún día se va.

Cuando acabamos, nos damos esa ducha que ella necesitaba, pero juntos porque así me lo ha pedido. Su sonrisa es amplia y sus ojos me miran de una forma que jamás le había visto.



El día está llegando a su fin. Un día un tanto extraño por cierto. He pasado toda la tarde entre sus brazos y en su cama. No puedo decir exactamente como me siento porque tampoco me he parado a pensarlo demasiado. Me he dejado llevar, algo que no suelo hacer a menudo. Las consecuencias ya vendrán después, porque cuando su boca se acercó a la mía quedándose a un escaso centímetro, la mía no pudo reprimir el impulso de acercarse y probarla.

La suya me recibió gustosa, tierna y esperando más. No lo pude evitar, mi cuerpo reaccionó solo... a veces la cabeza no manda, cosa extraña en mí, pero en esta ocasión así ha sido.

Estamos en el salón de su casa, fuera sigue cayendo un diluvio universal y no me apetece en absoluto volver a mi realidad, así que intentaré retener este momento cuanto pueda. En la chimenea crepita un tronco que Hugo ha echado ya que la temperatura ha caído bastante.

Hugo tiene sus piernas entreabiertas y yo estoy entre ellas, el rodea mi cuerpo con sus brazos mientras yo mantengo su mano entrelazada con la mía; llevo tan solo una camiseta blanca cuatro tallas grande que me ha dejado y las braguitas. Una película a la que no le estoy prestando demasiada atención puesta en el televisor y Hugo besando mi cuello de tanto en tanto provocando un hormigueo en mi cuerpo y dejándome la piel erizada.

Me asusta lo que estoy empezando a sentir, y ni siquiera he pensado todavía en lo que va a pasar con Cristhian, si le podré mirar a la cara cuando lo vea de nuevo; pero como ya he dicho antes, ahora no quiero pensar en ello. Solo disfrutar el momento.

—Quédate a pesar la noche conmigo —dice mientras besa mi cuello. —

Suspiro—. Por favor...

—No puedo —me giro y lo miro—, mis abuelos me esperan...

—Llámalos —besa de nuevo mi cuello con suavidad—, seguro que lo entienden. —Vuelve a besarlo, cierro los ojos y suspiro.

—Me lo estás poniendo muy difícil...

—Esa es la intención —dice con los labios pegados a mi cuello y sin abrir los ojos.

Realmente me está haciendo sentir cosas que no sabía que existían y asusta. Mucho. Mi vida era muy sencilla y organizada, darle una oportunidad a esto, sería ponerla patas arriba y no tengo muy claro que sea lo que quiero.

Hugo aprisiona el lóbulo de mi oreja entre sus dientes, tira levemente de él haciendo que se escape de mi boca un jadeo por sorpresa, que no esperaba ni yo. Eso le da pie a continuar con su tortura, porque para mí, está siendo una tortura muy difícil de soportar.

Antes de que me dé cuenta, su mano está bajo la camiseta acariciando mi pecho y amasándolo con pericia, mientras su boca sigue devorando mi cuello. La otra mano baja por el vientre hasta colarse dentro del elástico de la braguita.

Con Cristhian nunca ha sido así, tampoco lo he necesitado, en el sexo siempre nos hemos complementado bien, pero muy distinto a esto. Siempre ha sido fuerte, duro... sexo. Esto es hacer el amor, algo que yo no había practicado ni sabía lo que se sentía, me pilla totalmente desprevenida.

—¡Quédate! Quiero pasar la noche contigo entre mis brazos.

—Vale... —cuela un dedo en mi interior suavemente mientras continúa besándome—. Vale... aahh...

—Quiero que no olvides jamás esta noche. Qué cada vez que cierres los ojos, te acuerdes de este momento.

Y así es, después de hacer el amor una infinidad de veces, en su sofá, bañera y cama; caemos rendidos mirando como llueve por la claraboya del techo de su dormitorio, con mi cabeza sobre su pecho y él acariciando el brazo mientras me abraza.

El sol ilumina la estancia con todo su esplendor, abro los ojos despacio, permanezco en la misma posición que cuando caí rendida en el subconsciente. Hugo se despereza y bosteza mientras estira sus brazos y besa mi cabeza.

—¡Buenos días, princesa! —dice con voz somnolienta.

—Buenos días —digo en un pequeño susurro.

Quito la cabeza de su pecho y me tumbo boca arriba, parece que el sol ha vuelto hacer acto de presencia y lo baña todo, no quedando una sola nube en el cielo.

—Debería marcharme ya —besa mi cabeza de nuevo—, ni siquiera avisé en casa.

—Cuando les digas donde has estado seguro que te perdonan. —Sonrío, sé que tiene razón pero aun así tengo prisa.

—Juegas con ventaja, mis abuelos te adoran —digo mirando hacia mi izquierda para ver sus bonitos ojos almendrados.

—Pero tus padres me odian...

—Eso también es verdad. —Ambos nos reímos.

Me incorporo en la cama y recojo mi ropa que está bien doblada sobre el baúl azul de madera situado a los pies de la cama.

—Me voy a dar una ducha —se endereza en la cama—, ¡sola! —digo apuntándolo con el dedo índice y una sonrisa burlona en el rostro.

—¿Estás segura, princesa? Podría enjabonarte la espalda —murmura con una sonrisa socarrona, agarrando con las manos el colchón.

—Segurísima, sino fuera así, acabaríamos haciendo otras cosas y no me iría en la vida.—Sus cejas suben y bajan repetidamente y a mí, me arranca una carcajada.

Desaparezco dentro del cuarto de baño y cierro la puerta tras de mí. Al igual que el resto de la casa, el cuarto de baño es grande, en tonos blanco y madera. En la pared principal un mueble de madera natural adorna la estancia con dos lavabos ovalados y dos espejos enmarcados de la misma madera. La ducha con el suelo en piedra natural es agradable al tacto de los pies produciendo una sensación de masaje.

Paso tras el cristal de la ducha y abro el agua a la espera que se caliente. Me meto debajo el agua y dejo que esta corra por mi piel, me abrazo mientras el agua sigue corriendo, necesitaba un momento para mí, para ordenar mis pensamientos saturados de emociones. Que poco acostumbrada estoy yo a esto: a sentir. Al menos intensamente.

Al salir vestida con la ropa limpia y el pelo suelto húmedo, Hugo no se encuentra en el dormitorio. Bajo los escalones desde donde le escucho trajar en la cocina. Sin duda está preparando algo para almorzar. Entro y lo veo delante de los fogones, sin la camiseta y con el pantalón del pijama

enmarcando su sexy cintura.

Le abrazo desde atrás pasando las palmas de ambas manos en su pecho y beso su fuerte espalda.

—¿No te han dicho que te puedes quemar si cocinas así de sexy?—Se gira y me besa en los labios.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—¿Qué preparas?—Me pongo a su lado.

—Huevos revueltos.

—¿No pensarás que voy a comer eso? —Señalo el contenido de la paella. Me mira sin entender.

—¿Por?

—Eso es todo colesterol.

—No es cierto —se queja. Asiento—. ¿Qué suele desayunar la señorita?

—Pues... normalmente un yogurt cero por ciento desnatado, con frutos rojos y algo de avena.

—¿Desayunas alfalfa con yogurt? —Pregunta con una sonrisa burlona mientras remueve el contenido de la paella.

—¡No es alfalfa! —Le doy un toque en la espalda.

—Claro que sí, se lo doy a mis caballos. —Me guiña un ojo.

Después de desayunar juntos en la mesa de la cocina lo que él ha preparado, porque no tiene nada de lo que yo suelo comer, me voy a casa de mis abuelos. Estoy segura que me van a pedir unas cuantas explicaciones. Le doy un beso en los labios que por desgracia me sabe a gloria y, antes que me pueda enderezar, tira de mí y caigo en su regazo. Huele mi cuello con los ojos cerrados y deposita un beso en él.

—Hueles de maravilla. —Su cabeza continúa enterrada en mi cuello.

—No llevo perfume —levanta el rostro y me mira— ¿en qué momento te has vuelto un encantador de serpientes? —Una sonora carcajada resuena en su pecho.

—¿Por qué dices eso? —Rodeo su cuello con mis brazos—. Solo he dicho lo que siento, no te hace falta ningún perfume, tú aroma es el mejor.

—¿Cuándo has cambiado tanto? —Y lo digo más para mí que para él.

Al cerrar la puerta de entrada tras de mí suspiro fuertemente, sé que me he metido en un lío de tamaño gigantesco yo solita y no sé cómo salir de él sin perjudicar a nadie.

Conduzco con mis pensamientos en todo lo que ha pasado, cada vez que

recuerdo uno de sus besos mi estómago se encoje y no me gusta esa sensación. Yo jamás he tenido una idea muy romántica del amor, siempre me ha gustado estar con Cristhian, es un hombre atractivo, con gustos similares a los míos y que no me ha agobiado demasiado. En definitiva, era mi hombre ideal.

La puerta de la casa está abierta, entro sonriente y sin saber muy bien que voy a decirles cuando me miren con su mirada inquisidora. Se me olvida que tengo veintinueve años y me siento otra vez la niña pequeña que veraneaba por estas calles. Mi yaya se encuentra sentada en el sillón gris marengo del salón, sus brazos huesudos están cruzados en su regazo al igual que sus piernas, mira muy atenta las noticias.

—Buenos días, yaya. —Beso su frente y sonrío.

—Hola, mi niña, ¿dónde has estado? —me siento, creo que esta conversación va a ser larga—. ¿Con Hugo? —pregunta con una sonrisa de pilla y mirada alegre. Suspiro y asiento, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Sí, yaya... me he metido en un lío del que no sé salir.

—Solo tienes que seguir a tú corazón, mi niña. Hugo es un gran hombre, ¿lo es ese novio tuyo? —Cierro los ojos y pienso.

—Pues... supongo que lo es, a papá le encanta. —Mi móvil empieza a sonar incesante—. Un momento.

Me levanto y rebusco en el bolso. La llamada se corta y acto seguido empieza de nuevo. Es Cristhian.

—Hola, Cristhian.

—Daniela, mis padres han tenido un accidente de coche —dice con la voz temblando.

—¿Cómo?, vale, ¿están bien?

—No, ha tenido que venir el helicóptero para llevarse a mi padre. Es grave.

—Ahora mismo voy —miro a mi yaya que no se pierde detalle de la conversación— ¿dónde estás?

—En La Vall d'Ebron.

—Recojo cuatro cosas y salgo para allí.

—Daniela...

—¿Qué?

—Te quiero. —Un pinchazo en mi pecho, Cristhian no suele decirme estas cosas.

—Y yo a ti.

Mi abuela me mira, seria, sin articular palabra. Me acerco nuevamente a ella y me siento. Tomo su mano.

—Yaya, sé que te dije que me quedaría dos semanas, pero ha surgido un imprevisto.

—Precisamente ahora ¡qué casualidad! —alza las manos.

—¿Qué quieres decir? —niega con la cabeza.

—Tú madre te llamó ayer varias veces a tú móvil —frunzo el ceño, no me percaté de ninguna llamada—, al no responder, llamó otras tantas a casa.

—¿Qué le dijiste, yaya? —Pregunto cerrando los ojos temiéndome lo peor.

—La verdad —alza las manos como si fuera obvio—, que estabas con Hugo. —Paso las manos por mi rostro y me levanto a la vez que suspiro.

—¿No podías inventarte algo?

—Pues no, Hugo es un buen chico, mucho mejor que tu novio —responde muy seria.

—Acabas de meterme en un lío, yaya. De todas formas, no creo que Cristhian se atreva a mentir sobre una cosa así, voy a preparar mis cosas. Le diré a mamá que venga ella a cuidarte.

Meto todas mis cosas en la maleta de forma rápida, aunque en mi cabeza no dejan de resonar las palabras de mi abuela. Intento convencerme de que Cristhian no utilizaría una cosa así, es una jugarreta muy fea hasta para tratarse de él. Además, él nunca ha sido celoso. La confianza que tiene en él mismo y lo egocéntrico que es, no se lo permite.

Me despido de mis abuelos con pena, quería aprovechar hasta el último momento en este lugar, pero me lo tomo como una señal del destino a pesar de que no creo en él. Por el camino aprovecho para llamar a mi madre e informarle de la nueva situación. No se hace rogar demasiado. Enseguida responde la llamada.

—Hola, Daniela.

—Hola, mamá. Escucha, ha pasado algo. Los padres de Cristhian han tenido un accidente de coche y estoy yendo para allí, deberías venir a casa de los abuelos. —Silencio al otro lado.

—Pero... la abuela está mejor, ¿no?

—Claro, pero todavía está débil y necesita ayuda en la casa.

—Está bien, aviso a tu padre y salgo para allí. Espero que el accidente de

tus futuros suegros —remarca las palabras— no sea nada.

—Yo también, mamá. Un beso.

—Un beso, cielo.

De camino a Barcelona, una secuencia de momentos junto a Hugo pasan ante mis ojos como si de una película de amor se tratara. En poco más de una semana, se ha ganado mi afecto y corazón, ¿cómo puede ser? Es un hombre tan distinto al chico que conocí, que a veces tengo la sensación de que no lo conozco de nada.

Se ha vuelto un hombre terriblemente apuesto, seguro en sí mismo, pero con la ternura y dulzura característica de él. Me hace suspirar. Si cerrara los ojos y recordara sus caricias, estoy segura que podría sentir las con la misma intensidad que las sentí anoche. El tacto de sus labios por todo mi cuerpo, su lengua enredada con la mía y el ruido de la lluvia contra el techo mientras nuestros cuerpos chocaban empapados de sudor.

Mi entrepierna se estremece y aprieto mis labios inferiores al recordarlo. Suspiro. Voy tan sumida en mis pensamientos que el camino se me hace tremendamente corto. Aparco el coche y salgo disparada hacia la sala de espera del hospital. Allí me encuentro a Cristhian hablando por teléfono; se le ve relajado y sonriente, una imagen que poco tiene que ver con la del chico que esperaba ver cuando me llamó hace apenas dos horas. Va con su característico traje de chaqueta, en azul marino y corbata azul cielo. Su maletín descansa a sus pies.

—Hola, Cristhian —digo al llegar. Me agacho y le doy un beso en los labios. Se levanta y me abraza.

—Menos mal que estás aquí, te necesito a mi lado en estos momentos, Daniela. —

Besa mis labios y profundiza metiendo la lengua; algo poco normal en él cuando hay público.

—Se pondrán bien —digo al separarnos. Nos sentamos—. Estoy a tu lado. —Asiente. Su sonrisa se ha esfumado y parece que vuelve a estar compungido.

—¿Qué tal el viaje? Veo que no te ha dado tiempo a cambiarte —y esto último lo dice frunciendo el ceño mostrándome su disconformidad.

—Tenía prisa por llegar —le explico— ¿Cómo están tus padres?

—Les están haciendo pruebas. —Tomo su mano y la aprieto en señal de afecto.

No tarda demasiado en llegar un doctor preguntando por los familiares y nos informa que sus padres están perfectamente, apenas tienen unas magulladuras y su madre una pierna rota. El doctor se marcha y yo empiezo a creer que mi santa abuela tiene razón. Me cruzo de brazos y lo miro muy seria con una ceja arqueada.

—¿Qué? —pregunta sentándose de nuevo.

—¿No se los habían llevado en helicóptero porque era muy grave?

—Eso me dijeron —se justifica sin mirarme para volver a sacar su teléfono móvil—. ¿Duermes hoy conmigo? Te he echado de menos, nena.

—No me lo puedo creer. No me apetece, Cristhian. Duermo en la mía.

—Vamos nena... ¿no es normal que te quiera en un momento así a mi lado?

—También te necesité yo cuando pasó lo de mi abuela y no estuviste —le recrimino en voz baja.

—¡Estás preciosa cuando te enfadas! —besa mi mejilla y pienso, quien es este y donde está el auténtico Cristhian...

Mi teléfono empieza a sonar haciendo que deje de prestarle atención a Cristhian por un momento. En la pantalla se ilumina en grande la palabra «Hugo» y un nudo se forma al instante en mi estómago. Cristhian lo mira con una ceja arqueada.

—¿No vas a contestar?

—Claro, dame un segundo, ahora vuelvo.

Me levanto sin darle tiempo a replicar, porque tengo que explicarle a Hugo, que me he marchado y sé lo que va a pensar. No sé cómo dominar esta situación y eso me mata.



HUGO

No puedo dejar de pensar en ella, tengo una sonrisa boba en la cara que nada es capaz de borrar. Estoy trabajando con los caballos, pero solo estoy de cuerpo presente a pesar de disfrutar tanto de lo que hago, porque, cada vez que cierro los ojos, la veo jadeando debajo de mí, con la cabeza entre mis brazos y una tímida sonrisa cada vez que le digo algo bonito, y su mirada, ¡Qué mirada...! tierna e inocente sin saber muy bien que esperar de todo esto.

Después de comer con mis padres a los que les explico sin muchos detalles lo que ha pasado entre nosotros, decido llamarla. Mi madre me anima a intentarlo con todas mis fuerzas, a que persiga este sentimiento tan profundo siendo yo mismo y me insta, a ser paciente, a dejarle tiempo para decidir a su ritmo sin presionarla en ningún momento. Que ella pueda ver lo que quiere y elegirlo libremente.

La línea timbra al otro lado, estoy impaciente por escuchar su voz; quiero proponerle un plan para esta tarde que estoy seguro que no podrá rechazar, además de querer tenerla nuevamente entre mis brazos y saborear sus labios.

Responde el teléfono algo cohibida, sin un gran saludo. No está muy entusiasmada ante mi llamada.

—Hola —contesta en el cuarto timbrado.

—Hola, princesa. ¿Qué haces? —Dejo el cepillo con el que cepillaba hace un instante a Calma, su caballo preferido y doy pequeñas vueltas sobre mí mismo.

—Pues... verás, ha surgido un imprevisto y he tenido que volver a Barcelona —dice muy seria. Paro en seco.

—¿Lo dices en serio?

—Hugo, no es lo que crees...

—Entonces, ¿no estás huyendo? —pregunto atónito alzando mi brazo derecho.

—¡No! —parece ofendida.

—¿Qué ha pasado?—empiezo a dar círculos de nuevo, esperando que su respuesta me convenza y no suene a excusa.

—Los padres de Cristhian han tenido un accidente de coche. He venido con él.

Me quedo en silencio, porque se ha ido para marcharse a su lado y aunque la entiendo, me duele.

—¿Cuándo podré verte? —suspira.

—Pues... —la voz le tiembla— no lo sé, Hugo. Estoy muy confundida.

—Te podría haber demostrado tantas cosas si estuvieras aquí...

—Quizás esto ha sido una señal del destino.

—¡A la mierda con el destino! —Grito—. No creo en esas cosas, el destino nos lo buscamos nosotros mismos.

—Lo siento, Hugo.

—Voy a seguir luchando, Princesa. No lo dudes ni por un momento. —Paro de nuevo—. No pienso volver a perderte, esta vez no. —No se escucha nada al otro lado—. Di algo.

—No sé qué decir. —Se escucha una sirena de fondo, diría que es una ambulancia con lo que deduzco que me ha dicho la verdad—. No... no estoy acostumbrada a dudar, a sentir así, a dejarme llevar. Yo siempre lo tengo todo bajo control y contigo todo es caos.

—El caos puede llegar a ser precioso, déjame que te lo muestre.

—Vale —dice no muy convincente.

—¿Vale?

—¡Sí!

—En ese caso, nos vemos pronto. Sí la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. No lo olvides.

Corto la comunicación antes de que le dé tiempo a recapacitar y cambiar de opinión, las mujeres y más Dani, le dan demasiadas vueltas a las cosas.

Una piedra se ha interpuesto en mi camino, no sé muy bien si intencionadamente o no, pero no pienso darme por vencido. Como le he dicho, esta vez no pienso volver a perderla. La euforia que sentía esta mañana ha desaparecido para dejar paso a un nervio en el pecho al que no le quiero

hacer demasiado caso, pero me resulta imposible.

Ensillo a Estrella que se revuelve ansiosa al ver la montura. Necesito galopar y soltar adrenalina para despejarme la mente. Montar me ayuda a aclarar las ideas, me relaja. Tengo que aprovechar que Estrella todavía está aquí, en pocas semanas estará lista y su comprador se la llevará. Palmeo su lomo y remuevo su preciosa cola larga y negra que acabo de cepillar hace solo un instante.

La saco al exterior, ya con toda la parafernalia puesta, pongo un pie en el estribo izquierdo y tomando impulso de un salto paso la pierna derecha por su lomo y subo a ella. Agarro las riendas e hincó el estribo derecho en su costado una vez para que empiece a andar. Estrella responde. Salimos de la finca al trote, no quiero llevarme por delante a mi padre o madre al salir.

Tiro por la parte trasera de la finca, montaña arriba por el camino que asciende a la cima sin intención de llegar. En cuanto cojo el camino hincó dos veces más el estribo en su costado y Estrella sale disparada como un rayo. Me agarro fuerte y disfruto de la sensación de velocidad sobre ella; el viento golpea mi rostro y el sol lo calienta. Todo está precioso. La lluvia del día anterior ha ayudado a las flores, que resaltan inundándolo todo de color.

Paro al llegar a las cascadas, bajo de Estrella y la acerco para que pueda beber y reponer fuerzas.

—Buena chica, eres una yegua muy fuerte. —Acaricio su cuello—. Me va a dar mucha pena separarme de ti.

Me siento sobre una roca y, sin querer, la siento a mi lado. Recuerdo la última vez que estuvimos aquí, juntos. Acababa de darle una paliza corriendo y dejé que repusiera fuerzas aquí sentada mientras charlábamos un rato. Acaricé su mano con mis dedos y ella sonrió ampliamente. Ahora se ha ido y, aunque le he dicho que pienso luchar, soy consciente que es mucho más difícil si no está aquí, a mi lado.

Vuelvo a la finca de igual modo, galopando velozmente hasta llegar, donde la desmonto y la dejo reposar. Estoy algo inquieto y sé muy bien que tiene que ver con la marcha de Dani y la expectativa que me había formado de pasar una nueva noche a su lado, y no, no tiene nada que ver con el hecho de que me encante hundirme en ella, que también, pero más bien tiene que ver con el aroma que desprende, con su preciosa sonrisa y sus ojos tiernos. En cómo me hace sentir cuando estoy a su lado.

Mi móvil empieza a sonar, es Lucas. Descuelgo.

—Buenas —Ando hacia mi casa.

—Machote, ¿te vienes a tomar unas birras o estás muy ocupado con la pija esa?

—En primer lugar tiene nombre, se llama Dani y no es pija. —Se oye una carcajada al otro lado.

—Puedes llamarla como quieras, pija, snob... podría tener muchos adjetivos, pero todo significa lo mismo.

—Eres un cabronazo. No, Dani no está. ¿Nos vemos en La Guarida?

—En cinco minutos estoy allí.

—No vemos.

No entro en casa, subo directamente al coche y voy para allí. Cuando llego Lucas ya está sentado en su sitio, Susana está con él, de pie y parece que discuten acaloradamente a pesar de que hay alguna que otra mesa en el local presenciando la escena.

—Te he dicho que no, ¿te ha quedado claro? —pregunta muy serio con mirada intimidatoria. Susana asiente y se va.

Intento agarrar su brazo cuando pasa por mi lado, me da la sensación que está llorando, pero no me lo permite, se echa a un lado y se va sin mirarme a la cara.

—¿Interrumpo algo? —pregunto no muy seguro de sentarme.

—Claro que no, solo que está con la regla. —Se escurre en su asiento—. Siéntate, te he pedido una birra para ti también.

Me siento con una sensación rara. Todos en Arrosa sabemos que Lucas y Susana no son la pareja perfecta, a menudo discuten. Es un milagro que a día de hoy sigan juntos, pero desde hace unos meses, el comportamiento de Susana ha cambiado, está seria, va muy tapada para la época del año en la que estamos y apenas se le escuchan dos palabras seguidas. Excepto estando Dani, ahí sí tenía palabras con bastante mala baba.

—¿Héctor no viene? —intento mantener algo de conversación que me evada de mis pensamientos.

—No, creo que ha encontrado un coñito dónde meterla.

—Eres un mal hablado.

—¿Acaso miento?

—No. Pero un poco de respeto estaría bien. Hablas como si solo fuera un trozo de carne.

—¡Joder, macho! No soy yo el que se va tirando una tía distinta cada día.

Susana llega con los botellines de nuestras cervezas, sin copa, como sabe que nos gusta. Levantamos nuestros botellines y entrechocamos los culos de las botellas para dar un largo trago después. Lucas la deja en la mesa dando un golpe seco y demasiado fuerte para mi gusto y, con pose chulesca pregunta:

—Bueno, no me has explicado donde la has dejado.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que ha llegado parece tu novia, la llevas a todas partes contigo —murmura arqueando una ceja sin quitarme ojo de encima.

—¿Y si lo fuera?

—Te compadecería. —Niego con la cabeza.

—¡Porque no la conoces!

—No me hace falta, Hugo. Las mujeres como esa se creen superiores. Cuando se canse de ti se largará de aquí y no volverás a verle el pelo —dice señalándome con su dedo—, como hizo la última vez.

—Se ha marchado. —Agacho la cabeza. Una carcajada se escapa de su pecho. Le doy un trago a mi cerveza.

—Lo sabía ¿ha pasado algo entre vosotros? —Asiento.

—Algo...

—¡Quiero detalles! —murmura sediento de información inclinándose hacia adelante.

—Olvídalo, eso es mi vida privada.

—Sabía que tenía razón —se carcajea de nuevo. Me tiende su botellín y lo entrechoca con el suyo—. Por las pijas que dan patadas cuando se les antoja. —Niego con la cabeza y bebo.

—Volverá —digo sin mirarle.

—¡Ya lo veremos...!

Susana no vuelve a aparecer. Se mantiene tras la barra ocupándose de cualquier tontería. Estoy algo lejos de ella pero cuando la miro disimuladamente de reojo me parece verla tocarse el cuello y hacer un una mueca de dolor. Lo lleva tapado con un pañuelo amarillo enroscado tapando su delgado cuello.

—La miras mucho —da un leve golpe en la mesa con la palma de la mano que me sobresalta— jajajajaja ¿te has asustado? —asiento, es obvio—. ¿Qué miras?

—La veo distinta. ¿Estáis bien? —me intereso. Asiente.

—Digamos que estamos pasando un leve bache —hace unas comillas con sus dedos— de pareja.

—Ya, claro... si puedo ayudar en algo, sabes que aquí estoy.

—Lo sé, gracias.



Los padres de Cristhian están bien, mucho mejor de lo que me dijo cuando me llamó. Me mira continuamente con algo rondándole la mente, pero no habla, solo suspira y lo guarda. Les han dado el alta esta misma noche y me dispongo a marcharme a casa. Cristhian me acompaña al coche un segundo dejando a sus padres en su BMW negro.

—Daniela, ven a casa —dice agarrando mi mano. Miro nuestras manos unidas.

—Cristhian estoy agotada, si no te importa, prefiero dormir en mi cama. Han sido muchos días fuera. —Asiente frunciendo los labios y se rasca la nuca.

—Está bien, como prefieras.—Se acerca y me da un pequeño beso en los labios.

Entro en mi coche y conduzco lentamente hasta llegar a casa. Vivo en el Eixample, en un ático pequeño pero muy confortable en la calle Balmes. Los coches son incesantes en mi calle a casi cualquier hora del día. En la acera, hay una sucesión de motos aparcadas una al lado de otra, porque es el método de transporte más cómodo en esta ciudad. Aparco el coche en mi plaza y cojo el ascensor. Todo está oscuro al llegar, mi gato Tom del que se ha estado haciendo cargo mi madre viene a saludarme.

—Hola precioso.—Me agacho a acariciar su cabecita mientras ronronea y se restriega contra mi mano—. ¿Me has echado de menos?

Dejo la maleta en la entrada con la intención de dejarla para mañana, estoy cansada y tengo hambre. Todo está en perfecto orden al igual que hace una semana cuando estuve aquí. Me siento en el sofá gris a la vez que un suspiro se escapa de mi pecho mirando a mi alrededor. Que diferente es todo

esto. El salón es pequeño, de forma cuadrada; una alfombra de pelo recubre la tarima clara en la zona de estar y sobre ella, una mesa de mármol, la cual, adorna un pequeño jarrón de cristal con unas margaritas que apuesto ha comprado hoy mi madre en el mercado y colocado para cuando llegara. Frente a ella, dos pufs grises a rombos blancos. A un lado del sofá una mesa de madera de roble con una lámpara blanca y una foto en blanco y negro en la que aparecemos mi hermana y yo riendo.

Ahora todo me parece más frío, más superficial. Pienso en llamar a mi abuela, necesito hablar con ella. Saco el teléfono de mi bolso y, colocando los pies en la mesa (algo poco normal en mí), busco el número de su casa.

—¿Si, dígame?

—Avi, ¿Cómo estáis?

—Hola, mi niña. Estamos viendo la tele un rato. ¿Cómo están tus suegros? —Reprimo un suspiro.

—Bien, avi. Es menos grave de lo que todos pensábamos.

—Me alegro, cariño.

—¿Se puede poner la yaya?

—María —le escucho llamarla—, Daniela quiere hablar contigo.

Silencio al otro lado.

—Cariño —su voz cansada se escucha al otro lado—, ¿Cómo va?

Tom se sube a mis piernas ronroneando y lo acaricio mientras empiezo a hablar. Lo he echado de menos.

—Bien, supongo.

—Claudia, ¿Por qué no me preparas una manzanilla? Tengo la barriga un poco revuelta. —Le escucho decir—. ¿Y porque no te escucho bien, entonces?

—Tenías razón, yaya. El accidente solo ha sido una excusa.

—En cualquier caso, tesoro, tú has hecho lo que debías.

—¿Sabes? Mi vida nunca ha sido complicada, estoy acostumbrada a tener cuanto quiero. El mejor trabajo, la mejor ropa, las mejores vacaciones y el que creía el mejor hombre para mí.

—Pero ahora tienes dudas.

—Sí —reconozco—. Muchas dudas, yaya.

—Yo solo puedo decirte que confíes en lo que sientes. Seguro que tú corazón no se equivoca. Hugo es un gran hombre, pero... supongo que algo tendrá Cristhian para que un día le vieras algo. ¿O fue tu padre? —No

respondo. Me ha dejado sin palabras—. Piensa en lo que te he dicho, mi niña. Y siempre que necesites hablar, aquí estoy. Gracias, Claudia —le escucho decir entendiendo que nuestra conversación ha acabado.

—Gracias, yaya. Buenas noches.

—Buenas noches, mi niña.

Mi despertador empieza a sonar fuertemente, pero yo hace un rato que tengo los ojos abiertos. Apago el despertador estirando el brazo y veo, a mi gato atigrado desperezarse a mi lado. El reloj marca las seis y media.

—Creo que esta noche has dormido más tú, que yo—murmuro acariciando su cabecita. Él responde restregándose contra la palma de mi mano.

Me levanto, preparo un café que tomo a toda prisa, y meto en la mochila de deporte algo de ropa, una toalla y cuatro cosas más que necesito para ir a nadar. Me ayuda a despejar la mente.

Salgo cargada con la mochila al hombro después de acariciar un rato a Tom que ronda por mis piernas haciendo que casi caiga al suelo un par de veces.

El agua está algo más fría de lo que esperaba. Según he escuchado a solo veintidós grados. Me tiro de cabeza de forma maestra y me zambullo dentro para empezar a nadar sin querer pensar en nada; solo en regular la respiración y dar la siguiente brazada. En mi carril, me cruzo con varias personas que adelanto varias veces. Soy buena nadadora; durante muchos años he practicado este deporte en el que llegué incluso a competir.

Una hora después, salgo agotada del agua, me quito las gafas y el gorro que aprieta mis ideas, pero me siento bien. Sin duda, hacer ejercicio es el mejor remedio cuando la mente está tan aturullada como la mía.

Me miro en el espejo del cuarto de baño público y vuelvo a ser yo. Labios pintados de granate intenso, máscara de pestañas y un moño alto y tirante recogiendo mi melena. La falda de tubo llega por debajo de la rodilla, la camisa blanca entallada por dentro y una americana acinturada realza mi figura junto con los zapatos atados en el tobillo de altos tacones.

Salgo sintiendo que he vuelto de algún lugar lejano que me impedía ser yo misma, pero esta soy yo, la de verdad. Entro en el banco cuando están abriendo. Sergio, un trabajador me saluda con la cabeza cuando me ve entrar. Me voy a mi despacho y cierro la puerta tras de mí, sin duda debo tener mil cosas pendientes después de casi una semana y media de desconexión total.

La oficina se empieza a llenar de gente, unos golpes en la puerta suenan y a continuación se abre.

—Daniela, ¡qué sorpresa tenerte aquí! —Sonrío—. ¿Cómo está tu abuela?

—Mejor, Laura. Gracias.

—¿Quieres que revisemos juntas las cosas que tienes para esta semana?

—Claro, déjame que acabe de encender el ordenador y ubicarme.

El día pasa rápido, demasiado... parece que aquí el ritmo es muy diferente al de Arrosa, qué curioso puede llegar a ser el tiempo. Puede ser tan elástico que parece que no pase o por el contrario puede pasar tan rápido hasta el punto de volar y no tener la percepción que ha pasado.

Allí todo era calma, serenidad, paz y tranquilidad. Aquí mi teléfono ha sonado un mínimo de cincuenta veces, han entrado más de cien mails en mi bandeja de entrada y han entrado y salido más personas de mi despacho de las que puedo llegar a contar. Estoy exhausta. Casi había olvidado el ritmo frenético de mi vida.

Estoy cerrando el ordenador cuando la puerta se abre de nuevo. Me sorprende ver a Cristhian cuando la puerta se cierra.

—Hola —murmura mirándolo todo—. ¿Qué tal la vuelta? —Me levanto y acerco a él dejando las gafas de pasta negras sobre el escritorio.

—Bien supongo. —Besa mis labios. Pero este beso tiene un efecto muy distinto al que tenían los de Hugo—. Tengo mil cosas pendientes. —Toco su corbata roja, mi color preferido—. Me encanta esta corbata.

—Lo sé, por eso me la he puesto —pasa su mano alrededor de mi cintura y me acerca a él—, estás preciosa.

Se acerca un poco más, su lengua entra en mi boca intentando arrasar con todo, sus manos se van a mi cintura y la rodean.

—Puede entrar alguien, Cristhian. —Se separa levemente.

—Antes eso no te importaba. —Se gira y me da la espalda—. Voy a preguntarte algo y voy a ser directo, ¿ha pasado algo entre vosotros? —Mi estómago se encoje.

—No ¡claro que no! —Me acerco y agarro sus hombros—. ¿Por qué preguntas eso?

Se gira y mira mis ojos fijamente. Sus ojos son muy oscuros, como a veces pienso que también es su alma.

—Estás... distinta —consigue decir al fin—. Te invito a cenar esta noche.

—Me parece bien, pero dame un momento, quiero llamar a mi madre

para saber cómo está mi abuela.

—Está bien, Daniela —dice exasperado—. ¿Quieres dejar de preocuparte?

—Pues no, no quiero. Y déjame decirte otra cosa, a partir de ahora pienso ir más a menudo, contigo o sin ti.

—Odio ese pueblo —masculla entrecerrando los ojos.

No le hago demasiado caso, no me apetece discutir y pienso hacer lo que crea necesario así que no vale la pena ahondar más en el tema. Cuando hablo con mi madre me deja preocupada, mi abuela ha enfermado, tiene una fiebre muy alta y lleva todo el día en la cama a base de caldos de pollo e ibuprofeno.

—Estoy preocupada, Daniela, parece que desde que te has ido, la abuela ha empeorado.

—Lo siento, mamá, pero ya me he reincorporado al trabajo...

—No importa, ¿podrías venir el fin de semana a relevarme? —Mi pecho se hincha.

—Claro —respondo sonriendo—, no es ningún problema.

—Gracias, cariño. Menos mal que te tengo aquí y no como la cabra loca de tú hermana.

—Mamá, no me parece justo, Elena está estudiando, no viviendo la vida loca.

—Eso ya lo estaba haciendo aquí y una carrera de verdad —murmura con un punto de histeria.

Cuelgo con un gusto amargo en la boca, no me gusta escuchar a mis padres hablar de mi hermana de ese modo. Parece que son incapaces de entenderla y aunque a mí me cuesta, acepto que si pintar es lo que a ella le hace feliz, tire hacia adelante a pesar de todo.

Cristhian me lleva a cenar a un lugar caro, como de costumbre. El restaurante elegido esta vez es *Luxior*, un local que según me explica, tiene una lista de espera de un año pero que él ha conseguido gracias a algunos contactos de los que ha decidido tirar.

—¿Te gusta? —pregunta sentándose en su butaca de terciopelo azul. Miro a mi alrededor, es un local bonito situado en Gracia.

—Claro, es precioso.

El restaurante está ubicado en la última planta del Hotel Gracia; y las vistas desde el ventanal junto al que se encuentra nuestra mesa, son

impresionantes. Miles de puntitos iluminan la negrura de la noche. Los miro embelesada igual que miraba las estrellas desde la cama de Hugo. Suspiro sin querer y, al girarme, veo que Cristhian me observa en silencio. Ojalá Hugo no apareciera en mi mente en este momento, pero no puedo evitarlo.

—Tiene una estrella Michelin—dice de repente rompiendo el silencio. Asiento sin mucho entusiasmo, parece que últimamente estas cosas ya no me impresionan tanto.

Un camarero vestido de pingüino se acerca y nos deja dos cartas con cara inerte de expresiones y no puedo evitar pensar, que si Hugo estuviera aquí, haría algún tipo de comentario como que parece que le hayan metido un palo por el culo de lo tieso que va. Ese pensamiento me hace reír.

—¿Qué te hace gracia, Daniela? —Se coloca la servilleta de tela blanca sobre el regazo.

—Nada, solo me ha hecho gracia lo serio que está.

Parece perplejo.

—No veo donde está la gracia...

—No le des más importancia, por favor, Cristhian.

—Pareces otra persona, has cambiado.

—¿Eso es una acusación o una afirmación?

—Un poco de ambas —responde serio levantando la carta sin mirarme a la cara.

El camarero llega con la botella de vino tinto elegida como de costumbre por Cristhian, rellena su copa levemente y este la olfatea, le da un trago y lo paladea hasta que finalmente asiente dando el visto bueno al camarero que se marcha sin pronunciar palabra.

—Este fin de semana tengo que volver a Arrosa —arquea una ceja—, no me mires así, mi abuela ha enfermado y mi madre me lo ha pedido.

—Seguro que ha enfermado aposta... —farfulla pedante.

—¡Joder, Cristhian! ¿En serio?—Me mira fijamente—. ¿Cómo puedes pensar que una persona enferma aposta?

—Te quiere allí con ella, Daniela, ¿acaso no te has dado cuenta?



HUGO

Salgo de la tienda con un saco de avena para mis caballos cargado al hombro, cuando veo que un coche me persigue. Me giro y veo el coche patrulla que conduce Héctor. Tiene la ventana bajada y sonrío.

—¡Currante! —Me paro.

—Algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida, no como otros que solo lo hacen ver —bromeo.

—Sí, bueno... —se pasa su mano por el pelo— intento vivir bien. —
Entrechocamos nuestras manos.

—¿Te hacen unos pinchos esta noche?

—Acabo en un par de horas y nos vemos.

—Oye... —le paro antes de que arranque el coche de nuevo—, ¿has visto últimamente a Susana?

—Sí, ¿por?

—¿No la ves distinta? —Lo medita un momento mientras frunce los labios.

—Puede ser, ¿ha pasado algo?

—Luego hablamos. —Asiente y se marcha.

Por fin es viernes; la dichosa semana ha sido eterna. Las horas parecía que se divertían a mi costa sin querer avanzar las manecillas del reloj y los días, años enteros. Durante la semana, las pocas noticias que he tenido de ella, han sido por mis llamadas, las cuales no ha contestado ni devuelto todas. Y por si eso fuera poco, cuando he podido hablar con ella, ha estado extrañamente seria, como pensativa o esquiva.

Júls me contó la otra tarde cuando me la crucé en La Guarida que esta

tarde vuelve para aquí; María ha empeorado de nuevo y viene a cuidarla. No es que me alegre de su falta de salud, yo la aprecio, pero saber que nuevamente va a estar por aquí hace que tenga un nudo en el pecho difícil de ignorar y recobre la esperanza que sentí perdida al marcharse.

Como de costumbre, he quedado con Héctor en La Guarida. Al entrar me extraña no ver tras la barra a Susana, está Verónica, la dueña del local, con las gafas en la punta de la nariz repasando una factura antes de archivarla en la carpeta que tiene abierta sobre la barra.

—Hola Hugo, ¿Qué tal?—pregunta al verme entrar.

—Hola, Vero. ¿Susana se encuentra bien?—Me paro delante de la barra esperando una respuesta.

—Me ha llamado diciendo que está indispuesta hoy.

—Espero que se mejore.—Intento esbozar una sonrisa.

—Y yo, lleva el local estupendamente.

Héctor ya me espera con una birra en la mano y otra esperándome a mí. Me dejo caer en el sillón delante de él.

—Hola —murmura observándome.

—Hola, Susana no está. —Arquea una ceja.

—Lo sé, me he dado cuenta.

—¿No te parece raro?—Se encoje de hombros.

—Está mala, ¿qué tiene de extraño?

—No sé, es que el otro día... —niego con la cabeza—, déjalo, deben ser cosas mías.

—No te calles ahora, si empiezas a decir algo, tienes que acabarlo.

—Verás —apoyo las manos sobre la mesa y las abro mientras intento encontrar las palabras adecuadas—, el otro día estuve aquí con Lucas —Héctor asiente—, cuando llegué discutían.

—Como de costumbre —intercede.

—No —niego sin mirarle—, más bien era cómo que él le ordenaba, ella tenía la cabeza agachada—arqueó una ceja—, cuando pasó por mi lado vi que estaba llorando. Y llevaba un pañuelo en el cuello aunque hacía calor.

—¿Qué intentas decirme, Hugo? —Frunce el ceño muy serio dejando de nuevo el botellín sobre la mesa.

—Joder, no lo sé... —Me rasco la frente y niego con la cabeza—. Solo que la veo distinta y no sé, quizás son paranoias mías.

—En comisaría nunca ha interpuesto una denuncia por malos tratos.

—¿Crees que lo denunciaría en la comisaría donde trabaja su amigo de toda la vida? —Su rostro se endurece, creo que incluso está apretando la mandíbula.

—Ella también es mi amiga, además, ante todo soy profesional.—Asiento—. Si el animal de Lucas se ha atrevido a ponerle una mano encima, te juro que lo mato.

—Lo sé. ¿Podrás poner atención en ella?

—Claro —le da un trago a su botellín—, pero espero que todo sean imaginaciones tuyas.

—¡Yo también!

Todavía está claro a pesar de ser las nueve pasadas. Conduzco con la ventanilla del coche bajada dejando que la poca brisa que corre, entre dentro; el aire acondicionado me molesta bastante y reseca la garganta. Paso por delante de la finca de María y Paco y, como espero, su coche está aparcado delante. Rojo y flamante. No lo pienso, aparco detrás y pico la puerta con un par de nudillos. Se oyen pasos y la puerta se abre. Es ella. Dani está aguantando la puerta, seria.

—Hola.

—Hola.—Una pequeña y tímida sonrisa se dibuja en su rostro, levantando levemente la comisura de sus labios.

—No me dijiste que vendrías —agacha la cabeza y yo la observo—, ¿Por qué?

—Porque creí que era lo mejor. —Alza la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Son oscuros y profundos. Me perdería en ellos—. Que todo es demasiado complicado.

—Me gusta lo complicado —se ríe y yo también—, ¿cómo está tu abuela?

—Está en cama, muy débil.

—¿Te apetece dar un paseo? —Mira su reloj—. Solo un rato... —Suspira.

—Está bien, pero solo una horita. No quiero llegar tarde, le tengo que dar las medicinas a las doce.

—Prometido.

—Dame un segundo. —Abre la puerta de par en par—. Pasa, por favor.

Dentro todo está a oscuras, deben estar descansando ya. En apenas cinco

minutos aparece Dani de nuevo y parece tan distinta de la primera vez que la vi tras esta puerta... lleva un vaquero ceñido que marca las suaves curvas de su cuerpo con una camiseta blanca y cuello de pico. Su melena está suelta, le cae por delante de los hombros.

—¿Vamos? —Pregunta cruzándose un pequeño bolso por el hombro derecho. No respondo, solo me levanto y la sigo.

Fuera se escuchan los grillos con su cantina. Es el sonido del verano y a mí me encanta. Me relaja. Me recuerda que tengo el gran privilegio de vivir en un sitio donde todo está rodeado de campo y montaña; de naturaleza en su máxima esencia.

—¿Te apetece un paseo a caballo? —Abre la puerta de mi coche y contesta antes de meterse dentro.

—Claro, los he echado de menos estos días.

—Ellos a ti también —me pongo tras el volante—, si pudieran hablar me lo hubieran dicho muy claramente.

—Eres un bobo...

—Eres un bobo —la imito haciendo morritos y riéndome de ella. Me pega en el hombro.

—E idiota también.

—Lo sé, pero... a mí también me has echado de menos, ¿verdad? —Gira la cabeza para mirar por la ventanilla y evitar mis ojos.

—Supongo. —Con mi dedo índice se la giro, quiero verlo en sus ojos.

—¿Supongo? —murmuro con una ceja arqueada. Asiente.

El paseo es agradable, la noche ha caído suavemente sobre la montaña dejando un manto de estrellas adornando la oscuridad del cielo. Dani trota sobre Calma, su caballo preferido. A Calma también le gusta llevar a Dani, tiene serenidad y dulzura, algo que Calma necesita. Paramos en un pequeño prado repleto de pequeñas florecillas blancas. La luz de la luna ilumina medio rostro de Dani, esta preciosa con esta luz y siento que tengo que hacer cuanto esté en mi mano para conquistarla, para demostrarle cuanto la puedo hacer feliz, lo que le puedo aportar a su vida. Solo que ella todavía no lo sabe.

Bajo de un salto de Estrella y ayudo a Dani a hacer lo mismo. Ato a ambos caballos a un árbol y tiendo en el suelo la manta que he sacado previamente del coche. Me tumbo en ella bajo la atenta mirada de Dani.

—Ven. —Señalo con mi mano—. Apuesto que en Barcelona no tenéis

este cielo tan estrellado. —Mira hacia arriba.

—Eso es indiscutible —se tumba a mi lado—, casi no recordaba lo mucho que me gustaba mirar las estrellas y sus constelaciones.

—Mira —señalo hacia el cielo— ¿ves aquellos tres puntitos de ahí?

—Sí —murmura mirando hacia donde le indico.

—Es el cinturón de Orión. Si te fijas bien, puedes ver perfectamente el caballero de Orión.

—No lo distingo.

—Sí, los tres puntos de abajo es la parte baja de su armadura. Si te fijas bien le puedes ver bien los brazos e incluso las piernas —continúo señalando hacia donde tiene que mirar.

—¡Ya lo veo!

—La mitología explica que Orión era un caballero gigante, que violó a Mérope. —Gira la cabeza un segundo para mirarme.

—¿Quién es Mérope?

—La hija de Enopión, un Dios Griego.

—En ese caso, no debería tener una constelación solo para él.

—Se dice que Enopión lo dejó ciego por su atrevimiento.

—Yo le hubiera cortado su miembro —me corta. La miro y sonrío.

—¡Qué fina! —me burlo.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —pregunta divertida sin mirarme.

—Pues que le cortarías los huevos, coño. ¡Eres una remilgada hablando!

—La miro y ella a mí también. Riendo los dos.

—¡No lo soy!

—Sí. —Asiento.

—Sigue con la historia, anda.

—Helios le devolvió la vista y desde entonces se convirtió en el compañero de caza de...

—Reivindico que no debería tener una constelación para él.

—¡¿Quieres dejar de interrumpirme?! —Pellizco su pierna.

—¡Aiii! —Se queja—. Perdona, no te interrumpo más, continúa, por favor. —Me apoyo sobre mi brazo izquierdo, mirándola fijamente.

—¿Seguro? —Asiente—. Vale, mmm... ¿por dónde iba? —pienso un segundo—. ¡Ah, sí! Decía que se convirtió en el compañero de caza de Artemisa y Leto. Prometió aniquilar todo animal de la faz de la tierra — estaba atenta a cada palabra que le decía—, Gea se enfadó y creó un

escorpión gigantesco que lo picó y mató. Artemisa, que se decía que estaba enamorada de Orión, sufrió tanto su pérdida que decidió colocarlo en el cielo.

—Artemisa debía estar ciega...

—Ssshhh... —me llevo el dedo índice a la boca— no vayas a hacer enfadar a los dioses.

—Siempre te han gustado las historias. —Se gira y me mira de costado refirmada en su brazo derecho.

—Mucho, la mitología griega siempre me ha llamado mucho la atención. —Mira su reloj—. ¿No te puedes quedar un rato más?

—No puedo, Hugo. He venido para cuidar a mi abuela, no puedo pasarme el día contigo —me acerco un poco más a ella—, aunque no te niego que resulta tentador.

—Cinco minutos más... —ruego acercándome un poco más.

—¿Y qué harás en cinco minutos? —pregunta seria.

—Cinco minutos pueden dar para mucho... sino como mínimo para que quieras quedarte un poco más. —Me acerco un poco más, quedando a unos escasos centímetros el uno del otro. Noto su aliento en mi rostro.

Se levanta, creo que se ha puesto nerviosa y no puede continuar tan cerca de mí. Me quedo con las ganas de probar sus labios. Cierro un segundo los ojos y recuerdo cuando los probé, tan dulces y cálidos sobre los míos. Tan húmedos y necesitados más tarde, tan entregados y dispuestos después. Sé que ella también lo recuerda, pero le resulta demasiado complicado aceptar lo que empieza a sentir por mí. Su opción en Barcelona es la más fácil y cómoda y, aunque la entiendo, no voy a conformarme con su decisión hasta que su respuesta no sea firme.

Recojo la manta y la guardo dentro de la mochila que me cuelgo a los hombros. Dani se encuentra junto a Calma, le acaricia el morro con suavidad y la yegua se deja hacer mientras mueve su cabeza en busca de la siguiente caricia.

—Se ha encariñado contigo —murmuro al llegar a ella.

—Y yo con ella. Es muy cariñosa.

—No con todo el mundo. Con mi padre no hace buenas migas. —Me mira.

—¿Por qué? —Me encojo de hombros.

—No lo sé —empiezo a desanudar a ambos caballos del árbol al que permanecen amarrados—, ellos eligen quién les gusta y quién no.

—¿Me explicarás más historias sobre constelaciones otro día?

—Claro, si prometes no interrumpirme. —Le revuelvo el pelo con la mano.

—Prometo intentarlo...

—¡Me sirve!

De regreso bajamos con calma, permanecemos uno al lado del otro a pesar que ella está más pensativa que de costumbre.

—Parece que se te han acabado las palabras —me mira—, no pensé que eso fuera posible.

—Estoy en calma.

—Como tú caballo —ríe—, sois como anillo al dedo.

—Eso parece.

Antes de lo que me gustaría llegamos a mi finca, dejamos ambos caballos en los establos y nos montamos en el coche que la devolverá de nuevo a su casa. Y a mí me gustaría pasar una eternidad con ella, demostrarle como late mi corazón bajo mi pecho cuando la tengo cerca, pero no la quiero asustar. Así que no me queda más remedio que respetar lo que siente y mostrarle con pasitos de hormiga que el mejor lugar en el que puede estar es a mi vera.

—Huele a verano.

—Está a la vuelta de la esquina —echo un brazo alrededor de sus hombros—, en apenas unas semanas.

—No sabía cuánto había echado de menos todo esto —me mira—, es cierto... el tiempo pasó y no me di ni cuenta.

—Dicen que nunca es tarde para darse cuenta de las cosas. ¿Solo echaste de menos el lugar?

—No —me mira fijamente—, también a su gente —sigue mirándome casi sin pestañear, y creo que mi corazón martillea tan fuerte mi pecho que apostarí que lo puede escuchar—, sobre todo a ti.

—Vaya —ladeo la cabeza—, es agradable escuchar eso; aunque no sé si me has echado de menos del mismo modo que yo.

—Déjame que lo averigüe poco a poco. —Abre la puerta del copiloto.

—Soy paciente, tengo todo el tiempo del mundo. —Asiente y sube.



—Hugo, ¡para! —He visto algo en uno de los callejones que acabamos de pasar. Frena en seco.

—¿Qué pasa? —Me mira sin entender.

—Me ha parecido ver una chica encogida en aquella sombra de allí. — Señalo en la dirección.

—¿Estás segura? —Asiento. Hugo baja del coche y yo le sigo a paso ligero tras él—. ¿Hola...? —Pregunta en voz alta para ver si alguien responde. Se escuchan unos pequeños sollozos en respuesta a su pregunta.

Giramos andando la esquina y en un rincón, escondida de la suave luz de la farola, una chica llora hecha un ovillo. Nos acercamos, todavía no podemos ver su rostro e identificarla.

—Deja que me acerque yo primero, Hugo.

—¿Por qué?

—Pues porque si le ha pasado algo, puede que se sienta más segura con una mujer que con un hombre. —Asiento no demasiado convencido y para en la esquina.

Me acerco a ella que me mira recelosa con parte del rostro tapado, llora de forma descontrolada, haciendo que su pecho suba y baje rápidamente.

—Hola, me llamo Daniela, ¿puedo saber qué te pasa? —Me agacho frente a ella, pongo una mano en su rodilla esperando que el contacto no la asuste. Su mano se aparta del rostro y mi pecho se congela—. Dios mío... ¡¡¡Hugoooo...!!! —Chillo para que venga rápido—. Hugo, ven rápido.

Tras sus manos me sorprende ver el rostro de Susana, tiene un labio ensangrentado, un ojo con bastante mala pinta y la camiseta hecha girones. Intenta tapar sus pechos, ya que el sujetador también está roto.

—¿Susana...?! —Por respuesta solo un sollozo y los ojos anegados de lágrimas.

Se acerca a ella, se agacha y le aparta las manos con el rostro desencajado.

—¿Qué te ha pasado? —Ella abre la boca para hablar pero no lo consigue. Estalla en llanto de nuevo sin poder articular palabra. Hugo la abraza y acuna en su pecho mientras ella continúa llorando—. Busca en el coche mi móvil y llama a Héctor, rápido.

Hago lo que me pide rápidamente. La llamada timbra al otro lado varias veces hasta que finalmente la voz grave y masculina de Héctor responde.

—Buenas —responde al otro lado—, qué, ¿estaba en casa de sus abuelos o no?

—Héctor —respondo haciendo caso omiso a sus palabras—, soy Dani.

—Daniela, ¿le ha pasado algo a Hugo?

—No, ha Hugo no —respondo nerviosa—, es...

—¿Quién por dios...?

—Susana.

—¿Qué le ha pasado, Daniela?

—No lo sé —me cuesta hablar, estoy muy nerviosa—, diría que alguien la ha atacado.

—Ahora mismo voy, ¿Dónde estás?

—En la calle de atrás de La Guarida.

Me acerco con el teléfono en la mano hasta ellos. Hugo sostiene la cabeza de Susana entre sus grandes manos mientras le da indicaciones para que respire con él acompasadamente.

—¿Quién te ha hecho esto? —Pregunta mirándola cuando llego a su lado.

—Lucas —consigue responder con dificultad..

—¡¡¡Hijo de puta...!!! —murmura con la mandíbula prieta. Se levanta y da varias patadas al aire. Lo veo meterse el puño en la boca lleno de rabia. Me acerco a ella que continúa llorando.

—Tranquila —me agacho para ponerme a su vista—, Héctor ya viene, Susana. —Asiente y me abraza. Está temblando y yo me encojo por dentro. La rodeo con mis brazos esperando que se sienta un poco más segura.

Héctor llega con el coche patrulla antes de lo esperado junto con la ambulancia que él se ha encargado de avisar. Un camillero se acerca a

nosotros.

—Déjenme ver, por favor. —Nos apartamos y un médico mira a Susana detenidamente.

Entre él y el camillero la colocan en la camilla con cuidado y la tapan. Miran con una luz las pupilas de Susana y le hacen algunas preguntas que a ella le resultan imposibles contestar, primero porque sus labios tiemblan cada vez más y segundo porque llora tanto y tan fuerte que no puede hablar.

Finalmente deciden llevarla al hospital para hacerle un reconocimiento completo y administrarle un calmante que le permita hacer una declaración y posterior denuncia.

—Te lo dije... —murmura Hugo cuando la ambulancia se la lleva—, te dije que la notaba rara, que algo pasaba entre ellos, ¡joder! —chilla poniendo sus brazos en jarras.

—Lo encontraré y pagará, eso te lo aseguro.

—¿No tenían una hija? —pregunto de pronto. Ambos me miran.

—Sí —murmura pensativo Héctor—, voy a su casa ahora mismo. Sí está la niña, espero que cómo mínimo no haya presenciado nada.

—Daniela —empieza a hablar Hugo—, sube que te dejo en casa cuanto antes, quiero llegar con la ambulancia al hospital.

—Yo quiero ir, Hugo.

—Tienes que ocuparte de tus abuelos. —Su entrecejo está fruncido y hace que le salgan dos líneas al inicio de ceja que me gustaría acariciar y relajar.

—Está bien... —digo más para mí que para él. Alzo la cabeza—. Me dejas en casa, les doy los medicamentos a mis abuelos y voy al hospital después.

El coche de Hugo para frente a la casa de mis abuelos, le doy un beso en la mejilla y salgo a toda prisa del coche.

—Nos vemos en un rato.—Asiente.

Dentro de casa las luces están encendidas y mis abuelos miran el televisor tapados con una mantita de entretiempo en el sofá.

—Hola—saludo al entrar.

—Hola, Daniela —saluda mi abuelo Paco, imagino que ella está medio dormida.

Me dirijo a la cocina, saco la cajita con la medicación de mi abuela y se la llevo junto con un vaso de agua y un yogurt natural, le sienta bien antes de

dormir.

—¿Ha pasado algo, hija? Pareces nerviosa.

—Sí, tengo que ir al hospital. Lucas ha agredido a Susana esta noche —sus ojos se abren como platos—, la he encontrado llorando en un callejón con un ojo morado y la camiseta rota.

Mi abuela ha despertado mientras le explicaba lo que ha pasado a mi abuelo. Se lleva las manos a la boca.

—¡Virgen santísima! —Asiento—. Pensaba que estas cosas solo pasaban en la ciudad.

—Pues ya ves.

—Ves con cuidado, por favor.

—Estaros tranquilos, estaré con Hugo. —Ambos asienten.

Hugo está sentado en la sala de espera, su pierna sube y baja rápidamente, de forma nerviosa a la espera de noticias.

—Hola —me acerco y beso su mejilla. Me abraza. Le corresponde acariciando su espalda.

—¿Cómo ha podido? —pregunta sin mirarme—. La conozco desde pequeña, a los dos, joder. No sé ni cómo tengo que sentirme.

—Lo que ha hecho no tiene nombre... —Me siento a su lado.

—No lo conozco —sigue sin mirarme—, sabía que podía ser un poco bruto, un poco machista, pero esto no lo podía esperar.

Héctor viene pasando una mano por su pelo con la mandíbula desencajada. Tras él, Lucas. Hugo se levanta hecho una fiera y Héctor le para.

—¿Qué hace él aquí? —Pregunta echando fuego por los ojos y alzando su brazo señalándolo.

—No lo puedo detener, Hugo. No hasta que ella preste declaración y lo denuncie. Por suerte, la niña no estaba en casa.

—Vaya, todo un detalle por su parte... —responde con ironía.

—Hugo, yo estoy igual que tú, ¿vale? —Asiente—. En cuanto pueda lo detendré.

Lucas pasa de largo, se acerca al mostrador y pide información sobre su mujer. En paralelo Héctor pide entrar a verla como agente a tomarle declaración y un doctor lo acompaña.

—Su marido soy yo —Se levanta Lucas cuando ve que Héctor se marcha con el doctor. Este se gira con mucha calma.

—Su mujer no desea verlo, así nos lo ha expresado a nosotros y así se cumplirá. Ahora que está más tranquila gracias a los calmantes que le hemos administrado, podrá prestar declaración. —Lucas asiente hinchando su pecho y dejando escapar el aire comedidamente.

Consigo que Hugo se siente de nuevo en su sitio y yo lo hago a su lado; voy acariciando su pierna para transmitirle una serenidad que no tengo, pero que necesito que él sí tenga para que no le parta la cara al capullo este. Lo último que quisiera es que acabara Hugo en comisaría y con antecedentes. No es la solución y no arreglaría nada, la violencia no puede combatirse con violencia. Aunque no niego que yo misma le daría con uno de mis habituales taconazos en toda la frente y dejarle una señal de por vida.

Héctor tarda en salir como una hora que se nos hace eterna; y el ambiente en la sala es tan cargado que se podría cortar con un cuchillo. Ambos se van dirigiendo miradas reprochadoras que me hacen pensar que en cualquier momento pueden llegar a las manos. Me fijo en que los nudillos de Lucas ya están pelados y medio sangrantes; cierro los ojos y me obligo a no volver a mirarlos, me ponen la piel de punta, porque inconscientemente lo imagino sobre Susana golpeando su rostro sin cesar.

—¿Cómo está? —Me levanto y lo miro. Héctor pasa una mano por su pelo, y creo, que se le escapa una pequeña lágrima que esconde cerrando los ojos y negando con la cabeza.

Varios coches patrulla llegan y detienen a Lucas bajo la atenta mirada de todos.

—¡Desgraciados, os vais a arrepentir...!

—Está detenido por la agresión a su mujer de esta noche.

—Yo no he hecho nada —vocifera—, maldita hija de puta, ¿cómo se atreve?

Entre varios hombres consiguen reducirlo, y engrilletarlo tras la espalda y llevárselo al coche.

—Tiene tres costillas rotas, ha podido perder un ojo y —hace una pausa para coger aire— la ha violado. —Pone sus brazos en jarras y niega con la cabeza gacha. Mi mano se va inconsciente a la boca.

—Dios mío...

—Espero que no salga, porque no respondo de mí —responde Hugo con la mandíbula prieta.

—Han avisado ahora a su madre que estará a punto de llegar.

No dejan entrar a nadie a verla y creo que es lo mejor. ¿Cómo se actúa en una situación así? No sé, ¿Cómo la miras? Es decir, debe estar pasando por un infierno interno. Si la miras con pena quizás la hundes más, sino.... Solo puedo compadecerme de ella y sé que no es la actitud correcta.

Los padres de Susana llegan a toda prisa, el rostro de su madre está descompuesto; un churretón sale de sus ojos que debían estar maquillados antes de llevarse semejante susto. Se me encoje el alma, no soy madre, pero puedo llegar a ponerme en su piel por un momento. El vello de mi cuerpo se eriza solo de pensar lo que la pobre debe haber pasado, sufrido y desde cuando... no creo que sea un tema de ahora.

Hugo levanta la mano, y la mujer se va directa hacia él. Lo abraza y continúa llorando. Héctor los mira. Su expresión es de rabia, de dolor. Sus ojos están serios, los puños prietos a pesar de estar en jarras y su mandíbula tensa. Imagino que debe sentirse impotente.

—¿Qué ha pasado? —Mira a ambos. Su rostro está compungido. El pecho de Hugo se hincha, la mira y suspirando responde.

—La encontramos en la calle, en un callejón a oscuras.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —pregunta más para ella que para él—. Sabía que no era el hombre perfecto, incluso que no se llevaban demasiado bien...

El que imagino es su marido se acerca a nosotros después de pasar por el mostrador. Le tiende la mano y Hugo la acepta.

—Pensé que se acabarían separando en cualquier momento, pero esto... ¡esto no! —dice ofuscada.

—Gracias por avisar, Hugo —este asiente con pesar—, Bego, el médico dice que podemos pasar a verla un momento. Ya ha testificado con la policía.

—Dale un beso de mi parte, por favor.

—Por supuesto.

El hombre echa un brazo por los hombros de su mujer y se marchan en compañía del médico que los espera.

—¿Vamos? —Me mira. Asiento—. Te acompaño a casa.

Acaricia mi rostro con el dorso de su mano.

—Gracias, la verdad es que con todo esto se me ha puesto mal cuerpo, estoy asustada. —Hugo me abraza y besa mi cabeza con afecto.

—Si alguien se atreviera a ponerte una mano encima, te juro que lo reviento.

Y aunque no son unas palabras muy bonitas, me gustan y hacen que me sienta bien y protegida bajo sus brazos.

Fuera, a pesar del calor, tengo frío, o es que me he quedado helada y no hay manera de entrar en calor. Hugo me acompaña al coche, abre mi puerta, lo miro un segundo antes de entrar y beso su mejilla. El cierra los ojos y aspira profundamente, lo que hace que me estremezca por dentro. ¿Qué hacer cuando tú cabeza dice una cosa y tú corazón otra?, ¿qué prevalece ¿la razón o el corazón? Porque mi cabeza dice que sin duda, huya tan lejos como pueda de este pueblo y su gente que está robando mi corazón; y mi corazón, que lo deje todo para cobijarme entre los brazos del hombre en el que se ha convertido mi mejor amigo de la adolescencia.

Hugo va en su coche tras el mío, estoy nerviosa y agarro el volante firmemente, pero cuando miro por el espejo retrovisor y lo veo, todo se calma en mi interior. Aparca tras de mí y sale cuando ve que la puerta de mi coche se abre. Las luces del suyo permanecen encendidas dando luz a tanta oscuridad.

—Siento que hayas visto esto. —Pasa las manos por mis brazos—. Lo siento, de verdad.

—No entiendo como alguien es capaz de hacer una cosa así.

—Yo tampoco. —Me acerca a su pecho e inevitablemente inspiro su olor.

—Gracias —murmuro abrazada a su cintura.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir segura a tu lado.

—Te protegería con mi vida si fuera necesario. —Besa mi cabeza—. Buenas noches, Dani.

—Buenas noches.

Todo está a oscuras en casa, de fondo se escuchan los ronquidos de mis abuelos dormir plácidamente. Me siento en el sofá un momento, tengo mal cuerpo y no quiero acostarme todavía, además es pronto, apenas las doce. Mi móvil me saca de mis pensamientos.

—Daniela, me tenías preocupado. —Su voz es seria y cortante.

—Buenas noches, Cristhian. —Subo las piernas al sofá y me hago un ovillo con ellas.

—Estás... ¿bien? —Suspiro.

—Supongo que sí, ha pasado algo esta noche. —No me deja continuar hablando.

—¿Algo que deba saber? —pregunta con cautela. Apoyo el pie derecho en el suelo.

—¿Qué insinúas? No es lo que estás pensando. —Me enderezo—. Hoy una chica de aquí ha recibido una brutal paliza por su marido, quizás... ¡quizás quieras el número para representarle! —Le acuso tajante.

—Porque no, después de todo, todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—A veces me sorprende tu frialdad y me pregunto qué narices hago contigo.

—Ese amigo tuyo no es mejor que yo. Solo ejerzo mi profesión, la misma que tu padre, por cierto.

Un whatsapp entra en mi teléfono mientras continúo discutiendo, lo miro, es Hugo.

—Ha sido una noche muy larga, y lo último que me apetece es discutir contigo.

—¿Por qué parece que últimamente es lo único que sabemos hacer?

—Pues no lo sé, Cristhian. Pero de verdad que consigues sacar la peor parte de mí. —Me levanto exasperada y de mal humor.

—Vaya, pues envidia entonces a Hugo, parece ser que es el único que últimamente tiene la capacidad de ver a la otra Daniela, no ¿Cómo era? Dani...

Cuelgo el teléfono sin contestar su provocación, porque de pequeña me enseñaron que dos no discuten si uno no quiere y yo ya había tenido bastante por esta noche.

Hugo:

Siento lo que ha pasado esta noche.

Que hayas tenido que ver esto, como mujer que eres,

Puedo entender cómo debes sentirte.

Prometo no dejar que jamás te pase nada

Malo cuando estés a mi lado; si me dejas. 01:20

Daniela:

¿Por qué hay personas que les gusta hacer daño?

Es que no lo entiendo, si no son felices, lo único que tenía que hacer,

Es dejarla marchar... no marcarla para el resto de su vida. 01:20

Hugo:

Yo tampoco lo entiendo, si de mí dependiera... 01:21

Daniela:

Lo peor, es que Cristhian es el perfil de personas que defiende.01:21

Hugo:

¿Es abogado? 01:21

Daniela:

Sí, y de los buenos. 01:22

Hugo:

Yo tampoco lo entiendo, pero debes pensar

Que es la forma en la que se gana la vida. 01:23

Daniela:

Eres demasiado bueno. 01:23

Hugo:

No me sirve demasiado, al fin y al cabo,

Estás a su lado y no al mío. 01:24

Suspiro porque tiene más razón que un santo, pero es que me siento tan... como sería, ¿cobarde? Supongo que sí; tan cobarde que no estoy demasiado por la labor de escuchar a mí corazón. Eso implicaría demasiadas cosas.

Daniela:

Lo siento, es todo cuanto te puedo decir por el momento. 01:27

Hugo:

Buenas noches princesa. Besos. 01:27

Daniela:

Buenas noches, Hugo. Un beso.01:28



Como todo en los pueblos, las malas noticias corren como la pólvora, y esta, no iba a ser menos. Me levanto temprano porque no tengo sueño, he pasado una noche del demonio y me duele el cuerpo ya de estar en esta cama demasiado blanda. Además, así aprovecho para ir a comprar al mercado de fruta y verdura que ponen en la plaza todos los sábados.

Para mi sorpresa, mi abuela está levantada; no la encuentro en el dormitorio y bajo las escaleras en busca de ella. Bajo mirando todo a mi alrededor y escucho un sonido de fondo. Es el molinillo del café y me encanta. Una sonrisa se expande en mi rostro.

El aroma del café recién molido es maravilloso, al menos, para mí. Es como el de la ropa limpia, la hierba recién cortada, o la tierra húmeda después de la lluvia... Son esos olores en los que sientes que te quedarías, que te obligan a parar y respirar profundo y a hacer una pausa...

Así es como lo siento yo, y si además, lo hace con un molinillo que lleva en la familia toda la vida y con el que recuerdas como tu abuela molía almendras en navidad para hacer mazapán, pues te pones nostálgica o qué sé yo. O quizás es que simplemente estoy nostálgica por lo sucedido ayer y todo me afecta un poquito más.

—Yaya, ¿qué haces levantada?

Se gira y me mira con una tímida sonrisa.

—Hija, es que no aguantaba más en la cama. He pasado muy buena noche y necesitaba hacer algo. Ya verás que café tan rico sale recién molido.

Me acerco a ella y le beso en la mejilla desde atrás. Agarra mi mano y se la lleva a los labios con cariño.

—Tienes que cuidarte. —Niego—. No, perdón, ¡tengo que cuidarte! —Se

echa a reír—. Para eso he venido, yaya.

—Qué sí, pero si es que solo con tenerte aquí ya me encuentro mejor.

La miro con los labios fruncidos y los brazos en jarras.

—Abuela, ¿no has hecho trampas para que tenga que venir otra vez?

—¿Alguna vez te he explicado, que soy una actriz estupenda? Siéntate, anda, hoy te preparo yo el desayuno.

—¿Y tú no sabes que está mal mentir? —la regaña sonriendo.

Cuando mi abuelo Paco entra en la cocina, la mesa está preparada con tostadas, mantequilla artesana, mermelada de fresas y café recién hecho.

—Si sigo viniendo aquí, engordaré como diez quilos—me quejo.

—Buena falta te hacen —agarra mi cintura—, estás tan flacucha que no se te pueden agarrar las carnes.

—¿Cómo está tu amiga? —pregunta mi abuelo alzando una tostada del plato central.

—Bastante mal, no puedo creer lo que ha pasado.

—Nunca me gustó ese chico —murmura mi abuela—, ya de pequeño era un bruto y le iba pegando patadas a todo el mundo.

Fuera el día está gris, las nubes recubren el firmamento entero sin dejar que se filtre un mísero rayo de sol, pero me apetece dar un paseo hasta el mercado. Necesito andar y despejar mi mente.

La plaza está muy concurrida. Parece que aquí, a todo el mundo le gusta madrugar y cuchichear, porque en cada esquina hay un corrillo de tres o cuatro mujeres hablando por lo bajito y mirando a su alrededor a ver si alguien escucha, y yo, que tengo oído en todos lados escucho.

—Oye, ¿ya te enteraste lo que pasó ayer por la noche?

—No, ¿qué paso? —pregunta una mujer acercándose a la que le habla.

—Pues se dice, que Lucas —se acerca a su oído—, el hijo de la Paca, ayer le pegó a su mujer.

—No me lo puedo creer —se lleva una mano a la boca—, con lo buen mozo que ha sido siempre.

—Pues se dice que le pegó una buena tunda y que la mandó al hospital.

—Pobre muchacha.

—Cinco costillas rotas, una pierna y un ojo morado... ¡imagínate!

Al pasar por su lado se callan al instante y, entonces recuerdo, porque dejé de venir. Odio los chismorreos y aquí, como en cualquier pueblo, están a la orden del día. Dejo el mercado atrás, necesito airearme y quién sabe,

quizás tomarme otro café en alguna terraza lejos de la gente indiscreta.

Pasada la plaza donde todo el mundo habla y anda de un lado a otro revisando la mercancía de los vendedores ambulantes, las calles quedan desiertas y puedo respirar un poco de tranquilidad. Tras de mí, un coche va lento. Diría que casi a ralentí, siguiéndome. Mi corazón se acelera aunque sé que es una tontería. Me giro disimuladamente y mi corazón se encoge al ver tras el volante a Lucas. Su sonrisa se expande y se ladea. Pasa una mano por su tupé perfectamente peinado y sigue sin quitar los ojos de mi cuerpo, repasándolo de arriba abajo sin ningún tipo de pudor. Me paro, y al pasar por mi lado, me sigue con los ojos girando la cabeza hasta pasar de largo. Cierro los ojos y suspiro. Solo puedo hacerme una pregunta ¿qué hace en libertad, después de darle semejante paliza a su mujer?

Después me acuerdo que hay abogados como Crithian, y niego para mis adentros maldiciendo. No es justo.

La rabia me invade, las manos me tiemblan y aunque esta vez no es culpa de Crithian, lo culpo a él. Por dedicarse a lo que se dedica. Por defender este tipo de personas por llamarles de alguna manera.

Saco el teléfono del bolso, acelerada, con ganas de pelea y, sin duda, Crithian en este momento es el blanco perfecto.

—¡Buenos días!, ¿cómo te encuentras, mejor?

—Serán buenos para ti...

—¿Qué pasa ahora?

—¿Qué pasa? —y lo pregunto exasperada—. Pasa que por culpa de gente como tú, los hombres de hoy en día pueden hacer lo que os da la puta gana con nosotras. Nos podéis violar, pegar, vejar, lo que queráis. Qué no pasa nada.

—Dios, Daniela, te juro que no entiendo nada. ¿Qué he hecho ahora?

—Lucas está en libertad.

—¿Y yo tengo la culpa? —pregunta sin entender alzando la voz.

—No directamente. —Miro al cielo, es evidente que no me entiende y no sé cómo explicarle—. Lo que quiero decir es que, por culpa de gente como tú, otros pueden hacer lo que quieren. Y no, a este —remarco la palabra—, no le has ayudado tú, pero a muchos otros sí...

—Daniela —suspira—, entiendo que lo que has visto no es agradable, que te sientes superada... pero no puedes culparme por el hambre en el mundo.

—Disculpa, no quería robarte tú valioso tiempo.

Cuelgo sin más y empiezo de nuevo a caminar a zancadas largas, firmes y contundentes. Me siento en la primera terraza que encuentro y pido un té helado. Las nubes del cielo poco a poco se van diluyendo y algún que otro rayo se filtra a través, haciendo que me ponga las gafas de sol.

Un coche patrulla se para delante, levanto los ojos de mi vaso y veo a Héctor mirándome. Va vestido de uniforme, al igual que ayer. Le sienta muy bien. Baja la ventanilla y sonriendo me saluda.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—No podía dormir —confieso—. Oye, Héctor...

—¿Sí?

—Me he encontrado con Lucas. —Lo miro fijamente a los ojos— ¿Cómo es posible?

Para el coche y se baja. Se sienta frente a mí y se cruza de brazos.

—Lo sé; sus padres han pagado la fianza y no podemos hacer nada. Hasta que no salga el juicio está en libertad.

—Las leyes de este país son una mierda —declaro enfadada agarrando mi baso para llevarlo a los labios.

—Sí. A veces me siento impotente. Es decir... —junta sus manos sobre la mesa— nosotros nos esmeramos para que nada pase, para detener a los que hacen mal las cosas. Pero el dinero todo lo puede, si a eso le sumamos lo anticuada que está la constitución, hace que trabajar de policía sea una gran mierda.

—Me asusté tanto cuando la vi.

Y lo digo más para mí que para él.

—Hugo me avisó que pasaba algo, pero nunca pude llegarme a imaginar esto.

—Lucas era vuestro amigo, por eso no podíais ver con claridad lo que yo ya veía.

Cruzo mis piernas. Héctor me mira con el ceño fruncido, sin entender mis palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Su mirada me pone los pelos de punta, desde el primer día en que lo vi en La Guarida.

—Siempre he pensado que tiene un mal carácter, pero de ahí a maltratar y violar a su mujer, va un trozo. —Hace una pausa—. Cuando la vi, ahí tirada,

en el suelo temblando de miedo, la rabia me consumi6 y eso llevando un arma cargada encima no es muy bueno.

—Tienes un buen autocontrol. —Lo miro fijamente—. Yo le habría pegado un tiro.

Aprieta la mandíbula y me mira dejando escapar un suspiro a medida que tuerce su boca.

—Te aseguro, que en ese momento, nada me habría gustado más que hacer una cosa así. —Se queda mirando a la nada—. Se me parte el corazón cada vez que la recuerdo.

Mi móvil empieza a sonar interrumpiendo la conversación. Descuelgo, es Hugo. Y una tranquilidad invade mi pecho.

—Hola —respondo en un susurro.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te has levantado?

—No podía dormir. Cada vez que cierro los ojos la veo, Hugo.

—Ojalá no hubieras tenido que verla.

—Ya... pero si no la llego a ver, ¿qué hubiera pasado? Estaba tirada en la calle, muy herida.

—Lo sé, preciosa, lo sé. ¿Qué haces?

—He salido al mercado a comprar, necesitaba dar un paseo. Pero aquí todo el mundo habla de lo mismo.

—Esto es un pueblo muy pequeño, las noticias así corren muy rápido.

—Ya. ¿Sabes que ya está fuera?

—Me lo ha contado Héctor esta mañana. ¿Lo has visto?

—Ajá.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Solo me ha recorrido con sus asquerosos ojos y me ha señalado con el dedo. No le gusto, Hugo. Lo sé desde el primer día en que volví.

—No tienes que preocuparte, a ti no va a tocarte un pelo.

—Estoy en una terraza tomando un té. Héctor está conmigo, ¿te apetece venir?

—Tengo que acabar de limpiar los caballos. ¿Te apetece salir a comer juntos?

Mi corazón se desboca. Estar solos ¡Cuánto me apetece!

—Tengo que cuidar a mis abuelos, ¿recuerdas?

Suspira.

—Claro.

—Se me ocurre que, podrías venir a comer a casa. ¿Te apetece?

—Sí a ti te apetece, entonces a mí también.

—Nos vemos en —miro el reloj de mi muñeca que marca las diez— ¿tres horas?

—Hecho. Un beso, preciosa.

—Un beso.

Héctor no ha perdido detalle de la conversación; está atento mirándome con una pequeña sonrisa en los labios.

—No lo dejes escapar —musita levantándose de su asiento—, es un buen partido.

—Lo sé, pero a veces las cosas son más complicadas de lo que parecen.

—No. —Niega—. A veces, nos la complicamos nosotros mismos y son más sencillas de lo que aparentan.

Dicho esto, me da un beso en la mejilla y se mete en el coche patrulla de nuevo. Sus palabras han impactado directamente en mi pecho. Han sido tan sinceras y reales que duelen demasiado. ¿Por qué de repente, todo lo siento tan fuerte? La vida es mucho más sencilla sin sentimientos. No quiero decir que antes no sintiera las cosas, pero de forma más lejana. O algo así.

Me levanto con sus palabras rondando en mi mente y unas mariposas revoloteando en mi estómago. ¿Dónde han estado todos estos años?, ¿Dónde estaban cuando conocí a Cristhian?

Lo recuerdo como si fuera ayer. Yo acababa de empezar la facultad y estaba muy emocionada. La universidad, estudiar algo que me apasionaba, la gente nueva, las fiestas universitarias. La mesa ya estaba montada y mi padre charlaba animadamente en la cocina de casa con alguien. Mi madre llevaba una fuente con el asado que había preparado y me dio un beso en la mejilla antes de dejarla en el centro de la mesa.

—Hola, mamá. ¿Con quién habla papá?

—Ha invitado a cenar a casa a un chico que está empezando a hacer las prácticas en el bufete de abogados.

—¿Y por qué le ha invitado a cenar? —Pregunté con el ceño fruncido sin entender.

—Dice que tiene mucho potencial, que algún día será un gran abogado.

—Se acerca a mi oído y susurra—. Y es monísimo.

Se le escapa una pequeña sonrisita por debajo de la nariz.

—Ves a cambiarte, anda. —Me miré—. Algo más formal —aclaró.

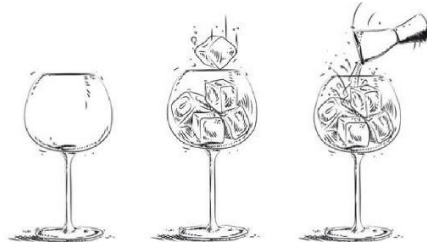
Asentí como de costumbre.

Me puse un delicado vestido negro con las mangas transparentes y falda de vuelo; me cambié la manoletina plana que llevaba y me calcé los tacones. Al salir de nuevo al salón, mi padre salía de la cocina acompañado por un chico de mirada oscura y profunda. Era alto, de espalda ancha. Su mirada me atravesó y a mí me gustó.

Ya por entonces y a pesar de su corta edad, apenas veintiún años, era un chico muy seguro de sí mismo; con una meta muy clara en esta vida que pensaba conseguir a toda costa, y yo fui desde ese momento una más entre ellas.

Congeniamos bien al momento, él se integró en mi entorno y yo en el suyo con suma facilidad porque ambos preveníamos de mundos similares. Y así, con esa facilidad y naturalidad, lo que empezó siendo una buena amistad, pasó a ser un algo más formalizándose entre ambas familias. Pero es que además, ambos por entonces buscábamos lo mismo en una pareja; teníamos muy claro que el amor no era nuestra prioridad, sino alguien con quien pasar rato de calidad.

Y ahora que parece que mi corazón está despertando después de una hibernación profunda, pienso ¿de verdad lo he querido alguna vez? Perdón, quererlo sí que lo he querido, pero, ¿he estado enamorada alguna vez? La respuesta, claro, ya la sé. No.



SUSANA

La habitación del hospital está llena de luz, me molesta; solo quiero cerrar los ojos o al menos uno de ellos, el otro está tan mal que no puedo ni abrirlo. Quiero desaparecer de este mundo. Por mi cabeza solo pasa un único pensamiento: ¿Qué le explico a mi niña cuando me vea? Porque de caras a ella, Lucas es un padre ejemplar, cariñoso, protector y juguetón. Suspiro y dejo que un par de lágrimas resbalen por mis ojos sin contenerlas. Mi mundo se ha venido abajo.

—Susana, te han traído la comida.

Giro la cabeza e intento enfocar la visión correctamente. Mi madre arrastra el carrito con la comida.

—No tengo hambre, mamá. —Acaricia con ternura mi pelo. Que susto se ha llevado la pobre.

—Tienes que comer algo para poder tomar los medicamentos, cariño. — Frunzo los labios haciendo una mueca—. Un poco, aunque sea.

—Ayúdame a enderezarme, por favor. —Estiro el brazo y lo agarra.

Me recuesto con mucho dolor sobre el cojín muñado que mi madre ha colocado, mientras mi cabeza no para de darle vueltas a todo. Cuando cierro los ojos las imágenes vienen a mí en una secuencia de flashes continuos. Me veo tirada en el suelo de nuestro salón, él está sobre mí, aprisionándome contra su cuerpo, sujetando mis manos con su mano derecha y agarrando su polla dura por la excitación con la izquierda para metérmela a la fuerza. Conseguí morder su mano, lo que provocó el tremendo puñetazo en mi ojo derecho. Creí que lo perdería. Que quedaría inservible después de semejante golpe. Sus nudillos impactaron contra mi cara arrancando un grito de dolor

desde lo más profundo de mi garganta. Joder, todavía noto sus nudillos sobre mi cara, sobre mi ojo...

—¡Putas! —dijo con rabia. Yo solo podía sollozar revolcándome por el suelo de dolor.

Después del puñetazo, se enderezó y me dio tres patadas contundentes que impactaron en mis costillas haciendo que me encogiera.

—Aprenderás a que cuando yo te digo algo, se obedece. Punto. No te vas a ir de esta casa, ni mucho menos con nadie.

No pude contestar, el aire quemaba en mis pulmones y tosía sin poder articular palabra.

Volvió a tumbarse sobre mí, con el pantalón por medio muslo y su polla asomando por el elástico negro del bóxer. A partir de ese momento supe que, o me quedaba quieta mientras me violaba, o me mataba. Así que me quedé ahí, inerte y carente de movimiento mientras empujaba con fuerza en mi interior, con su mandíbula prieta, los brazos firmes y su polla dura dentro y fuera de mi cuerpo una y otra vez, como si no fuera más que una puta, como si yo no pudiera decidir sobre mi propio cuerpo y no importara lo más mínimo. De hecho, para él no importaba.

—Cariño, ¿estás aquí? —pregunta mi madre atrayéndome al presente. Seco las lágrimas y asiento.

—Claro. ¿Dónde sino?

El médico me da el alta por la tarde, siempre y cuando vuelva cada día para revisar el ojo y curar varias heridas más.

Mi padre abre la verja exterior que conduce a un patio lleno de recuerdos de infancia. Echo una ojeada y pienso, ¿cómo he podido acabar en esta situación? ¿Cómo la niña feliz que jugaba sobre este césped ha acabado con un ojo morado y varias costillas rotas? Es hora de enmendar los errores del pasado e ir a por todas. Lucas debe pagar por tantos años de sufrimiento y esa será mi meta para salir de la oscuridad en la que me he metido.

Nada más llegar, me tumbo en el sofá, enciendo el televisor al que no le hago el menor caso, y caigo en un subconsciente profundo.

Estoy agotada.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan, haciendo que mi cuerpo dé un respingo en el sofá.

—Voy yo, mamá.

—No te molestes —entra en el salón secándose las manos con un trapo

—, ya estoy aquí.

La puerta se abre, pero no escucho la voz de mi madre saludar a nadie.

—¿No saludas a tu yerno, Bego? —Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—¿Qué haces aquí?

Me levanto casi temblando y recorro la corta distancia entre el salón y la puerta de entrada, porque creo, que estoy dentro de una pesadilla y necesito despertar cuanto antes. Pero no es así. No es una pesadilla. Lucas está con una sonrisa de medio lado, apoyado en el quicio de la puerta mientras mi madre lo mira muda y sin decir nada.

—¡Susana! —Exclama al verme—. Déjame hablar contigo.

—No tenemos nada que hablar —consigo balbucear—. Ayer quedó todo dicho. —Niega—. ¿Por qué no estás en comisaría?

—He pagado la fianza. Estoy a la espera del juicio.

Da un paso hacia adelante y yo uno hacia atrás. Muerta de miedo y con las piernas temblando.

—No... no te asustes, cariño, por favor.

—Ya no tienes derecho a llamarme así... —Una lágrima cae por mi ojo izquierdo.

—Piensa en Sara, en nuestra familia. Somos un equipo. —Extiende su mano para intentar tocarme, pero no se lo permito.

—Debí denunciarte hace mucho tiempo—susurro—. Nunca debí dejar que llegaras hasta este extremo.

—Lo siento —dice arrugando el entrecejo. Y aunque parece arrepentido, esta vez no le creo.

—¡Me violaste! —grito con rabia y la voz rota—. Me pegaste patadas, ¡mira mi ojo! —Lo señalo con mi dedo índice.

—Mi vida, eres mi mujer... eso no es una violación, solo consumé nuestro matrimonio como tantas otras veces.

—No .—Niego—. Es una violación. Porque yo no quería. Estabas borracho y fuera de sí.

—¡Querías dejarme! —murmura exasperado.

—¡Vete, Lucas! —Dice por fin mi madre que parece que ha salido del trance—. Aquí no eres bienvenido.

—No pienso irme —escape con asco—, es mi mujer y tiene que volver a casa, con su marido y su hija.

—Entonces no me dejas más remedio que llamar a la policía.

—Quiero ver a mi hija.

—Pues no está aquí, ¿acaso crees que quiero que me vea de esta manera?
—asiente—. ¿Qué le diría, que su padre me ha dado una paliza?

—Tengo derechos sobre mi hija y la quiero conmigo. Si a las cinco de la tarde no la tengo conmigo, seré yo quien interponga una denuncia por secuestro. —Deja caer el peso sobre su pie derecho, todavía sujeto al quicio de la puerta. Mi madre me mira y yo asiento con pesar.

—Yo misma la llevaré a tu casa. —Asiente con suficiencia. Me mira.

—Piensa bien lo que haces, Susana.

Tras cerrar la puerta me derrumbo, las manos me tiemblan y las piernas apenas me sostienen. Mi madre rodea mi cuerpo con sus brazos y acaricia mi espalda rítmicamente.

—Eres fuerte, y yo te voy a ayudar. Ese desgraciado no te volverá a poner una mano encima.

—Gracias, mamá.

—Deberías llamar a Sara, no deja de preguntarme por vosotros. —Se separa unos centímetros para mírame a la cara.

—¿Y qué le digo?

—Pues que no te encuentras bien y que estás en mi casa para que te cuide por ejemplo.

—¿Y si quiere venir a verme? —Me echo las manos a la cara—. Dios, cuanto la echo de menos.

—Le dices que es contagioso y que no puede venir. —Asiento—. Cuando estés más recuperada ya vendrá y será el momento de explicarle que te separas de Lucas.

—Se lo tomará fatal.

Suspiro.

—Lo acabará aceptando, Susi. El noventa por ciento de las parejas con hijos se separan, y todos lo superan.

Me hago un ovillo tirada en el suelo, los gritos retumban por las cuatro paredes del salón pero no importa, los vecinos están acostumbrados. Su pierna se levanta y noto como impacta directamente en la boca de mi estómago a pesar de que he intentado cubrirme. Me levanto como puedo, pero me agarra un pie y caigo estrepitosamente al suelo y, cuando lo miro, veo sus ojos decididos, rojos y llenos de ira. Sé que será mi fin.

—¡Susi!

Escucho una voz de fondo, es dulce y parece preocupada, pero no veo de donde viene. Todo es oscuridad, a excepción de Lucas, que lo veo con claridad.

—Susana, ¡despierta!

Una mano toca mi brazo y me despierto sobresaltada. Con el corazón a mil por hora y con ganas de vomitar. Mi frente está perlada por el sudor y las gotas caen y se diluyen entre las cejas. La camiseta básica blanca que llevo está pegada a mi piel y mi respiración es entrecortada.

—¿Estás bien?

La miro, intento enfocar la visión y suspiro al darme cuenta que sigo en casa, en el mismo sofá donde hace un rato, me he quedado dormida.

—Cada vez que cierro los ojos lo veo —acaricia mi rostro—, dormir se ha convertido en una tortura. Aunque no esté conmigo, no me deja en paz. Siempre estará aquí. —Toco mi cabeza.

Mi madre me abraza y yo me dejo querer un poquito. Necesito absorber todo el cariño que puedan darme, para no sentirme una mierda por completo. Alguien a quien pueden pisotear y tirar. Como una basura.



Mi abuela está sentada en la silla de la cocina, haciéndome compañía mientras cocino. O eso dice; yo creo más bien que está vigilándome para que no meta la pata. Está entusiasmada con la idea de que Hugo venga a comer con nosotros. Y como dice que a los hombres se les conquista por el estómago, no quiere que lo fastidie.

—Yaya, puedes irte a descansar. —Me giro y la miro todavía con el cuchillo en la mano.

—Me gusta estar aquí contigo, además, me encuentro bien. Ya te lo he dicho esta mañana.

—Eres una tozuda.

—Tengo que aprovechar ahora, no sé cuánto tiempo van a durar tus visitas.

Sonrío, dejo el cuchillo en la encimera y me acerco a ella a darle un beso en la mejilla.

—No voy a dejar de venir —murmuro agachada para que vea bien mis ojos—, había olvidado cuanto me gusta estar aquí, con vosotros, en este sitio.

—Sonríe y acaricia mi mejilla.

—Si Elena estuviera aquí, ya lo tendría todo. —Acaricia mi rostro con sus manos huesudas—. Pero estoy contenta, porque ella hace lo que más le gusta y tú empiezas a abrir los ojos.

—Sí, aunque le ha costado perder a sus padres. —Mis labios forman una fina línea.

—Ningún hijo debería elegir entre hacer lo que le gusta y sus padres. Tú madre está cometiendo un grave error que un día pagará demasiado caro.

—Lo sé, yaya.

Me enderezo y continúo afanada en mi tarea de cortar verduras para sofreírlas después.

Cuando Hugo llega, la casa huele muy bien. Creo que le estoy cogiendo el gustillo a esto de cocinar, y cada vez se me da mejor. Mi abuela me va diciendo en todo momento lo que tengo que hacer, pero con que lo haga una vez, tengo suficiente. Tengo una buena memoria que me permite recordar todo cuanto quiero con una sola vez que lo veo u oiga.

He preparado un estofado de ternera con patatas y setas como para chuparse los dedos. Contra todo pronóstico, cuando él llega todavía llevo el mandil atado a la cintura, algo que pensaba que jamás llegaría a llevar y menos delante del hombre que despierta cientos de mariposas en mi estómago por más que quiera negármelo. Mi abuela besa sus mejillas con afecto cuando entra en la cocina.

—¡Hola! —me giro y lo miro—. ¿No me digas que has cocinado tú? — Lo miro con una ceja arqueada.

—¿Lo dices por algo en particular?

—No quiero sufrir una indigestión. —Se acerca y besa mi mejilla con delicadeza. Tengo que contener la respiración—. Acepté porque pensé que cocinaría María.

—No te preocupes, que yo la he ido guiando. —Le guiña un ojo con complicidad.

Hugo ayuda a preparar la mesa, es un hombre muy cercano y con la costumbre de ayudar en casa desde bien pequeño como uno más. Esa parte de él me encanta. Es tan sencillo. Es curioso que me guste un hombre sencillo cuando yo he sido una remilgada durante gran parte de mi vida, pero es que ahora, es como si una venda hubiera caído de mis ojos y todo lo viera con más claridad, como más nítido y más real. Y pienso ¿qué he hecho con mi vida? ¿Soy quien quiero ser, o quién quieren que sea?

La mesa y la cocina la dejamos en perfecto orden entre Hugo y yo después de prácticamente obligar a mi abuela a que se siente de una vez a descansar en el sofá. Ella dice que se encuentra mejor, pero quiero que descanse de verdad, no quiero que recaiga de nuevo.

—Te invito a comer y te pones a limpiar —digo pasando el estropajo por un plato.

—¿Y?

—Pues que los invitados no tienen que hacer nada.

—Hay confianza. —Me mira—. Son muchos años.

—Sí. —Lo miro y sonrío por debajo de la nariz—. Me gustaría ir a ver a Susana.

—Sí, yo también tenía pendiente ir a verla. Si te apetece vamos cuando acabemos. —Asiento.

Antes de salir de casa mi abuela ya duerme, tiene el mando en la mano y mi abuelo, que está a su lado la mira con devoción. Se me encoge el corazón. Es tan bonito verlos tan enamorados después de compartir toda una vida juntos.

—Abuelo —me mira—, no vamos.

—Vale, cariño. Ir con cuidado, que nunca se sabe... mira ese muchacho lo que le ha hecho a su mujer.

—Sí, abuelo, no te preocupes.

—Cuida de mi niña, Hugo.

—Por supuesto, Paco.

Hugo rodea mis hombros, su aroma varonil entra en mis fosas nasales y hace que por un momento me aturda. Me encanta su olor. Y solo con eso, a mí mente vienen imágenes nuestras. Él y yo en su cama, con las sabanas revueltas viendo como sale el sol a través de la claraboya, con mi cabeza sobre su pecho y él acariciándome el brazo. Me estremezco.

—¿Todo bien? —Asiento.

Aparca el coche delante de una bonita casa con la fachada de piedra, al igual que el noventa por cierto en este pueblo. Hugo abre la verja exterior y yo le sigo. Pica el timbre y mi corazón se encoje; me da un poco de miedo ver su aspecto y volver a recordar el horror de ayer. Pensar en el sufrimiento que debe estar pasando y lo complicado que debe ser su mundo ahora mismo.

Héctor abre la puerta serio. Aprieta la mano de Hugo y me da un beso en la mejilla.

—¿Quién es? —pregunta Susana girándose levemente.

—Son Hugo y Daniela.

—Hola, Susana.

Héctor se acerca de nuevo a ella y se sienta a su lado, rodeando sus hombros y acariciándole el brazo.

—Hola —murmura en un susurro.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Hugo acercándose a darle un beso en la mejilla.

—Desecha.

Me siento en uno de los sofás del salón. Se la ve hecha polvo. Lleva el pelo recogido en una coleta floja, una camiseta de tiras vieja y un pantalón corto vaquero desgastado. Pero no es su atuendo lo que hace que se la vea hecha polvo; es su expresión, la fina raya que forman sus labios. Sus ojos con expresión triste y mirada ausente. Héctor la aprieta contra su cuerpo y unas lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Hace un rato que ha estado aquí —empieza a hablar sin mirar a nadie—, dice que quiere tener a Sara, que si no nos denunciará por secuestro.

—No me lo puedo creer.

—No todo el mundo vive en el mismo mundo de cuento de hadas que tú. —Suspira—. Disculpa, Daniela. Te debería dar las gracias. —Me mira.

—No es necesario.

—Sí que lo es. Me ayudaste a pesar de lo mal que me he portado contigo.

—Olvídalo, no tiene importancia. —Asiente.

—Aun así, gracias. —Asiento—. Mi madre ha ido a llevársela.

—¿No se puede hacer nada?

Hugo mira a Héctor mientras este niega con la cabeza.

—No, a menos que se demuestre que también maltrata a la niña.

—Es un buen padre, por más que me joda reconocerlo.

—Nadie que es capaz de hacer una cosa así, debería hacerse cargo de un niño —dice y coincide con él.

—Lo sé. Pero tampoco puedo decirle a Sara algo así. —Lo mira—. Ella lo adora y para él, es su niña consentida.

—¿Qué pasó?

—Lo quería dejar. Hacía tiempo que me asustaba, me había pegado alguna vez, pero ninguna como la de ayer. —Asentimos los tres.

Susana continúa llorando y yo me siento fatal. Puedo llegar a percibir su pena, su dolor y me muero por dentro. Jamás me había sentido así. Y tiene razón, mi vida, al lado de la suya, ha sido un cuento de hadas.

Héctor sigue teniéndola entre sus brazos, la mira con ternura e impotencia. Queriéndola proteger de todo, incluido de ella misma. Creo, si no me equivoco, que Héctor siente algo por ella. Algo que ella ignora.

El teléfono de Susana suena, lo levanta de la mesita de cristal de al lado del sofá y responde.

—Hola, mamá.

Apoya su codo sobre la pierna derecha y escucha.

—¿Mi niña, cómo estás?

—Hola, mamá. Te echo de menos.

—Yo también, cariño, pero estoy malita y no quiero pegártelo. ¿Dónde estás?

—La abu me lleva con papá.

—Me alegro, cariño. Pórtate bien con papá mientras yo no esté.

—Sí, mamá.

—Y haz todos los deberes todos los días, ¿de acuerdo?

—Sí. Ponte buena pronto.

—Sí cariño, no te preocupes por mí.

Cuando cuelga sus manos tiemblan, deja el teléfono en la mesa de nuevo con lágrimas en los ojos. Héctor la aprieta fuerte contra su pecho, ella lo rodea con sus brazos y llorando desesperadamente. Mi corazón se encoje.

La madre de Susana llega estando todavía nosotros allí, con el rostro descompuesto. Está blanca como la cal.

—Hola —saluda al entrar—. Gracias por venir, chicos.

—Nosotros ya nos marchamos.

—No es necesario —declara Susana.

—Necesitas descansar —Hugo se agacha y besa su cabeza. Una pequeña sonrisa se abre paso en el rostro de Susana—. Tienes que recuperarte pronto para poder luchar por Sara. —Asiente.

—Si quieres, puedo quedarme —dice esperanzado Héctor que la mira casi con devoción. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—Gracias, Héctor.

Se recuesta y apoya su cabeza sobre las piernas de él. El pecho de Héctor se hincha y deja escapar el aire poco a poco por su boca.

—Espero que te recuperes, Susana.

Me levanto junto a Hugo y agarro mi bolso para colgármelo al hombro.

—Gracias, Daniela. Por la visita, por encontrarme, por todo...

—No hay de qué.

Nos despedimos de Bego, su madre, que abraza a Hugo antes de salir. Tiene los ojos vidriosos y se puede adivinar en ellos el calvario que está pasando.

—Gracias por venir.

—No tienes que dárme las, sabes que aprecio a Susana. —Ella asiente.

Fuera, aunque no hace frío yo así lo siento. Corre una leve brisa que hace que mi piel reaccione y se erice. Hugo me pega a su cuerpo y yo me dejo hacer. No sé el porqué, pero siento miedo, pavor a pasar por algo así y, estando a su lado, me siento más segura y protegida.

—A ti no te pasará eso jamás —declara.

—Gracias, Hugo.

Mi móvil suena rompiendo el momento, lo saco del bolso y veo que es Cristhian; no me apetece hablar con él. No me apetece escuchar su voz, últimamente solo sabemos discutir y es lo último que necesito, aunque sé, que lo hacemos principalmente es porque yo lo busco hasta la saciedad.

—¿No respondes? —Me mira fijamente.

—No me apetece hablar con él.

Ladea la boca y arquea una ceja.

—¿Es tu novio y no te apetece hablar con él? —Niego.

—No. Solo sabemos discutir y no me apetece.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunta cambiando de tema y reanudando el paso hacia el coche.

—Me apetece montar a caballo; dar un paseo por la montaña donde no se escuche más que la naturaleza.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Hugo ensilla a Calma y me pasa las riendas que las agarro con tranquilidad. El efecto de esta yegua sobre mí, es el mismo que su nombre. Su pelaje blanco está tan limpio que reluce, paso la mano por su cabeza y esta la agacha para refregarse contra la palma de mi mano, buscando mi contacto y haciendo que una sonrisa nazca en mi rostro.

—¿Te ayudo a subir?

—No. —Niego.

Pongo el pie derecho en el estribo y con un salto ágil subo a su lomo.

—Vaya, muy bien —dice asintiendo con la cabeza.

Tomamos el sendero que va a la montaña trasera a la finca de Hugo. Se nota que monta a menudo por aquí; están las marcas de los caballos. Hugo permanece a mi lado, en silencio y observándome de tanto en tanto. Noto su mirada en mi rostro y, veo la sonrisa que le nace después. Solo con ese pequeño gesto, hace que mil mariposas revoloteen en mi estómago. Y todas ellas baten sus alas al mismo tiempo. ¿Dónde han estado estos cinco años de relación con Cristhian?

—Tienes una guerra en tú interior.

—¿Cómo dices? —giro la cabeza y lo miro extrañada.

—Qué da la sensación que te haces preguntas, que tú misma respondes sin querer.

Mi boca hace un mohín.

—Tengo la cabeza muy liada, Hugo.

—¿Y qué tengo que hacer para desliarla? —Se me escapa una sonrisa.

—Tendría que decirte más bien lo que no debes hacer.

—Entonces la balanza se decantaría hacia el lado equivocado. Y no es lo que quiero.

—Pero es lo más sencillo para mí —respondo en una queja.

—Lo más sencillo no siempre es lo mejor.

Hugo hinca el estribo en su caballo y este empieza a trotar. Yo lo imito y voy tras él. Y disfruto como solo lo hago sobre un caballo, notando la brisa en mi rostro, mi cabello hacia atrás por la velocidad y una sonrisa de oreja a oreja en mis labios. Mi corazón se desboca y la adrenalina se apodera de mis venas. Hincó de nuevo el estribo en el lomo de Calma y este responde galopando rebasando a Hugo que me mira alucinado al pasar, y yo río cual niña pequeña.

No tarda en adelantarme, Hugo tiene un talento innato para montar a caballo, y él mío se llama Calma por algo... así que a pesar de lo que me fastidia que me ganen, y mi sentido de competitividad, tengo que aceptar mi derrota al llegar a una llanura donde baja de Estrella y la ata a un árbol.

—¡Algún día te ganaré!

—Vas a tener que practicar mucho. —Se acerca a mí. Mucho—. Y para eso, vas a tener que estar mucho aquí, conmigo. —Se señala—. ¿Estás dispuesta?

Sus ojos me atraviesan y a mí parece que me ha comido la lengua el gato, no soy capaz de articular palabra. Sus ojos me tienen hipnotizada, mi respiración se torna irregular y agitada, al igual que la sangre en mis venas, que puedo notar como corre desbocada por ellas.

Me separo levemente, no soy capaz de aguantar un segundo más tanta intensidad. Miro hacia el horizonte que regala unas vistas preciosas. El inmenso cielo se funde con las montañas.

—Te invito a cenar —me giro y lo miro—, como a una amiga.

—Acepto. ¿Dónde vas a llevarme?

—Había pensado cocinar para ti y luego ver una película. Sin segundas intenciones, te lo prometo.

—No tienes que prometerlo, si de alguien me fío, es de ti.

Quito la goma que llevo en la muñeca y recojo mi pelo en un moño descuidado.

—Te queda muy bien el pelo recogido —lo miro—, puedo ver tu fino cuello. Es esbelto, delicado...

—Gracias.

—¿Cómo está tu abuela? —cambia de tercio y yo se lo agradezco.

—Mejor de lo que esperaba. Según dice es una actriz estupenda.

—¿Por? —frunce el ceño.

—Para que viniera a visitarla. —Una carcajada sale de su pecho. Le imito—. No sabe que no voy a dejar de venir.

—¿De verdad? —Asiento.



HUGO

Está preciosa. La luz anaranjada del sol escondiéndose tras las montañas refleja su rostro y ella mira la puesta embobada mientras bajamos al paso sobre los lomos de los caballos.

Siente algo por mí, lo sé. Me lo dicen sus ojos, su tierna sonrisa cuando le digo algo bonito y su respiración cuando me acerco demasiado a ella, que se torna irregular y entrecortada. Solo falta que se decida, que se dé cuenta que su lugar está aquí; a mi lado. Ya ni siquiera le apetece hablar con él, y eso es una señal buenísima.

Voy a dedicarme a estar aquí, hasta que esté segura y lo sepa con claridad; porque algún día lo sabrá, solo tengo que ser paciente.

—Daniela —la llama mi madre al salir del coche—, ¡qué alegría verte!

—Hola, Carmen. —Se acerca y le da dos besos—. ¿Qué tal todo?

—Bien, un poco conmocionada por lo que ha pasado. Nunca hubiera imaginado algo así de Lucas.

—Lo imagino.

—Si lo conocemos desde que era un chiquillo, siempre ha estado con mi Hugo.

—Nadie lo esperaba, mamá.

—Susana ha debido vivir un infierno—asegura asintiendo con la cabeza.

—Esta tarde hemos ido a verla.

Mi madre acaricia mi mejilla con un mohín en los labios.

—Eso es lo que necesita ahora, que estemos a su lado y no se sienta sola.

—Hoy todo el mundo habla de lo mismo —intercede Dani—, he ido a comprar al mercado y estaba en boca de todos.

—Es normal, esto es pequeño y todo el mundo se conoce. Los dos son de aquí de toda la vida, conocemos a sus familias.

—Ya está suelto —masculla con rabia.

—Lo sé, lo he visto. Bueno chicos, voy dentro, me espera tu padre. Pasarlo bien —mira a Dani—, me ha gustado verte, a ver si vienes más a menudo.

—Claro, no volveré a alejarme nunca más como lo hice una vez.

—Me alegra.

Dicho eso, me da un beso en la mejilla y otro a Dani para después entrar en casa.

—Me cae bien tu madre.

—Tú a ella también —asiento con la cabeza—, te lo aseguro.

Daniela ensancha su sonrisa haciendo que le aparezcan dos líneas a ambos lados de los labios que me encantaría acariciar.

—¿Qué piensas preparar?

—Iba a improvisar un poco, la verdad. —Rasco mi nuca—. No sabía si aceptarías. —Me mira extrañada.

—¿Por qué no?

—Bueno, no sé, quizás no lo ves apropiado. —Ladea la cabeza—. ¡Tienes novio! —Me encojo de hombros.

—Somos amigos, ¿qué hay de malo?

—Claro, nada.

—Te ayudo a preparar la cena.

Abro la puerta y enciendo las luces del salón. Dani deja el bolso en el sofá y se prepara para ir hacia la cocina.

—No es necesario, eres mi invitada.

—Pero me apetece. ¿Qué hago sentada en el sofá sola mientras tú te ocupas de todo?

—Como quieras —friego mis manos delante de mi pecho—, vamos entonces. —Inclino ligeramente la cabeza para que me siga.

El teléfono de Daniela vuelve a sonar, y se va a buscarlo un segundo. Vuelve con él en el oído.

—Hola.

—Hola, Daniela, ¿estás más tranquila?—Le escucho decir a través del auricular.

—¿Has llamado para discutir? —responde seria.

—¡Claro que no! Oye, te echo de menos.

Se sienta en una de las sillas de madera de la cocina y cierra los ojos dejando escapar el oxígeno por la boca lentamente.

—Lo siento si estoy un poco susceptible, lo estoy pagando contigo y no es justo.

—No, no lo es. No he sido yo quien lo ha dejado en libertad, en este caso no. ¿Cómo estás?

—Algo alterada.

—Si no te hubieras marchado, nada de esto hubiera sucedido.

—No es cierto, hubiera pasado igual, solo que yo no lo hubiera visto.

—Lo demás me importa una mierda.

—Eres un insensible, Cristhian.

—Quisiera abrazarte...

—Si de verdad lo quisieras, estarías aquí. Y no lo estás—responde contundente.

—No empieces otra vez, Daniela.

—Tienes razón, a mí tampoco me apetece discutir. Adiós, Cristhian.

Deja el teléfono de malas maneras sobre la mesa. Me acerco y me agacho para estar a su altura. Acaricio su muslo sin ninguna otra intención que reconfortarla, hoy la veo sobrepasada y no me gusta verla así. Además, me pregunto también, si no está así un poco por mi culpa, ya me ha dicho que tiene la cabeza hecha un auténtico desastre.

—¿Estás bien?

—No —me mira—, no soporto no controlar las cosas. Que todo no vaya según lo previsto.

—¿A qué te refieres?

Miro sus ojos esperando que estos me den la respuesta que necesito, pero los cierra impidiéndome verla en ellos. Su pelo sigue recogido, y su cuello sugerente parece que me llama con un megáfono para que lo recorra con mis labios, dejando algún que otro beso bajo el lóbulo de la oreja. Retengo la respiración evitando el impulso, no quisiera asustarla y que saliera corriendo en dirección contraria.

—A todo, Hugo. —Se levanta y mira por la ventana apoyando su peso sobre la encimera de granito blanca de la cocina—. A lo que empiezo a sentir con respecto a nosotros, a Cristhian e incluso lo que pasó ayer. Lucas me asusta.

Me acerco a ella desde atrás, acaricio sus brazos rítmicamente.

—A ver, mírame. —Se gira—. A Lucas no debes tenerle miedo; de eso me aseguro yo. ¿Vale? —La miro fijamente, igual que ella a mí. Asiento y ella me imita—. Y con respecto a mí y a Cristhian, solo tienes que mirar dentro de tú corazón, ya te he dicho que yo no te voy a presionar en nada. Sabes lo que siento, pero no voy a hacer nada.

—Eres tan bueno que asusta.

La abrazo y ella se deja. Firma su cabeza en mi hombro y yo acaricio su espalda rítmicamente, de arriba abajo.

—Vamos, pinche, que la cena no va a hacerse sola —la apremio porque no soporto más el contacto físico sin dar un nuevo paso hacia delante. Me mira y sonrío.

Le paso un delantal y se lo anuda a su cintura al igual que yo. Ambos nos ponemos a cortar ingredientes para hacer una ensalada. Lechuga, zanahoria, tomate y pepino, es lo que me ha dicho que más le gusta. Después preparamos juntos la carne para asarla en la barbacoa. Antes de salir con la fuente de la carne preparada, me sirvo una copa de vino tinto.

—¿Y para mí? —La miro con una ceja arqueada—. Está muy feo servirte una copa y no ofrecerle otra a tú invitada.

Se acerca muy segura de sí misma, me quita la copa de la mano y mirándome fijamente le da un sorbo que saborea en su boca. Y yo muero de envidia por no ser el maldito vino. Porque no me saborea a mí de igual forma.

—Tú no bebes, ¿recuerdas?

—Es que eres una mala influencia.

—No recuerdo haberte presionado para beber.

—No, ni para beber ni para otras cosas que no puedo evitar hacer, soñar y pensar.

Mi estómago se encoge y no solo por las palabras, sino también por su mirada que me traspasa mientras le da otro trago a la copa, y cerrando los ojos lo paladea.

—Está muy rico —declara abriendo los ojos de nuevo para clavarlos en mí. Le quito la copa y le doy un trago.

—Coincido.

Sonríe abiertamente y creo morir en esa sonrisa. Amplia, sincera y resplandeciente, con un toque de timidez a pesar de su aspecto duro y decidido.

Durante la cena está distinta, quizás es el efecto del vino, pero sus ojos brillan más que de costumbre, sonríe continuamente y parlotea sin parar. Sobre todo de su hermana, su trabajo que le apasiona y las frívolas de sus amigas, que sin conocerlas, sé al instante que no me caerían bien. Y es como si ella en la gran Barcelona fuera otra persona, porque viste diferente, habla diferente y se rodea de gente muy diferente. ¿Me gustaría tanto esa Daniela como la que tengo delante?

—¿Estás aquí? —pregunta con la copa de vino en la mano.

—Claro.

—No me escuchabas —me acusa llevándose de nuevo la copa a los labios. Si continua así, la llevaré a rastras a su casa.

—Claro que sí.

—¿Qué te decía?

—Me hablabas de tus amigas en Barcelona —respondo asintiendo con la cabeza. Hace un mohín con los labios que se me antoja precioso.

—Pues entonces dime como se llaman.

—A ver, una se llama Lara y es gestora de eventos —asiente—, otra Martina, que está con Eric y es directora de márketing, ¿cierto?

—Cierto. —Asiente.

—Había otra, espera que piense. —Toco mi entrecejo con los dedos índice y pulgar.

—No lo recuerdas.

—Claro que sí, dame solo un segundo. —Una preciosa carcajada resuena en su pecho—. Ya me acuerdo —levanto mi dedo índice—, la otra se llama Lía y es una exitosa cirujana plástica —aplaude—, y será la que te haga los primeros arreglillos.

—¡Oye! —Me lanza una servilleta de tela que impacta en mi cara—. A mí no me hace falta ningún arreglillo.

—Ahora está claro que no —agarro la copa—, pero de aquí unos años... ¡quién sabe!

—Eres idiota.

Pero lo dice con una sonrisa en los labios y bebiendo de nuevo.

Al acabar la cena, tiene las mejillas sonrojadas y se abanica con la mano continuamente. Creo que a ambos nos duele la mandíbula de tanto reír, eso siempre ha sido lo mejor de pasar tiempo con ella, que a pesar de todo, nos resulta tan sumamente fácil estar el uno al lado del otro que es imposible no

sentir lo que siento en mi pecho.

—Vamos, ves a sentarte en el sofá que yo me encargo de recoger.

—De eso nada, yo también he comido.

—No estás acostumbrada a hacer tareas de la plebe.

—¿Me tomas por una princesa? —Me mira con una ceja arqueada.

—Pse... —ladeo la cabeza.

Me pega en el brazo con menos fuerza de la que pretendía y antes de que se dé cuenta, la tengo entre mis brazos, haciéndole cosquillas y ella muriendo de risa sin parar.

—¡Para! Que me muero...

Pero lo dice entre carcajadas que no puede reprimir. La suelto levemente para darle algo de cancha y sale corriendo hacia el salón, donde se atrinchera tras el sofá y me lanza un cojín tras otro mientras continúa riendo sin parar y cayendo lágrimas de sus ojos.

—Sabes que no tienes nada que hacer, ¿verdad?

—Verdad, pero soy un soldado y moriré en batalla.

—Allá voy entonces.

Me lanzo desde la parte trasera del sofá, y caigo estrepitosamente de espalda en el suelo, ella chillando tapándose la boca para reprimir las carcajadas que salen sin parar.

—¡Eres un patoso!

—¡Pues verás lo que este patoso es capaz de hacerte!

Intenta saltar por el sofá y escapar, pero la agarro del pie y no puede moverse, la arrastro de nuevo al suelo y la aprisiono contra mí, y la mato a cosquillas de nuevo hasta que creo que le va a dar un ataque al corazón de tanto reír.

—Vale, ¡me rindo! —Alza las manos a modo de rendición—. Tú ganas —dice casi sin respiración.

—¿En serio? —Paro un segundo estando todavía sobre ella. Asiente—. Vale, entonces te perdono la vida.

—Eres de lo que no hay. Pero que sepas, que la venganza es un plato que se sirve frío.

—¿Es una amenaza? —muevo mis manos a modo de advertencia.

—No, solo un comentario.

Me siento en el sofá, ella me imita pero a unos metros de distancia, sin fiarse demasiado.

—¿Te apetece ver una peli?

—¿Qué tienes?

—Miramos a ver que hay en *Netflix*. ¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme.

Busco con el mando en la mano, algo que le pueda tocar un poquito el corazoncito, algo no demasiado sencillo en ella, a pesar de que últimamente tiene las barreras un poco más bajas que de costumbre. No le gusta, odia sentir intensamente y no tener las cosas bajo control, mi tarea será enseñarle lo bonito que pueden ser los imprevistos, lo feliz que te puede hacer una locura y a vivir el día. De paso si es a mí lado mejor.

Me mira de reojo, estira las piernas y coloca los pies sobre mis muslos disimuladamente con una pequeña sonrisa ladeada. Retiro los brazos para que se pueda acomodar y ensancha la sonrisa. Paso una mano por mi mejilla rasposa, hace días que no me recorto la barba y le hace falta. Dejo el mando sobre la mesa y coloco un brazo en el respaldo del sofá.

—¿Qué película es?

—¿No la has visto nunca? —La miro asombrado. Niega con la cabeza arqueando las cejas—. Es una película de esas míticas, de las que todo el mundo ha visto.

—Todo el mundo no, listo. Yo no la he visto.

—¿Es el diario de Noa! —se encoge de hombros—. Te va a encantar.

Mientras Dani se sumerge en la historia sin perder detalle, yo la miro a ella. Está preciosa. Su pelo está algo revuelto, cae desordenado por delante de sus hombros, sus brazos cruzados sobre su pecho y sus pies sobre mis muslos. Cojo uno de ellos y lo empiezo a masajear, sin apartar la vista de la pantalla.

Dani se acerca, hasta el punto de colocar su cabeza en mi hombro, lo que yo aprovecho para pasar el brazo sobre su hombro y ella apoyar la cabeza en mi pecho. El olor a fresa de su pelo entra en mis fosas nasales, agarro un mechón y lo enrolló en mi dedo para llevármelo a la nariz y olfatearlo.

—Huele a fresa. —Me mira desde abajo.

—Sí.

—¿Te gusta la película? —Asiente—. Me alegro.

La película avanza y aunque ella está cada vez más pegada a mí, yo me resisto, no quiero volver a cometer errores y que salga corriendo. Quiero que piense bien las cosas y esté segura al cien por cien cuando sus labios vuelvan

a rozar los míos. Se endereza y girando la cabeza, me mira a unos pocos centímetros de distancia de mi boca. Se acerca un poco más y yo, aunque me cuesta un mundo interpongo la mano.

—Lo siento, ¿te he incomodado? —niego.

—No es eso, solo que quiero que cuando vuelvas a besarme, tengas las cosas claras. Que no te vuelvas a asustar. —La miro fijamente a los ojos y acaricio su mejilla con mi pulgar. Asiente.

—Claro, lo siento, no debí...

—No tienes que disculparte, Dani. Besarte es lo que más me apetece en este mundo; no tienes ni idea de lo que me cuesta rechazar este contacto.

Se incorpora en el sofá e inspira profundamente, para después retener el aire en sus pulmones y dejarlo escapar poco a poco.

—Siéntate aquí. —Señalo el suelo y coloco un cojín.

—¿Por? —pregunta frunciendo el ceño sin entender.

—¿Siempre lo cuestionas todo? Hazlo sin más.

Obedece a pesar de no estar muy convencida. Abro las piernas de forma que ella queda entre ellas de espaldas a mí. Mis manos se colocan en sus cervicales rígidas y empiezo a masajearlas. Agacha la cabeza y emite un pequeño sonido gutural que me hace saber que disfruta del masaje.

—¿Quién te ha enseñado? —Sonrío—. ¿Qué? —Gira el cuello para mirarme.

—No muevas el cuello —la regaño—. Estuve algunos meses con una masajista.

—Vaya, ¿y qué pasó?

—Pues que nos compenetrábamos muy bien en la cama, pero no había chispa entre nosotros. Éramos un par de amigos que se acostaban y follaban de cojones.

Se ha quedado muda. Pensativa.

—Así que —empieza a hablar después de un minuto de silencio—, te hacía masajes con final feliz. —Una carcajada sale de mi pecho.

—Digámoslo así, sí.

Se ha quedado seria. Diría incluso que se lo ha imaginado y no le hecho ninguna gracia.

—¿No pensarías que me he quedado virgen hasta reencontrarme contigo? Un cojín impacta en mi cara suavemente.

—Eres idiota—responde seria.

—¿Te molesta imaginarme con otra? —Su respiración se corta. Se sienta a mi lado en el sofá.

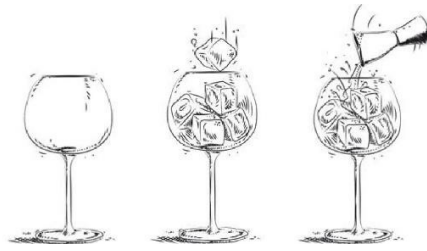
—Sinceramente, sí. Pero sé que no tengo ningún derecho; aún si ahora conocieras a alguien y pasara algo. —Y mientras habla va desviando la mirada de mis ojos—. Supongo que soy un poco egoísta.

Rozo el pulgar por su rostro mientras mis ojos miran los suyos como hipnotizados.

—Puede; pero me gusta. Eso significa algo.

—No quiero que te hagas ilusiones, no quiero hacerte daño, Hugo.

—Es tarde para eso, Dani. Me he hecho ilusiones y como diría La vecina rubia, me han quedado preciosas.



SUSANA

Han pasado quince desde la fatídica noche; mis morados en la piel se van diluyendo poco a poco, pasando de violáceos a amarillentos. Pero aunque en mi piel sus marcas van desapareciendo, en mi cabeza no. En ella, todavía cuando cierro los ojos, puedo ver con claridad su rostro, su mandíbula apretada con rabia mientras me penetra sin parar y con fuerza. Y lo peor no es eso, no es que lo siga viendo agrediéndome, tratándome de manera vejatoria, como un trapo. No, lo peor es que, después de quince días, sigo sin poder ver a mi hija.

Estoy sola en casa, mis padres están trabajando, y yo, me siento como en una puta jaula; encerrada y sin poder salir. Fuera todo el mundo habla y tiene su opinión. Qué si me ha pegado, algo habré hecho, increíble un comentario así en el siglo veintiuno, que sí jamás se hubieran esperado una cosa así del bueno de Lucas, o que pobre chica lo que debe haber pasado en silencio. Yo me respondo a mí misma que lo que he pasado es un infierno al que no pienso volver.

Tengo los pies sobre el sofá, con las piernas encogidas y los brazos sobre las rodillas mientras me muerdo las uñas de las manos intentando aplacar los nervios que corren por mis venas.

El timbre de casa suena sobresaltándome, me levanto arrastrando los pies pues me pesa el cuerpo entero. Al abrir me quedo pálida, más, quiero decir, al otro lado Lucas se apoya en el quicio de la puerta, con sus gafas de sol de aviador, el tupé perfectamente peinado y una camiseta negra algo más ceñida de lo necesario; siempre le ha gustado presumir de pectorales.

—Hola —me saluda sonriendo.

—¿Qué quieres?

La voz me ha traicionado y a pesar de haberlo intentado, me ha temblado.

—¿Puedo pasar?

—Tienes una orden de alejamiento, ¿o lo has olvidado?

Se quita las gafas y las cuelga del cuello de la camiseta.

—Claro que no, Susana. Pero sabes tan bien como yo que es una tontería, ¿quieres perder a tu hija?

Al momento se forma un nudo en mi garganta.

—No pienso perderla, Lucas. Es tan mía como tuya.

—Déjame pasar, hablamos las cosas de forma civilizada y lo arreglamos.

—Pasa el dorso de su mano por mi rostro haciendo que me estremezca.

Lo pienso un segundo.

—Sabes que te la quitaré—asegura—, ¡lo sabes!

—No le van a dar la custodia a un maltratador. —Sonríe con suficiencia.

—Haré que salga a declarar, que diga si ha visto alguna vez como te pongo una mano encima, o si alguna vez la he tocado a ella.

Mis ojos se abren como platos, inspiro profundamente.

—No serás capaz —digo de forma insegura.

—Ponme a prueba, Susana.

Abro la puerta y me echo a un lado porque sé que es capaz, y hacer partícipe de todo esto a Sara, es lo último que quiero.

Pasa y se sienta de lo más despreocupado, en el mismo lugar donde se sentaba los domingos cuando veníamos a comer a casa de mis padres; al lado del brazalette del sofá. Se recuesta cómodamente y cruza su pierna derecha sobre la izquierda a la altura del tobillo.

—¿Cómo te encuentras? —cruza los brazos sobre el pecho.

Me siento lo más lejos posible de él.

—¿Ahora te preocupas por mi salud? —escupo con rabia—. Eres tú quien ha provocado todos mis males.

—No seas así, Susana. Sabes que te quiero.

Se incorpora intentando tocarme la pierna pero me aparto. Cierra los ojos e intenta serenar su expresión.

—Lucas —abro mis manos en busca de las palabras adecuadas—, sabes tan bien como yo, que lo nuestro no funcionaba.

—¿Quién es? —pregunta en una mueca.

—¿Qué quieres decir? —arquea una ceja.

—¿Hugo o Héctor?

Me levanto exasperada, con la mano en la frente y sin dar crédito a sus palabras.

—¿A cuál de los dos te tiras? ¿O puede que ambos?

Me siento de nuevo.

—Jamás —hago una pequeña pausa— te he puesto los cuernos. Jamás, me he acostado con nadie que no seas tú. ¿Puedes decir lo mismo, Lucas?

Se acerca a mí y mi respiración se corta. Toca suavemente mi pierna.

—Mi mente siempre ha estado contigo, ¡eso es lo importante! —Pasa la lengua por sus finos labios—. No debes estar celosa.

—¡Me das asco! —escupo con rabia.

Y así, a la velocidad de la luz, la palma de su mano derecha bien abierta estalla contra mi cara dejándome parcialmente sorda y escuchando un pitido continuo. Toco mi mejilla ardiendo, las lágrimas empiezan a salir de mis ojos una tras otra y Lucas me mira en silencio.

—Yo quería que todo volviera a la normalidad —empieza a hablar—, que nos olvidáramos de nuestros errores y continuar con la bonita vida que teníamos.

—¿Bonita para quién? —pregunto sin mirarlo y con la respiración entrecortada.

—Para ambos. Pero si quieres guerra, presentaré batalla.

Se levanta sin mirar atrás y se marcha dando un portazo tremendo que hace que tiemble y estalle en llanto por fin en mi soledad.

Entre sollozos mezclados entre pena e impotencia, caigo en un sueño profundo; es la mejor forma de dejar de sentir, de dejar el dolor de mi cuerpo y, sobre todo, el de mi mente, que ahora mismo es mi peor enemiga. El teléfono empieza a sonar sobresaltándome. Coloco una mano sobre mi pecho e intento normalizar la respiración a medida que me enderezo. Es Héctor.

—Hola.

—Hola, ¿estabas durmiendo?

—Me he quedado adormilada en el sofá. —Paso una mano por la mejilla todavía resentida.

—¿Te apetece que pase a verte un rato?

—No tienes que venir todos los días, Héctor —digo en un tono osco.

—Lo sé, pero es que yo quiero.

Paso la lengua por mis labios secos, meditando la respuesta. Solo me

apetece estar sola y consumirme en mi pena, pero, ¿debo? La respuesta ya la sé.

—Si te apetece, estaré aquí.

—En quince minutos estoy ahí.

No se despide, simplemente cuelga el teléfono y me lo quedo mirando antes de tirarlo dos cojines más allá de mi lado.

No tarda en llegar, ni siquiera los quince minutos prometidos. Me he adecentado un poco, recogido el pelo de manera correcta y lavado la cara. Abro justo después de que sus nudillos choquen contra la madera de la puerta. Tiene una sonrisa pletórica en el rostro que se ensombrece justo después de ver la nueva marca que corona en mi mejilla.

—¿Qué ha pasado? —pregunta pasando dentro.

—Lucas ha estado aquí. —Agarra mi rostro con suavidad entre sus grandes manos y lo examina—. Hemos discutido.

—Tiene una orden de alejamiento.

Nos encaminamos juntos hacia el salón.

—¿Quieres una cerveza o sigues de servicio?

—Sí, por favor.

Llego con dos cervezas, una para él y otra para mí. Lo encuentro sentado, con las piernas ligeramente abiertas y los antebrazos apoyados en ellas; pensativo. Dejo la lata delante junto con la copa que le he traído. Levanta la cabeza para mirarme.

—No necesito copa, gracias. —Me siento a su lado—. Explícame, que ha pasado. —Me mira serio.

Suspiro, abro la lata y mirando al frente empiezo a explicarle.

—Quería hablar conmigo, hablar las cosas. Arreglarlas... —Sonrío con amargura.

—No hay nada que hablar, tiene una orden de alejamiento —abre sus manos y me mira exasperado— y lo único que tienes que hacer es llamar a la policía. Llámame a mí.

—Me ha amenazado con quitarme la custodia de Sara.

—No puede, Susana, un maltratador no puede tener la custodia de su hija.

—Alegó que haría subir a Sara a declarar.

—¡Hijo de puta! —masculla con la mandíbula tensa. Un par de lágrimas empiezan a derramarse de mis ojos, cojo un pañuelo de papel del paquete que descansa sobre la mesa y las limpio sorbiendo por la nariz.

—No quiero que sea partícipe de esto, Héctor.

Echa un brazo alrededor de mis hombros y me acerca a él, lo abrazo. Necesito este contacto, el cariño y apoyo que me está dando en este momento. Inconscientemente inspiro su aroma, que llega a aturdirme. Una mezcla entre vainilla y coco.

—Voy hacer cuanto esté en mi mano para ayudarte —me levanta la cabeza con su dedo índice—, no estás sola, ¿vale? —Asiento—. Sara volverá a estar contigo en cuanto te repongas para hacerte cargo de ella.

—Gracias, Héctor. Me estás ayudando mucho.

—Para eso están los amigos, ¿no? —Asiento mirando sus ojos oscuros y profundos, hasta el punto en que me traspasan—. Deberías salir, estar aquí encerrada todos los días no es bueno para ti.

—No quiero escuchar habladurías. En estos momentos odio vivir en un pueblo tan pequeño.

Me incorporo, agarro la lata de cerveza y le doy un trago. Él hace lo mismo, se gira levemente y mirándome fijamente, vuelve a la carga.

—Es él quien debería avergonzarse y no tú.

—Ya. Pero cuando le miran a él, no piensan: *Pobrecita, el infierno que ha debido pasar, ¿Cómo lo ha aguantado?*

—No, pero sí que es un mal nacido, un violador y un maltratador.

—Sí, pero está en la calle.

Se da un golpe en la pierna con rabia.

—Lo sé, ¡y me revienta! —Suspira, cierra los ojos y calmando la respiración continúa hablando—. Hagamos una cosa, te invito a cenar fuera —frunzo el ceño—, fuera de Arrosa, donde nadie te conozca.

—¿Pero tú me has visto? —digo con un puchero naciendo en mis labios.

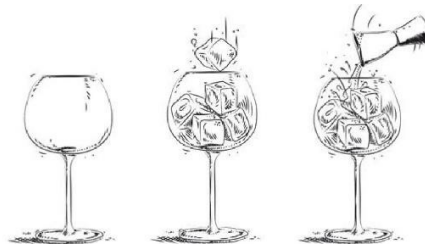
—Claro. Estás preciosa, como siempre.

—No sabes lo que dices —agacho la cabeza sin poder seguir mirando sus ojos—, estoy llena de morados, y el ojo muy inflamado todavía. Seré el centro de todas las miradas.

—¿Y? —deja la lata sobre la mesa y agarra mi mano— ¿Por qué tiene que importarte eso? —Consigue hacerme sonreír y, después de pensarlo un segundo, finalmente asiento.

—Vale.

—¿Vale? —Asiento—. Verás que bien lo vamos a pasar



SUSANA

Hace mucho que no me arreglo, al menos no en exceso como hoy. Será porque en ningún momento he pretendido impresionar a Lucas; no es que lo pretenda con Héctor, que solo es un amigo, pero por una vez y más allá de querer impresionar a ningún hombre, quiero sentirme bien conmigo misma (dentro de lo posible, quiero decir). Quiero mirarme al espejo y obviar las marcas, ver a la chica que un día fui de tras de todo esto.

Mi madre, muy afanada en ayudarme, me ha comprado un vestido que creo que puede ser perfecto. Fue al pueblo de al lado y entró en una boutique pequeña pero muy acogedora donde suele comprarse cosas a menudo.

Me lo pongo sentada en la cama, no quiero mirarme al espejo hasta que lo lleve puesto; no quiero ver las marcas en mis costados ni recordar las patadas que me dio mientras yo, me encogía para mitigar lo posible los siguientes golpes. Me calzo las sandalias de finas tiras negras, y al agacharme, una punzada me atraviesa el costado; las anudo a mis tobillos y me sitúo frente al espejo. El vestido es negro, llega justo por debajo de la rodilla y se ciñe perfectamente a mi cuerpo resaltando las curvas que durante años me he esmerado en ocultar. En la pierna izquierda, tiene una cremallera que se abre ligeramente, haciendo que el conjunto sea bonito a la par que sinuoso.

Estoy nerviosa y no sé el motivo, solo es una cena con un amigo de toda la vida pero, no puedo negar que Héctor, aunque nunca me he fijado en él como hombre, es muy apuesto y atractivo. Además se está portando tan bien conmigo.

Pinto mis labios de rojo y dejo la melena suelta echándola hacia un lado con la mano. Intento sonreír y pienso que, quizás, si no tuviera un ojo

inflamado, también podría maquillarlos sutilmente para resaltarlos, pero en esta ocasión no podrá ser.

—Susi —me llama mi madre desde abajo—, Héctor está aquí.

No sé si está más nerviosa ella o yo. Y tampoco sé que espera de esta cena. Yo lo único que necesito es tiempo para mí, recuperar a mi hija y aprender a vivir de verdad y no a medias tintas como hasta ahora.

Bajo las escaleras centrando toda mi atención en no torcerme un tobillo; hacía siglos que no usaba sandalias de tacón y no voy confiada al cien por cien, en que no me vaya a caer de bruces al suelo; es lo que le faltaría ahora mismo a mí cara, véase la ironía.

—¡Uauuuu...! —exclama Héctor al verme.

—¿Voy bien? —pregunto insegura mirándome de arriba abajo bajando los últimos escalones.

Ambos me esperan al final de la escalera, sonrientes. Héctor lleva un vaquero negro ceñido, los dedos pulgares de ambas manos en sus bolsillos delanteros, una camiseta gris informal ceñida a su pecho abierta de arriba dejándome ver parte de su piel, y una americana negra. Está muy guapo aunque no me guste reconocerlo.

Héctor da un paso al frente, toma mi mano y me da una vuelta a la vez que silva haciéndome reír.

—¡Estás preciosa!

—No sé... hace tanto que no me pongo un vestido.

—Pues no debería ser la última vez —intercede mi madre sonriente—, pasarlo muy bien. —Coloca una mano en el hombro de Héctor—. Cuida de mi niña, por favor.

—Claro, puedes estar tranquila, Bego.

Héctor me tiende su brazo y lo agarro algo cohibida. Mi relación con él siempre ha sido muy buena, lo conozco desde la guardería y era mi compañero de travesuras. Aquel amigo con el que picas un timbre en la pre-adolescencia y sales corriendo, o con el que abres todas las puertecitas de la gasolina de todos los coches del único parquin del pueblo solo por fastidiar, y porque es divertido.

Así que esta «relación» de amistad que tengo con él, me resulta nueva. Y me incomoda un poco. No estoy acostumbrada.

Beso las mejillas de mis padres antes de salir y, parezco una adolescente de nuevo, con su cita que la viene a buscar y los cuatro ojos que me miran

expectantes.

—Mis padres te idolatran ahora mismo.

—¿Por? —pregunta extrañado abriéndome la puerta de su león rojo.

—No sé qué expectativas tienen con que salgamos a cenar. —Entro dentro del coche y espero a que entre él para continuar hablando—. Parece que no sepan que somos amigos desde la guardería. —Sonríe formado una fina línea con sus labios.

Arranca el coche y nos ponemos en marcha iniciando la maniobra girando el volante.

—Hay parejas que llevan siendo amigos toda la vida. —Me echa una ojeada.

—Supongo, algún caso habrá.

—Dicen que esas son las mejores relaciones, las de verdad. Las más largas y duraderas.

—¿A dónde vamos? —pregunto cambiando de tercio.

—He pensado que, como te gusta mucho la carne, te voy a llevar a un asador argentino que se come muy bien. —Asiento.

Fuera todavía la noche no ha caído y los tonos anaranjados inundan la inmensidad del cielo, mientras el sol empieza a esconderse tras las montañas. Héctor conduce pausadamente, con una mano en el cambio de marcha, tarareando una melodía que no había escuchado en mi vida. Pero claro, la música se acabó para mí, el día que di el «Sí, quiero» delante del altar en la iglesia de Arrosa, al hombre que me destruiría la vida por más de diez años de convivencia.

Héctor me dirige una pequeña mirada fortuita, y me pilla mirándolo fijamente.

—¿Qué? —pregunta sonriente.

—¿A dónde vamos exactamente?

—A Barcelona —arqueó las cejas sorprendida— ¿no te gusta?

—Sí, supongo. No he estado nunca —reconozco algo avergonzada.

—¿En serio?

—Sí, recuerda que me quedé embarazada de Sara muy pronto y a Lucas.... Nunca le ha entusiasmado hacer cosas en familia.

—Pues es hora de empezar a vivir. —Me mira—. Pero de verdad, quiero decir. —Asiento—. Espero que te guste el sitio.

—Sí —miro al frente—, ya es hora.

Héctor ha conseguido aportar a mi vida calma en medio de la tempestad; hace que me sienta bien conmigo misma cuando más asco me doy, cuando los demonios han conseguido apoderarse de mi mente. Ahora, con un silencio nada incomodo, miro por la ventana el paisaje que se va oscureciendo poco a poco, mientras escucho su respiración pausada, conduciendo con la mano en el cambio de marcha, cantando en susurros y echándome leves miradas con una sonrisa radiante en el rostro. Me hace sentir paz, algo que había perdido por completo.

Salgo del coche estirando las piernas, que me duelen de estar encogidas, y mirando a mi alrededor.

—Estamos en Ciutat Vella, en El Raval.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Pues que, aunque sé que estoy en Barcelona, los edificios de la zona no lo parecen. No sé, algunos de los locales son parecidos a los que podrías encontrar en Arrosa; la típica tiendecita de barrio.

—Sí, tiene su encanto.

—Me gusta.

Héctor me lleva hacia un edificio de aspecto antiguo, la puerta de abajo, un portón enorme de madera antigua, está abierta y pasamos.

—¿Pasamos a buscar a alguien primero? —digo ya dentro del ascensor antiguo de hierro negro. Sonríe.

—No, el asador está en el ático.

Pica el timbre de la puerta derecha y la abren echándose a un lado para dejarnos entrar. El ático está completamente reformado, formando un precioso restaurante que no podía imaginar, ¡en un piso!, será que soy muy de pueblo como para imaginar estas cosas.

El concepto es abierto y, donde debería haber un montón de paredes para separar las estancias, han desaparecido dejando un espacio vacío enorme, relleno con un puñado de mesas colocadas con buen gusto. No es que sea un restaurante lujoso, ni lo necesito, pero Lucas ni en cien vidas me hubiera llevado a un lugar así. Salimos fuera a la terraza donde nos encontramos más de lo mismo. La terraza está repleta de pequeñas mesas para dos o cuatro comensales, bordeando la terraza de un sillón morado con sus mesas delante. Y arriba, de punta a punta, cuelgan luces amarillentas, aportándole a la terraza un ambiente más íntimo y agradable.

—¿Qué te parece el local?

—Me encanta, Héctor. —Lo miro—. No tenías que molestarte tanto.

—No ha sido molestia, es que quiero ver brillar de nuevo tú sonrisa.

Ensancho la sonrisa.

—No hace falta que la fuerces, así no vale. Yo quiero que brille de verdad, como cuando eras niña y se te ocurría una idea de las tuyas, ¿recuerdas? —coge mi nariz entre sus dedos haciéndome reír.

—Claro que me acuerdo. —Nos sentamos en una de las mesas con el cartel de «Reservada» encima—. ¡Qué tiempos aquellos!

—Teníamos a nuestras madres amargadas —una sonrisa se ensancha en su rostro, formando dos hoyuelos que jamás me había percatado que tenía—, con cuantos partes de incidencias volvíamos a casa... —Asiento riendo.

—Susana hoy ha trepado por la verja, la hemos pillado a punto de escaparse del cole —imito la voz de la monitora del comedor más mayor que me tenía enfilada.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —se carcajea—, yo ya había vuelto a entrar y solo te pillaron a ti.

—¡Como siempre! —me quejo riendo.

—Es que eras muy descarada...

—¿En qué momento dejé de serlo? —pregunto seria.

Y lo digo más para mí que para él. Agarra mi mano del centro de la mesa y la acaricia entre las suyas con ternura. Me estremezco, pero intento disimularlo, que él no lo note; me daría una vergüenza tremenda.

—En el momento que empezaste a salir con Lucas. ¿Por qué lo hiciste?

—¡Qué importa ahora el motivo! —Asiente ladeando la boca—. Lo que ahora importa es enmendar los errores del pasado, y aprender de ellos. Dicen que nunca es tarde.

—Claro que no, nunca es tarde. Y yo voy a estar a tu lado, si me dejas.

Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien, gran parte de la cena la hemos pasado rememorando momentos de la infancia, riendo con la copa de vino en la mano y bebiendo más de lo que puedo recordar. Realmente me ha sentado bien salir, compartir tiempo con él y recordar que antes de Lucas, tenía una vida plena y feliz. Que diferente hubiera sido si no hubiera empezado a salir con él por despecho, solo para que Hugo, se diera cuenta que existo por un momento.

Sin embargo y aunque duela, hay que aprender de los errores,

enmendarlos, y luchar en esta vida con uñas y dientes. Solo así algún día podré mirar atrás, y sonreír pensando que hice lo correcto.

—¿Te hace una copa? —miro la botella de vino vacía y mi copa todavía llena después de rellenarla unas cuantas veces—. ¿Ya no puedes más?

—Héctor, estoy mayor... —me quejo pasando una mano por mi rostro ardiendo.

—¡Eres más joven que yo! vamos, la última. —Pasa la lengua por sus labios hipnotizándome.

—Si luego me tienes que llevar en brazos a casa, será responsabilidad tuya —le advierto señalándolo con el dedo índice.

—No me suena a amenaza —responde con suficiencia. Tuerce la boca en una bonita sonrisa y continúa hablando—. Creo que puedo contigo —mira su brazo— ¿o tan flojo me ves? —ambos reímos.

—Vale va, me has convencido.

Sonríe triunfal y, levantándose de su asiento, besa mi mejilla agarrando mi rostro entre sus manos.

—¿Dónde te apetece ir?

—¿Recuerdas que nunca he estado en Barcelona?

—Sí —asiente—, pero me refiero a si te apetece algo más formal o informal.

—No me importa, si la compañía es buena, el local es lo de menos. — Sonríe de nuevo, enseñándome los hoyuelos que hacen que pierda el norte.

—Vamos entonces, conozco un lugar muy sencillo pero muy agradable que para tomar una copa es ideal.

Al salir echa un brazo por mis hombros haciendo que mi estómago se encoja. Es raro el sentimiento que está naciendo en mí ahora, a pesar de conocerlo de toda una vida.

Aprieta el botón del mando del coche y este responde encendiendo las luces. Tiendo la mano con la palma al aire; me mira sin entender.

—Yo conduzco. —Me mira con una ceja arqueada—. ¿Qué, no te fías de mí?

—No te conoces Barcelona —arguye arqueando ambas cejas.

—Pues tú me guías —respondo apartándolo y sentándome tras el volante —, me apetece conducir.

Finalmente cede, rodea el coche y se sienta sonriendo y renegando con la cabeza en el asiento del copiloto. Ajusto el sillón, la altura del volante y los

espejos; Héctor me saca veinte buenos centímetros de altura. Arranco entusiasmada, hace siglos que no conduzco, en Arrosa nunca me ha hecho falta coche y, cuando hemos salido, siempre ha conducido Lucas. A él no le gustaba que condujera yo.

Héctor va sujeto a la agarradera de sobre la ventana mientras acelero por la que me explica que es la Ronda de d'alt.

—¡No corras! —exclama. Lo miro riendo.

—Héctor, que solo voy a cien.—Miro el velocímetro.

—Pero aquí solo se pude ir a ochenta. —Señala un radar que veo se dispara haciéndonos una foto.

Una mano se va derecha a la boca para tapar la risa que empieza a escapárseme.

—¿Has sonreído a la foto?

—¡Voy a matarte!

—Te prometo que yo la pago. —Le hago una caidita de pestañas y acaba riendo a la vez que reniega.

Conduciendo me siento libre, llevo la ventanilla bajada y, el aire que entra remueve mi pelo suelto y acaricia mi rostro.

—Tuyo —empiezo a cantar— un poquito tuyo...

En la radio suena «Un poquito» de Diego Torres y Carlos Vives y yo la canto; Héctor me mira, con el codo derecho en la puerta, y mordiendo la punta del pulgar.

—¿Qué?

—Cantas muy bien.—Asiente con la cabeza y frunciendo los labios.

—¡Qué va!—Reniego.

—Qué si, en serio. Aparca allí. —Señalando un par de sitios libres después de dar dos vueltas a la manzana.

Y creo que durante la maniobra de aparcamiento, se le ha puesto el culo prieto, pensando que le iba a dar un golpe a su coche, que cuida como si de un hijo se tratara.

—Ya puedes respirar —me cachondeo de él.

—Te diviertes ¿eh?

—La verdad es que sí. —Le dedico una ancha sonrisa.

Su mano se va derecha a mi cabeza y, con la palma de su enorme mano, la pasa de lado a lado despeinándome entera.

—¡Te vas a enterar!

—Ja, ja, y ja. Eso por reírte de mí.

Sale del coche y empieza a andar por la acera camino a un local un tanto bohemio. Cierro el coche y voy tras él.

—¡Espera! —Se gira y me guiña un ojo.



Es viernes, otro viernes cualquiera que, por algún motivo he preferido venir a Arrosa en lugar de quedarme en Barcelona, en mi casa o con Cristhian. ¿El motivo? A todo el mundo le digo que unos días de desconexión en un pueblo tan tranquilo como este después de una semana intensa de trabajo es vida. La realidad, me la oculto hasta a mí misma. Se ha convertido en costumbre venir a cenar a casa de Hugo, ayudarlo a cocinar algo nuevo que me pueda enseñar —porque estoy aprendiendo a cocinar—, y ver una peli estirados en su sofá donde me acabo quedando adormilada para que me despierte de manera suave y me lleve a casa.

—Vamos, te llevo a casa —para de masajear mis cervicales, giro la cabeza y lo miro confundida.

—¿Me estás echando?

—Ni en cien vidas te echaría —declara muy serio.

—¿Entonces?

—Prefiero parar antes de que las cosas se pongan demasiado intensas —me levanto del suelo y me siento en el sofá de nuevo, a su lado—, no podría parar de lo contrario.

Me acerco un poco más a él, mirando sus labios que parece que me llaman. Observo su barba rasposa, que de seguro cosquillearía en la palma de mi mano al acariciarla. Dios, cuanto me apetece tocarla, rozar sus labios y saborear su lengua. Hugo parece leerme el pensamiento cuando me acerco casi involuntariamente a él; se levanta.

—¿Por qué crees que voy a querer parar? —Ladea la cabeza y pasa una mano por su barbilla pensando las palabras idóneas. Me levanto y me coloco a su lado.

—No he dicho que tú quieras parar. Pero sí te digo, que no quiero volver a tener contacto contigo hasta que lo tengas claro, Dani. Me hace daño.

—Disculpa, Hugo. No era mi intención...

—Lo sé. —se acerca y besa mi mejilla dejándome anhelando más.

—No es necesario que me lleves, puedo ir dando un paseo. Me sentará bien.

—De eso nada —se acerca a la puerta y saca las llaves—, vamos. —Mueve la cabeza en dirección a la puerta.

Un manto de estrellas recubre la negrura de la noche, alzo la cabeza y las miro embobada pensando que, desde la cama de Hugo, se deben ver de forma espectacular. Ambos subimos al coche, algo pensativos. Yo avergonzada, él... ves a saber el porqué. Me gustaría poder echar una ojeada a esa cabeza que me trae loca. Me pregunto si no sería mucho más sencillo para mí huir de aquí y no volver más que de visita a mi abuela de tanto en tanto como hacía antes. Pero la pregunta sería ¿puedo?

El todoterreno de Hugo para delante de casa, hemos llegado antes de lo esperado o, es que yo estaba tan sumergida en mis pensamientos que apenas me he dado cuenta. Me mira con el coche en marcha, tocando las llaves que cuelgan del contacto.

—Lo siento, Dani.

—No te preocupes. —Lo miro sonriente—. Lo entiendo, de verdad.

—Quizás me estoy equivocando —pasa una mano por su nuca—, quizás debería aprovechar la más mínima oportunidad, pero es que no es así como lo quiero. —Apoya la mano sobre el cambio de marchas. La coloco sobre la suya.

—Puede que la que se esté equivocando sea yo, no lo sé. No estoy acostumbrada a este sentimiento, a no saber. A sentir. —Acaricio su mano suavemente y siento una satisfacción fuera de lo común, porque no solo acaricio una mano; acaricio su mano, su piel.

Abro la puerta y le doy un beso en la mejilla derecha acariciando el bello de su rostro, llevaba rato deseándolo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, preciosa.

Cierro la puerta y empiezo a andar en dirección a la casa con el estómago encogido y el corazón a mil por hora martilleándome el pecho. Incluso tengo que respirar profundamente para regular mi respiración. Oigo el coche

arrancar, me giro y levanto la mano a modo de saludo con la sonrisa instalada en el rostro. Él hace lo mismo y desaparece de mi vista.

Dentro de casa, mis abuelos permanecen sentados en el sofá; uno al lado del otro y con las manos tocándose entre medio de ambos. Los miro y solo puedo sonreír. Yo jamás había soñado algo así, pero ahora, lo veo tan tremendamente bonito y tierno, que no imagino encontrar en la vida algo así. Un compañero de por vida, alguien que te considere su primera opción por encima de todo, algo que nunca he sido para Cristhian, y no es que le culpe, él tampoco ha sido nunca mi mayor prioridad.

—Hola —saludo al entrar. Me acerco y los beso en la mejilla—. ¿Cómo estáis?

—Bien, cariño. ¿Qué tal con Hugo? —Me dejo caer en el sofá con un mohín en los labios—. ¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé, yaya —mi abuelo me mira y sonrío—, tengo la cabeza hecha un lío.

—Hugo es un buen mozo —intercede mi abuelo.

—Lo sé —digo con una mueca en los labios—, pero mi vida no está aquí, sino en Barcelona.

—¿Qué tiene Barcelona que no tenga Arrosa? —la miro con una ceja arqueada.

—¿Vida? —ambos niegan.

—Vida hay más aquí, rodeados de naturaleza y animales.

—No lo entendéis. Además mi trabajo está allí, igual que mi casa.

—Pues lo dejas y te vienes aquí, ¿Cuál es el problema?

—Pues que ambos perderíamos demasiado y, ¿durante cuánto tiempo nos valdría eso?

—¿Lo has hablado con Elena? —Niego—. Tu hermana es muy sabia, aunque sea la pequeña. Apuesto a que te puede dar un buen consejo.

—Tienes razón, además la echo de menos. —Me quedo mirando a la nada—. La voy a llamar ahora mismo.

Me levanto y saco el teléfono de dentro del bolso.

—Voy a tomar la fresca mientras hablo con ella.

—No te alejes, que es de noche. No puede ir una chica tan guapa por la oscuridad.

—No, yaya, no te preocupes —digo justo antes de salir y cerrar la puerta.

Fuera respiro hondo. La humedad de la noche hace que huela a

naturaleza, ha hierba mojada, algo que no estoy muy acostumbrada a olfatear en una ciudad llena de asfalto. Ando en círculos mientras la línea timbra al otro lado. No tarda en responder.

—¡Buenas noches! —saluda entusiasmada.

—Buenas noches, ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?, ¿Cómo andan las cosas por allí?

—Bien supongo. —Y lo digo algo más taciturna de lo que esperaba.

—Uh. Ese tono no me gusta, ¿qué pasa?

—¿Te acuerdas de Hugo?

—Tú mejor amigo enamorado de ti hasta las trancas. Pobre... ¡¿Cómo no acordarme?! —Ambas reímos.

—Pues resulta que el patito feo se ha convertido en cisne.

Empiezo a andar a lo ancho de la finca, bordeándola.

—Vaya, ¿y cuál es el problema?

—El problema es que no recordaba cuanto me gustaba estar a su lado, lo bien que me sentía y lo mucho que nos divertíamos.

—Pero como amigos ¿no?

—Antes sí —paro en seco y miro al cielo negro lleno de puntitos de luces —, pero ahora es que además me atrae. Mucho.

—Eso sí que no lo esperaba. ¿Y qué pasa con el novio ese tuyo tan pijo y estirado? —bufo.

—Esa misma pregunta me hago yo. —Aprieto el entrecejo con mis dedos índice y pulgar—. Últimamente parece que lo único que sabemos hacer es discutir, pero él es lo seguro, lo estable.

—Lo seguro y estable es aburrido, Daniela.

Me hace reír.

—Eres única.

—¿Pero estoy en lo cierto o no?

—Ajá.

—A ti lo que te fastidia es el disgusto que le vas a dar a mamá y papá; su niña predilecta los va a decepcionar —murmura en tono de burla— Y lo sabes.

—Los mataré de un disgusto.

—Es tú vida, Daniela. No lo olvides. Solo tú puedes vivirla.

—¿Sabes qué pasa?

Sigo andando, traspasando el límite de la parcela de mis abuelos y

encaminando el camino hacia el pueblo.

—No si no me lo explicas.

La puedo imaginar en el sofá, con un cojín tras la nuca y las piernas estiradas sobre la mesa, tan repanchingada y hippy. No parece que seamos hermanas.

—Ambos tenemos vidas paralelas, el aquí en Arrosa y yo en Barcelona.

—¿Y?

—Qué uno de los dos tendría que dejar su vida de lado, abandonarlo todo por el otro.

—Cuando el amor es del bueno, eso no importa. Solo estar con la persona que te llena y completa. Y eso, Daniela, no se encuentra todos los días.

—Estoy tan confusa —digo con un mohín en los labios.

—Vamos hacer una cosa, el próximo fin de semana vente a París, lo pasamos juntas, sin uno y sin él otro, y cuando veas a quien de los dos echas de menos, sabrás con quien tienes que quedarte.

—¡Qué sencillo lo ves! —me quejo.

—No es que lo vea sencillo, pero tienes que buscar en tu corazón y no pasar una vida entera al lado de alguien a quien no quieres o no te llena lo suficiente, solo porque sea la mejor opción para mamá y papá. Eso no es vida.

—Lo sé.

—¿Lo harás? —pregunta esperanzada. Sonrío abiertamente. A veces me da la sensación de que ella es la mayor.

—Sí. —Sonrío. Me apetece mucho verla—. Además, te echo de menos.

—Qué tierna eres cuando quieres—se burla—. Yo a ti también, venga va, nos vemos en unos días.

Oigo un ruido tras de mí, cuelgo el teléfono y miro a mi alrededor pero no veo nada. Comienzo a andar de nuevo hacia casa, que sin querer, me he alejado demasiado. El camino lo iluminan unas simples farolas algo antiguas, que sin duda, han vivido tiempos mejores, y la luz que ofrecen, es algo pobre.

De nuevo escucho un ruido que me sobresalta, recoloco el pelo tras la oreja mirando alrededor, nerviosa.

—¿Hola? —pregunto sin saber por qué. Suspiro y continúo andando a paso ligero, esperando que sean imaginaciones mías y nadie conteste.

Estoy completamente sola, pero no sé porque, tengo una especie de presentimiento que me crispa el vello de todo el cuerpo. Como si de un mal

presentimiento se tratara.

—Vaya, vaya, vaya... —escucho su voz justo casi detrás de mí y mi respiración se corta— la chica de ciudad en el pueblo de nuevo.

Me giro y lo miro intentando aparentar tranquilidad, pero lo cierto, es que le tengo miedo casi desde el mismo día en que lo vi en La Guarida.

—Hola, Lucas.

—Dime una cosa, ¿qué hace una chica tan glamurosa como tú, tonteando con un paleta como Hugo? —Pasa una mano por su barba espesa, y la lengua por sus labios.

—Hugo es mi amigo.

—El día que apareciste, abriste la caja de pandora. —Lo miro con el ceño fruncido, sin entender.

—No sé de qué me hablas, pero tampoco tengo tiempo de que me lo expliques. Tengo prisa.

Empiezo a andar de nuevo, pero Lucas agarra mi brazo con fuerza, clavándome los dedos en el antebrazo e impidiéndome continuar con la marcha.

—No, no, no... —mueve la cabeza de lado a lado—, yo no tengo ninguna prisa. Después de todo, no me espera nadie en casa.—Acaba de hablar arqueando una ceja.

—¿Y Sara?

—Duerme en casa de una amiga, y ¿sabes una cosa?, ¡mi cama está demasiado vacía esta noche!

Mis ojos se abren como platos, mi vello se eriza y mi respiración se agita. Mi corazón late desbocado golpeando fuertemente mi pecho, hasta el punto de ensordecer mis pensamientos.

—¿Qué dices, Lucas?

—Sssshhht... —pasa el dorso de su mano por mi mejilla— tranquila, lo vamos a pasar muy bien tú y yo.

Me suelto bruscamente de su brazo y, sin dudar un solo momento, empiezo a correr tan rápido como puedo, corriéndome por las venas un nervio que hasta ahora nunca había tenido.

Corro a menudo y soy más ligera y esbelta que él, así que creo que puedo tener la oportunidad de que no me alcance. De llegar a casa y cerrar la puerta, sintiéndome a salvo. Dicen que la esperanza, es lo último que se pierde.

—¿Crees que puedes escaparte de mí? —grita corriendo tras de mí.

No me giro, no contesto, necesito guardar todo el oxígeno para correr a buen ritmo y esprintar justo en el momento oportuno. Echo una pequeña ojeada atrás y lo veo más cerca de lo que me gustaría. Yo corro más, pero sus zancadas son mucho más largas que las mías, y eso, es una ventaja suya.

Noto como agarra la tela de mi camiseta con la punta de los dedos haciéndome gritar, que le resbala y acelero el ritmo con el miedo corriendo por mis venas. Las piernas me tiemblan tanto, que creo que en cualquier momento van a fallarme y caeré al suelo.

—¡Putá, ven aquí!

Las lágrimas empiezan a caer de mis ojos una tras otra, pero las ignoro, no puedo perder el tiempo en limpiarlas. Agarra de nuevo la tela de mi camiseta mucho más fuerte que la vez anterior y, esta vez sí, al tirar de ella, caigo al suelo haciéndome daño en el pie derecho que se tuerce.

—Te dije que no ibas a escaparte de mí.

Grito tan fuerte como puedo, hasta el punto en que el aire que se escapa de mis pulmones quema en mi tráquea. Me pega un bofetón en toda la cara que llega a aturdirme y coloca una mano en mi boca para que no pueda continuar gritando.

—¡Calla, puta!

Pero no tengo intención de ponérselo fácil, pienso luchar con uñas y dientes hasta que no me quede aliento. Muerdo la mano que tapa mi boca tan fuerte como puedo, lo que le hace chillar de dolor, quitar la mano y maldecir. Aprovecho para levantarme, pero antes de conseguirlo me agarra del pelo y tira fuertemente de él.

—Así que te va el rollo duro, ¿eh?, pues no te preocupes, a mí también— sisea desde atrás con su boca pegada a mi oído y mi pelo bien agarrado.

De un tirón seco de pelo consigue tirarme al suelo, para empezar a arrastrarme campo a través. Mi espalda se restriega por el suelo, haciendo que toda piedra o palo que encuentro a mi paso, se clave haciéndome una herida.

La cabeza me arde, la espalda me escuece, y el terror se ha apoderado de mí, lo que no quiere decir que no vaya a luchar con uñas y dientes, así que continúo intentando zafarme de él sin éxito y con el pie herido.

—¡Suéltame!—Grito otra vez.

Por respuesta, una carcajada que consigue ponerme el vello de punta, porque soy consciente que, aquí no hay nadie para ayudarme; no pasa un maldito coche por la carretera y para colmo, estamos a las afueras del

puñetero y diminuto pueblo, donde pasadas las diez de la noche, no se ve un alma por la calle.

—Yo no te he hecho nada, Lucas.

—Puede que conscientemente no, pero sí lo has hecho.

—No te entiendo, podemos hablarlo, quizás puedo ayudarte —suplico en tono lastimero.

—¡Sí!, me vas a ayudar a bajar la hinchazón de mi polla dura que guarda mi pantalón.

—No quieres hacerlo.

—Si tocaras mi entrepierna, verías que sí. Dios, he estado pensando en metértela desde el mismo día que te vi aparecer.

—Joder, Lucas.... —grito desesperada.

Otra carcajada sale de su boca, su respiración es entrecortada, pero mantiene un agarre contundente mientras continúa arrastrándome por el campo. Noto como un palo se clava en mi espalda, haciéndome un daño tremendo y seguramente sangre.

—Sí; eso es lo que vas a chillar mientras te la meto una y otra vez. Solo de pensarlo, se me hace la boca agua.

Cuando piensa que nos hemos alejado suficiente del camino y de la luz de las farolas, suelta mi pelo, agarra mis manos que se mueven intentando que no consiga su propósito, y se coloca sobre mí. Ya tiene el pantalón desabrochado y baja la maya deportiva que llevo mientras me revuelvo continuamente intentando zafarme de él.

—¡Para! —grita enfurecido.

Por respuesta recibe un escupitajo. Se limpia la cara con el dorso de su mano, su expresión es feroz, mantiene la mandíbula apretada, y de golpe, sin esperarlo, me asesta un puñetazo en la boca del estómago y otro en la mejilla. Me doblego de dolor, y toso sin cesar.

—Aprenderás a las buenas o a las malas.

Se coloca de nuevo sobre mí y, ya con la maya bajada junto con la braguita, noto su miembro en la obertura de mi sexo mientras lloro y suplico sin parar. Pero no me escucha. Su respiración es entrecortada, se nota que está muy excitado y no piensa parar. Por más que me resista.

Intento hacer fuerza con las piernas, que no consiga entrar más de lo que ya lo ha hecho, me hace daño, mucho además. Siento como mi sexo arde de dolor y lloro desesperadamente suplicándole a Dios un milagro que sé que no

va a llegar. Su boca recorre mi cuello, así como la lengua y yo cierro los ojos, no puedo seguir viendo como me hace todo esto. De un fuerte tirón rompe mi camiseta y saca un pecho del sujetador.

—¡Suéltame! —grito de nuevo desesperada.

—Joder, con lo que estoy disfrutando —se hunde de nuevo en mi interior con fuerza y agarra mi pecho estrujándolo entre sus manos sucias.

Ve una luz de fondo y grito con fuerza, esperanzada de que alguien me escuche y acuda en mi ayuda.

—Nadie te va a escuchar, puta. Aquí solo estamos tú, yo, y mi polla dura.

La luz que he visto se apaga y con ella todas mis esperanzas. Ya solo que me queda dejar de forcejear porque de lo contrario, solo me hará más daño. Y cuando ya no me quedan esperanzas y los sollozos salen de mi boca sin control; alguien que no alcanzo a ver, golpea a Lucas por detrás.

—¡Joder! —se queja tocando su espalda curvada.

—¡Suéltala! —grita apuntándolo con la pistola y enfocándolo con la linterna.

Lleno mis pulmones de aire, pensando que quizás, todo ha acabado y que mi pesadilla ha llegado a su fin.

—¿Qué coño haces, Héctor?

—¡Suéltala! —repite de nuevo— o te juro que te pego un tiro.

Lucas se levanta con tranquilidad, se guarda la polla dentro del *bóxer* y lo mira con suficiencia.

—Joder, tío, nos has interrumpido —dice como si nada.

Héctor me mira, yo tengo los ojos anegados de lágrimas y casi no puedo articular palabra, estoy aterrada. Niego con la cabeza. Me enderezo y tapo como puedo con los trozos de la camiseta hecha girones.

—Eres un hijo de puta —Lucas arquea una ceja—, y pensar que he sido tu amigo durante tantos años. Pon tus brazos atrás, voy a ponerte las esposas.

Héctor se acerca a él empuñando todavía el arma, lo agarra y pendiendo sus brazos en la espalda lo engrilleta. En ese momento, es el que yo, por fin, puedo respirar con tranquilidad; pero los sollozos salen de mi garganta sin parar, hecha un ovillo, arropándome con mis propios brazos y llorando sin parar. Héctor pide refuerzos por la radio.

Un coche patrulla no tarda en llegar con dos agentes en su interior.

—¿Qué ha pasado? —pregunta uno de ellos a Héctor.

—He escuchado gritos, me he acercado a ver qué pasaba y este señor, la

estaba violando.

—¡Presuntamente! —añade Lucas divertido con la situación.

—Encargaros vosotros de él, por favor. Voy a llevarla al hospital.

Los policías se marchan casi empujándolo, mientras él, se gira varias veces para mirarme, reír y lanzarme un beso.

—Daniela —se acerca a mí y se agacha—, ¿Cómo estás?

Alzo la cabeza para mirarlo, pero las lágrimas hacen la tarea algo más complicada de lo que debería ser. Veo borroso y tengo la mente completamente aturdida. Los sollozos continúan saliendo sin parar.

—Tranquila, ¿vale? Ya estás a salvo. —Me rodea con sus brazos—. Voy a llamar a Hugo, ¿te parece? —Asiento.



HUGO

—Hola, Héctor —le saludo al descolgar el móvil.

—Hugo, ha pasado algo.

Su voz es alarmada y, se puede percibir en ella la tensión. Le escucho suspirar y una extraña sensación me invade al momento. Me endezco en el sofá.

—¿Qué ha pasado?

—Daniela... —No le dejo continuar, solo escuchar su nombre se me han puesto todos los pelos de punta.

—¿Qué le pasa a Dani?

—Joder, Hugo, he escuchado gritos de casualidad cuando hacía la ronda, venían de los campos de al lado de casa de sus abuelos.

—No te andes por las ramas, joder. —Me levanto y empiezo a dar círculos.

—Lucas la ha agredido, además... lo he encontrado sobre ella.

—¿Qué quieres decir con encima de ella?

—Violándola—responde con la voz medio rota.

Me he quedado congelado, la respiración se me ha cortado y, cuando por fin vuelve, noto como todo mi cuerpo arde por la rabia que ha empezado a nacer y extenderse por mis venas.

Estoy a punto de estallar.

—¡Joder! —Grito con el puño apretado, los ojos cerrados y dando golpes al aire—. Juro que lo voy a matar.—Cierro los ojos fuertemente intentando canalizar la rabia que siento

—Está detenido, Hugo. Estoy tan rabioso como tú.

—No lo creo. Además, ¿hasta cuándo lo estará?

—Esta vez no saldrá tan fácilmente. No imaginas como lo siento.

—No sientes lo mismo que yo—mascullo rabioso.

Empiezo a subir las escaleras de dos en dos, a toda prisa, necesito vestirme con cualquier cosa y salir corriendo. Quiero verla, tocarla, ver que está bien, y si no, matarlo. Literalmente.

—Puede que no sienta lo mismo por Daniela, pero si por Susana.

—¿Qué? —Paro en seco un segundo—. ¿Desde cuándo?

—De toda la puta vida.

Cuando cuelgo, el corazón me late desbocado en mi pecho. Lo martillea muy fuerte, hasta el punto de ensordecirme. Con un único pensamiento en mi mente, protegerla a ella, y matarlo a él. Lo disfrutaría de forma lenta y pausada después de cortarle la polla al mal nacido de Lucas.

Entro en urgencias corriendo, mirando de un lado a otro. Localizo a Héctor sentado en una de las sillas en la sala de espera.

—¿Cómo está?

—No lo sé, la están examinado. He avisado a su familia. —Asiento.

—Si vuelve a salir, ya se puede esconder debajo de las piedras —mascullo pensando en él.

—¿Puedes imaginar lo que he tenido que aguantarme para no pegarle un tiro? —Me siento a su lado.

—Te aseguro que yo no lo habría hecho. —Mantengo la mandíbula apretada.

—¿Los familiares de Daniela Guzmán? —pregunta un médico mirando alrededor.

Ambos nos levantamos de ipso facto y nos acercamos.

—¿Cómo está?

—Muy nerviosa. Está en estado de shock, que es lo normal en estas circunstancias.

—¿Puedo pasar a verla?

—Sí, le hemos administrado un calmante, cuando le haga efecto, podrá marcharse a casa.

—Vale, gracias.

—Acompañeme, por favor.

—Quédate por si viene su familia —le digo a Héctor mientras me encamino tras el doctor.

—Claro, no te preocupes.

Dos pasillos me separan de ella. Al llegar, el doctor echa la cortina a un lado y la encuentro tumbada de lado hecha un mar de lágrimas. Sus grandes ojos están hinchados, enrojecidos. Me mira, se lleva las manos a la cara y arranca a llorar de nuevo descontroladamente.

—¡Dani...! —Se me rompe la voz al pronunciar su nombre.

Un pinchazo atraviesa mi pecho roto de dolor al ver su sufrimiento. Me acerco, me siento en el borde de la camilla y, agarrando su cabeza desde atrás, la acerco a mi pecho para acunarla allí y protegerla entre mis brazos.

—Estoy aquí, preciosa.

—Me dijiste que no dejarías que nada malo me pasara —pronuncia entre sollozos. Cierro los ojos y suspiro.

—Lo sé. —Una lágrima rueda mejilla abajo que no retengo, porque el dolor al verla así es tan grande que es imposible hacerlo—. Lo sé, perdóname.

—Me... me ha tocado —se separa unos centímetros y pasa las manos por su torso—, me siento sucia. Me doy asco, Hugo.

—Lo va a pagar, te lo juro.

Mira a la nada y suspirando empieza a hablar de nuevo.

—No va a pagar nada, yo ya sé cómo funcionan estas cosas.

Se lleva una mano a la boca a la vez que se doblega sobre sí y vomita en un extremo de la camilla sin poderse aguantar.

—Lo siento —se excusa recogiendo el pelo para que no se le venga a la cara.

El mismo doctor que me ha traído hasta aquí, entra en el cubículo con las manos en los bolsillos de la bata blanca que lleva.

—Daniela, ¿cómo te encuentras? —Ella alza la vista y lo mira—. ¿Hay algo que te duela?

—Todo —dice de forma automática.

—¿Tiene algo roto?

—No. El pie está algo inflamado pero no es más que una torcedura. Las heridas de la espalda habrá que curarlas por varios días y un hematoma en el pómulo derecho. Por nuestra parte, vamos a darle el alta y podrá volver a casa. —Asiente dirigiéndome una pequeña ojeada—. Te voy a preparar los papeles junto con el informe que le tenemos que presentar a la policía.

Daniela baja de la camilla poniendo los pies en el suelo que acaban de

limpiar. Un gran morado corona parte de su bonito rostro, sus ojos grandes y expresivos están hinchados y muy enrojecidos, al igual que la nariz. Se me parte el alma al verla en este estado.

Recoge la ropa de la silla de al lado de la camilla y empieza a vestirse sumida en sus pensamientos. La camiseta está rasgada y, al verla empieza un nuevo sollozo que no es capaz de contener. Un pinchazo atraviesa de nuevo mi pecho, pensando en que, si lo vuelvo a ver, seguramente me llevarán esposado, porque lo mataré con mis propias manos, que en estos momentos, tiemblan de rabia.

Salimos juntos a la sala de espera, Dani lleva su brazo alrededor de mi cintura, con su cabeza en mi hombro y yo la sujeto a ella para ayudarla a andar despacio; está muy dolorida.

Héctor se levanta al vernos, se le ve nervioso, pasa una mano por su pelo e intenta sonreír forzosamente; sé que le ha cogido cariño y le duele profundamente todo lo que está pasando con Lucas. Ninguno de los dos podía esperar algo así; ni con Susana, ni mucho menos con Dani.

—Tú siempre en tu afán de protagonismo, ¿eh? —dice intentando sonreír pasando una mano por su rostro.

—Ya ves, soy capaz de cualquier cosa con tal de ser el centro de atención.—Fuerza una sonrisa.

Las puertas de la sala se abren, una mujer arranca a llorar y nos giramos. Es la familia de Dani. Cristhian, su pareja, llega casi corriendo a abrazarla. Ella me suelta y se abraza a él que la acuna entre sus brazos, y allí, cobijada entre ellos y abrazándolo fuertemente de la cintura, arranca a llorar de nuevo.

—Ya estoy aquí, pequeña.

—Cristhian...—Solloza—. He pasado tanto miedo.

—No volverá a tocarte un pelo, se va a pudrir en la cárcel —lo mira desde abajo—, de eso me encargo yo.

Sus padres se acercan. Él padre nos mira con aire de suficiencia, de arriba abajo, analizándonos.

—Buenas noches, señor —saludo al llegar hasta nosotros.

—Buenas noches, muchacho. ¿Alguien puede explicarme que ha pasado?

—Soy Héctor, policía local del pueblo. —Le tiende una mano para estrechársela. Él la mira pensándolo, finalmente se la estrecha.

—Hija mía —solloza su madre abrazándola. Menudo Cristo se está montando en la sala de espera, donde todo el mundo mira y murmura.

—¡Mamá...! —suelta a Cristhian y se abraza a ella.

—Hoy mismo vuelves a casa —Dani la mira—, no me mires así, Daniela. Ya ves que este pueblo no es seguro.

—¿Y Barcelona sí? —intervengo cruzándome de brazos.

—Que yo sepa, hasta ahora jamás le ha pasado nada en Barcelona —dice repasándome.

—Lo que ha sucedido aquí es una desgracia, está claro, pero no implica que el pueblo no sea seguro y que tenga que marcharse.

—Lo último que necesito —empieza a hablar Dani—, es que empecéis una guerra entre vosotros. —Me mira—. Hugo, necesito estar en casa, de todas formas, me marchaba en unas horas. —Se acerca a mí y toma mis manos.

—Claro, ¿te veré el próximo fin de semana? —Suspira.

—No lo sé, necesito descansar, pensar y desconectar. En principio, me marcho a París a ver a mi hermana.

—Me parece una gran idea —sonríó levemente—, espero que descanses mucho y esa escapada te ayude a ver las cosas con claridad.

—Yo también lo espero...

—No creo que sea el momento para viajar a París, Daniela —nos interrumpe Cristhian—. Podrías venir a mi casa, yo cuidaré de ti hasta que estés preparada para estar sola. —Dani suspira.

—Luego lo hablamos, ahora no es el momento. Hugo —la miro—, gracias por todo. —Toca mi rostro con su delicada mano y besa mi mejilla con afecto.

—Cuídate, por favor —asiente—, mantenemos el contacto, ¿vale?

—Claro



—No sabes el susto que me he llevado cuando tu padre me ha llamado para explicarme lo que te ha pasado, Daniela. —Lo miro.

—¿Dónde estabas?

—Cenando con todos; he salido corriendo. —Miro al frente de nuevo, la carretera está a oscuras, solo iluminada por las luces de su coche—. He estado pensando, quizás, sea el momento de dar un paso hacia adelante.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confusa frunciendo el ceño. Posa la mano en mi muslo y, sin querer, me sobresalto—. Lo siento...

—No, lo siento yo. No quería asustarte. —Mira al frente y prosigue—. Lo que quería decir, es que te vengas a casa a vivir, o yo a la tuya. Llevamos muchos años juntos, a mí me apetece pasar más tiempo contigo.

—Cristhian, creo que no es el momento de hablar una cosa así .—Giro la cabeza y miro por la ventana a la nada.

Por más que he insistido en que prefería estar sola, no lo he conseguido, Cristhian puede ser realmente tozudo; así que como me he negado en rotundo, ha venido a mi casa. Deja mi maleta en la entrada, que él mismo ha recogido de casa de mis abuelos; menudo susto se han llevado, y se sienta en el sofá.

Tom, en cuanto ha escuchado la puerta de la entrada. Ha venido a recibirnos, estirando sus patitas a medida que camina. Me agacho para acariciarlo y él, muy meloso, se restriega por mi palma una y otra vez en busca de la siguiente caricia.

—Necesito una ducha.

—Vale, tú relájate, te espero en la cama—. Asiento.

Enciendo la luz del cuarto de baño y, al pasar delante del espejo, me miro

en él, o eso intento, porque no puedo. Agacho la mirada, porque al verme, lo veo sobre mí, jadeante y tocando todo mi cuerpo. Me estremezco. Abro el agua y dejo que se caliente, a pesar de ser verano, siento un frío insoportable correr por mis venas. Me coloco bajo el chorro y dejo que el agua cale en mí, que caliente el frío que siento en mi interior. El terror que se ha apoderado de mi cuerpo y lo hace temblar. Y así, sola y con el ruido del agua repicando sobre el plato de ducha marmóreo, empiezo a llorar de nuevo dándome asco a mí misma.

El agua abrasa mi cuerpo por allí donde pasa, sensibilizando mi piel y enrojeciéndola. Echo jabón en la esponja y empiezo a enjabonarme con brío y fuerza. La paso por mis brazos y recuerdo como los sujetaba con fuerza; mis pechos que al pasar la esponja, recuerdo su boca lamiéndolos, me estremezco y aprieto con más fuerza. Froto mis piernas, haciendo hincapié en los muslos y mi zona más íntima que la tengo todavía dolorida. Y cuando no puedo más, me hago un ovillo bajo el agua mientras continúo llorando.

—¿Daniela? —se oye al otro lado de la puerta. No contesto.

La puerta se abre y Cristhian entra, su cara está descompuesta y pienso, que por primera vez en casi los cinco años de relación, está realmente preocupado por mí.

—Dios mío, Daniela. —Cierra el agua, descuelga una toalla e intenta levantarme—. Vamos, ven conmigo.

Obedezco sin contestar, solo me dejo hacer como si de una marioneta se tratara, controlada por los hilos que Cristhian mueve ahora mismo.

—Vamos, cariño. —Me cubre con la toalla para abrazarme después—. No sabes lo que me duele verte así... —Lo miro con los ojos anegados de lágrimas.

—Me han matado en vida —digo entre sollozos—, no quiero vivir así.

—No vuelvas a decir eso ni en broma, ¿de acuerdo? —Asiento—. Pagaré por lo que te ha hecho, y tú te repondrás. Te lo prometo.

Cuando abro los ojos, los rayos de sol se filtran a través de las rendijas de la persiana, no sé qué hora es, pero Cristhian no está a mi lado, en su lugar Tom ronronea después de levantar la cabeza mirándome al percibir mi movimiento.

Se escuchan ruidos en el salón, o quien sabe, quizás en la cocina. Me incorporo en la cama y toco mi cabeza que me duele a horrores al igual que el

pómulo, que está bastante hinchado.

Me levanto poniéndome la bata blanca de raso que tengo en el galán de noche al lado de la cama, y la anudo a la cintura.

—Buenos días. —Se acerca y me da un rápido beso en los labios—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien supongo, el tranquilizante hizo su efecto.

—Me alegro. No sabía que te apetecía desayunar, así que he ido a comprar algo.

—En realidad, no tengo mucha hambre, pero te lo agradezco.

—Tienes que comer algo —señala la barra donde hay un té con leche como sabe que me gusta y algo de bollería selecta de la pastelería artesanal que hay debajo de casa—, no solemos almorzar juntos, pero pienso que es una rutina que podríamos establecer, si te parece bien.

Se sienta en el taburete y me mira a la espera. La verdad es que se está esforzando bastante para tratarse de Cristhian.

—Claro, por que no.

Me siento y remuevo mi té después de echarle dos pastillas de edulcorante.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —me mira dándole un trago a su café solo. Frunzo los labios.

—No me apetece hacer nada, solo estar en casa y descansar.

—Daniela —agarra mi mano que descansa sobre el mármol blanco—, sé que todo esto es muy duro, pero estoy aquí. No tienes que pasar el duelo sola.

—Lo sé, pero es pronto.

—Cuanto antes retomes tu vida, mejor.

—Puede ser. —Besa mi cabeza.

El día es insoportable, un sin cesar de llamadas continuas de gente preocupándose por mí, pero es que a mí no me apetece hablar con nadie, solo mirar a la nada y encerrarme en mí misma. Mi madre ha venido a verme por la tarde, y me vuelve loca. No deja de taladrarme la cabeza con tonterías, que sé que dice solo para distraerme. Parece ser que nadie entiende lo que necesito.

—Mamá, si no te importa, me gustaría descansar un rato. —Pasa una mano por mi rostro, sentada a mi lado en el sofá.

—Solo quería hacerte compañía.

—Lo sé —frunzo los labios intentando no sonar demasiado desagradable—, pero me gustaría estar sola.

—Como quieras —besa mi frente—, Cristhian, ¿te importaría llevarme a hacer unos recados? —Cristhian me mira y yo asiento, sé que mi madre lo ha hecho intencionadamente.

—Claro, por supuesto.

Se levanta, besa mi mejilla y me sonrío. Cristhian recoge las llaves de sobre la mesa y se acerca a darme un beso en los labios.

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas. —Asiento.

La puerta se cierra y yo suspiro cerrando los ojos. Apago el televisor, me molesta el ruido, las voces desconocidas. Cierro los ojos y me parece escuchar el susurro de su voz tras mi oído. Mi piel se eriza al recordar la negrura de la noche, su voz y el tacto de su mano en mi brazo. Lo miro, tiene las marcas de su agarre. Ando hacia el baño, todavía no he visto el estado de mi rostro, mis dedos tocan con suavidad mi mejilla y siento un pinchazo de dolor. Recuerdo su puño en mi rostro y el sabor de la sangre en mis labios. Recuerdo el terror en mis venas, como rompió mi camiseta, y como tocaba mi pecho con fuerza. Entro en el baño y sin mirar de frente, veo mi rostro amoratado reflejado en el espejo. Agacho la mirada. Duele demasiado, y no es por mi mejilla amoratada.

Cierro los ojos, suspiro y vuelvo a mirarme de nuevo, intentando sostener la mirada. Mil recuerdos asaltan mi mente de nuevo; necesito sujetarme a la encimera del baño para no caer al suelo, y allí sujeta, cierro los ojos con fuerza y lloro como no lo he hecho en todo el día para no preocupar en exceso a mis visitas.

El sonido de mi móvil me interrumpe, voy hacia el salón a paso lento, no tengo prisa en contestar la llamada, estoy cansada de explicar o de evitar explicar en exceso. No quiero dar detalles, pues me mata por dentro, y esa pena, no la quiero compartir con nadie, al menos, no de momento.

—Hola. —La primera sonrisa del día sale de mis labios.

—Hola, princesa. No sabía si llamarte o no, pero al final no he podido resistirme. No quería molestarte.

—Tú nunca molestas.—Se escucha una sonrisa al otro lado—. Más bien al contrario.

—Me alegra saberlo. A mí me pasa lo mismo contigo, pero eso tú ya lo sabes, no es ningún secreto. —Me siento en el sofá—. Te preguntaría como

te encuentras, pero supongo que es una pregunta muy típica, y no muy lógica.

—Tienes razón, además, cuando la gente lo pregunta, no quiere la verdad.

—Estoy de acuerdo contigo, porque escuchar de tus labios que no estás bien, suena demasiado duro, al menos para mí.

—Dios, Hugo, ¡duele tanto...!

—Me muero por estar ahí contigo. Por protegerte entre mis brazos y crear una burbuja donde puedas ser feliz olvidando tu dolor. —Una lágrima resbala mejilla abajo que Tom intenta lamer.

—Entonces, ¿qué haces en Arrosa todavía?

—¡Qué buena pregunta! —suspira—. Me siento impotente, te fuiste con él y yo me sentí un completo inútil. ¿Qué puedo hacer, Dani?

—No lo sé. Solo sé que te necesito.

—No me hace falta saber más, en un rato estoy ahí.

—¿De verdad? —Asiento.

—Ajá. Un beso, princesa.

La línea se corta y un pinchazo atraviesa mi pecho. He hablado sin pensar que, dentro de un rato llegará Crithian, ¿qué dirá cuando suene el timbre y sea Hugo? Niego con la cabeza recriminándome a mí misma. Subo las piernas al sofá, me hago un ovillo con ellas y entierro la cabeza empezando a llorar de nuevo.

Aun así, le mando vía *Whatsapp* la ubicación de mi apartamento, porque lo cierto es, que lo necesito a mi lado.

Cojo el teléfono de nuevo con la intención de llamar a Crithian. La línea timbra al otro lado varias veces antes de contestar.

—Daniela, estoy a punto de llegar.

—Hola, Crithian, lo cierto es que me gustaría estar sola.

—Pero...

—No estoy de humor, ya sabes lo recelosa que soy de mi intimidad.

—No te voy a dejar sola en este momento.

—Es lo que necesito, Crithian. —Cierro los ojos y suspiro—. ¿Por qué cuando te reclamo nunca estás y cuando necesito estar sola tienes que estar?

—Daniela...

—No —lo corto—, esta relación es cosa de dos, no solo tuya. He dicho que quiero estar sola, ¿de acuerdo? —digo sintiéndome fatal.

—Como quieras —cede finalmente—. Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

—Gracias.

—Daniela.

—¿Sí?

—Te quiero —murmura suavemente.

—Claro, y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y lo dejo de nuevo sobre la mesa. Muerdo mis uñas perfectas; nunca lo había hecho, pero es que tengo un nervio instalado en mi cuerpo que no me deja respirar; estoy entre inquieta y triste, y no sé qué emoción predomina más. No soy una experta en emociones, como siempre he dicho, suelo ser una persona que las mantiene muy a raya y todo esto me resulta nuevo y muy molesto también.

El timbre suena, solo hace una hora que he hablado con Hugo, así que deduzco que ha debido apretar bastante el acelerador para estar ya aquí. Llevo el pelo recogido en una coleta tirante y alta, no llevo nada de maquillaje, algo del todo anormal en mí y mi vestimenta es un vaquero ajustado y una sencilla camiseta de tiras blanca.

Abro la puerta con una pequeña y comedida sonrisa, Hugo está apoyado al quicio de la puerta y su expresión, no tiene nada que ver con la que suele tener. No hay rastro de su sonrisa, ni del brillo de sus ojos cuando me mira, solo hay una cosa: preocupación. Lleva un vaquero ajustado, unas Converse blancas y una camiseta ceñida a su torso del mismo color. Está muy guapo, pero claro, eso ahora no es nada nuevo en él. Es capaz de quitarle el hipo a cualquiera.

Abre sus brazos y yo me cobijo en ellos sin pensarlo un solo segundo.

—Dios —besa mi mejilla—, ni te imaginas las ganas que tenía de tenerte entre mis brazos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por venir. —Nos soltamos y le hago pasar. Cierro la puerta—. Siéntate, ¿te traigo algo de beber?

—No, solo quiero tu compañía. —Me siento a su lado—. ¿Dónde está Cristhian?

—Le he pedido que no viniera.

—¿Por mi visita? —Asiento.

—Claro ¿qué le podría decir?

—Qué un amigo ha venido a visitarte.

—No es tonto, Hugo. —Me levanto—. Voy a prepararme una tila, la necesito, ¿seguro que no quieres nada?

—¿Tienes cerveza? —sonrío.

—Te lo miro. Ven que te enseñe mi humilde pisito.

—Será un pisito, pero seguro que de humilde no tiene nada. —Me giro y le sonrío.

Entro en la cocina, un espacio diáfano que se abre al salón separado por una pequeña barra americana, saco una taza del armario superior, la lleno de agua para meterla a calentar en el microondas y agarro su mano para conducirlo por las estancias de una en una. Él va repasando cada detalle de la casa, los cuadros, la tarima del suelo, los muebles.

—Es realmente bonito.

—Gracias.

—No esperaba menos de ti. —Sonrío.

—¿Habla mucho la gente por allí?

—¿Y qué importa? —pregunta respondiéndome a la mía con el entrecejo fruncido.

—Tienes razón.

Acabado el tour, acabamos sentándonos de nuevo en el sofá del salón. Hugo se sienta en un extremo y yo en el otro, me temo que tenerlo demasiado cerca, haría que me confundiera demasiado y es lo que menos necesito ahora mismo, sin embargo, él agarra mis pies y los coloca sobre sus muslos a la vez que los masajea. Yo sostengo entre mis manos la taza con la tila que he preparado, la voy soplando y dando pequeños traguitos.

—Ayer estuve hablando con Héctor —lo miro por encima de la nariz—, me confesó que lleva toda la vida enamorado de Susana, ¿puedes creértelo? —Asiento con una pequeña sonrisa.

—Los hombres no os enteráis de nada —me mira arqueando las cejas—, sus ojos cada vez que se acercaba a la mesa en La Guarida se iluminaban.

—¿De verdad? —Está asombrado.

—Sí, claro. Me di cuenta desde el primer momento. —Mi sonrisa se borra—. Y Lucas también se había dado cuenta, al igual, de que Susana está enamorada de ti.

—Son tonterías; chiquilladas de la adolescencia. —Niego.

—Lo dicho, los hombre no os enteráis de nada. Susana seguía perdidamente enamorada de ti. —Pasa una mano por su pelo y seguidamente

por su boca.

—Joder, no lo hubiera dicho jamás.

—¿Lo sabe Susana? —Me mira—. Lo de Héctor, quiero decir.

—Bueno, no sé si lo sabe a ciencia cierta, pero seguro que algo imagina. Héctor se está volcando con ella.

—Me alegro.

—El otro día la invitó a cenar, la trajo a Barcelona. —Una pequeña sonrisa se escapa de mis labios—. Ella nunca había venido.

—Después de todo lo que ha pasado, se merece encontrar un buen chico. Pero al igual —le doy un sorbo a la tila—, es pronto para ella. Debe tenerlo en cuenta.

—No tiene ninguna prisa según me ha dicho.

—Si va poco a poco y sin prisas, podría surgir algo bonito, si es que ella se quiere entusiasmar de nuevo con el amor.

La puerta de la entrada se abre y veo entrar a Cristhian que se queda con cara de circunstancia al ver a Hugo sentado a mi lado y masajeando mi pie derecho.

—Venía porque estaba preocupado —dice serio—, pero veo que estás muy bien acompañada.

Quito los pies de los muslos de Hugo y me siento enderezándome en el asiento.

—Cristhian, es un amigo y ha venido a verme. —Intento parecer convincente.

—Claro, porque cuando se trata de su compañía, no te apetece estar sola. —Me levanto.

—¿Y qué querías que le dijera después de más de una hora de coche, que no me apetece?

—¡Pues sí! —brama alzando sus manos.

—Vamos a tranquilizarnos —intercede Hugo levantándose también—, solo quería ver como se encuentra. Además, no esperaba encontrarla sola.

—Y no lo hubiera estado si no me lo hubiera pedido expresamente, claro que ahora lo entiendo todo.

—Hugo —lo miro—, será mejor que te marches. —Asiento—. Siento que te hayas visto envuelto en esto.

—No te preocupes —pasa su dedo pulgar por mi rostro—, te veo otro día, ¿vale? —Asiento.

Hugo pasa por su lado sin mirarlo siquiera, mientras este, le sigue con la mirada. Su ceño está fruncido, haciendo que le aparezcan esas marcas suyas tan características en el entrecejo. Mete las manos en los bolsillos del pantalón cuando la puerta se cierra y me mira fijamente sin decir nada.

—¿Qué?

—No sé, dímelo tú. —Suspiro llevándome las manos a la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga, Cristhian?

—Prueba con la verdad por ejemplo, Daniela. Me siento como un gilipollas—brama un tanto exasperado. Me levanto para estar a su altura.

—¿Quieres la verdad? —Abre bien los ojos a la par que asiente—. La verdad es que te he reclamado muchas veces y no has estado.

—Estoy ahora.

—¿Y si es tarde? —me callo un segundo buscando las palabras en mi mente—. Mira, contigo siempre me he sentido en un segundo plano, y durante un tiempo no me importó, pero cuando te he necesitado no has estado.

—Me parece injusto lo que dices.

—No lo es, Cristhian. Nuestra relación no ha sido romántica, ni afectuosa.

—Creía que a ambos nos parecía bien así. —Suspiro. Sus ojos oscuros y profundos miran los míos llenos de incertidumbre.

—Yo también lo creí, hasta que te reclamé y no estuviste.

—¡Maldito pueblo!

—La culpa no es del pueblo —grito exasperada—, solo tuya. Por no estar. Por no prestar atención... o quizás mía, por haberme conformado con lo que teníamos, cuando a lo mejor, en el fondo, siempre he querido más sin saberlo. —Agarra mis manos y las acaricia.

—Me he dado cuenta tarde, pero estoy aquí; yo también quiero más, Daniela. —Cierro los ojos y niego.

—¿Y si ahora es tarde?

—No. —Me suelto las manos y me siento, tapándome la cara con las manos.

—Tengo la cabeza echa un lío. —Se agacha, aparta mis manos y posa sus labios sobre los míos. Al momento me tenso.

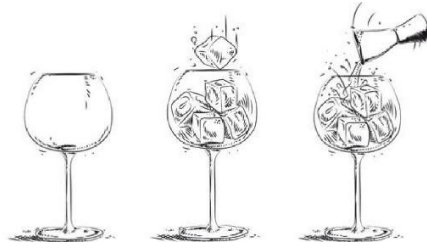
—Soy yo. Ya está, estoy contigo. Superaremos esto juntos. —Lo miro—. Tiempo al tiempo. Dame la oportunidad de demostrarte las cosas.

—Necesito tiempo. Para pensar. —Asiente—. Me marcho a París con mi hermana.

—¿Cuándo?

—Pues había pensado el fin de semana, pero lo quiero adelantar. Necesito alejarme de aquí, pensar...

—Cuando vuelvas estaré aquí, contigo. Si es lo que quieres, claro.



SUSANA

Alguien ha picado en la puerta de casa, salgo del cuarto de baño donde me secaba el pelo con una toalla y voy a abrir.

—Va —anuncio en voz alta.

Miro por la mirilla, porque si es ese mal nacido, no pienso abrir por mucho que me provoque; ya tuve suficiente con la última visita. Pero mi visitante no es él, sino Héctor y una sonrisa se dibuja de inmediato en mi rostro.

—Hola, Susana —me saluda al abrir la puerta y me da un beso en la mejilla que le devuelvo encantada.

—Héctor, ¿qué tal?

—¿Puedo pasar? —Abro la puerta más.

—Claro, pasa. ¿Te apetece algo?

—No, será rápido.

Nos dirigimos al salón. Observo que está notablemente más serio que de costumbre, no sonrío y eso hace que no aparezcan esos hoyuelos que tanto me gustan en sus mejillas.

—¿Qué pasa?, porque pasa algo, ¿verdad? —Se sienta en el butacón y yo en el sofá de tres plazas, de modo que quedamos de frente como aquel que dice.

—Bueno, sí, ha pasado algo. Ayer Lucas —frunzo el ceño sin saber muy bien que esperar de sus palabras— violó a Daniela—suelta a bocajarro.

Mis ojos se abren de par en par, mis manos tapan la boca que se me ha abierto considerablemente sin poder creer sus palabras.

—¡Qué hijo de puta! —mascullo sin poderlo reprimir—. Pensé, que esas

cosas las reservaba para mí.

—Lo detuve yo mismo, estaba haciendo la ronda cuando escuché unos gritos de los campos que rodean la casa de sus abuelos.

—¿Y Sara? —se me viene a la mente como un rayo.

—Estaba durmiendo en casa de Laura. —Suspiro de alivio.

—Dios mío...

—¿Cómo te encuentras?

—No esperaba una cosa así.

—Yo tampoco, la verdad. ¿Crees que puedes pasar a buscarla?

—Claro que sí —una lágrima escapa de mis ojos—, Lucas no me dejaba verla y yo ya me encuentro mejor. Necesito verla, cuidarla, tenerla a mi lado.

—Yo he hablado con la madre de Laura, que está al caso de lo que ha pasado, se quedará allí hasta que la pases a recoger.

—Gracias, Héctor.

Inconscientemente me acerco a él, rodeo su cuello con mis brazos y me quedo así, con la cabeza en su hombro por un momento. Y me parece el mejor lugar del mundo en el que he estado.

—Si quieres, te puedo acompañar —dice una vez me incorporo.

—No, pero gracias. Prefiero ir sola, al menos, sé que no me lo encontraré por la calle, ¿verdad?

—No, te lo aseguro. Además quería comentarte que el padre de Daniela junto con su pareja, se están encargando de que no vea la calle en una buena temporada, y les gustaría contactar contigo para hacer una denuncia conjunta y representarnos a las dos.

—Yo no puedo permitirme sus servicios; seguro que son carísimos.

—Lo son —asiente—, pero lo mejor, es que lo piensan hacer de forma desinteresada, al fin y al cabo, es una ayuda más para que el agresor de su hija, no vea la calle.

—Entiendo.

—¿Les puedo dar tu teléfono?

—Sí, me parece perfecto.

A las cuatro estoy nerviosa, me miro frente al espejo del cuarto de baño, donde he maquillado la escasa marca que me queda en el pómulo y ojo, que está mucho mejor. Me he dejado el pelo suelto como a ella le gusta y vestido cómo para salir a la calle, que por raro que suene, hace bastante que no lo

hago; total, estoy todo el día encerrada en esta casa para no escuchar habladurías.

Salgo de casa decidida a ir a recogerla caminando, el pueblo es diminuto y no tardaré más de diez o quince minutos en llegar. Además, tengo que acostumbrarme a salir de nuevo, recorrer las calles y pasar de las miradas indiscretas. Durante el camino pienso en lo que voy a decirle a Sara de su padre, que sin duda, no será fácil, le haré llorar, le haré daño, y eso, es lo último que quisiera en este mundo; sin embargo hay cosas que no puedo evitarle, y esta, es una de ellas.

Recoloco un mechón de pelo detrás de mi oreja y aprieto el timbre temblando. Las piernas apenas me sostienen en pie y, la emoción de verla, hace que tenga que reprimir las lágrimas que empiezan a nacer en mis ojos.

—Susana, hola —me saluda Marta, la madre de Laura.

—Hola, Marta. ¿Está Sara? —pregunto con los dedos pulgares en los bolsillos de mis vaqueros.

—Sí, pasa por favor. —Abre la puerta y se echa a un lado—. ¿Cómo te encuentras? —dice posando una mano en mi espalda mientras me acompaña al salón.

—Mucho mejor. Con ganas de estar con mi niña.

—Lo que te ha pasado es una desgracia. —La miro nerviosa, no quisiera que Sara escuchara nada—. Tranquila, están arriba escuchando música mientras juegan a barbies. Ahora las aviso, siéntate en el sofá, por favor.

Obedezco, me siento mientras ella desaparece escaleras arriba en busca de las niñas. Mi pie repica incesante contra el suelo, me muerdo las uñas y suspiro, creo que si tarda mucho en bajar me va a dar un jamacuco de los chungos.

Escucho unos pasos rápidos, alguien baja las escaleras a toda prisa y parece el trote de un caballo. Miro y veo a Sara, con su cola de caballo moviéndose de un lado a otro mientras baja a toda prisa.

—¡Mamiii...!

Me levanto, abro los brazos y se lanza a ellos donde la acuno continuamente.

—Te he echado mucho de menos. —Se separa para mirarme—. ¿Ya te encuentras bien?

—No más que yo a ti. —La miro sonriente—, ¿Tu qué crees? —Ensancho mi sonrisa.

—¿¡Sí...?! —Asiento mientras la arropo de nuevo entre mis brazos y la levanto del suelo—. ¿Papá no ha venido contigo?

—No ha podido.

Marta baja las escaleras junto a Laura, su hija.

—Toma —me tiende la mochila—, creo que lo ha guardado todo, pero si echas algo en falta, lo revisamos de nuevo.

—Gracias, Marta, por todo.

—No se merecen. ¿Vendrás otro día, Sara? —Mi pequeña asiente.

Fuera el día está soleado y se agradece, porque aunque acabo de vivir un momento muy feliz por recuperar a mi niña, me toca hacer de verdugo con ella y, hacerla sufrir.

—¿Te apetece que vayamos a comer un helado?

—Vale —responde sonriente—. ¿Papá está trabajando? —Un pinchazo en mi pecho.

—Bueno, más o menos. —Empezamos a andar unidas por la mano—. Tomando el helado te lo explico, ¿trato?

—¡Trato!

Me tiende su dedo meñique esperando que yo haga lo mismo, porque las promesas de meñique, son los que jamás se rompen.

Entramos en La Guarida, mi jefa va con la bandeja en la mano para servir una mesa al fondo del local, y yo, echo de menos trabajar. Odio pasar los días muertos en el sofá de casa de mis padres donde me siento una completa inútil. Quiero retomar mi vida, coger las riendas, empezar a trabajar y cuidar de mi hija; esas son las únicas aspiraciones que tengo ahora mismo. Y vivir de nuevo. ¡Al máximo!

—Susana, ¡qué alegría verte!

—Hola, Vero. —Me da dos afectuosos besos.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor —le dirijo una pequeña mirada a Sara, que Vero entiende al vuelo y corta al momento—. Mañana vendré a hablar contigo. Nos sentamos en la terraza.

—Perfecto, guapa. ¿Qué queréis que os traiga?

—Yo quiero un batido de chocolate con nata y —miro a Sara— ¿qué quieres Sara?

—Mmm... ¡una crep de chocolate!

—Marchando batido y crep. Ahora os lo llevo todo.

La terraza del local es un patio interior; el suelo está repleto de piedrecitas y entre pared y pared, varias guirnaldas —ahora apagadas—, cruzan de un extremo a otro. La verdad es que tiene mucho encanto, al igual que el local. Nos sentamos en una mesa cuadrada al fondo de la terraza, en la que a estas horas, no hay nadie.

Mis dedos repican sobre la superficie lisa de madera de la mesa; nerviosa, buscando en mi mente las palabras adecuadas que le voy a decir, a pesar de saber, que estas no existen.

Vero llega con la bandeja en su mano derecha y una sonrisa en el rostro dejando las cosas delante de nosotras.

—Qué lo disfrutéis.

—Gracias, Vero.

Nos volvemos a quedar solas, tomo aire y Sara me mira intuyendo que algo pasa.

—Mamá ¿seguro que te encuentras bien?—Asiento.

—Sí, solo que tengo que decirte algo y no sé cómo.—Sara corta un trozo de crep y se lo mete en la boca paladeándolo. Me mira—. Vas a estar un tiempo sin ver a papá —empiezo a explicarle. Deja los cubiertos y me mira.

—¿Se lo has pegado a papá?—Sonrío.

—No —niego con la cabeza—, papá ha hecho algo y va a estar una temporada en la cárcel —murmuro con pesar. Sus ojos se abren como platos.

—Pero... ¿Cómo...? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —pregunta interrumpidamente.

—Le ha hecho daño sin querer a una chica. —Una lágrima cae de sus ojos.

—Pero si ha sido sin querer ¿Por qué lo tienen en la cárcel? —No lo entiende y se echa a llorar.

Me levanto de mi asiento y me coloco a su lado.

—Es complicado de explicar, cariño. Pero yo voy a estar a tu lado.

—Pero seguro que es mentira, mamá. —Niego—. Tienes que creerlo ¡tienes que ayudarle, mamá!

—No puedo.

—¡No quieres! —grita enfurecida.

Sus manos tapan su rostro y yo la abrazo para intentar consolar su dolor aunque sea un poco.

—Lo siento —digo con mi mano en su cabeza y esta contra mi pecho—.

Lo siento, mi niña.

—Lo voy a echar mucho de menos.

—Lo sé, tienes que ser fuerte —me mira—, él no querría verte así. —
Asiente.



Las piernas me tiemblan, el avión acaba de aterrizar en París y camino por la terminal arrastrando la maleta mirando continuamente hacia atrás. Tengo la sensación de que alguien me sigue o me vigila, pero es que desde la noche del sábado, tengo esa sensación continuamente cada vez que salgo de casa si no voy acompañada. Tengo la sensación de estar desarrollando una agorafobia tremenda.

Siguiendo el consejo de Elena, subo al metro hasta *île de Saint Louis*, donde reside. Dice que es un barrio muy tranquilo en medio de la concurrida y ajetreada París. Un remanso de paz en medio de la ciudad. He estado varias veces en esta ciudad, de hecho, se encuentra entre las diez ciudades que más me gustan de todas las que he visitado hasta el momento y a la que intento no faltar al menos, una vez al año; más desde que la loca de Elena se ha mudado a vivir. En el fondo la envidio, ella siempre ha tenido el empuje necesario para hacer lo que realmente le apetece, y no lo que se supone que es correcto a los ojos de mis padres.

París está llena de vida, la gente anda a la carrera de un lado para otro bajo el encapotado cielo grisáceo; parece que en cualquier momento va a descargar una cantidad ingente de agua, pero a la gente de aquí no le importa, están acostumbrados.

Paseo tranquilamente hasta el metro, y de allí, hasta la *Rue Jean du Bellay*, con la esquina *Quai d'Orléans*, donde Elena, me ha dejado una llave debajo del felpudo, pues ella tiene clase hasta pasado el mediodía.

El barrio es precioso y, a pesar de haber estado en un sinfín de ocasiones, cada vez que vuelvo me gusta más. Tiene un encanto especial. Será la arquitectura, que es tan distinta de la de Barcelona que me tiene enamorada.

Las pequeñas terrazas de los alrededores, a pesar del tiempo que hace, están atestadas de gente tomando café y fumando un cigarrillo; un vicio que nunca me ha gustado.

El edificio donde vive mi hermana no es muy grande, apenas tres plantas, ella vive en la superior y sin ascensor. Levanto el felpudo y ahí está: la llave. Abro la puerta y cierro tras de mí, generando una sensación de alivio. Me apoyo en ella dando un pequeño golpe con la parte trasera de la cabeza, cierros los ojos, aprieto los puños e inspiro profundamente.

—Al fin, estoy segura —digo en voz alta para mí misma, sintiéndome al momento un tanto estúpida.

La casa de Elena está bien organizada, sin grandes lujos pero es bonita, muy acorde con ella. No es muy grande, pero para ella sola tiene suficiente. Sobre la mesa redonda del salón, hay una nota que dice:

Querida hermanita, espero que el viaje hasta aquí haya sido tranquilo, siento no haber podido ir a recogerte, pero me resultaba imposible saltarme las clases, cuentan para la nota de un trabajo que estoy haciendo. En poco más de dos horas estoy a tu lado, ponte cómoda, estás en tu casa. ¡Ah! Te he dejado una bandeja de canelones en la nevera para que comas, son caseros, los hace mi vecina del primero y son buenísimos.

Un beso,

Elena.

Sonríó al acabar de leer, mi hermana es como de otro siglo a pesar de ser menor que yo. Podría haberme escrito un *whatsapp* o llamado, pero ella siempre ha pensado que es más impersonal, y las cartas le parecen una bonita muestra de cariño si están escritas de tu puño y letra. La dejo de nuevo en su sitio y llevo mi maleta hasta su dormitorio, que hará a la vez del mío durante el tiempo que dure mi visita.

En el banco han sido muy comprensivos cuando les he enviado la baja laboral, porque mi doctor de cabecera no ha querido ni escuchar hablar de que me reincorporara a trabajar ya. Dice que necesito descansar y reponerme de lo que ha pasado, como si eso fuera a servirme de algo, si cada vez que cierro los ojos lo veo sobre mí y tengo que abrirlos a toda prisa con la piel erizada.

Elena ha dejado algunos estantes vacíos en su armario y un hueco en el cajón del tocador, sabe que no me gusta dejar mi ropa dentro de la maleta, aunque no me vaya a quedar más que tres días a lo más tardar.

La cama está en el centro del dormitorio, el cabezal es de hierro negro forjado, al igual que las mesitas de noche que no tienen cajón alguno. En frente, un tocador blanco de madera, adornado con un jarrón de cristal con tulipanes naranjas y sobre él, un espejo ovalado. En el colgador descansan varios sombreros de distintos colores y sonrío, pienso que, Elena ha ido a parar al lugar que más se parece a su personalidad y que aquí, por fin es feliz a pesar de todo.

Me sobresalto al escuchar la puerta; después de comer me he quedado algo traspuesta en el sofá, que debo admitir es bastante cómodo. Me giro y veo a mi hermana sonriente dejando las cosas sobre la mesa.

—¿No le das un abrazo a tu hermanita? —Abre los brazos para que me refugie entre ellos.

—¡Qué ganas tenía de verte!

Me levanto abriéndolos yo también de par en par y nos abrazamos como si no hubiera un mañana, de forma fuerte y contundente a la vez que nos mecemos la una a la otra. Nos separamos unos centímetros todavía con los brazos enlazados, para vernos bien y está muy guapa, con una sonrisa sincera que me calienta el alma.

Sus ojos siguen siendo vivarachos, algo más rasgados que los míos que son grandes y ovalados. Sus facciones siempre han sido más finas y la boquita pequeña, de piñón. Lleva recogida la melena en una coleta de medio lado con parte de su flequillo recubriendo su rostro. La miro de arriba abajo, sus pantalones dos tallas más grandes, le caen por debajo del ombligo y como le decía siempre mi madre cuando vivía en casa, parece que estén cagados.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien —respondo omitiendo mis paranoias por si me seguía alguien—, muy tranquilo.

—¿Te apetece que salgamos a tomar algo?

—Claro.

Se vuelve a cruzar su bolso hippie por los hombros y me mira a la espera. Mirándonos, está claro que somos la noche y el día; creo que cuando mi madre la fabricó debía estar borracha o puede que fumada, porque no se parece a nadie de la familia, al menos que yo conozca. Su estilo es despreocupado, no soporta la ropa formal, dice que es aburrida. Desprende un aura de bienestar que está claro que mis padres no saben captar, pero que a mí me hace sentir bien.

Recojo mi bolso que poco tiene que ver con el suyo, a pesar de haber traído una indumentaria mucho más informal de la que suelo utilizar en Barcelona; lo cuelgo en mi hombro y nos disponemos a salir a la calle, ahora sí, mucho más tranquila, pues no voy sola.

Los locales de este barrio son pintorescos, con las fachadas de madera en distintos colores, y sobre ellos, carteles que parecen pintados a mano con el nombre del establecimiento. Miro de un lado a otro. En una esquina, hay un hombre dibujando a mano alzada sobre un lienzo en blanco colocado en un caballete, un edificio esquinero de lo más bonito. Las terrazas superiores, al igual que en las películas, salen del tejado negro y, cientos de maceteros, dan un toque de color con sus flores.

—Te imagino así —le señalo al hombre. Elena sonrío.

—Es que esta ciudad invita a ello. Tiene rincones mágicos. —La miro—. Nunca he sacado el caballete para hacerlo, pero me he sentado en muchos jardines con mi libreta de dibujo y mis lápices.

—Tus facciones desde que te has marchado son distintas.

—Es que soy más feliz. —Mira hacia un lado—. Sé que mamá y papá no lo entienden, pero yo tengo que poner en una balanza lo que les hace felices a ellos y lo que me hace feliz a mí; sin duda, la balanza se decantó hacia mi lado, a pesar de dolerme perderlos.

—Eres la leche. —Me mira sonriente y se la devuelvo.

—¿Siempre quisiste trabajar en un banco?

Pienso la respuesta mientras andamos por las calles de forma pausada mientras a nuestro alrededor pasa la gente a paso rápido.

—Pues no recuerdo que quería ser de pequeña.

—Yo sí me acuerdo —la miro—, querías ser veterinaria.

Los recuerdos asaltan mi mente, mi hermana y yo de pequeñas jugando alrededor de casa de mis abuelos y yo cogiendo mariquitas para jugar con ellas. Decía que quería proteger a todos los bichos del planeta y me enfadaba mucho cuando alguien mataba una hormiguita. Una sonrisa se abre paso en mi rostro.

—No me acordaba.

—Papá te amedrantó. Y tú en tu afán por agradarle, hiciste lo que él te inculcó.

—Puede ser, no lo niego. Pero disfruto con lo que hago.

—¿Sí? —Asiento.

Nos sentamos en una terraza de mimbre alrededor de una pequeña mesa redonda para dos y bajo un toldo rojo, por si acaso en algún momento el cielo decide empezar a descargar. Elena pide un café con leche con un azucarillo extra, siempre ha sido muy dulce, yo un té verde con leche y edulcorante; lo dicho, la noche y el día.

Elena echa el último azucarillo a su café y empieza a remover el líquido humeante.

—Cuenta, ¿Qué es lo que te tiene tan perdida? —suspiro.

—Metí la pata el día que volví a Arrosa. —Le doy un sorbo a mi té.

—No lo creo. ¿Por qué piensas eso?

—Pues porque mi vida antes era tranquila, bueno, en la medida que el trabajo me lo permitía —alzo las manos y las dejo suspendidas en el aire con las palmas bien abiertas—, pero la tenía controlada. Era feliz con Cristhian a pesar de tener cosas que no me acabaran de gustar, pero supongo que como a todas las parejas.

—Y ahora esas cosas se han acentuado.

—No es que él las haya acentuado, es que las acentúo yo, porque a su lado, Hugo parece tan perfecto que asusta.

—Hugo siempre fue muy perfecto para ti, solo que tú no podías verlo con los ojos adecuados.

—Era mi amigo, yo lo quería muchísimo.

—El pobre no era más que un pagafantas, Daniela. —Agacho la cabeza y niego.

—Yo no lo veía así. Me encantaba estar con él, solo que no me atraía.

—Y ahora eso ha cambiado, ¿es eso? —Me llevo las manos a la cara, algo avergonzada.

—Dios, sí. No parece él a pesar de conservar sus rasgos.

—¿Y qué es lo que te da miedo? Cristhian nunca me ha gustado. Es una versión de papá con veinte años menos.—Me hace reír, pero tiene más razón que un santo.

—Elena, él vive en Arrosa y yo en Barcelona.

—¿Y?

—¿Cómo qué y? —Toco mi frente—. Pues que sería todo demasiado complicado en todos los sentidos.

—Con mamá y papá, ¿verdad? —Asiento—. Eres tonta —declara con una mueca.

—Tú lo ves todo muy fácil.

—¡Es que lo es! —Le da un trago a su café.

—No lo es, a parte de mamá y papá están nuestros trabajos, nuestras casas. ¿No ves que uno de los dos tendría que dejar su vida por completo?

—Mira, yo no puedo ver qué es lo que sientes, pero si de verdad es amor, ¿qué importa dejarlo todo y empezar de cero? —abro bien la boca—, o recorrer hora y media de coche diaria... qué sé yo, seguro que con tú sueldo puedes permitírtelo.

—Sí.—Asiento—. Pero Cristhian es lo conocido.

—Es tu zona de confort —me interrumpe—, que zona tan aburrida —dice para picarme.

—Ojalá viera las cosas tan sencillas como tú.

Se acerca a mí, pone sus dedos sobre mis sienes y me dice:

—Cierra los ojos y concéntrate —hago lo que me pide sin estar muy segura de lo que hace—, Aoomm....

—¡Quita, anda! —digo quitándome sus manos de encima. Ella rompe a reír—. ¡Cómo te burlas de tu hermana!

—¡Es que tengo una hermana muy inocente! —Se ríe descaradamente de mí.

—Te hablo en serio.

—Yo también. A ver —empieza a hablar—, ¿qué te aporta Cristhian?

—Pues una vida estable, es mi pareja desde hace casi cinco años, a papá y mamá les encanta, es trabajador, responsable...

—Bla, bla, bla, bla... has dicho muchas cosas «buenas» —hace unas comillas con sus dedos—, pero ninguna con respecto a ti. ¿Qué me dices de Hugo? —Suspiro y pienso. Una sonrisa se abre paso en mi rostro.

—Pues... es divertido, cariñoso, romántico, generoso. Siempre está pensando en mí —me interrumpe alzando la mano.

—Ya me has contestado, Daniela. Con Hugo todo lo que has dicho son cualidades de verdad. De las que se deben valorar en una pareja, y no digo que ser trabajador no sea importante...

—Que también lo es —la interrumpo.

—Pero lo más importante es cómo se comporta contigo. Si no es así, ¿Qué sentido tiene estar al lado de una persona?

—Dejar a Cristhian sería poner mi mundo patas arriba —murmuro más para mí que para ella.

—¡Pues hazlo! ¿Qué importa? —dice alzando la voz a la vez que sonrío. Se me contagia su buen humor y río. Hacía días que no lo hacía.

Después de lo sucedido el sábado, algo que no quiero pronunciar ni en mis pensamientos, mi sonrisa ha desaparecido y solo un número muy reducido de personas, han conseguido ver un atisbo de ella. Hugo, por supuesto, es una de esas personas.

—Por cierto y hablando de todo, ¿cómo estás de lo tuyo? —Un nudo en mi estómago.

—No quiero hablar del tema. Sé que papá y Crishian se están ocupando del tema y que sigue en prisión preventiva, pues han conseguido fijar en un precio muy alto la fianza.

—En ese caso, creo que son los mejores y puedes estar tranquila. —Asiento y le doy un sorbo a mi té, que a estas alturas, ya está frío—. Vamos, aquí hay cientos de cosas que visitar.

Paseamos por la orilla del Sena, contemplando sus edificios antiguos y la majestuosidad vista hacia Notre-Dame, hacia donde nos dirigimos. Es una parada obligatoria cada vez que vengo, así como la torre Eiffel y varios lugares más.

Notre-Dame es impresionante, admiro su arquitectura impresionada, dedicándole especial atención a cada detalle de la estructura. La arquitectura estuvo entre las carreras a las que quería optar cuando hice la selectividad; me apasiona, pero finalmente preferí dejarla como *hobby* o pasatiempo. Algo de lo que disfrutar y no algo con lo que trabajar. Subimos a la torre, porque una visita a Notre-Dame, sin subir a la torre, no es una visita completa.

Arriba en las alturas, la temperatura ha decaído varios grados, haciendo que me estremezca y me ponga la cazadora negra que llevaba en la mano hasta el momento. Miro hacia el infinito de la gran París, que parece no tener fin; desde aquí, se ven varios cruceros surcando el río Sena con un montón de turistas, que imagino, viajan cámara en mano para inmortalizar todo a su alrededor.

—Vivir tan cerca de esto, es un lujo —la miro.

—No te creas. No tengo demasiado tiempo para dedicarme a hacer turismo. Recuerda que no me financia nadie el vivir aquí.

—Lo sé. Me duele veros así.

—A mí también, pero no puedo forzar la marcha, ellos no están preparados para perdonar. Espero que algún día lo estén.

—Seguro que sí —me echa una ojeada—, tienes que confiar. —Sonríe y yo con ella.

—Esta noche he quedado para cenar con unos amigos, ya verás que bien nos lo pasamos.

—¿En serio? —No me hace demasiada gracia.

—Claro que sí, eres una antisocial —responde conociéndome—. Es gente muy abierta, te vendrá bien un cambio de aires. —Suspiro.

—¿Me queda otro remedio?



HUGO

Aparco el coche delante de casa y veo a Susana, su rostro ha mejorado notablemente desde la última vez que la vi, además una sonrisa brilla en su rostro. Bajo del coche mirándola, ensancha su sonrisa y se acerca.

—Susana, ¿ha pasado algo?

—No —me da dos besos—, solo quería pasarme a charlar un rato contigo. Tu padre me ha dicho que venías enseguida así que he estado un rato mirando los caballos. Son preciosos.

—¿Quieres entrar en casa?— Señalo la puerta.

—Vale. —Asiente.

Entra tras de mí y deja el bolso sobre el sofá.

—¿Te apetece tomar algo?

—Un café con leche, si puede ser.

—Claro, enseguida.

Me acompaña hasta la cocina, preparo su café y saco una lata de cerveza de la nevera; hoy el sol aprieta y una cerveza bien fresquita sienta muy bien. Ambos nos sentamos frente a la mesa de la cocina.

—Quería saber cómo está Daniela —le echa un par de cucharadas de azúcar y remueve—, me siento culpable. —Suspiro.

—Está muy tocada —le doy un trago a la cerveza y la dejo a medio camino—, tiene miedo de salir sola a la calle y llora continuamente. Pero tú no tienes la culpa. —Hace una mueca con los labios.

—Es un hijo de puta —dice sin mirarme—, ojalá lo hubiera matado.

—No digas eso, Susana.

—¡Es la verdad! —Alza la cabeza para mirarme con los ojos bien

abiertos, y sé que lo está diciendo en serio.

—Tú no eres así. —Dejo la lata y cojo su mano que descansa sobre la madera de la mesa.

—¿Qué sientes por ella?

—La quiero —respondo muy seguro mirándola. Asiente.

—Sé que no siempre me he comportado bien con ella, pero es que eres mi amigo y no quiero verte sufrir. —Fuerza una sonrisa—. ¿Sabes lo que siente ella? —Me endezco en la silla, echando mi espalda hacia atrás y las manos en la nuca.

—Sé que siente algo, pero está confusa. —Asiente—. Más después de lo que ha pasado.

—La entiendo.

—¿De verdad?

—Claro, si con lo que yo estaba pasando me costó un mundo dar el paso para dejarlo, imagínate a ella. —Junta sus manos sobre la mesa—. Los humanos somos animales de costumbres.

—Mi esperanza es que algún día tenga el valor suficiente. —Sonríe.

—Si de verdad te quiere, lo tendrá. Vales la pena.

—Gracias, Susana. Y tú ¿cómo estás?

—Es duro, no te voy a mentir —mira al frente—, pero he buscado ayuda psicológica, que la necesito —me mira y sonrío— y tengo a mi lado a Héctor que me está ayudando muchísimo.

—Es un buen hombre.

—Sí. —Agacha la cabeza mirando el líquido de su taza mientras le da vueltas con la cucharilla—. A veces pienso que no sé qué haría sin él.

—¿Te has planteado que quizás, él siente algo por ti? —pregunto buscando sus ojos. Niega y se echa a reír.

—¿Héctor? —Asiento—. Qué va... es un buen amigo, pero nada más.

—Puede que por tu parte... —insisto.

—Y por la suya, Hugo —responde seria.

—Está bien. —Alzo las manos. Se levanta.

—Gracias por el café —me da un beso en la mejilla—, dale recuerdos a Daniela de mi parte.

—Por supuesto. Dale un beso a Sara de la mía. —Asiente y se va.

Me levanto y me voy hacia el salón, no soy capaz de sacarme a Dani de la cabeza; y no solo por lo obvio de lo que siento por ella, es que la última vez

que hablé con ella la vi mal, triste, y ofuscada con el hecho de salir a la calle.
Saco el móvil del bolsillo del pantalón y decido enviarle un mensaje:

Hugo:

Hola, princesa, ¿cómo va por París? 15:35

Daniela:

La verdad es que me está viniendo bien.

Estar con la loca de mi

Hermana es reparador. 15:35

Hugo:

Me alegro, no me gusta ver esos ojos bonitos

Tan tristes como el otro día. 15:36

Daniela:

Espero que algún día puedan

Volver a brillar. 15:37

Hugo:

Ojalá yo fuera el motivo que

Los hiciera brillar de nuevo. 15:37

Daniela:

Eres un buen candidato para ello. 15:39

Hugo:

¿Me avisas de tu vuelta? Tengo ganas de verte. 15:40

Daniela:

Claro, en cuanto ponga un pie en Barcelona

Te aviso. 15:40

Hugo:

De acuerdo. Pásalo bien.

Un beso, princesa. 15:42

Daniela:

Un beso, Hugo. Te echo de menos. 15:43

No contesto, porque mucho me temo que podría contestar cosas que la asustaran y no es el efecto que quiero causarle; además, después de lo sucedido, soy muy consciente de que ella va a necesitar un tiempo muy prudencial hasta que esté repuesta como para ponerse a pensar en líos del corazón; pero yo pienso ser más que paciente. Voy a dedicarme a permanecer a su lado, sin prisa, esperando a que esté al cien por cien. A que lo tenga claro. Hasta que me elija. No tendrá más opción.

La semana se me hace eterna, y no hay un solo día en el que no piense en ella. Que no la imagine a mi lado en la cama, durmiendo con su bonito pelo achocolatado desparramado por la almohada mientras la observo; y el pecho se me encoje.

Estoy cepillando a Calma lentamente, con mimo, pensando en la última vez que ella la montó. El pelo de Daniela se retiraba hacia atrás galopando a su lomo, intentando por todos los medios rebasarme. Mordía su labio inferior y agarraba las riendas con fuerza y energía. Yo me giraba para dirigirle pequeñas miradas fortuitas que me divertían; tenía la palabra competición grabada en la frente y la promesa de ganarme algún día. Ahora me preguntaba si sería lo suficientemente valiente como para volver por estas tierras.

El coche de mi madre entra en la finca, aparca y baja con una bandeja en la mano. Dejo el cepillo en el suelo y me acerco a ella. Sonríe al verme.

—Hola, cariño. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Traigo macarrones gratinados, ¿comes con nosotros?

—¿Cómo resistirme a tus macarrones gratinados? —respondo dándole un beso en la mejilla yo también.

—Vamos entonces.

Me limpio los pies con brío en el felpudo de casa y entro; mi padre está poniendo la mesa y sonrío al vernos entrar.

—Hola, papá.

—Hola, Hugo. ¿Has visto a Susana? —Asiento—. Llevaba un rato aquí esperándote.

—Ya he hablado con ella.

—¿Cómo está? —deja los cubiertos y me mira.

—Pues aunque no lo creas, muy bien. Su sonrisa es más relajada de lo que recuerdo haberla visto en más de diez años.

—Me alegro por ella.—Le sigo hasta la cocina y le ayudo a seguir preparando la mesa.

—Yo también; dice que ahora tiene la oportunidad de empezar desde cero.

Ya con la mesa puesta nos sentamos a comer; siempre me ha gustado comer con ellos, la relación que mantenemos es muy estrecha aunque no se metan en exceso en mi vida; siempre han sabido respetar mi intimidad.

—¿Y Daniela cómo está? —se interesa mi madre preocupada.

—Mal —paso una mano por mi pelo hacia atrás—, ha quedado muy tocada.

—Normal —intercede mi padre—, nunca hubiera pensado algo así de este chico.

—No —continúa mi madre—, de pequeño siempre rondaba por casa. Sabía que tenía un carácter fuerte, de hecho, de pequeños os peleabais a menudo, pero al poco rato hacíais las paces.

—Sí, recuerdo que tenía un mal perder, pero de ahí a lo que ha hecho...

—Hay un buen trecho —finaliza la frase mi madre por mí.

—Exacto. —Me meto el tenedor en la boca lleno de macarrones—. ¡Están buenísimos, mamá!

—¡Como siempre!

—¿Piensas ir a ver a Daniela?

—Se ha marchado unos días a París —fruncen el ceño ambos—, ¿recordáis a Elena? —Asienten—. Pues vive allí, se ha marchado unos días para estar fuera de todo esto. Creo que le puede venir muy bien, pero en cuanto llegue, iré a verla.

—Sigues tan enamorado de ella como cuando eras un niño —mi madre me mira con ternura, acaricia mi mejilla, sonrío y continúa comiendo—, me da miedo que sufras.

—Sufrir en esta vida es inevitable, mamá.

—Supongo.

—Quien no arriesga, no gana. Yo creo que vale la pena.

—Cuando te miro y escucho, sé que algo hicimos bien contigo. Eres un hombre muy responsable y con los pies en el suelo. Además de muy guapo.

—Una carcajada se escapa de mi pecho.

—Gracias, mamá.

—Orgullo de madre —dice mi padre alzando las cejas.

—Pues claro que sí.

A las cinco he quedado con Héctor en La Guarida, su turno ha acabado y hemos quedado para tomar una birra juntos a pesar de que falta un integrante. Parece mentira. Un amigo de toda la vida, alguien en quien hemos confiado durante toda una vida y que ha estado presente en tantos momentos increíbles, ahora está entre rejas por hacer algo tan repugnante que jamás, por más tiempo y arrepentido que llegue a estar, le podré volver a mirar a los ojos.

Recuerdo como si fuera ayer el día de su despedida de soltero, estaba pletórico, los ojos le brillaban de una forma especial y la sonrisa no había quien la apagara, mostrando continuamente su hilera de dientes blancos. Lo llevamos a Barcelona, porque seamos sinceros, aunque a mí Arrosa me encanta, poco hay aquí para celebrar una fiesta así. Fuimos de garito en garito, corriendo de un lado para otro, disfrazado de hawaiana; era para verlo... con la corona de flores en la cabeza y un par de cocos en su pecho peludo.

Niego con la cabeza mientras aparco el coche, porque los recuerdos inundan mi mente y son duros. Es duro aceptar que el que consideraste un buen amigo, un hermano, ha sido tan mal nacido como para hacer algo tan rastrero como lo que ha hecho.

Héctor me espera en la mesa del fondo, donde siempre, aunque está cabizbajo. Susana le acaba de dejar el botellín de cerveza y se vuelve con la copa vacía; le gusta beber a morro de la botella, al igual que a mí.

—Hola, Hugo —me saluda Susana al cruzarse conmigo—. ¿Te pongo lo mismo que a él? —Asiento.

—Sí, gracias, Susana. —Sonríe y continúa con su camino.

Me siento frente a él, que alza la cabeza y me mira.

—Buenas —me dice al verme.

—Qué mal te veo macho.

—Hoy han trasladado a Lucas. —Silbo—. Y a pesar de todo, verlo de manos esposadas en la espalda y mirarme, ha sido muy duro. —Da un pequeño golpe en la mesa—. Joder, ¿es que no lo entiendo!

—Yo tampoco —confieso.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? Nos hemos quedado dos —dice mirando hacia la ventana.

—Sí, el trío calavera se ha roto.

—Al menos, la sonrisa ha vuelto al rostro de Susana.

—Ves con cuidado —digo. Me mira.

—¿Qué quieres decir? —tiro mi botellín y lo entrechoca con el mío.

—Que te veo muy entregado a la causa y tienes que pensar que lo que ella ha pasado es muy duro. Necesita tiempo para reponerse, Héctor.

—Lo sé —le da un sorbo a su botella—, no estoy a su lado con ninguna intención.

—Lo que no hace que no te ilusiones con el acercamiento que tenéis.

—Puede salir algo bonito —dice agachando la cabeza.

—Quizás es lo que esperas sin darte cuenta, pero no lo que está sintiendo ella.

—Pues sus ojos dicen lo contrario —responde algo osco.

—No te enfades, macho. Solo me preocupo, ¿vale? —Asiente y alza la cabeza.

—Diría que ambos estamos en las mismas condiciones.

—Sí, diría que sí.

—¡Por el mal de amores!

—Por el mal de amores.—Brindamos y bebemos de nuevo, que parece que es lo único que sabemos hacer últimamente.



—No me puedes decir que no te lo has pasado bien. —Se para en medio de la calle a mirarme.

—Reconozco que lo he pasado bien. Me he reído un montón, y eso que los chistes en francés, hacen menos gracia.

—Te dije que te caerían bien.

Es de noche, las calles están vacías y hace que el vello de mi cuerpo se erice; intento controlar la respiración y concentrarme en la voz de Elena que parlotea y parlotea explicándome como conoció a Pier, el chico con el que se ha pasado toda la noche tonteando sin parar; sonrío y suspira. Llegamos al portal donde hay un chico de espaldas parado. Mi respiración se corta de miedo, pero entonces veo que se está encendiendo un cigarrillo, guarda el mechero y se va, y yo suspiro de alivio.

Al llegar a casa, Elena se deja caer en la cama y prácticamente cae rendida. Le doy un golpecito en el brazo, abre los ojos y me mira sin entender.

—Elena, no te has desvestido. —Suspira y se incorpora de forma perezosa.

No me contesta, se quita la ropa de forma automática y sin ponerse nada encima, se vuelve a acostar como Dios la trajo al mundo: en pelotas. Me desvisto y me pongo mi pijama, porque yo soy incapaz de dormir así y menos delante de mi hermana.

Los ojos me vencen, pesan como dos toneladas cada uno y yo me dejo llevar por la oscuridad del dormitorio. Pero de repente ya no estoy en París, en el dormitorio de Elena; estoy en el campo corriendo a más no poder, con la respiración entrecortada y echando pequeñas miradas fortuitas tras de mí.

Y entonces lo veo de nuevo; sus ojos brillan de emoción porque está a punto de cogerme, su mano está extendida y espera poder agarrar en cualquier momento la tela de mi camiseta. Las gotas de sudor perlan mi frente y las lágrimas se derraman de mis ojos sin poderlas retener, mi respiración se entrecorta y entonces, noto como me tiene en su poder.

Me despierto de repente, me levanto tocando mi pecho para notar como mi corazón late desbocado. Suspiro, siento rabia y dolor a partes iguales. Elena se despierta y me encuentra echa un ovillo llorando.

—Cariño, estás aquí, conmigo —pasa una mano por mi espalda—, tranquila, cariño.

—Elena —me giro y la miro con los ojos anegados de lágrimas—, no puedo con esto. Me duele.

—Lo sé... ven, tumbate y yo te abrazo para que no te sientas sola, ¿vale?
—Asiento.

Me tumbo a su lado, ella pasa un brazo alrededor de mi cuerpo y acaricia mi brazo con movimientos cortos y suaves a la vez que tararea una nana y besa mi espalda. Parece mentira que ella sea la menor de las dos, ¿no se supone que debería ser yo quien la defendiera de todos los males? Al rato, gracias a Dios, caigo en un sueño profundo como el que hace días no consigo conciliar, y no recuerdo lo que he soñado, pero sí sé que ha sido tranquilo y que por primera vez en varias noches, he descansado.

—Dormilona —noto como me zarandean— vamos, que es hora de levantarse.

—¿Qué hora es? —pregunto somnolienta entreabriendo un ojo.

—Las ocho. —Me giro e intento enfocar la mirada refregándome los ojos.

—¿Tú no tienes clase?

—Si mi hermana viene a visitarme a París y la dejo sola todo el día, ¿qué clase de hermana soy?

—Una menos plasta. —Una carcajada resuena en su pecho.

—Vamos, te voy a preparar un almuerzo típico francés. —Se levanta de la cama y mientras anda por el pasillo se pone una camiseta y continúa hablando—. Si no te levantas, te lo vas a perder y te aseguro que son como para chuparse los dedos.

Cuando llego al salón hay dos platos encima de la mesa con panqueques rellenos de fruta fresca, un café con leche y un té.

—¿A que tiene buena pinta? —dice dejando una jarra de agua sobre la

mesa.

—Sabes que yo no desayuno estas cosas, pero por ti haré una excepción. —Sonríe—. Por cierto, ¿cómo te ha dado tiempo a preparar todo esto en tan poco tiempo?

—Los panqueques ya estaban preparados, solo había que calentarlos un poco. —Nos sentamos a la mesa.

—Hugo también consigue siempre que desayune cosas poco típicas de mi dieta —digo negando con la cabeza y sonriendo.

—Ves, Hugo vale la pena. —Agarra la taza de café entre las manos, sonrío y le da un trago—. Por cierto, ¿Cómo estás? —Agacho la cabeza.

—Tengo pánico, Elena. —La miro—. Cada vez que cierro los ojos lo veo, viene a mi mente continuamente y siempre es igual de intenso y doloroso que aquella noche —una lágrima empieza a caer mejilla abajo—, tiene el control de mi mente. —Coloca su mano sobre la mía que descansa sobre la mesa.

—No, no y ¡no! No puedes pensar así —intenta buscar mis ojos—, tienes que vencerle, Daniela. Tienes que buscar ayuda.

—Lo sé. —Se acerca y pasa un brazo por mis hombros—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Tú eres la invitada, tú elijes. —Muerdo mi labio inferior a la vez que miro hacia arriba pensando qué me apetece hacer.

—¡Ya sé! —Elena hace un gesto con la mano derecha para darme la palabra—. Me gustaría visitar la librería Shakespeare and Company.

—Está muy cerca de casa, en la plaza Saint Michel.

—Siempre que vengo con Cristhian me quedo con ganas de visitarla, a él estas cosas no le entusiasman.

—Claro, como no... ¿cómo iba a interesarle a él la literatura?! Daniela, a él solo le interesa una cosa... —Tuerce la boca a medida que lo dice—. ¡Él!

—Un poco de razón sí tienes. —Se queda a medio cortar un trozo de panqueque.

—¿Un poco? —arquea una ceja. Al final tengo que reírme.

—¡Vale...! Tienes toda la razón. ¿Contenta?

—Sí. —Se mete en la boca el trozo ya cortado y lo paladea—. Espabila, que después de la librería querrás hacer más cosas, ¿no?

—Claro.

—Pues eso.

Antes de salir de casa, Elena entra en el dormitorio de nuevo y vuelve con dos cascos con la parte frontal abierta.

—¿Y eso? —Muestra una amplia sonrisa.

—Vamos a ir en mi Vespino. Me lo compré hace un par de meses y va de lujo para moverte por la ciudad.

—No pensarás que voy a subirme en una moto cutre —digo señalándola con el dedo índice.

—En primer lugar —toca mi hombro dando un golpecito con el dedo índice—, mi moto no es cutre, sino una preciosidad. Y en segundo lugar, no te queda opción a no ser que quieras recorrer la ciudad entera «andandito» —dice con una mueca en los labios y las cejas arqueadas.

—Vale... —respondo resignada.

—Así me gusta. —Me tiende el casco y pasa por mi lado.

Cuando saca la moto del aparcamiento que tiene alquilado y la veo, tengo que reconocer que no me desagrada del todo. Es roja y es la típica moto que sale en las películas. Elena la hace rugir con una sonrisa en el rostro deslumbrante; sabía que aquí era feliz, me lo decía el tono de voz cada vez que hablaba con ella por teléfono, pero ni de lejos llegué a imaginar cuánto, no parece ni la misma persona a pesar de siempre haber sido alegre; pero es que ahora, sus ojos tienen un brillo que ciega, y una ilusión en la mirada que envidio.

—¡Vamos!

Subo a la vespa y se incorpora al tráfico denso de París que ella sorteaba como si nada y que a mí me hace cerrar los ojos en más de una ocasión, agarrarme fuerte a su cintura y chillar mientras ella ríe despreocupada sin hacerme demasiado caso. Cuando por fin el trasto se para, miro a mi alrededor. Siempre he querido ir a esta librería y ahora que estoy aquí, aún más. Es preciosa. Aunque soy una persona de negocios, me considero una fanática de la literatura y, sentarme en mi sofá con un buen libro en las manos, una tarde de invierno mientras cae el diluvio universal en el exterior, es de las cosas que más me gustan en esta vida.

La fachada de la librería es de madera verde aguamarina, tiene un aspecto envejecido que le da un toque más distinguido, estoy casi hipnotizada mirándola con detenimiento. Al lado de la entrada, una mesita de hierro con dos sillas como compañeras, la ocupan dos jóvenes mientras acaban de fumar un cigarrillo antes de perderse entre enormes estantes de libros, y a un lado,

un aparador exterior de madera repleto de ejemplares para vender. Todo cuanto veo me gusta.

—¡Es preciosa! —Elena asiente.

—Sí, la verdad es que tiene un encanto especial. —Pasa un brazo por mis hombros—. ¿Entramos? —Asiento.

El interior tampoco me decepciona, cada pared del establecimiento está recubierta de estantes y estos, repletos de libros de todas clases. Paso los dedos por la cubierta de un libro que sin duda ha vivido tiempos mejores, pero que también y no sé el porqué, creo que se puede tratar de un pequeño tesoro expuesto. La portada es de un azul grisáceo y la letra del título en negro que dice: *Pride and Prejudice* de Jane Austen. Lo cojo entre mis manos con cuidado, lo reviso y lo abro, es una primera edición y mi boca se desenchaja. Me giro hacia Elena que revisa los libros del estante trasero.

—¡Elena! —Se gira a mirarme con un libro en las manos—. Es Orgullo y prejuicio— me mira sin entender—, ¡una primera edición!

—No sabía que te gustaba esa literatura.

—Es una obra de arte. Tengo en mis manos una joya.

—¿En serio? —Arruga su entrecejo—. Yo prefiero algo más actual, ¡mira este!

Me enseña un libro de tapa blanda con una flor azul en el centro sobre un fondo blanco. Es de Nora Roberts, y sin duda, es una gran autora, pero... ¿Cómo compararla con Jane Austen?

—Lo voy a comprar, no me importa el precio.

—No hay nada como tener dinero, chica.

—Trabaja. —Me mira y saca la lengua

Salgo como una niña pequeña en el día de los reyes magos, con el libro entre mis brazos recubierto por el fino papel de seda en el que me lo han envuelto y dentro de una pequeña bolsa. Fuera el día está despejado, hace un sol radiante e incluso hace calor, lo que hace que sienta una pequeña euforia y alegría en mi interior. Mi móvil suena un par de veces seguidas, anunciando la entrada de un par mensaje:

Cristhian:

Buenos días, Daniela, ¿Cómo va la escapada?

Espero que no tardes demasiado en volver,

Te echo de menos. 12:37

Hugo:

Hola, preciosa. ¿Qué tal por la bella París?

Espero que estos días de desconexión le devuelvan

La sonrisa a tu bonito rostro.

Necesito verla de nuevo, ilumina mis días.

Un beso. 12:38

Suspiro y le enseño ambos mensajes a mi hermana que los lee con detenimiento sentada sobre el sillón de la moto.

—Yo lo tendría claro —una carcajada sale de nuestras bocas. Se pone las gafas de sol y me tiende el móvil—, seguro que hasta la tiene más grande. — Me dedica una sonrisa macarra de medio lado.

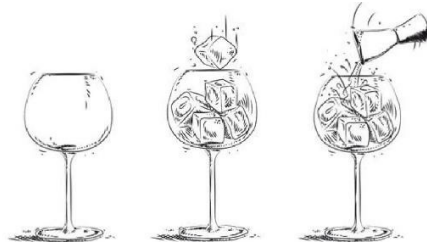
—Eres idiota, ¿y qué tiene que ver eso?— Su boca se abre tres tercios.

—¿Eso quiere decir que lo habéis hecho?!

—¡No...! —intento negar poco convincente.

—Claro que sí, yo no te voy a juzgar... y ¡sí! Tiene que ver.

—Eres idiota. —Me subo tras ella—. Anda arranca y llévame a algún lugar bonito



SUSANA

—Mamá... —chilla Sara.

—¿Qué pasa? —le pregunto desde la cocina donde remuevo la comida para que no se pegue.

—Héctor está aquí —grita—, ¡otra vez! —continúa de mal humor.

Bajo la temperatura de la placa de inducción y salgo limpiándome las manos con un trapo. Sara ha dejado la puerta abierta de la entrada con Héctor ahí plantado. Está apoyado en el quicio de la puerta con una mueca en los labios. Sara pasa por mi lado con unos morros de tamaño gigantescos que delatan lo poco que le gusta nuestra visita. Últimamente el comportamiento de Sara es pésimo, su humor de perros y nuestra relación como madre e hija va en declive, y no es que no la entienda, ¡claro que sí! Pero joder, eso no hace que sea menos duro.

—Hola, Héctor. Pasa, por favor. —Abro más la puerta y él entra dándome primero un beso en la mejilla que hace que un nervio recorra mi cuerpo.

—Hola, pasaba por aquí y he pensado venir a verte.

—Claro, ya sabes que puedes venir siempre que quieras.

—Claro, claro... —empieza a hablar Sara que pasa en este momento por el pasillo delante del salón— puedes venir siempre que quieras...

—¡Sara! —digo alzando la voz y mirándola con reproche. Pero no me escucha y se marcha.

—Tranquila —toca mi brazo—, con todo lo que está pasando, es normal.

—Ya no sé qué hacer con ella. Nunca se había comportado así.

—Es que a su padre jamás se le había acusado de algo tan grave. —Toco

mi frente y asiento.

—Lo sé. Pero es muy duro. Ella y yo siempre nos hemos llevado de maravilla, era lo que me hacía fuerte para luchar, y ahora... solo sabemos discutir.

Ambos nos dirigimos hacia la cocina, Héctor se sienta en una de las sillas de madera blanca y yo apago la placa de inducción.

—¿Te quedas a comer?

—No sé si es buena idea, la verdad. —Me siento a su lado.

—Supongo que tienes razón. ¿Una copa de vino, cerveza...?

—Un café solo, ¿puede ser? —Sonrío y asiento.

—Claro.

Veo que Sara está tras el quicio de la puerta, de hurtadillas escuchando lo que hablamos, y no sé si regañarla o dejarla para que vea que no hay nada malo en las visitas de Héctor y que yo, por ahora, lo único que necesito es estar sola.

—Sara, está muy feo escuchar tras las puertas.

No responde, solo se va intentando hacer el menor ruido posible.

—¿Qué voy hacer, Héctor? —Acaricia mi mano sobre la mesa—. Lucas me ha pedido que la lleve el próximo día de visita.

—¿Tú? —alza las cejas. Tuerzo la boca.

—¿Quién sino?

—No puedes pasar por eso, Susana.

—Pero él tiene derecho a ver a su hija.

—Y tú a que no te pusiera una mano encima. Mira —se acerca unos centímetros—, no digo que no tenga que ver a su hija, pero no eres tú quien la tiene que llevar. Seguro que la madre de Lucas está encantada de llevarla.

—Supongo. —Lo miro un instante, como hipnotizada por sus oscuros ojos. Pasa el dedo pulgar por mi mejilla.

Un portazo me sobresalta y hace que dé un respingo en mi asiento.

—¿Sara? —pregunto alzando la voz. Pero nadie responde.

Me levanto a toda prisa y me dirijo hacia su dormitorio que está vacío. Un nudo se instala al momento en mi pecho.

—No está.

Salgo corriendo de casa, tras de mí, Héctor me sigue. Veo a Sara caminar a paso decidido al final de la calle, los puños están prietos, no mira al frente solo los pies mientras continúa su marcha.

—¡Sara! —chillo de nuevo—. ¿Dónde vas? —Se gira y me mira con rabia.

—¿Y a ti qué te importa?! —Corro hacia ella. Héctor se queda a una distancia prudencial.

—¿Por qué dices eso?

—Me quiero ir a vivir con la abuela Teresa. —Esas palabras impactan directamente sobre mi pecho, hiriéndolo de gravedad.

—¿En serio? —Sara empieza a llorar y la abrazo. Paso mi mano por su espalda hasta que me corresponde en el abrazo, y lo hace de manera fuerte y contundente.

—Mamá... —solloza.

—Mi niña, vamos a casa, por favor. —Asiente.

Andamos hacia casa agarradas, ella me abraza por la cintura y yo la mantengo pegada a mí de los hombros. Al pasar por el lado de Héctor este agacha levemente la cabeza, Sara la alza y lo mira con odio.

—Héctor...

—Tranquila, nos vemos otro día, no importa.

—Gracias.

El fin de semana le toca a Teresa estar con Sara, el juez por el momento ha dictaminado un régimen de visitas para sus abuelos paternos, y aunque no es que me agrade la idea, reconozco que tienen sus derechos y que con ella siempre se han comportado de manera correcta.

Estoy en La Guarida, me falta apenas media hora para acabar mi turno y mi único plan es llegar a casa, darme un baño de dimensiones estratosféricas y descansar. Mucho. Quizás me prepare un bol de palomitas y vea alguna película de esas que me hacen llorar desde el minuto uno. Recojo la última mesa que quedaba y empiezo a limpiar para poder cerrar puntual, la verdad es que necesito tiempo para mí y este fin de semana lo aprovecharé.

La puerta se abre, miro a ver quién es con el ceño fruncido pensando que mi idea de salir puntual se va a ir al traste, que me harán acabar tarde y eso me fastidia, pero quien entra no es un cliente cualquiera, sino Héctor.

—Hola —saluda sentándose en un taburete frente a la barra. Sonríe y ahí están de nuevo esos hoyuelos que me llevan por el camino de la locura.

—Hola —sonríó—, ¿qué te pongo? —Entro tras la barra y me refirmo en ella.

—No he venido a tomar nada.

—¿Entonces?

—Vengo a buscarte, aprovecho que no está Sara, es tu guardaespaldas. —
Una carcajada sale de mi garganta.

—Sí, es mi mejor guardaespaldas, bueno, una de ellos. ¿Y dónde vas a llevarme?

—Hoy eliges tú. —Arqueo las cejas.

—¿Yo?

—Claro. ¿Dónde te gustaría ir? —Empiezo a limpiar la bandeja con la bayeta, nerviosa.

—Pues... no sé. —Pienso un segundo—. Me gustaría ir a bailar. Quiero cenar en cualquier sitio, algo sencillo, un bocadillo o unas tapas y después salir a bailar.

—Si es lo que quieres, eso tendrás. Tus deseos son órdenes para mí. —Se agacha y hace una pequeña y cómica reverencia—. Te recojo en —mira su reloj— una hora ¿va bien? —Asiento.

Se levanta de su asiento sonriente y se dirige hacia la puerta del local mientras lo sigo con la mirada, se gira, alza su mano a modo de saludo y desaparece tras la puerta quedando en mi rostro una sonrisa bastante estúpida. Suspiro, agarro un trapo y lo retuerzo entre mis manos, nerviosa.



Los días en París vuelan, la compañía de mi hermana me está sentando francamente bien y la sonrisa ha vuelto a hacer acto de presencia en mi rostro. Hace que olvide por un momento todo lo que ha pasado; me hace reír a carcajadas hasta el punto de llorar y dolerme la tripa.

Es sábado y Elena todavía duerme a pierna suelta en la cama ocupando gran parte de mi espacio; normalmente eso hubiera sido motivo de discusión por no dejarme dormir en condiciones, pero hoy por hoy, sentirla tan cerca en la cama, hace que duerma tranquila y me sienta segura, haciendo que mi humor mejore notablemente.

—¡Qué sueño! —dice adormilada abriendo los brazos y bostezando.

—Buenos días —digo sentada en la cama—, eres una comodona.—La empujo hacia su izquierda.

—¿Por qué? —pregunta sin entender.

—Porque invades mi sitio —me quejo riendo— no me dejas mover.

—En el fondo te gusta —baja los pies de la cama y se levanta recogiendo su melena en un moño descuidado—, levanta y ayúdame a preparar el desayuno.

Me pongo el batín de raso blanco y me encamino hacia el salón. Elena levanta la persiana del salón y los rayos del sol se filtran a través mostrándonos el precioso día que hace.

—Estás teniendo mucha suerte con el tiempo.

—Gracias a Dios. No puedo vivir sin sol.

—Te acostumbras.

Nos sentamos a la mesa con una taza de café cada una, ella solo y yo con leche y sacarina, he conseguido que la compre para mí; y lo acompañamos

con unas tostadas y unas lonchas de pavo.

—¿Cuándo tienes pensado volver? —Le da un bocado a su tostada y me mira limpiándose las migas de la boca.

—¿Me estás echando? —Me mira arqueando una ceja.

—¿Tú estás tonta? —Ambas nos reímos— claro que no, puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero tienes que volver a tu rutina cuanto antes. No puedes seguir huyendo.

—No huyo. —giro la cabeza para esquivar su mirada acusadora, alzo mi taza y le doy un trago.

—Claro que sí. Estás huyendo de lo que te ha pasado; y no te culpo — toca mi mano—, pero tienes que enfrentarte a ello y superarlo. Eres fuerte, Daniela.

—No lo soy. No, no puedo.

—Claro que puedes, no sola, pero sí con ayuda. Lo conseguirás.

—¿Y si no? —Se me empañan los ojos.

—Todos estamos contigo. Confío en ti.

—Gracias.

—Además —continúa sin darme tregua—, también huyes de la decisión que tienes que tomar —arquea una ceja sin entender. Elena se toma su tiempo y coge una loncha de pavo y la coloca con calma sobre una nueva tostada—, la elección entre Cristhian y Hugo, aunque sé que lo tienes claro, solo que la respuesta te acojona.

—No es verdad, y habla bien, por favor. A veces no parecemos de la misma familia. —Hace una mueca con la boca e ignora mi comentario.

—¡Y yo te digo que sí! —asegura asintiendo con la cabeza— pero tienes que hacerlo cuanto antes.

—¿Vamos a Disney? —pregunto cambiando de tema.

—¿Puedes creerte que no he estado jamás desde que estoy viviendo en París?

—¿Recuerdas la sorpresa que nos dieron de pequeñas mamá y papá? —pregunto sonriendo volviendo a nuestra niñez en mi mente.

Entramos en el salón de casa riendo por alguna tontería de mi hermana, solo tenía cinco años, pero ya era toda una payasa en potencia que llevaba a mi madre por el camino de la amargura.

—¡Niñas, por favor! —chilló exasperada mi madre—. Si os calláis un momento, os podremos explicar una cosa. —Una sonrisa se abrió paso en su

rostro.

En el salón de casa descansaban cuatro maletas preparadas, una de mano y alguna bolsa. Mi hermana y yo nos miramos y sonreímos al momento.

—Venís muy sucias del colegio —empezó a explicar mi padre muy serio—, ir a cambiaros ahora mismo.

—¿Dónde vamos, papi?—preguntó Elena entusiasmada agarrando las manos de mi padre y dando saltos de alegría. Mi padre alzó repetidamente las cejas haciéndose el interesante.

—¿Queréis saberlo? —Ambas nos pusimos a saltar y gritar al unísono.

—¡¡¡Síííí!!! —mis padres se miraron, cómplices.

—Pues... —hizo una pausa para hacernos sufrir un poco más— vamos a Disneyland.

—Bieeeeeennnnnnnnnn... —los gritos de ambas retumbaron por las paredes del salón y mis padres se echaron a reír felices.

—Qué tiempos aquellos en los que éramos una familia feliz. —Me devuelve Elena al presente.

—¿Por qué no intentas hablar con ellos?

—¿Otra vez? —Responde levantándose de la mesa—. Ya lo he hecho demasiadas veces, Daniela. Si quieren saber algo de mí, ya saben cómo localizarme. —Empieza a recoger la taza de su café y el pavo—. La última vez que intenté hablar con papá, me dijo que él solo tenía una hija —continúa explicándome desde la cocina.

—Lo siento, a veces puede ser muy duro. —Le doy el último trago a mi café y me levanto para ayudarla a recoger.

—Cierto, pero eso no debe hacer que dejes de cumplir tus sueños, o que no estés con la persona que realmente te llena, Daniela. No es justo, es tu vida y solo tú puedes vivirla; no lo olvides.

A veces Elena puede ser muy profunda y, como he dicho, incluso hace que llegue a sentirme la hermana pequeña; quizás sea porque tiene un par de ovarios bien puestos para hacer siempre lo que quiere, cuando quiere y cómo quiere sin el temor al qué dirán o lo que pensarán los demás, lo que hace que la respete mucho más. No siempre estoy de acuerdo con sus decisiones, pero como ha dicho, es su vida y si se equivoca, aquí tendrá siempre mi hombro para ayudarla a levantar, al menos, ha sido suficientemente valiente como para hacer lo que ha deseado.

Cuando aparcamos su Vespino en el parquin de Disneyland estoy como

una niña pequeña; hace años que no vengo y estoy entusiasmada, creo que igual que mi hermana. Hacía demasiado tiempo que no compartíamos tiempo de calidad juntas y deberíamos repetir más a menudo. Dicen que las hermanas al igual que las primas, son las primeras amigas que la vida te regala, y a mí, me ha regalado la mejor.

Andamos por el puente que da acceso a la entrada y la sonrisa en ambas es radiante, Elena tiene agarrada mi mano y tira de ella mientras empieza a correr hacia el interior.

—Vamos, joder, tengo unas ganas locas de entrar.

—Voy, voy... —acelero el paso para seguirla sin caer de narices al suelo. Mi teléfono suena e interrumpe la carrera.

—Un momento, alguien está llamándome.

—No respondas —dice enfurruñada frunciendo los morritos.

—Solo será un momento —saco el teléfono del bolsillo trasero de mi vaquero—. Es Cristhian.

—Menos aún. —Le saco la lengua.

—Hola —saludo al descolgar.

—Hola, Daniela. ¿Qué tal?

—Bien, hoy vamos a pasar el día en Disney —confieso con algo de pudor.

—¿En serio? —meto la mano en mi bolsillo trasero.

—Sí, ¿por? —arqueo una ceja.

—No, por nada. Nunca me habías dicho que te gustan ese tipo de sitios.

—A veces una necesita reencontrarse con su niña interior. Además, me apetece ir con Elena.

Elena me mira sin pronunciar palabra, solo moviendo los labios dice un «va» a la vez que da un respingo con todo su cuerpo. La miro y asiento.

—Miraré de volver el lunes, mañana buscaré un vuelo.

—Vale, avísame y voy a recogerte al aeropuerto. Un beso. Chao.

—Chao.

Cuelgo mordiéndome el labio inferior y dándole vueltas a la cabeza mientras guardo el teléfono de nuevo en el bolsillo trasero de mi vaquero y me encamino hacia Elena que me espera impaciente.

—¿Qué?

—Nada, el lunes volveré. Tengo que retomar mi vida. —Me mira con ternura, sonrío y asiento.

—Me alegro. Ahora solo falta que seas valiente y tomes las decisiones acertadas.

—Eso se llama incitación, ¿lo sabes?

—Soy un poco manipuladora, ¿de qué te sorprendes? Me conoces desde hace toda una vida.

—Tienes razón.

Nos mezclamos con el torrente de personas que entran en el parque, mirando todo a nuestro alrededor, embobadas por las dimensiones y la belleza del castillo de cuento que se alza ante nosotros.

Corremos como locas durante todo el día, de un lado a otro riendo y de atracción en atracción. Nos montamos en el Alice's Curious Labyrinth, del que nos está costando salir un poquito más de lo necesario, por ir un pelín despistadas mirando un rubio que va igual de perdido que nosotras. Después en Armageddon, Big Thunder Mountain y un sinfín más de atracciones. Tengo un dolor de pies importante, de hecho, creo que no hay ni una sola parte del cuerpo que no me duela, hasta las pestañas tengo resentidas. Pero a pesar de tanto dolor en el cuerpo, mi alma hoy la tengo intacta, y eso, es reparador.

Cuando nos sentamos a comer, ambas nos dejamos caer en la silla metálica del local que nos cobra un ojo de la cara por una hamburguesa con queso y una ensalada, pero que lo pago encantada con tal de comer cuanto antes, y aunque en cualquier otro sitio, hubiera puesto una cara mustia por tener que comer una grasienta hamburguesa, aquí me parece hasta apetitosa.

—¿Luego nos hacemos una foto con cenicienta?—pregunta con la boca llena.

—Buag... ¡qué asco! cierra la boca, anda. —Me saca la lengua—. ¿En serio quieres hacer la inmensa cola, solo para hacerte una foto?

—Si no nos hacemos la foto de rigor, es como si nunca hubiéramos estado. —Junta las manos delante del pecho y hace un cómico puchero que consigue arrancarme una sonrisa, y no me queda más remedio que asentir.

Mi teléfono empieza a vibrar de nuevo sobre la mesa y en la pantalla indica: «Yaya casa».

—Es la yaya.

—¡Responde! —me apremia con la mano.

Descuelgo y, apartándome el pelo de la cara, lo coloco en mi oído.

—Hola, yaya.

—Mi niña, ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿y tú?

—Tu madre ha venido a visitarme y me ha marcado tu número, tenía muchas ganas de hablar contigo.

—Dile a mamá que te cuide mucho.

—No lo hará mejor que tú—me arranca una sonrisa—, dice que estás en París.

—Sí, he venido a ver a Elena. —La miro.

—Qué alegría —le tiembla la voz—, dile que venga a verme, la echo de menos.

—Te echa de menos —le explico a Elena mirándola.

—Yaya —alza la voz para que la escuche—, yo también te echo de menos.

—¿La has escuchado?

—Sí, cariño. Gracias a Dios todavía no estoy sorda. —Nos reímos las dos ya que mantengo el teléfono un poco separado del oído para que Elena la escuche—. Cuidaros mucho la una a la otra.

—Claro que sí.

—¡Yaya!

—¿Sí?

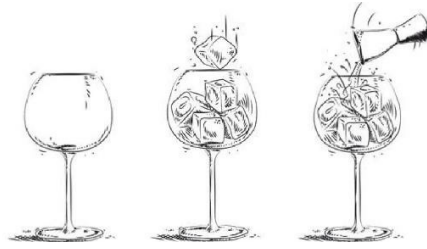
—Te quiero. —Y al decirlo, un nudo que tengo que tragar se ha formado en mi garganta.

—Y yo a ti, cielo.

Dejo el teléfono sobre la mesa bajo la atenta mirada de Elena.

—¿Qué? —pregunto esquivando su mirada—. Pensaba que la perdería. La he echado de menos.

—No es tarde para enmendar los errores.



SUSANA

Miro el reloj, nerviosa, son las nueve y Héctor debe estar al caer. No me he arreglado en exceso como la última vez, pero me siento bien cuando me miro en el espejo de mi dormitorio, ese que he compartido con Lucas los últimos diez años de mi vida y que tanto he odiado; pero ahora todo es diferente, tengo la posibilidad de ser feliz sola y pienso aprovecharla.

Me giro frente al espejo y miro cómo me queda el vaquero negro que me he puesto. En las últimas semanas he ganado algún kilito que falta me hacía y, hace que los vaqueros me queden más ceñidos marcando las nuevas curvas que han salido en mi cuerpo. Me maquillo sutilmente, remarco mis ojos con el perfilador y el rímel. Me echo el pelo hacia un lado y sonrío cuando el timbre de la puerta suena.

—¡Voy! —grito desde el dormitorio.

Bajo los escalones de dos en dos y doy un pequeño salto al llegar abajo. Abro la puerta sin preguntar y ahí está, tan guapo como siempre. Con un vaquero ceñido, una camiseta blanca con el cuello de pico que me deja entrever el pecho.

—Hola —me saluda dándome un beso en la mejilla, haciendo que su dulce perfume entre en mis fosas nasales y aspire su aroma sin querer—, ¿estás lista?

—Sí, me pongo colonia y estoy. Hueles muy bien. —Sonríe enseñándome sus hoyuelos que me hacen perder el norte.

—Esa era la intención.

—Siéntate, ahora mismo bajo.

Estoy un poco nerviosa, la verdad, y no me gusta esa sensación. Apenas

hace un mes que me siento libre, que nadie me controla y que yo soy la única que dirige mi vida. Que nadie decide por mí, no controla mis horarios o a quien miro. Y la sensación es... liberadora. Tendría que haberme enfrentado a él mucho antes, las consecuencias hubieran sido las mismas, pero ahora, ya sería libre y quizás tendría mi vida rehecha al lado de un buen hombre.

Me mira al bajar las escaleras, tiene una sonrisa ladeada que le da un punto macarra que tengo que reconocer que me encanta; quién me hubiera dicho a mí, que le encontraría un puntito a un amigo de toda la vida, y sí, lo sé... Hugo también es un amigo de toda la vida, pero a él siempre lo vi de otra forma, desde niña, cuando lo veía montar a caballo junto a su padre me encantaba y me dormía imaginando un futuro a su lado.

—¿Vamos? —Asiente y se levanta.

—Por supuesto.

Le sigo hasta su coche, que lo tiene aparcado una calle más abajo de la mía. Se coloca a mi lado.

—¿Por qué has aparcado tan lejos? —Me mira una fracción de segundo.

—Porque sé que te molesta que hablen de ti —responde mirándome nuevamente.

—Hablarán igual —contesto sin mirarle.

—Tienes razón, pero no debería molestarte. Sabes, hay gente que no tiene vida y necesita inventarse la de los demás para tener un motivo por el que vivir. —Una carcajada sale de mi pecho y seguidamente del suyo.

—En eso tienes razón —ladeo la cabeza—, y en un pueblo tan pequeño como este, más. ¿Dónde me llevas?

—¿Tú qué crees?

—No sé, te pedí cenar algo sencillo y salir a bailar.

—Y eso haremos, pero en Arrosa la variedad de locales no es muy extensa. —Me mira y arquea las cejas.

—¿Vamos a Barcelona? —pregunto sonriendo. Asiente.

—¿Te apetece?

—Sí. Sobre todo porque nadie me mira, nadie nos conoce y nadie nos juzgará.

El camino hasta allí pasa volando, no ha habido un solo segundo que hayamos estado en silencio. Ha habido un momento, en el que incluso hemos cantado a coro junto con Sebastián Yatra y David Bisbal, y prometo, que la sensación de hacer el idiota después de tanto tiempo me ha encantado.

—¡Vamos, más fuerte!

—A partir de hoy, el cuento que escribimos le cambiaré el final — empiezo a cantar de nuevo a pleno pulmón.

—Puede que mañana sea tardeeee y ya no pueda olvidarteeeee... — continúa él mirándome. Y mi vello se eriza.

El coche para y miro a mi alrededor. Héctor sonrío continuamente y sus hoyuelos no han desaparecido ni un solo instante.

—¡Se acabó el viaje!

Fuera las luces ya están encendidas y, a pesar de ser de noche, las calles de Barcelona están repletas de gente andando de un lado para otro.

—Estamos en la zona de Las Ramblas. Detrás de aquella calle hay un restaurante en el que preparan unas hamburguesas como para chuparse los dedos.

La Rambla es enorme, y el afluyente de gente que camina por ella hace que parezca un río inmenso que lleva a la gente por sus corrientes. A los lados de ella, pequeños quioscos, puestos de flores y demás junto con unos enormes árboles centenarios.

—¿Ves aquello de allí? —señala un local. Asiento—. Es el Gran Teatro del Liceo.

—Me encantaría ir alguna vez.

—¿De verdad? —pregunta arqueando las cejas. Asiento.

—Claro. Héctor, quiero vivir, necesito vivir. Siento como si hubiera estado muerta durante diez años; necesito recuperar el tiempo perdido.

—Y yo te ayudaré si me dejas —dice precavido mirándome tímidamente.

El local al que me lleva a pesar de ser una hamburguesería, es bonito. Una pared entera es una gran pizarra en la que está escrita toda la carta a lo largo y ancho de la pared. Pequeñas mesas redondas de madera la acompañan.

El camarero llega con nuestro pedido en dos cajas de madera pequeñas, las deja sobre la mesa y se marcha diciéndonos «que aproveche, señores». La pequeña cajita de madera, parece de las que están en las paradas del mercado, donde pones las hortalizas frescas; solo que esta es en tamaño mini y lleva una hamburguesa, un pequeño cubo metálico repleto de patatas fritas y una bandejita con una pequeña ensalada.

—¡Qué buena pinta!

Cojo la hamburguesa, el me imita y mirándonos a los ojos divertidos, le

hincamos el diente manchando nuestras respectivas bocas. Intento masticar todo lo que tengo en la boca, pero es que el bocado ha sido tan grande, que apenas me cabe y no puedo masticar. Nos entra la risa a ambos y tengo que hacer un gran esfuerzo para no acabar pareciendo un aspersor y echarlo todo.

Héctor está muerto de la risa, claro, él sí que ha conseguido masticar y tragar todo lo de su boca y ahora solo se dedica a mirar el espectáculo a la espera de que haga el ridículo. Pero soy muy tozuda, a eso no me gana nadie y acabo tragando, sí o sí.

—Muy bien —aplaude—, pensé que tendrías que escupirlo.

—Eres un idiota. ¿A que me la acabo antes que tú?!

—¿En serio? —Lo miro con una ceja arqueada y una mirada desafiante, todavía con la hamburguesa en las manos.

Sin decir más, ambos empezamos a morder. Los bocados que le doy esta vez son más pequeños, los puedo digerir mejor y más rápido, pero Héctor... su boca hace por dos de la mía y claro, cuando a mí todavía me queda como la mitad, a él solo le queda un mísero bocado que me enseña antes de metérselo en la boca.

—¡No se vale!

Pero no contesta, se lo mete en la boca y levanta los brazos a modo de vencedor, para después empezar.

—¡Yeeaaahh!

—Eres un fanfarrón.

—No te piques con quien no puedas ganar, nena. —Le doy con el puño cerrado en el hombro—. Venga, acaba que te voy a llevar a un local en la zona del puerto que seguro que te encantará.

—Acuérdate que a mí me gusta mover el culo, nada de locales con música electrónica —Meto el último trozo en mi boca.

—Te conozco mejor de lo que te imaginas.

Héctor se levanta y se dirige hacia la barra.

—Héctor —se gira a mirarme—, hoy invito yo.

—Mejor me invitas a una copa y brindamos por un nuevo futuro. —Me dedica una sonrisa amplia que hace que se remueva todo en mi interior. Asiento, se gira y continúa andando.

Estamos frente a la playa, una playa kilométrica como jamás hubiera podido imaginar, soy muy de pueblo... la cola para entrar al local es inmensa

y, un grupo de chicas jóvenes ríen mientras le hacen ojitos a un chico que creo que les ha gustado a todas, pero que solo se llevará a una de ellas, pues destaca entre las demás. Qué injusto.

Después de media hora de espera conseguimos entrar al local en el que resuena una música de esas que hacen que se me mueva cada parte de mi cuerpo: ¡pachanguera! La decoración es un tanto playera y hace un ambiente muy informal y divertido. Sobre las barras, varios camareros y camareras vestidos de hawaianos, con collares de flores y faldas de flecos bailan los ritmos mientras la gente los jalea animándolos.

—¿Qué te parece? —pregunta poniendo una mano en mi cintura.

—¡Me encanta! No podías haber acertado más.

Héctor agarra mi mano para llevarme directamente al centro de la pista donde un chico de pecho descubierto, nos tiende un par de collares de flores artificiales; Héctor los toma y me coloca él mismo el mío mirándome directamente a los ojos, lo que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

—Te favorece.

—Anda, no digas gilipolleces.

—No seas mal hablada, niña.—Lo miro sonriente, él sonrío también—. ¿No ibas a invitarme a una copa?

—Y a dos o tres, hoy voy a emborracharme.

—¡No! —dice aluciano mirándome con las cejas arqueadas.

—¿Por qué no? —sonríe— hace siglos que no salgo a divertirme. ¡Me voy a agarrar un pedo como un piano.

—Por mí ningún problema, te cojo en brazos para volver a casa. —Me echa un brazo por los hombros y yo rodeo su cintura para empezar a andar hasta la barra.

La chica de la barra hace algún que otro malabarismo con la botella de vodka que le sirve a un chico frente a ella, lleva un bikini blanco, una falda de flecos, una corona de flores y un collar al cuello. Frente a la barra, un montón de arena de playa la rodea y, en el centro de la pista, una gran pelota de playa va pasando de persona a persona haciéndola girar por los aires.

—Dos cucarachas, un *gin-tonic* y un *gin-lemon*.

—¿Qué es una cucaracha?

—¡Ya lo verás!

La chica prepara dos pequeños vasos y empieza a verter en ellos varios licores que no alcanzo a reconocer a pesar de trabajar en un bar, le dedica una

sonrisa a Héctor que me desagrada bastante para fastidio mío y saca un pequeño soplete.

—¿Qué hace? —Señalo el vaso que empieza a arder. Me tiende una pajita.

—Te lo tienes que beber muy rápido y con pajita.

—¿En serio me tengo que beber eso ardiendo? —Asiente—. Guauuu...

—Venga, a la de tres. Una, dos y tres.

Metemos la pajita en el pequeño vaso y bebemos muy deprisa antes de que la llama deshaga el plástico. Siento como me arde la garganta y el fuego baja hasta mi estómago dejándolo abrasado.

—¿Qué te ha parecido?

—Que si me tomo otra más, tendré que salir de aquí a gatas. —Una preciosa carcajada sale de su pecho.

—Esa era la intención, ¿no?

No me deja contestar, toma mi mano sin permiso y me lleva de nuevo hacia la pista donde empieza a bailar tomando mi mano y me hace girar varias veces, y con cada una de las vueltas, yo vuelo muy alto, sintiéndome plena, libre y feliz por fin.

En una de las vueltas, me reconduce hasta él, quedando mi espalda pegada a su pecho; miro hacia arriba y veo sus ojos oscuros y profundos devorándome con la mirada, un hormigueo intenso se pasea por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Sin poder evitarlo, miro su boca que me parece terriblemente apetecible y, sin pensarlo demasiado, alzo la cabeza para rozar con suavidad mis labios con los suyos.

—¿Estás segura? —pregunta al separarme. Me giro y echo los brazos alrededor de su cuello.

—No. —Niego con la cabeza, seria—. Pero no puedo evitarlo.

—Pues no lo hagas —responde ladeando la cabeza.



Cristhian está mirando entre el gentío, cuando me ve alza la mano y sonrío; un nudo aparece en mi estómago, porque Elena tiene razón y me tengo que enfrentar a lo que empiezo a sentir por Hugo y que hace que mi relación con Cristhian no sea más que una sombra de la que un día fue.

—¡Daniela! —dice levantando la mano.

Me acerco a él arrastrando mi *trolley* roja, como he dicho alguna vez, es mi color favorito.

—Por fin estás aquí —me rodea con sus brazos y besa mi coronilla—, se me han hecho eternos estos días.

—¿En serio?

—Ajá. ¿No lo crees?

—Bueno, no es la primera vez que nos distanciamos unos días. — Empezamos a andar por el aeropuerto de El Prat.

—Lo sé. Pero esta vez es distinto —Asegura mirando al frente.

—No veo el porqué.

—Te invito a comer en mi casa y charlamos tranquilamente, ¿te parece?

—¿No tienes que trabajar?

—Me tomo unas horas libres para estar con mi mujer, ¿tan raro te parece?

—Toco su frente—. ¿Qué?

—¿Te encuentras bien? —pregunto parándome en seco, él asiente—. ¿Desde cuándo soy tu mujer?

—Daniela —retoma la marcha—, hace muchos años que estamos juntos, no veo por qué te sorprende que hable de esa forma.

Si no lo conociera tan bien, diría que está nervioso, pero es Cristhian, una de las personas más frías y calculadoras que he conocido en mi vida; él jamás

se pone nervioso, ni siquiera en las situaciones más tensas. Tiene un autocontrol digno de envidiar, y no es que a mí me haya faltado alguna vez, como he explicado, soy una persona que necesita una organización máxima y odio que las cosas se escapen de mi control; pero él... lo lleva a un extremo.

El tráfico de Barcelona es denso y tardamos bastante más de lo que me gustaría hasta Poble Nou donde vive Cristhian, muy cerca de la Torre Agbar, todo un espectáculo lleno de luces por la noche.

—Pasa, por favor.

Me siento en el sofá de piel negro y miro a mi alrededor. El piso de Cristhian es bonito, eso es indudable, pero, después de estar en casa de Hugo, aquí todo lo encuentro tan frío e impersonal, tan sin alma, tan... como él, que hace que se me escape un suspiro del pecho.

Cristhian aparece de la cocina portando dos copas de cava, una en cada mano. Deja sendas copas sobre la mesa de roble que descansa delante del sofá y se sienta muy cerca de mí. Lleva su característico traje de Armani, con la corbata perfectamente alineada y bien colocada; su pelo peinado con cuidado, sin que un mísero pelo salga de su sitio y la barba recién recortada para que esté perfecta. Paso una mano por ella que raspa bajo la palma de la mano, es curioso que ya no provoque el mismo efecto que anteriormente.

—Estás muy raro, ¿va todo bien? —Asiente y sonrío.

—Sí, verás, todo lo que ha pasado me ha dado mucho que pensar, Daniela.

—Me estás poniendo nerviosa. —Agarra mis manos y sonrío.

—Me he dado cuenta de que no te he valorado como te mereces, y que has sufrido por no haber estado contigo cuando tantas veces me lo has pedido. Lo siento. —Se acerca y besa mis labios con delicadeza.

—No importa, Cristhian. Nosotros siempre hemos sido así, nunca hemos puesto nuestra relación por delante de nada.

—Pero quiero que eso cambie —mete la mano derecha en el bolsillo interior de su americana—, a partir de hoy, quiero que seamos lo primero por sobre todas las cosas del mundo.

—¿Qué haces? —Las manos me tiemblan, lo miro nerviosa y este, sonrío.

—Daniela, es hora de juntar nuestros caminos para siempre, ¿no crees? —Abre la cajita negra de terciopelo, mostrándome un anillo con un gran solitario en medio, acompañado de un sinfín de diamantes que rodean el aro —. Daniela, ¡casémonos!

Mi mano derecha se va directamente hacia la boca para tajarla, pues se ha desencajado. La mente me va a mil por hora, mostrándome imágenes de nuestros inicios, de lo felices que serían mis padres, del futuro que podríamos tener. Pero también de Hugo, de nuestros paseos a caballo, de nuestras peleas de cosquillas, de sus brazos rodeando mi cuerpo. El vello de mi cuerpo se eriza, mis ojos se cierran y Cristhian espera una respuesta.

—Qué me dices, Daniela, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —respondo sin querer pensar un segundo más.

Toma mi cara entre sus manos y aplasta sus labios contra los míos, y una pequeña lágrima se escapa de mis ojos mejilla abajo, y no sé si es de tristeza o de felicidad.

—Ahora mismo voy a llamar a tu padre para explicárselo, aunque él sabía que me dirías que sí.

—¿Lo sabía mi padre? —recoloco un mechón de pelo detrás de la oreja, nerviosa.

—Claro —se levanta sacando el móvil de su americana—, los dos me ayudaron a escoger un buen anillo.

—Como no... —frunzo los labios.

—No te entiendo, ¿te ha molestado?

—No te preocupes, todo está bien. —Agarro la copa de champán, él deja el móvil un segundo para coger también la suya y brindamos—. Por nuestro futuro enlace.

—Por nosotros. —Entrechocamos las copas y dejo que el líquido dorado burbujeante cosquillee por mi garganta.

Cristhian busca el teléfono de mi padre en su móvil inmediatamente después de dejar la copa sobre la mesa, para darle la buena noticia. Parece que le importa más darle la noticia, que el momento en sí que deberíamos haber vivido. Se mueve nervioso por el salón, yo me levanto con la copa en la mano y aparto la cortina para mirar al infinito desde las alturas.

Me pregunto qué dirá Elena cuando se entere, bueno, en realidad ya lo sé; pondrá el grito en el cielo y me llamará cobarde, algo que en mi vida había sido, pero es que últimamente no me siento yo... parezco una sombra de lo que un día fui. Atrás quedó esa chica fuerte y decidida que cumplía todos sus sueños sin importar lo que costara.

Le doy un trago a mi copa sumida en mis pensamientos, escuchando de fondo la risa de Cristhian que continua hablando con mi padre, creo que este

enlace es entre ellos y que yo, solo soy una más entre una relación que empezó entre ambos hace un montón de tiempo. ¿Tendrán en cuenta lo que yo realmente deseo o solo mirarán lo que es mejor y no podré hacer nada? Un suspiro se escapa de mi pecho.

—¿En qué piensas? —dice pegado a mi oído desde atrás.

—¿Qué?

—Digo que estás muy pensativa.

—¿Cómo se han tomado la noticia mis padres? —me giro para verlo mejor.

—¡Estupendamente! —Sonríe abiertamente—. Nos han invitado mañana a cenar en casa, ¿te parece?

—¿Qué les has contestado?

—Pues... qué sí —dice borrando la sonrisa de su rostro.

—¿Entonces para que me preguntas si me parece bien?

—Daniela —pone las manos en mis hombros—, estás un poco rara, ¿estás bien?

—Claro —le doy un sorbo a mi copa—, solo que acostumbráis a dar las cosas por sentado antes de saber mi opinión, Cristhian, y no me parece bien.

—Pues no era mi intención —pasa su dedo pulgar por mi rostro—, disculpa si te ha molestado.

—Por supuesto. —Se acerca y besa con suavidad.

La noche vuelve a recaer sobre mí con fuerza. Vuelve la oscuridad, sus manos sobre mi cuerpo y esa sensación de sentirme sucia e invadida. Vuelve el sudor en mi frente y la respiración entrecortada. Me he despertado un mínimo de diez veces esta noche, y claro, ahora estoy hecha un asco. Me miro frente al espejo del cuarto de baño y me cuesta mantenerme la mirada, parece que la chica que está al otro lado poco tiene que ver conmigo, y eso, me cabrea bastante. He decidido volver a la oficina, necesito retomar mi vida cuanto antes, tener una rutina y normalidad para volver a mi ser.

Me he calzado mis tacones rojos y los he acompañado con un vestido negro ceñido justo por debajo de la rodilla. Me he esmerado en arreglar mi pelo y pintar de rojo mis labios, decidida a ser yo de nuevo sí o sí, porque quizás si los demás se lo creen, me lo acabaré creyendo yo también.

En la oficina todo el mundo ya trabaja desde hace por lo menos una hora, y ni siquiera he avisado que me reincorporaba hoy; pero aquí estoy, dispuesta

a comerme el mundo de nuevo. Todos me miran al entrar, a pesar de estar con clientes o tecleando con el ordenador, soy motivo de observación, yo sonrío y saludo con un leve asentimiento de cabeza. Laura, mi asistente, está al teléfono cuando paso por su lado, abre bien los ojos como aquel que acaba de ver un fantasma, le sonrío igual que al resto y entro en mi despacho, pero este no está vacío, un hombre de mediana edad está en mi silla y tras mi ordenador.

—Buenos días. —Él alza la cabeza y me mira.

—Buenos días, ¿y usted es?

—Daniela Guzman, la directora de esta sucursal. ¿Con quién tengo el placer de hablar? —El hombre sonrío y se levanta.

—Soy Sebastián, su suplente. —Me tiende su mano y la acepto de mala gana.

—Desconocía que tuviera un suplente.

La puerta se abre y entra Laura que se le ve algo apurada.

—Daniela, que alegría tenerte aquí. —Me abre los abrazos y acepto el abrazo.

—Gracias, Laura. ¿Puedes explicarme esto?—Le echo una ojeada al tipo de mi derecha.

—Verás, desde arriba pensaron que tardarías en volver después de...

—Sí, puedes decirlo, después de la violación que sufrí. —El hombre abre sus ojos de par en par.

—Sí... querían que no tuvieras prisa en volver, que te recuperaras.

—Ya, claro...

—¿No debería haber avisado antes de su vuelta?

—Puede ser, pero como he dicho —lo miro con una ceja arqueada—, desconocía que habían puesto a alguien en mi puesto.

—¿Qué le parece si llamamos juntos a la central para solucionarlo?

—No se preocupe, yo misma puedo llamar desde mi despacho.

—Lamento el malentendido, Daniela, pero yo de momento tengo órdenes de permanecer en esta oficina.

—Está bien —respondo finalmente.

Solo me faltaba esto cuando lo único que necesitaba era volver a la normalidad. Salgo un segundo y me siento con Laura, pues Juanjo, mi jefe en la central está reunido y no nos puede atender.

—¿Cómo estás? —pregunta apoyando su mano sobre mi muslo. Suspiro a

la vez que mis ojos se ponen en blanco.

—Mal, sé que necesito ayuda, Laura. —Hago una pausa—. Pero necesitaba volver a mi rutina, trabajar y dejar de pensar.

—Te entiendo. No puedes quedarte en casa sin hacer nada y darle mil vueltas a la cabeza. Además, tú eres fuerte. —Aprieta mi muslo y sonrío.

—Era fuerte —puntualizo.

—Lo volverás a ser, ya lo verás. Por cierto, en dos semanas es la cena de gala de beneficencia.

—¿Ya?

—¿No lo recordabas? —Niego con pesar cerrando los ojos.

—No, y no tengo vestido.

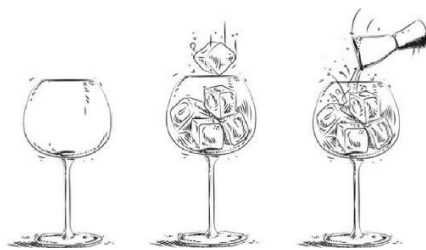
—Seguro que todavía encuentras algo.

—Seguro que sí.

—¡Oye! —Exclama viendo mi mano derecha—. ¡Menudo pedrusco! Veo que por fin vais a dar el gran paso como el resto de los mortales —dice con una sonrisa maliciosa de medio lado en los labios.

—Eso parece —miro mi anillo—, es bonito, ¿verdad?

—Si no te gusta, ya me lo quedo yo. —Me guiña un ojo.



SUSANA

—Vas a volverme loco. —Sonrío aplastando mis labios contra los suyos, que están deliciosos.

—Me encanta volverte loco —declaro. Mordisqueo su labio inferior detrás de una columna todavía en la discoteca, como dos adolescentes.

—Vámonos de aquí —suplica en mi oído. Asiento.

Agarra mi mano y salimos del local casi corriendo, riendo y esquivando a cada persona que se interpone en nuestro camino, que no es poca. Fuera, el paseo está repleto de gente que va de local en local, riendo y bebiendo sin parar. Nosotros seguimos corriendo a pesar de las miradas, a pesar de los comentarios; pero esta noche nada importa porque soy feliz.

—¿Dónde vamos? —pregunto intentando seguir su ritmo. Él gira la cabeza para mirarme.

—¿Qué importa? —Para, me agarra de la cintura y me levanta del suelo dándome una vuelta—. Mientras estemos juntos... —Asiento.

Entramos a un hotel muy cerca del puerto en el que creo que nos van a cobrar una pequeña fortuna por pasar aquí una única noche, pero a Héctor no le importa; está eufórico, nervioso y contento; todo a la vez.

—Estamos locos —declaro andando por el pasillo que nos conduce a nuestro dormitorio.

—¿Y no es bonito? —Ambos reímos.

Nuestro dormitorio es amplio, el suelo es de parquet y la zona de la cama, la recubre una gran alfombra. Tiene una pequeña terraza con vistas al mar, me siento y miro al infinito, se ven miles de lucecitas a un lado y a otro, mar

adentro. Aquí solo falta una cosa: las estrellas, que no se ven apenas.

Héctor se acerca con una botella en una mano y dos copas en la otra, lo deja todo sobre la mesa de la terraza.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estaba en el mueble bar. —Empieza a descorchar la botella.

—¿Y no sabes que las bebidas del bar de una habitación son carísimas?

—¡Qué obsesión con el dinero! —Me da un rápido beso en los labios—. ¿No sirve el dinero para gastarlo? Yo no quiero ser el más rico del cementerio, quiero haber disfrutado de los placeres de la vida, quiero gastar todo lo que tengo, y si es compartiendo momentos contigo, mejor.

Me deja sin palabras, Héctor está desinhibido y dice lo que piensa sin cohibirse una pizca, algo que llega a incomodarme levemente. Sirve ambas copas, me tiende una y se queda la otra.

—Por esta noche. —Asiento entrechocando mi copa con la suya y bebo después.

Se sienta a mi lado, me bebo el vino blanco de la copa de un solo trago y la relleno de nuevo, yo necesito una ayuda extra para sentirme así de libre, solo un pequeño empujoncito. Me siento sobre él y rozo mis labios con los suyos haciendo que se le escape un pequeño jadeo que hace que me ponga a mil por hora.

—¡Dios, cuantas veces he soñado con esto! —declara con los ojos cerrados.

—Shhhhhh...

No quiero hablar, solo dejarme llevar por una vez en mi vida. Agarro los extremos de mi camiseta y la saco por la cabeza, dejando a la vista el sujetador negro básico que llevo. Es sencillo pero bonito y me realza el poco pecho que tengo. Héctor me besa el cuello apartando el pelo para verlo con claridad. Tiro la cabeza hacia atrás y me dejo hacer. Sus manos se apoyan cada una en uno de mis pechos haciendo que esta vez sea a mí a quien se le escape un gemido.

—¿Estás segura que es lo que quieres?

—Joder, Héctor, bésame.

Inmediatamente me obedece, su lengua entra en mí boca llenándolo todo, su mano derecha la mantiene en mi nuca mientras nuestras lenguas se enredan la una en la boca del otro. Empiezo a moverme sobre él, buscando el placer de ambos. Héctor me desabrocha el sujetador y deja mi pecho al aire,

baja la mirada, los mira y se muerde el labio inferior. Los acaricia con mimo.

Me giro un momento, agarro la copa de vino y bebo, y con el líquido de mi boca lo paso a la suya, lo que hace que el bulto de su entrepierna crezca notablemente.

—¿Ves cómo me pones? —Agarra mi mano y la pasea por su bulto que está muy, muy duro, lo que hace que mi braguita se moje al instante.

Se levanta conmigo en brazos y me lleva hacia la cama donde me deja con delicadeza, se pone sobre mí y besándome, empieza a desabrochar el botón de mi pantalón. Yo tomo el extremo de su camiseta y se la quito por la cabeza separándonos un solo segundo de nuestros labios. Levanto el trasero para que pueda bajar el pantalón al que le tengo que ayudar porque es bastante apretado y no está muy por la labor de salir.

—Se resiste —dice con su boca pegada a la mía. Ambos reímos.

—Eso parece, pero descuida, yo te ayudo.

Cuando por fin los pantalones han salido volando, él se incorpora, desabrocha su pantalón y se lo quita torpemente haciendo que medio se caiga de lado. Una carcajada espontánea sale de mi pecho.

—Eres un patoso —digo riendo todavía.

—Solo contigo.

Se echa de nuevo sobre mí y empieza a pasear su mano por mi pierna con delicadeza, cosquilleando mi piel y erizándola a su paso. Jamás pensé que la próxima vez que intimara con alguien después de lo que me pasó, me sintiera tan tremendamente cómoda.

Yo misma me quito la braguita, que está empapada por lo que me hace sentir. Su mano pasea por la parte interna de mi muslo y se acerca con decisión hasta mi sexo que lo espera anhelante, y cuando por fin lo roza con la yema de sus dedos, mi espalda se arquea, mi cabeza se echa hacia atrás y Héctor besa mi cuello con devoción. Toco su pelo, lo revuelvo con mis manos a medida que él juega con mi clítoris y este se va hinchando por el placer que me está regalando.

—Joder, Héctor, te quiero dentro de mí ¡ya!

Él no se hace de rogar, rasga el envoltorio del preservativo que previamente ha sacado de su cartera, y se lo coloca mientras yo lo miro algo nerviosa y con ganas a la vez. Se acerca a mí de nuevo, mirándome a los ojos y besa mis labios, primero despacio y poco a poco más intenso, más apasionado. Noto en mi hendidura la punta de su miembro, como pidiendo

permiso para entrar y yo me abro más de piernas invitándolo. Me apoyo sobre mis codos, cierro los ojos y voy notando como poco a poco me va llenando y un cosquilleo recorre todo mi cuerpo.

—¿Así? —pregunta algo inseguro. Asiento.

—Sí, así.

Nuestra frentes chocan y noto como, por fin, él me ha llenado por completo y empuja dentro de mí. Yo estoy completamente cachonda, hasta el punto de notar lo mojada que llego a estar y como resbala él en mi interior.

—Más fuerte —pido.

—No quiero hacerte daño. —Me mira.

—No lo vas hacer, tú no. —Asiente.

Empuja un poco más en mi interior, yo abro más las piernas para que tenga un mejor acceso, y con cada sacudida, ambos jadeamos. Agarro su pelo con fuerza y tiro levemente de él.

—¡Joder!

—¿Qué? —pregunto.

—Qué bien te mueves.

Sigue apretando en mi interior, cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Cuela una mano entre ambos que dirige directamente a mi clítoris y lo toca con pequeños y efectivos círculos, haciendo que un hormigueo se pasee a lo largo de mis piernas y llegue directamente hacia mi sexo extasiado de sensaciones.

—Me voy a correr —declaro entre gemidos.

—¡Sí! —responde apretando los dientes y la mandíbula tensa.

Héctor aumenta la velocidad y la fuerza de sus embestidas, haciendo que yo me corra de forma gloriosa, él continúa apretando con fuerza, sus brazos al lado de mi cabeza están en tensión, por su frente resbalan gotas de sudor y lo noto convulsionar e incluso derramarse en el preservativo a la vez que emite un sonido gutural de su garganta para después caer desplomado sobre mí.

—¡Dios! —exclama con la boca en mi clavícula. Suspiro



HUGO

—Eres tan malo que no le vas a dar ni a un mísero bolo.

—Ahí va —lanza la bola—, ¡ya lo veremos! —La bola impacta justo en el centro de los bolos, dejando en pie apenas tres—. ¡Ahí lo tienes!

—Falta que consigas darle a esos tres —digo con ironía riendo.

Agarra de nuevo la bola y la lanza con efecto haciendo que los tres puñeteros bolos caigan al suelo y Héctor baile moviendo el culo provocándome auténticas arcadas.

—¡Deja de mover el culo!—Hago una mueca de asco con los labios, frunciéndolos—. Voy a tener pesadillas. —Una carcajada sale de su pecho y otra del mío.

—Pues a Susana le gusta —responde ampliando su sonrisa. Se sienta a mi lado.

—¿Has quedado con Susana? —Asiente sonriente y mira el suelo con los antebrazos apoyados en los muslos.

—Sí, y fue muy bien. —Me mira—. Me gusta mucho, Hugo.

—Ves con cuidado, no creo que ella ahora esté como para empezar relaciones con nadie.

—Poco a poco.

—¿Le has dicho lo que sientes por ella? —Me levanto de mi asiento.

—No creo que haga falta.

—Pues yo creo —agarro la bola que llega en ese momento— que tenéis una conversación pendiente. Es mi amiga, pero no quiero verte sufrir.

—¡Qué dices! Tira, anda, que solo estás haciendo tiempo para lo inevitable. ¡Vas a perder! —Se cachondea de mí riendo.

Mientras dura la partida, estamos así todo el rato, riéndonos él uno del otro. Por desgracia, Héctor gana la partida por algunos puntos de ventaja y me acribilla.

—El ganador invita ¿no?

—Venga va, hoy invito que estoy de buen humor.

Nos sentamos en la barra del bar de la bolera y pedimos una caña cada uno que acompañan con unas aceitunas.

—¿Y tú qué? —pregunta metiéndose una aceituna en la boca.

—¿Yo qué, de qué?—Lo miro sin entender.

—Con Daniela me refiero. —Suspiro, miro al frente y le doy un trago a mi copa.

—No lo sé, pero algo me dice que no tengo nada que hacer con ella. —Lo miro—. Me he enterado por su abuela que ha vuelto de París, pero no me ha dicho nada.—Palmea mi hombro.

—Si de verdad es la que crees la mujer de tu vida —empieza a decir todavía con la mano en el hombro izquierdo—, no la dejes escapar. Lucha por ella, total, no tienes nada que perder.

—Mira, en eso tienes razón, no tengo nada que perder. —Entrechocamos nuestras copas y bebemos.

Antes de que nos demos cuenta la noche ha caído; Héctor se marcha porque mañana tiene turno a las seis de la mañana y yo me marcho también. Todo está a oscuras cuando llego, mis padres no deben estar, porque aparcado fuera solo está el coche de mi madre. Deben haber salido a cenar como tantas noches. Entro en casa y dejo las llaves en el platillo de al lado de la puerta, dándole vueltas a las palabras de Héctor, pensando en que no debo darme por vencido, no al menos hasta que ella me lo diga de su boca.

Me siento en el sofá y me quito las deportivas blancas con las puntas de los pies, apoyo los pies sobre la mesa y miro a mi alrededor, y no puedo evitar recordar la última vez que la tuve aquí, desparramada por mi sofá muerta de la risa, la guerra de cosquillas que se desató y las preciosas carcajadas que emanaban de su garganta y, al recordarlo, la piel de mis brazos se eriza. Suspiro, saco el móvil del bolsillo trasero y me decido a escribirle.

Hugo:
Buenas noches, princesa.

¿Cómo va por París? 21:50

No tarda demasiado en ponerse En línea y un escribiendo que me parece eterno.

Daniela:

Hola, Hugo, verás en realidad hace unos días
Que llegué. 21:50

Hugo:

Vaya... no me habías dicho nada. 21:52

Daniela:

Lo sé. Lo siento.
He creído que es lo mejor. 21:52

Hugo:

¿Eso quiere decir que has tomado una decisión? 21:53

Daniela:

Supongo que sí. Creo que es lo mejor, Hugo.
No te enfades, por favor. 21:53

Hugo:

¡Por supuesto que no!
Eres libre de elegir lo que tú creas mejor
Pero... ¡qué sepas que te equivocas! 21:53

Daniela:

Puede ser, no te lo negaré.
Pero no tengo fuerzas para escoger otra cosa. 21:54

Hugo:

¿Seguimos siendo amigos? 21:54

Daniela:

¡Por supuesto! La duda ofende. 21:54

Hugo:

De acuerdo, espero verte pronto, amiga... 21:55

Daniela:

Buenas noches, Hugo.
Un beso. 21:55

Hugo:

Ojalá estuvieras aquí para dármelo.

Dejo el teléfono sobre la mesa con un nudo en el pecho, de rabia, de pena... porque a pesar de haberle dicho que lo acepto, no es así; está equivocada y se lo voy a demostrar.

Salgo de casa, las paredes parece que se estrechan a mi alrededor, y tengo la sensación de que se me cae encima. Aparco el coche y entro en La Guarida donde Susana todavía está detrás de la barra.

—Hola —me saluda con una sonrisa—, ¿cómo tú por aquí a estas horas?

—¿Y tú?

—Sara está con una amiga, estoy haciendo algunas horas extras, las necesito.

—Ya imagino. Ponme un *whisky*, por favor.

—Vaya —se gira a coger la botella—, vas fuerte hoy.

Agarra un par de vasos de la estantería, los coloca en la mano izquierda y pone hielo en ambos para dejarlos en la barra y rociar el interior con el licor ambarino.

—¿Por quién brindamos? —dice refirmándose en la barra.

—Por nosotros mismos, que coño, nos lo merecemos. —Cojo el vaso y lo entrechoco con el suyo.

—¡Salud!

No acostumbro a beber whisky, solo en alguna ocasión especial o alguna fiesta, pero hoy solo quiero compadecerme, aunque sea un rato.

—¿Qué te pasa, Hugo? —Me mira fijamente y yo también—. Déjame adivinar, Daniela. —Asiento.

—Qué fácil te ha sido.

—Sí, es que eres un libro abierto —su mano busca la mía sobre la barra y la aprieta en señal de afecto—, además de llevar a nuestras espaldas unos cuantos años de amistad. Te conozco bien. —Asiento frunciendo los labios—. ¿Te la ha jugado?

—En realidad no, nunca me ha dado esperanzas... yo solito me las he hecho. —Suspiro—. Joder, se está equivocando y lo sabe.

—Es una pena, entonces. Yo cometí ese error durante demasiado tiempo y, aunque no comparo su situación con la mía, el solo hecho de estar con una persona a la que no amas, es una tortura.

—Podrías —le doy un trago a mi vaso— hablar con ella, quizás a ti te

escuche.

—¿Yo? —Sus ojos se abren como platos. Niega repetidamente con la cabeza—. Ni hablar, a pesar de todo, sabes que Daniela no es santo de mi devoción.

—Era broma. —Sonrío y ella suspira de alivio—. ¿Y tú con Héctor?

—Preferiría no hablar del tema. —Se coloca un mechón tras la oreja y esquiva mi mirada.

—Joder, Susana, ¡está loco por ti! —Cierra los ojos y se muerde el labio inferior.

—Yo también siento algo, Hugo —se endereza y mesa su pelo—, pero es muy complicado.

—Yo no lo creo.

—Tú no vienes de la situación que vengo yo. No te atrevas a creer que sabes lo que siento y lo que no. El miedo que he pasado, me he sentido en una puta jaula durante toda mi vida. Ahora soy libre y, solo me debo a Sara.

—Puedes deberías dejárselo claro.—Asiente.

—Claro, eso haré.



Unos golpes en la puerta de mi despacho me sobresaltan, la puerta se abre y Cristhian entra sin permiso por mi parte. Me quito las gafas de pasta negra y las dejo sobre mi escritorio.

—Hola, te invito a comer, ¿te apetece? —Miro mi reloj que marca las dos.

—Claro, dame un minuto. —Se sienta en la silla negra frente a mi escritorio. Me coloco de nuevo las gafas—. Estoy acabando de redactar el informe para la reunión de mañana con mi jefe.

Sigo tecleando en mi ordenador, con la mirada fija en la pantalla, estoy seria. Parece que la sonrisa últimamente ha desaparecido de mi rostro y nada hace que vuelva. Se debió quedar en París.

—Oye, Cristhian, en dos semanas es la cena de gala, ¿vendrás este año? —Desvío la mirada de la pantalla y lo miro un segundo. Él bufa.

—¿En serio? Sabes que no lo soporto.

—Joder, nunca haces nada por mí.

—Eso no es cierto —se levanta—. ¿Por qué dices eso? sino, mírate la mano. —Arqueo las cejas y lo miro anonadada, con la boca abierta.

—¿Disculpa? —Alzo la mano derecha— ¿esto es por mí? —Ladeo la cabeza esperando una respuesta.

—Ha sonado mal, lo reconozco, pero no es así. A veces me cuesta expresarme.

—Ya. ¿Sabes qué? Qué da igual, no quiero que vengas, ya estoy acostumbrada a ir sola. —Me firmo en el respaldo de la silla—. Qué diferente sería si te lo pidiera mi padre—digo renegando con la cabeza.

—Daniela —alza las manos y las deja caer—, ¿estás celosa de tu padre?

—Claro que no —me levanto yo también—, además, yo no soy celosa.

—Pues me ha dado esa impresión. —Se acerca y roza el dorso de la mano por mi mejilla, muy cerca de mi rostro.

—Vamos, anda, ¿Dónde has dicho que tenías la reserva?

—No lo he dicho.

—Te sigo en mi coche. —Asiente.

Recojo el bolso del colgador y lo coloco en mi brazo justo antes de salir por la puerta. Laura me para con la mano alzada cuando me ve aparecer y Cristhian pone los ojos en blanco.

—Daniela, tengo al teléfono al señor Pérez para convocar una reunión contigo —dice tapando el auricular del teléfono.

—Mira en mi agenda y dale la primera hora que tenga disponible con margen de tiempo. Lo anotas y me avisas, por favor.

—De acuerdo. —Asiente—. ¡Qué os aproveche!

—Gracias, Laura.

Cristhian va a mi lado, con su mano en mi espalda mientras nos encaminamos al exterior. Fuera hace un sol de escándalo, me coloco las gafas de sol negras D&G y le doy un beso en la mejilla a Cristhian antes de meterme en el interior del coche.

—Te espero aquí.

—De acuerdo.

La comida es aburrida, ambos estamos serios, apenas cruzamos cuatro palabras mientras degustamos nuestros platos y miramos nuestros respectivos móviles con asuntos de trabajo, que parece ser que nos importan más que nuestra compañía y, a mi mente, le ronda un único pensamiento que hace que me oprima el pecho: ¿estoy haciendo lo correcto?

Por la tarde, cuando llego a casa me cambio y me voy a correr, hace tiempo que no lo hago; de hecho, desde aquella noche y, como me ha dicho la psicóloga a la que he empezado a ir, necesito empezar a hacer vida normal, ir incorporando a mi rutina las pequeñas cosas de mi día a día que me hacen feliz, y correr, es una de ellas.

A pesar de las insistencias de Cristhian todavía no vivimos juntos, yo necesito tiempo, hacerme a la idea y digerir que le he dicho que sí, que nos vamos a casar, y lo peor de todo, sin saber si estoy haciendo lo correcto.

El móvil empieza a sonar cuando estoy a punto de salir por la puerta de casa, es mi madre que desde que he llegado está un tanto pesada con el tema

de la boda a pesar de no haber puesto todavía una fecha oficial, pero ella la quiere ya, sí o sí y empezar con los preparativos, porque por sí tenía alguna duda, al final ella se acabará encargando de todo; total, a mí el tema de la boda me da un poco igual, solo es firmar un contrato.

—Hola, mamá —la saludo frente a la puerta de casa.

—Hola, cariño. ¿Estás en casa?

—Sí, pero ahora mismo iba a salir.—Paso una mano por la nuca.

—Es que pasaba cerca de casa y...

—Mamá, iba a salir a correr.

—Solo será un momento, hija.

—Joder, mamá, que ahora me voy —exclamo un tanto exasperada—. Lo siento, no tendría que haberte hablado así —toco mi frente—, pero... lo necesito. Necesito salir a correr.

—Vale, si tan importante es para ti, ya nos veremos otro día.

—Gracias. Un beso, mami.

—Un beso.

Cuelgo, coloco los auriculares en los oídos y salgo escaleras abajo. Habrá quien piense que correr en Barcelona no es una buena idea; hay que ir esquivando a la gente y todo eso, pero a mí me encanta. Se respira vida, la gente andando de un lado a otro, las bocas de metro desbordadas en las horas punta.

Una hora después llego exhausta y sudada, pero también reconfortada. Hacer deporte me ayuda a no pensar; solo me concentro en la respiración acompañada con cada zancada, en no chocarme con ningún obstáculo y en superarme cada día un poco más a mí misma.

Ceno sola, no me apetece ver a Cristhian esta noche, la comida ha acabado en discusión para variar como venía siendo costumbre últimamente y estoy agotada emocionalmente hablando. Me preparo una sencilla ensalada que me como sentada en el suelo frente al televisor cuando mi móvil empieza a sonar de nuevo, pensando en que debe ser mi madre, que es muy persistente. Pero en lugar de la palabra «Mamá», aparece «Hugo» y un nudo en mi pecho se forma.

—Hola —le saludo sonriendo levemente.

—Hola —responde en un murmullo—. ¿Cómo estás?

—Sanándome poco a poco. —Suspiro—. Estoy intentando llevar una vida normal —dejo el tenedor en el plato—, que todo vuelva a su lugar.

—Me alegra saberlo, Dani. Eres fuerte.

—Gracias. Un día volveré, te lo prometo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —dice bastante serio.

—¿Estas enfadado? —al otro lado solo se escucha un suspiro y silencio después.

—No, claro que no. Solo frustrado, pero ya me acostumbraré. Solo tengo que hacerme a la idea, Daniela.

—Lo siento —digo con la voz rota—, todo esto empieza a superarme.

—Tranquila, no te preocupes por mí.

—La semana que viene mi empresa hace una cena benéfica de gala, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Y Cristhian? —Me muerdo el labio inferior pensando mi respuesta.

—No puede venir.

—Vaya —chasquea su lengua contra el paladar—, hacer de segundo plato no es que me emocione.

—No eres segundo plato, Hugo. Me gusta pasar rato contigo, eres mi amigo, te aprecio y no quiero perderte. Pero si no puedes, o no quieres, no te preocupes. Siempre se lo puedo decir a mi padre, a él estas cosas le encantan.

—¿A qué hora te paso a recoger?

—Eso... ¿quiere decir que vienes?

—Claro. Me muero de ganas de verte.

—Acuérdate que es de gala.

—Por supuesto, no te preocupes que daré la talla.

—No tengo ninguna duda. —Ambos reímos—. Nos vemos el viernes.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Hugo.

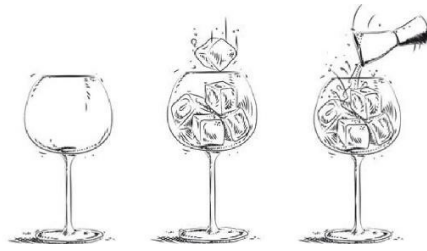
La comunicación se corta e inspiro profundamente para suspirar después. Por mi pecho y estómago se pasean cientos de mariposas que no deberían estar, me voy a casar con Cristhian y está mal sentir algo así por un hombre que no sea él.

Todo está a oscuras, vuelvo a correr por el campo solo iluminado por la luna llena. Estoy agotada de tanto correr y mi frente perlada por el esfuerzo que estoy haciendo. Mi corazón late desbocado y martillea fuertemente mi pecho, casi marcando el ritmo de mis zancadas. Estoy a punto de caer pues las piernas no me dan a más, y entonces, noto su mano en la tela de mi camiseta, agarrándola con fuerza. Chillo tanto como puedo; hasta el punto en

que me quema la garganta; él me retiene y cuando alcanzo ver su cara, es Hugo. Él me sujeta entre sus brazos y me abraza para que no tenga miedo, me acuna entre ellos y me susurra palabras tranquilizadoras que hacen que mi corazón se vaya serenando poco a poco y vuelva a latir a un ritmo más normal. Solo acelerado por sus caricias. Y entonces, sus labios rozan los míos y siento que ya nada malo puede pasar, no a su lado. A lo lejos se oye un pitido como de fondo, constante e incesante que hace que abra sin querer perezosamente los ojos. Todo ha sido un sueño.

Son las seis y media, la hora que suelo levantarme cada día para ir a nadar antes de empezar a trabajar y poder afrontar un día lleno de nervios, estrés y miles de reuniones larguísimas.

Cuando me tiro al agua, todo desaparece. Solo veo en azul, escucho mi respiración acompasada y el ruido que provocan mis brazos rompiendo el agua una y otra vez. Hago once piscinas nada más y nada menos. En el vestidor me coloco el traje negro que he guardado en la mochila y una camisa roja entallada semitransparente. Me peino frente al espejo secando con energía el pelo y pinto mis labios de rojo; el rojo me da fuerza, seguridad en mi misma. Necesito volver a ser la que era, y lo necesito ya.



SUSANA

Llaman a la puerta, me levanto del sofá donde estoy sentada mirando el televisor junto a Sara y abro sin preguntar. Héctor está al otro lado, sonriente, apoyado en el quicio de la puerta. Se acerca y me da un beso en la boca que no espero y que Sara ha visto sin duda. Me giro a toda prisa a mirarla, está levantada mirándonos fijamente y negando con la cabeza. Me mira con asco, con decepción, arrugando notablemente sus labios haciendo morritos. Sale del salón a zancadas decididas, haciendo que la coleta de caballo que lleva se mueva de lado a lado.

—¡Joder, Héctor! —Suspiro—. ¿Se puede saber qué haces? —Se queda paralizado.

—Disculpa... —dice cortado— pensé que le habrías dicho algo. —Lo miro con las cejas arqueadas y cruzándome de brazos.

—¿Qué se supone que le tenía que decir? —no responde—. ¿Que el otro día nos acostamos en un puñetero hotel en Barcelona? —Le recrimino duramente.

—Susana, creo que te estás pasando —responde ladeando la cabeza.

—No, Héctor. El que se ha pasado eres tú. Sabes por la situación que estamos pasando. Joder, no hace ni tres meses que no estoy con su padre, ¿puedes entender la opinión que puede llegar a tener de mí, si se entera de lo nuestro?

—Tranquila —alza una mano—. No volverá a suceder —contesta serio.

—Héctor —toco mi entrecejo con mis dedos índice y pulgar, pensando—, que te parece si quedamos un día y hablamos las cosas con calma. ¿Vale?

—Pues no sé, creo que todo ha quedado muy claro —responde con sus

dedos pulgares metidos en los bolsillos delanteros del vaquero y apoyándose sobre sus talones.

—No me pongas las cosas más difíciles —suspiro—, por favor.

—Está bien.

—Pásate por La Guarida una tarde o no sé, te aviso una noche que no esté Sara.

—Está bien, de acuerdo. Avísame ¿vale? —Asiento.

Me da un beso en la mejilla, se da la vuelta y se va cerrando la puerta tras él.

Me apoyo en la puerta dándome un pequeño golpecito en la cabeza; el otro día metí la pata hasta el fondo, jamás debí llevar lo nuestro tan lejos. Voy hacia la habitación de Sara, que permanece con la puerta cerrada y entro sin avisar. Está sentada sobre la cama, su espalda refirmada en la pared y las piernas flexionadas. Debe estar escuchando música porque lleva los auriculares rosas que le regalamos por navidades. Alza la vista y me mira seria. Se quita los auriculares.

—¿No te han enseñado a picar antes de entrar? —dice con muy mala baba mirándome fijamente.

—Sara, ¿qué forma es esa de hablar a tu madre?—Gira la cabeza para no mirarme y no responde. Me siento en la cama—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, mamá?—pregunta ahora sí, mirándome llena de rabia y con lágrimas naciendo de sus ojos.

—Lo que has visto —respondo en un tono sereno, no quiero discutir.

—Qué sepas que el tío ese no va a ser mi padre —escupe con rabia.

—¡Claro que no! —Toco su pierna y ella la aparta—. Tú ya tienes un padre y nadie lo va a suplantar, Sara. Por eso tienes que estar tranquila.

Sara empieza a llorar, sus mejillas de melocotón se mojan con cada lágrima que derrama, dejando el camino señalado por donde han ido pasando. Y con cada una de ellas mi corazón se agrieta un poquito más.

—¿Por qué papá ha tenido que hacer algo así? —La abrazo, mis brazos rodean su cuerpo y este empieza a temblar bajo mi protección.

—No lo sé mi niña. Lo siento.

—Lo odio —declara alzando la voz.

—No. —Niego con la cabeza—. Es tu padre, mi niña. No puedes odiarlo, no es bueno para ti.

—Ha roto nuestra familia, mamá. —Me mira y muero de dolor por dentro

—. Si no hubiera hecho lo que ha hecho —alza los brazos—, ahora seguiríamos estando los tres y el tonto ese te dejaría en paz de una vez.

—No somos tres, pero estamos las dos, tesoro.

—Pero volveremos a ser tres... —Ladea la cabeza para no mirarme.

—¡Claro que no! —Me mira—. Al menos por ahora y en mucho tiempo. Solo quiero tener tiempo para ti, para mí. Para nosotras.

—¿Me lo prometes? —pregunta en un puchero. Enmarco su rostro con mis manos y asiento.

—Claro que sí, mi niña.

—Gracias, mamá. —Me abraza de nuevo y nos fundimos la una con la otra mientras ella continúa llorando.

Y si ya tenía claro que lo que ha sucedido ha sido un error, ahora lo tengo más. Lo primero es mi hija y su bienestar. Ella me necesita y yo no le voy a fallar.

Sara se acuesta temprano, está exhausta de tantas emociones y yo también. Me siento en el sofá, sola, con el mando del televisor en la mano y mirando a mi alrededor. En este mismo salón Lucas me pegó, me pateó y me violó. Todo en una sola noche; lo que no quiere decir que el resto de nuestra relación hubiera sido un camino de rosas. Él ha sido un celoso patológico que cada vez que pensaba que le hacía ojitos a alguien me cogía por el cuello y me empujaba contra la pared dejándome claro lo que pasaría si algún día se me ocurría abandonarlo o engañarlo. Y no mentía, fue lo que pasó. Cuánto dolor guardan estas paredes, cuantas noches en vela, gritos ahogados y sueños rotos.

Ahora todo eso ha acabado, una página en blanco se ha abierto para mí y pienso aprovecharla al máximo, pero, ¿lo conseguiré aquí? ¿Un lugar que ha sido testigo de tanto dolor, sufrimiento y miedo? Las lágrimas empiezan a nacer en mis ojos, porque aunque las he conseguido retener frente a Sara, no quiere decir que no lo necesite. Suspiro, las limpio y me digo para mi misma y en voz alta:

—Todo acabó, Susana. Es hora de ser fuerte, de empezar de nuevo y vivir la vida, pero esta vez, de verdad.

Me tumbo en el sofá, me hecho una fina manta por encima y me quedo mirando el televisor hasta que el sueño me vence, los ojos pesan y finalmente se cierran para abandonarme a un sueño profundo.

Algo roza mi brazo, mi piel se eriza y me asusto levantándome de golpe

alzando la mano.

—¡Mamá! —se asusta Sara—. Soy yo.

—Dios, Sara. —Toco mi pecho con la mano derecha—. ¿Tienes idea del susto que me has dado?

—¿Y tú a mí? pensé que ibas a pegarme.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido una pesadilla —se sienta a mi lado—, he ido a tu cama pero no estabas; me he asustado.—Acaricio su pelo suave, acerco su cabeza con la mano hacia mí y le doy un beso.

—¿Quieres explicarme que has soñado? —pregunto bostezando.

—He soñado que colgaban a papá. —Agacha la cabeza.

—Eso no va a pasar —le aseguro.

—¿De verdad? —Me mira triste.

—Claro que no, en las cárceles de España es como estar en un hotel, no tienes de qué preocuparte. Papá estará bien. —Me abraza y yo le correspondo—. ¿Vamos a mi cama? —Asiente.

Nos metemos en la cama juntas, ella me da la espalda y yo paso un brazo alrededor suyo y acaricio suavemente su brazo, como solía hacer cuando era pequeña y tenía pesadillas; en pocos minutos se quedaba dormida mientras le tarareaba una canción en susurros. Hoy igual que entonces, sucede lo mismo y yo ya no puedo volver a pegar ojo en toda la noche, pensando en lo que viene, en cómo voy a afrontar el hecho de tener que acusar a su padre delante de un juez porque es lo que debo hacer. En ayudar a mi niña a superarlo, en ser fuerte por las dos y sacarla adelante sola.

Empieza a amanecer y un resquicio de claridad se filtra a través de la ventada del dormitorio; Sara está roncando y ha dormido plácidamente el resto de la noche. ¿Por qué será que para los niños, la cama de los padres es algo así como un somnífero? No conozco un solo niño al que no le pase.

Me levanto sin poder permanecer un solo segundo más en la cama, beso la cabeza de Sara y salgo sin hacer ruido. Me doy una ducha larga, me meto bajo el chorro de agua caliente y dejo que esta cale en mí, tengo la espalda dolorida de los nervios, de encogerme y hacer fuerza; de contenerme y contener las emociones.

Me pongo el albornoz y situándome frente al espejo limpio con la mano el vaho para ver mi reflejo en él. La chica al otro lado me mira seria, parece que he envejecido algunos años de golpe y porrazo, creo que incluso me ha

salido alguna cana; pero me digo a mí misma que soy fuerte, que si he aguantado hasta ahora, esto ya no me va a vencer, por mí, por Sara.

Hacia media mañana estoy organizando los menús de la semana entrante para La Guarida, estoy sentada en un taburete tras la barra, con las gafas puestas, una libreta firmada en la pierna derecha y el lápiz en la boca mientras pienso día a día que voy a ofrecer a los clientes.

Mi ayudante está sirviendo algunas mesas fuera, parece que el verano se está alargando algo más de lo normal y la gente quiere aprovechar los últimos rayos de sol antes de que empiecen los primeros fríos de otoño. La puerta se abre, alzo la vista y veo a Héctor entrar de uniforme. Está serio, se sienta delante de la barra y me saluda.

—Hola.

—Hola, Héctor. —Dejo la libreta sobre la barra y me bajo del taburete—. ¿Qué te pongo?

—Un café con leche bien cargado, por favor. —Asiento y me giro hacia la cafetera que está a mi espalda—. ¿Os discutisteis mucho ayer? —Giro la cabeza para mirarlo a la vez que lleno la carga de café.

—No, no te preocupes.

—No quería causarte problemas, Susana.

—Lo sé.

—Me dejé llevar por lo que siento —le pongo el café delante de él—, porque sabes lo que siento, ¿verdad? —Asiento.

—Sí, y la culpa la tengo yo por no haber puesto freno. —Muerdo mi labio inferior, nerviosa. Acerca su mano a la mía que descansa sobre la barra.

—¿No sientes lo mismo? —Me mira fijamente y siento que mi corazón me da un vuelco, cierro los ojos y trago saliva.

—Es complicado. —Niega.

—No lo es, Susana. ¿Sientes algo o no? Creo que es muy sencillo contestar —dice encogiéndose de hombros.

—Héctor, yo he salido de una situación muy complicada; estoy muy rota. Necesito tiempo para mí, para Sara. Necesito curarme. Lo siento —digo arrugando las cejas y el corazón en un puño.

—Ya, claro. Lo entiendo.

—Siento no haberlo parado antes, no pensé que llegaríamos tan lejos.

—Quizás algún día, cuando estés preparada. —Aprieta mi mano con la

suya.

—No me esperes, Héctor —niego con la cabeza—, no puedo pedirte eso.

—No me lo has pedido —suelta mi mano, hecha un azucarillo a su café y lo remueve—, lo he dicho yo, Susana. Sé lo que siento por ti, no es ningún capricho, no es una tontería —niega con la cabeza—, no se me va a pasar con el tiempo. Te quiero.

—Me marcho —suelto a bocajarro.

—¿Qué? —pregunta arqueando una ceja.

—En un mes me marcho. He encontrado un trabajo en Barcelona, quiero volver a empezar y aquí —miro a mi alrededor— es muy difícil.

—¿Huyes?

—No. Empiezo una nueva vida. Sola con mi hija.

—Veo que Barcelona te ha gustado mucho —responde torciendo la boca de lado.

—Déjate de ironías, Héctor. Es lo que las dos necesitamos, si de verdad sientes algo por mí, deberías entenderlo. Tú solo viste de lo que puede llegar a ser capaz Lucas, pero no has sido testigo de los años de tortura psicológica, de las amenazas a solas, de su mano alrededor de mi cuello cuando bebía de más y pensaba que alguien me tiraba la caña. No tienes ni idea. —Ladea la cabeza incapaz de seguir mirándome.

—¿Por qué nunca lo hablaste conmigo? —Me enderezo y suspiro.

—Porque no estaba preparada; porque no era fuerte. Ahora sí.

—En ese caso, solo puedo desearte que seas feliz. Recuerda que aquí siempre tendrás un sitio.

—No lo vayas diciendo, por favor. Todavía no he hablado con mi jefa y no sé muy bien cómo hacerlo.

—Como quieras.

—¡Lo siento! —digo sinceramente mirándolo a los ojos con el corazón encogido. Le da un largo trago a su café, deja la taza sobre el platito de nuevo y se levanta.

—Ya; yo también.

No dice nada más, solo se da la vuelta y se va cerrando la puerta tras él; quedando la cafetería vacía, como vacía me siento yo.



La música suena desde el salón mientras me acabo de colocar los pendientes frente al espejo del tocador de mi dormitorio; es viernes, la noche de la gala benéfica ha llegado y el vestido que he conseguido es perfecto a pesar del poco tiempo que he tenido. Es rojo, de cuello desbocado con un gran escote y ceñido a mi cuerpo con una pequeña cola detrás.

Me miro satisfecha en el espejo mientras Tom, mi gato, se restriega continuamente por mis piernas. Desde que he llegado de París no se separa un solo momento de mí, parece que intuye que algo no acaba de funcionar bien en mí y, necesita solucionarlo a toda cosa. Sino, como mínimo aliviarlo.

Ya estoy maquillada, llevo un moño bajo de medio lado que le da un toque romántico al conjunto; estoy deseando que Hugo me vea y, lo imagino a él, vestido de traje como pocas veces en la vida lo veré y apuesto que le sienta fenomenal porque tiene una percha estupenda; y mientras pienso en él, una sonrisa boba e involuntaria se abre paso en mi rostro.

—Tom, vas a romperme el vestido.

Lo cargo en mis brazos y, después de darle un beso en la coronilla, lo saco del dormitorio y cierro la puerta. El teléfono móvil empieza a vibrar anunciando una llamada, es Hugo.

—Hola —le saludo algo nerviosa.

—Estoy abajo, aquí es imposible aparcar.

—Dos minutos y bajo.

—Aquí te espero.

Cuelgo el teléfono con un suspiro en el pecho; cojo el bote de perfume de mi tocador y me pongo sutilmente detrás de los oídos, en las muñecas y algo también por el vestido. Me doy una última ojeada antes de salir y asiento

sonriendo.

Cuando salgo al exterior la negrura de la noche se lo ha tragado todo, dejando la ciudad iluminada solo por las luces de las farolas y los coches incesantes que no dejan de circular. El pulso me va rápido y no entiendo el porqué, al fin y al cabo, he visto un sinfín de veces a Hugo, es mi amigo de toda la vida y jamás he estado así, pero hoy es diferente, porque quizás, después de la decisión que he tomado, no esté demasiado bien ir con él a la fiesta.

Hugo me espera fuera del coche, está de espaldas, dando una vuelta sobre sí mismo fregando las palmas de las manos; se le ve nervioso a él también. Y cuando se gira del todo, me impacta de lleno al verlo. La boca se abre, pero de ella no sale una palabra, me he quedado literalmente muda. Lleva un esmoquin que le sienta como un guante. Las manos las acaba de meter en los bolsillos, sus ojos van de mis pies y van subiendo por mi cuerpo hasta posarse en mis ojos que lo miran tímidos. Se acerca sonriendo levemente; al llegar a mí, saca la mano derecha del bolsillo y me la tiende; poso la mía encima con suavidad cerrando él los dedos a su alrededor, para hacerme dar una vuelta después.

—Te podría decir muchas cosas —ladea la cabeza—, pero creo que ninguna de ellas estaría a la altura. —Agacho la cabeza sonriendo, algo ruborizada.

—Gracias, Hugo. El esmoquin te sienta muy bien —me da un beso en la mejilla al que correspondo y que la deja abrasada—, deberías ponértelo más a menudo.

—Sí —se echa una ojeada—, es cómodo, creo que lo utilizaré a partir de ahora para montar a caballo.

—Quizás lo pongas de moda —respondo de camino a su coche. Se para y abre mi puerta—. Gracias.

Me siento en el cómodo asiento de piel, cierra la puerta y se sienta frente al volante. Al arrancar el coche una preciosa melodía empieza a sonar, es Ed Sheeran cantando *Give me love*. La empiezo a tararear cuando Hugo se incorpora al tráfico denso de un viernes noche. Hugo desvía la mirada de la calzada una milésima de segundo, sonriéndome y, empieza a cantar susurrando él también.

—No sabía que cantabas tan bien.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —cambia de marcha y me echa

una ojeada rápida—, pero eso ya da igual, ¿no?

—Claro que no, no quiero perderte.

—Lo sé, pero eso es algo egoísta ¿no crees? —dice sin mirarme. Agacho la cabeza.

—Sí.

—Tranquila, soy el primero que prefiero tenerte aunque sea como amiga.

—Eres tan perfecto...

—Pues eso no ha sido suficiente para conseguirte. —Lo miro y poso mi mano sobre la suya que descansa en el cambio de marcha.

—Sabes que es más complicado que eso.

—No, no lo es. Lo complicas tú, pero como te he dicho, voy a respetar tu decisión.

—Gracias, Hugo.

—No me las des, no es desinteresadamente... me sigue quedando la esperanza de que recapacites o te enamores tan perdidamente de mí, que no te quede otra opción. —Gira la cabeza y sonrío abiertamente, y yo lo imito, porque no puedo hacer otra cosa.

El aparcacoches del recinto se queda con las llaves del coche, nos deja en la entrada y Hugo me abre la puerta para ayudarme a bajar del vehículo sin tropezar con el vestido. Las escaleras están recubiertas como cada año, por una alfombra roja y la entrada está a rebosar de cámaras y periodistas tomando fotos de todo aquel que llega, como si fuéramos artistas de cine...

Dentro, todo está cuidado al detalle al igual que fuera. Un hombre vestido de traje y corbata nos recibe en la entrada, donde le doy nuestros pases y nos acompaña a la mesa en la que ya están mis compañeros. El Señor Martínez, uno de los hijos del fundador de Girobank, está saludando a mis colegas. Me acerco agarrada todavía del brazo de Hugo, se gira y me sonrío con amabilidad.

—Señorita Guzmán, que gusto verla —le tiendo la mano y la estrechamos con familiaridad—, viene muy bien acompañada; ya veo que este año su pareja si ha podido acudir. —Mis labios forman una fina línea, me he quedado sin palabras para asentir finalmente—. Me alegra conocerle al fin, es usted muy afortunado. —Hugo me hecha una ojeada.

—Por supuesto —le tiende la mano y se la estrecha contundentemente—, Daniela es una de las mejores cosas que me han pasado en esta vida. —Echa un brazo alrededor de mi cintura y me estrecha contra su cuerpo—. ¿Verdad,

cielo?

—Por supuesto —respondo intentando sonreír.

—Espero que disfruten de la velada, hay muchas sorpresas y espero que todas sean de su agrado. —Asiento con la cabeza a la vez que amplío la sonrisa algo nerviosa.

—Puede estar seguro.

El Señor Martínez se va, y yo suspiro de alivio. Laura que ha presenciado la escena me mira curiosa, claro, sabe que Hugo no es Cristhian, mi verdadera pareja. Se acerca y me da dos besos.

—¡Qué guapa estás, Laura!

—Gracias, Daniela. Tú estás perfecta. El vestido es precioso.

—Sí, gracias a Dios pude encontrar algo decente que ponerme.

Presento a Hugo al resto de los comensales de nuestra mesa como un buen amigo íntimo, que la mayoría toma como otra cosa; escucho varios comentarios por debajo de la nariz entre dos de las mujeres que tengo puestas en caja a diario, sus miradas van de Hugo a mí, y de mí a Hugo mientras ríen lo que ellas piensan que es disimuladamente, pero me da igual, he venido a divertirme y eso voy hacer.

Hugo retira mi silla, sonrío y asiento mientras me aposento en ella cuando escucho mi nombre a lo lejos.

—¡Daniela...! —Me giro, frente a mí se encuentra Cristhian, con cara de circunstancia—. Al final he podido venir —dice rompiendo su silencio echando una ojeada a Hugo.

—Cristhian, ¿Por qué no me has avisado? —respondo intentando aparentar normalidad.

—Quería darte una sorpresa, pero veo que la sorpresa me la he llevado yo. —Arquea una ceja y ladea los labios.

—Hugo se ofreció para que no viniera sola. —Miro a Hugo, este le tiende la mano.

—Claro. Gracias, Hugo, pero ya puedes marcharte. —Hugo pasa la lengua por encima de sus labios, mojándolos, sonrío y se dispone a contestar.

—Disculpa, Cristhian, no quisiera que te lo tomaras a mal, pero he venido desde Arrosa porque la habías dejado sola en una noche como esta —alza la mano señalando a su alrededor—, no pienso marcharme, he venido a pasar la noche con ella y eso voy hacer.

—Supongo que Daniela ya te habrá contado lo de nuestro reciente

compromiso. —Mis ojos se abren como platos—. Daniela, ¿le has enseñado el anillo?

—No es el momento, Cristhian. —Hugo me echa una ojeada, me mira directamente a los ojos, de forma intensa.

—¿Es verdad? —pregunta serio todavía con sus ojos clavados en los míos. Suspiro.

—Te lo iba a decir —respondo dejando caer los brazos y frunciendo el ceño.

—¿En serio? —pregunta arqueando una ceja—. Yo creo más bien que ibas a dejarme hacer el gilipollas.

—Hugo, escucha —intento coger su mano, necesito sentir la calidez de su piel porque sus ojos solo transmiten frialdad.

—¡No! —La aparta al momento—. Ya he aguantado demasiado, Daniela.

Hugo se da la vuelta y se marcha bajo mi atenta mirada. Un nudo se ha formado al instante en mi pecho, me cuesta respirar y, mi corazón tamborilea incesante en mi pecho.

—¡Hugo, espera! —Doy un paso al frente para ir a buscarlo, pero Cristhian coge mi mano, impidiéndomelo.

—Déjale, Daniela. —Niego—. Es él o yo.

—No era el momento, no así —le recrimino enfadada.

—Estoy harto de que te mire esperando a que pase algo entre los dos, cuando sabe que estás ocupada. Es un descarado.

—¡Y tú un arrogante!—siseo enfadada.

Somos el espectáculo de la mesa, todos permanecen en silencio escuchando con atención y, lo cierto, es que no me importa demasiado. El presentador del acto sube al escenario y empieza a hablar por el micrófono, Cristhian señala mi asiento vacío y, con unos morros de tamaño considerable, finalmente me siento.

—Todo irá bien a partir de ahora. —Lo miro con una ceja arqueada—. Ya lo verás. —Niego con la cabeza.



HUGO

Hace unos día que estoy enfadado con el mundo; Daniela ha intentado hablar conmigo en varias ocasiones, pero la verdad es que a mí no me apetece. Me siento engañado, no sé si lo ha hecho o no, pero yo así lo siento. Remuevo el líquido negro humeante de mi taza y lo miro hipnotizado mientras mi cabeza le da vueltas al asunto y, creo que lo mejor es que la saque de una vez por todas de mi vida; que intente olvidar que un día la conocí, porque a pesar de saber lo que siento por ella, no me ha explicado que ya nada tengo que hacer, que será de él para siempre y se lo ha callado en beneficio propio.

Las palabras que un día Lucas me dijo martillean en mi cabeza una y otra vez; estábamos en La Guarida, Daniela se acababa de marchar de nuevo a Barcelona y Lucas me dijo que me arruinaría la vida mientras le daba un buche a su botellín de cerveza; por supuesto no le hice caso, y así estoy ahora... enfadado con ella y conmigo mismo por ser un completo estúpido.

Unos golpes en la puerta de casa me sacan de mis pensamientos; me levanto y abro sin preguntar siquiera. Daniela está al otro lado, lleva el pelo recogido en una coleta restirada, va con un traje de chaqueta negro y una camisa blanca, al cuello lleva una fina gargantilla de lo que creo que es oro blanco. Es una versión de ella misma que yo jamás he llegado a conocer, pero que imagino, es la real; la auténtica. Mis ojos se van directos a su mano derecha, que está caída e inerte, su dedo anular es como una jodida diana y no puedo apartar la vista del inmenso pedrusco que lleva puesto; como no me di cuenta.

—Hola —mete las manos en los bolsillos—, ¿puedo pasar?

—¿Qué haces aquí? —No abro ni un ápice la puerta dejándole claro que no tengo intención de que pase.

—Quiero hablar contigo, aclarar las cosas.

—Creo que no hay nada que aclarar; todo está muy claro.

—Hugo, ¡por favor!

—No me apetece hablar; desprendes aroma de princesita con aires de superioridad y hermosura.

—Estas siendo muy duro.

—Puede que sea lo que te mereces. —Saca la mano del bolsillo para rascarse la nariz sutilmente; asiente frunciendo los labios.

—Está bien, como quieras. Adiós, Hugo.

No respondo, no me apetece, estoy tremendamente enfadado con ella y con el mundo. La veo darse la vuelta y meterse dentro de su Mercedes, entro en casa y cierro la puerta sin querer mirar cómo se marcha. Me siento herido en el orgullo.

El día pasa rápido; Estrella, una de nuestras yeguas ha tenido potrillos y las horas han volado, algo que se agradece. Tanto mi padre como yo, nos hemos puestos perdidos de sangre; Estrella lo ha pasado un poco mal en el parto y ambos nos hemos implicado al cien por cien en intentar ayudar en lo máximo posible y facilitarle las cosas.

—¿Te apetece una cerveza? —Se limpia el sudor de la frente.

—Sí, me vendrá bien. Vamos. —Empiezo a andar fuera del establo.

—¿Conduces tú? —Asiento.

La Guarida está llena; la hora de los trabajadores ha acabado y muchos aprovechan para desconectar un rato; unos con sus parejas, otros, con los compañeros de trabajo y yo con mi padre, el mejor hombro que puedo encontrar.

Susana nos atiende sonriente; como últimamente sucede. Parece que la sonrisa le ha llegado tarde pero para quedarse, y me alegro mucho por ella después de todo lo que ha pasado.

—¡Buenas! —saluda al llegar a nuestra mesa en la terraza.

—Hola, bonita —saluda mi padre—. ¿Cómo estás?

—Bien, Antonio. Ganándome la vida, que es muy dura. —Le guiña el ojo izquierdo y sonrío—. ¿Qué os pongo?

—Ponme una mediana.

—Yo quiero una copita de vino tinto. ¿Tienes rioja?

—Por supuesto. —Mi padre asiente.

Mi padre saca de su bolsillo trasero la caja metálica donde guarda los purillos que se fuma a diario.

—¿Cómo puedes fumarte eso? Apesta.

—Los exfumadores sois muy quisquillosos.

—Tú también deberías dejarlo.

Pero él hace caso omiso de mis palabras y se lo enciende mirando la punta del purillo que adquiere una tonalidad anaranjada.

Susana llega con la bandeja en perfecto equilibrio, dejando delante de mi padre la copa del rioja que ha pedido y delante de mí, una copa vacía y un botellín de cerveza. Lleno mi copa bajo la atenta mirada de mi padre, que sostiene su copa en la mano a la espera que la mía esté llena. Me mira y, sonriendo, alza la copa para brindar con la mía.

—¡Salud, hijo! —Asiento.

—Salud.

Dejamos sendas copas sobre la superficie de madera oscura. Las luces que cruzan de lado a lado de la terraza se han encendido, son los primeros días en que la temperatura del termómetro ha empezado a decaer y la luz del día empieza a marcharse antes de lo que me gustaría, dejándome una sensación de vacío al recordar los días de calor junto a Daniela.

—¿Qué ha pasado con Daniela, hijo? —Alzo la vista que hasta ahora estaba fija en la copa con el líquido dorado rellenándola. Suspiro.

—Qué soy un gilipollas. —Mis labios forman una mueca—. Me hice falsas ilusiones con ella, papá.

—No sé qué ha pasado; pero sí sé que eres un buen hombre, y que si ella no sabe apreciarlo, debes intentar olvidarla cuanto antes.

—Sí, ahora lo tengo claro. —Alzo mi copa y le doy un buche—. Se va a casar. —Y cuando lo digo en voz alta, tengo que desviar la vista de los ojos de mi padre.

Extiende el brazo a lo ancho de la mesa y toca el mío que está flexionado; lo aprieta levemente.

—Encontraras una mujer que te complete; es hora de empezar de nuevo. Llevas media vida esperándola y cuando aparece es solo para hacerte daño.

Mis labios forman una fina línea en lo que intenta ser una sonrisa, sabiendo que las palabras de mi padre son tan ciertas que duelen demasiado, ya lo dicen, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Tienes a tu madre preocupada.

—No voy a morirme; puede estar tranquila. No hay mal que cien años dure, ni que un padre no cure. —Él sonrío y yo le correspondo.

Estar con mi padre me reconforta, siempre nos hemos compenetrado muy bien; ha sido alguien en quien confiar; un ejemplo a seguir y de quien aprender día tras día. La luz de casa de mis padres está encendida cuando llegamos; mi madre debe estar atareada dentro; preparando la cena y esperando a mi padre para hablar de cómo les ha ido el día; son un ejemplo a seguir para mí y lo que busco en la que un día sea mi mujer.

Mi padre me da un contundente abrazo antes de marcharme, pues no me apetece ir a cenar; solo entrar en casa y olvidarme del mundo.

—¿Estás seguro que no quieres entrar? —Niego.

—No, pero gracias.

—No te fustigues —dice cuando estoy abriendo la puerta de mi casa.

—¿Por quién me tomas?

—Por mi hijo.

Cierro la puerta y entro en el interior que me recibe con una suave temperatura; la calefacción ya se ha encendido al descender la temperatura. Decido encender la chimenea, quiero ver la danza de las llamas anaranjadas mientras se engulle el tarugo de madera y escuchar el crepitar.

Con ella ya encendida, no puedo evitar sentarme un momento y recordar la última vez que la hice mía en este mismo salón, sobre la alfombra delante de la chimenea; iba vestida únicamente con una camisa blanca mía, con los primeros botones desabrochados dejándome entrever el inicio de su pecho y sus pezones erguidos rozando la tela. Mis manos recorrieron cada centímetro de su piel, mis labios averiguaron los rincones que más le gustan: detrás de su oído, en el inicio de su cuello. Su espalda se curvaba de placer mientras dejaba escapar un suave gemido con la boca abierta y los ojos cerrados.

Paso una mano por mi boca, que se ha secado al recordar todos esos momentos de placer intenso a su lado. Mi entrepierna se ha abultado, y la mayor parte de la sangre que circula por mis venas, se ha concentrado en mi polla, que late al recordar como entraba y salía de su cuerpo. La mano me tiembla, estoy nervioso, entre las ganas de poseerla de nuevo y el enfado que siento.

Escurro el trasero en el asiento del sofá, desabrocho el botón de mi pantalón vaquero y bajo la cremallera que mantiene prisionera a la «bestia».

Bajo el elástico del bóxer negro y paso mi mano derecha por la envergadura de mi miembro y; mientras lo hago, imagino que es ella quien lo hace, que la acaricia con mimo y pasa la punta de su lengua a la vez que me mira traviesa desde abajo.

Abro la boca y deajo escapar un pequeño gemido; que poderosa puede llegar a ser la imaginación. En mi mente, yo desabrocharía lentamente botón a botón su camisa, para tocar con delicadeza la piel suave de sus pechos y notar como sus pezones se endurecen bajo mi piel.

Voy acelerando el ritmo de mi mano sobre mi miembro duro, y mientras lo hago... mi imaginación sigue jugando... Daniela se ha metido mi polla entera en la boca, lame la punta con brío para después engullirla de golpe acompañándola de su mano. Una gota moja la punta de mi capullo, lo toco y lo extiendo con la mano, imaginando que es ella quien lo hace, y mientras la devora con brío, me mira a los ojos que la devoran a ella mientras lo hace, y cuando más afanada está en devorarme, se quita la camisa y se empala en mi miembro erguido. Me cabalga fuertemente y mientras lo hace, su pecho bambolea arriba y abajo haciendo que me hipnotice con la visión.

Antes de que me dé cuenta, estallo en mi mano llenándola de semen y rebasándola. Intento no hacer ruido, la verdad, me siento un poco ridículo mientras sigo eyaculando en mi mano, y me tengo que doblegar por un instante por el orgasmo provocado más por la imaginación que por mi mano.



Es de noche, estamos en el salón de casa, que es donde yo de momento me siento más cómoda y a gusto. Cristhian está viendo una película de Netflix a la que yo apenas he prestado atención.

Se encuentra en el otro extremo del sofá, con la pierna extendida tocando la mía y Tom, a mi lado dormido con la cabeza sobre mi mano.

Me he quedado mirando a la nada; pensativa, recordando como Hugo me ha echado prácticamente de su casa esta mañana, la decepción de sus ojos, como se tornaban gélidos cuando Cristhian le dio la gran noticia, y al recordarlo, el estómago se me encoge de dolor. Odio haberle hecho daño y, sin embargo, no he hecho nada por evitarlo.

Las palabras de Susana retumban en mi cabeza una y otra vez, sabedora, de que son ciertas por mucho que duela. Un sentimiento de vacío invade mi pecho.

Desde que fui a principios de primavera es como si yo, hubiera dejado de ser yo, como si una nueva personalidad que guardaba con fuerza en mi interior hubiera despertado de golpe, para sentir tan fuerte como no lo he hecho en mi vida. He dejado a un lado esa personalidad arrolladora, esa tan segura de sí misma que siempre ha sabido en cada momento lo que quiere y simplemente va a por ello; sin importarme lo que costara.

Reconozco que era fría, distante, quizás incluso superficial aunque no me guste reconocerlo; pero todo era más sencillo. Todo lo que ha pasado sin excepción, me ha convertido en un ser miedoso, inseguro y que siente quizás en exceso.

—Daniela —me llama la atención. Giro la cabeza—. ¿Estás aquí?

—Claro —intento sonreír— ¿dónde si no?

Se acerca a mí, acaricia con las yemas de sus dedos mi cuello desnudo y yo me tenso.

—Ssshhtt... tranquila, soy yo.

Me aparta el pelo, dejando el cuello totalmente expuesto. Acerca sus labios y deposita un beso suave. Reconozco que está teniendo una suavidad que jamás ha tenido; desde que pasó lo que pasó, no he vuelto a tener relaciones con Cristhian y de eso hace ya más de un mes; está teniendo paciencia, pero no es suficiente; para mí es pronto todavía.

—Cristhian...

Besa mis labios impidiendo que siga hablando. Roza mi mejilla con su dedo pulgar, me mira a los ojos y me vuelve a besar; mete su lengua en mi boca, inundándola y yo tensándome todavía más; pero intento aguantar, pensar que es él, mi futuro marido y que no va a hacer nada que yo no quiera.

Se sube a horcajadas sobre mí, haciendo que se me corte la respiración al momento, y sin querer, ya no estoy en el salón de casa; estoy en el campo, tendida en el suelo y Cristhian ya no es Cristhian, es Lucas que me mantiene prisionera bajo su fuerte cuerpo haciendo que no pueda moverme.

No puedo respirar, me cuesta, me ahogo, y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos sin control. Ya no aguanto más, su mano se ha ido a mi entrepierna e intenta apartar el elástico de mi braguita cuando le doy un tremendo empujón haciendo que caiga al suelo de espalda.

Mi pecho sube y baja rápidamente, y los sollozos salen de mi boca sin cesar mientras nuevas lágrimas siguen saliendo de mis ojos.

—¿Qué coño haces?! —me recrimina levantándose del suelo enfadado.

—Lo siento, Cristhian. ¡No puedo!

—¿Y no podías decirlo?

—Lo he intentado... —respondo llorando todavía. Me pongo de rodillas en el sofá.

—Creo que será mejor que me vaya esta noche.

—¡Joder, Cristhian! —chillo levantándome—. ¿Puedes ponerte en mi lugar por un momento? —Ya tiene la cazadora puesta.

—¿Puedes hacerlo tú? —pregunta con una ceja arqueada—. Mira, he intentado tener paciencia, más de la que nunca pensé que pudiera tener. —Pasa una mano por su pelo tirándolo hacia atrás—. He permitido que vayas a Arrosa aun sabiendo lo que estaba pasando, te he dejado espacio para que te marches a París, te he dado un mes entero para retomar nuestras relaciones de

pareja —continúa hablando enfadado colocando sus brazos en jarras—, pero nada es suficiente para ti.

—No te vayas —digo seria frente a él.

—No es buena idea que esta noche la pase aquí. Estoy rebasando mis límites; piensa si realmente quieres estar conmigo.

—Joder, Cristhian, te he dicho que voy a casarme contigo, ¿qué más quieres?

—Qué demuestres lo que dices. —Abre la puerta de casa—. Buenas noches, Daniela.

Cuando la puerta se cierra, me siento de nuevo en el sofá, encojo las piernas y haciéndome un ovillo con ellas, entierro la cabeza y me echo a llorar; derrotada, confundida, asustada.

Las horas pasan muertas ante mí y la incapacidad de dejar de llorar; ¿Por qué? Porque no soy capaz de superar la experiencia más traumática que he vivido en toda mi vida, por la sensación de estar cometiendo el gran error de alejarme de una persona tan importante para mí como es Hugo; por dar el paso hacia adelante con la persona con la que creo, no tengo futuro pero que me es imposible echarme atrás. Como si yo no fuera dueña de mis actos; como si no fuera la dueña de mi futuro, como si solo fuera una marioneta dominada por alguien que manipula los hilos de mi propio destino.

Ya ha amanecido, sigo en el sofá, tumbada, sin haber dormido más que un par de horas de mierda en las que he tenido pesadillas; unas con Lucas y otras... con Cristhian a pesar de saber que él jamás me haría daño.

Me levanto y me dirijo al cuarto de baño; tengo una pinta horrible, bajo mis ojos oscuros han aparecido unas sombras violáceas que delatan la clase de noche que he pasado. Colmo mis manos con el agua del grifo y, acercándome, la arrojo repetidas veces sobre mi rostro. Vuelvo a mirarme al espejo a la vez que intento recogerme el pelo en una coleta alta con la intención de salir a correr un rato, porque hoy, no tengo fuerzas ni para ir a nadar.

La calle está desierta, las farolas todavía están encendidas porque los primeros rayos de sol todavía no han aparecido y, mi amiga la luna, todavía reina en el cielo oscuro. Barcelona está desierta, solo se ve por la calle el camión de las basuras recogiendo un container; es raro ver esta ciudad que siempre está tan llena de vida, tan vacía, tan sola.

Puedo escuchar el retumbar de mis zancadas contra el asfalto, mi

respiración acompasada y mi coleta que va de lado a lado al ritmo que marco con mis pies. Las ramas de los árboles laterales se mueven levemente, mecidos por la suave brisa de principios de septiembre, que ha dejado las primeras sensaciones de frío en la ciudad a ciertas horas.

Correr me ha sentado bien y, cuando salgo de la ducha, me siento mejor conmigo misma. Maquillo las ojeras, me aplico un labial rojo y me recojo el pelo en un moño alto tirante. He escogido un vestido rojo por encima de la rodilla y falda de vuelo con el que me siento muy a gusto; Cristhian siempre me ha dicho lo bien que me sienta el rojo y en especial este vestido, y yo, comparto su opinión.

La imagen que me devuelve el espejo poco se asemeja con la que soy hoy por hoy. La que me mira desde el otro lado es una mujer fuerte y decidida, que con labios pintados de rojo parece que se vaya a comer el mundo; sin embargo, estoy derrotada, hundida, lo que no quiere decir que lo vaya a mostrar al resto de los mortales. Cuando entre por la puerta de mi oficina seré Daniela, la de siempre, la jefa exigente que pide una profesionalidad y excelencia al cien por cien.

Como de costumbre soy de las primeras en llegar, la señora de la limpieza está vaciando la papelera de mi despacho cuando entro por la puerta.

—Buenos días, Ángela. —Cuelgo la americana negra en el colgador junto al bolso después de sacar el teléfono móvil—. ¿Cómo está tu hija?

Ángela es una señora entrañable, que siempre que va a su pueblo me trae unos pastelillos deliciosos a los que soy incapaz de resistirme. Claudia, su hija, está atravesando una mala época de salud; por desgracia ha caído según me ha explicado, en uno de esos trastornos de alimentación que son muy duros de superar.

—Ahí va, es una lucha continua contra su propia mente.

—Seguro que algún día, todo esto será una pesadilla de la que querrá olvidarse —digo a la vez que me aposento en mi silla tras el escritorio.

—Ojalá Dios te oiga...

—Dios no existe, eso lo conseguirá ella solita. —Ángela me mira agarrando su escoba y una sonrisa de medio lado.

—A veces tener algo en lo que creer no está mal, deberías pararte a pensarlo —responde con una tierna sonrisa.

—Lo meditaré.

—¡Qué pases un buen día!

—Igualmente.

Las gafas negras de pasta que llevo se resbalan continuamente por la nariz mientras observo una propuesta para una hipoteca; miro la documentación que me han adjuntado y no lo veo claro, mucho me temo que la inmobiliaria con la que han estado negociando les quieren tomar el pelo a esta pobre pareja; ambos son jóvenes y no tienen experiencia alguna, lo que les convierte en carne de cañón para algunas inmobiliarias que solo quieren vender y sacarse un beneficio. Niego con la cabeza y paso una mano por la barbilla pensando que tengo que llamarles para explicarles que lo que solicitan, es imposible.

Empiezo a redactar a golpe de teclado en el ordenador un plan de acción que creo les puede interesar, sin que se arruinen en el intento; incluso creo que en nuestro portal pueden conseguir algo mucho más acorde a sus posibilidades. Unos golpecitos en la puerta hacen que despegue la vista de la pantalla.

—Hola, cariño.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Me quito las gafas y las dejo sobre la mesa.

Mi madre entra en el despacho y se sienta frente a mí. Va tan estupenda como siempre, si no me equivoco, diría que acaba de salir de la peluquería en la que se ha hecho unos reflejos rubios y saneado las puntas.

—Es que pasaba por la zona y no podía marcharme sin verte. Verás, he pasado por un escaparate de una tienda de novia y he pensado que tenemos que ponernos a mirar vestido ya.

—Pero si todavía falta un año, mamá. Es muy pronto.

—Tenemos hora esta tarde.

—¿Has pedido cita sin consultarlo conmigo primero?

—Hay, hija —toca mi mano sobre el escritorio—, pensé que no te molestaría. ¡Es que me hace tanta ilusión! —dice con la mirada iluminada—. ¿Tenías algo que hacer esta tarde?

—Pues... no, supongo que no.

—Entonces ¿dónde está el problema?

—Venga vale... —cedo finalmente alzando la mano. Se levanta por encima del escritorio y, tomando mi rostro entre sus manos, me besa en la mejilla.

—¡Qué bien! —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Verás que bien lo pasamos. —Se levanta de su asiento.

—¿Te apetece que vayamos a comer? —Me levanto, rodeo el escritorio, agarro la americana y me la coloco.

—¡Claro! —Se levanta también—. Yo invito.

Me despido de Laura con la mano; habla al teléfono organizando una formación a la que deben asistir algunos de los asesores de nuestra oficina.

—Chao, Daniela —dice mirándome un segundo.

Fuera el día se ha levantado y el sol brilla en todo su esplendor. La gente anda de un lado a otro a toda prisa; unos hablando por teléfono, otros cargados de bolsas. Delante nuestro pasa un grupo de cinco adolescentes hablando entre ellas y riendo de ves a saber tú qué tontería...

Nos paramos a comer en un restaurante de autor al que a mi madre le encanta ir siempre que viene a verme a la sucursal; Néstor, el dueño, es un hombre entrado en edad adulador que sabe conquistar a una señora como mi madre. Retiro la silla de terciopelo rojo y me siento, mi madre frente a mí.

—¡Qué alegría tenerte aquí de nuevo, Claudia! —Coge su mano con delicadeza y se la estrecha con familiaridad—. Estás tan guapa como siempre.

—Eso es porque me miras con buenos ojos —responde sonriente, y si no fuera porque conozco a mi madre, diría que está tonteando.

—¿Qué tal, Daniela? —Me mira.

—Muy bien, Néstor, gracias.

—Sabes —empieza a hablar mi madre—, se nos casa. —Néstor me mira arqueando las cejas.

—¡Felicidades! —agacho la cabeza y asiento—. Sin duda un hombre muy afortunado el que lo ha conseguido.

—Bueno —intercede mi madre—, ambos son afortunados. Mi futuro yerno es un hombre excepcional, trabaja en el mismo bufete de abogados que mi marido y tiene un futuro muy prometedor.

—Sin duda tengo mucha suerte —digo ladeando la boca.

—Es lo mejor que te podía pasar, cielo.

—En ese caso —la interrumpe Néstor—, felicidades a los dos. —Nos entrega una carta a cada una—. Hoy tenemos también en la carta una especialidad nueva, he estado haciendo un curso de cocina japonesa y he incorporado algunos platos.

—Qué interesante, ¿qué tienes?

—Tenemos sopa de miso.

—Ponme una, Néstor.

—Verás que buena está.

—Seguro —respondo asintiendo con la cabeza.

El local no es muy lujoso, no es el sitio donde vendría mi padre, sin embargo tengo que reconocer que se come muy bien y que el local es elegante. Frente a nosotros hay un gran ventanal desde el que se ve La Rambla, las paradas de flores y algún que otro quiosco.

Mi madre saca una libreta de su bolso de Chanel, un bolígrafo y lo pone sobre la mesa para sacar sus gafas y colocárselas.

—A ver, hay que buscar iglesia —empieza a anotar en la libreta—, una floristería que disponga de una decoradora, y...

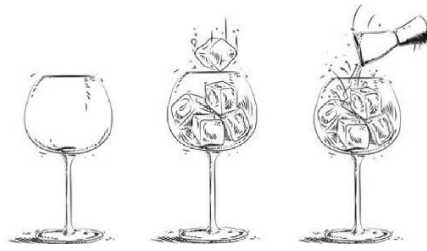
—Mamá —me mira—, ¿qué haces?

—Pues... —sigue mirándome sin entender— ¿apuntar las cosas para preparar la boda? —pregunta al fin.

—Mamá, todavía no hemos puesto una fecha ni siquiera. —Hago una pequeña pausa, intentando controlar el mal humor que me ha entrado de repente—. Y cuando la pongamos, seremos Cristhian y yo quien nos encarguemos de esas cosas.

Pero ella se echa a reír, como si con ella no fuera la conversación, agarra el vaso de agua con gas y limón que le acaban de traer y le da un trago.

—Daniela, cariño, a los hombre no les gusta encargarse de estas cosas —dice moviendo las manos al aire—, pero tranquila que yo te ayudo encantada.



SUSANA

—Sara, ¿ya has metido lo que te faltaba en las cajas que te di? —pregunto alzando la voz desde el pasillo cargada con una caja vacía camino a la cocina.

—Sí, mamá. Solo me queda por empaquetar la ropa que más me pongo.

—De acuerdo, cariño.

En apenas dos semanas nos mudamos a Barcelona, tengo la casa patas arriba, todo en cajas y, vivir así, es un auténtico caos. Siento una sensación de vértigo en la boca del estómago porque cuando decidí que mi tiempo aquí había terminado, lo veía como algo lejano, ahora que me lo veo encima y que ya he hablado con mi jefa, me asusta un poco. Echaré de menos La Guarida, las tardes de risas entre clientela de toda la vida, echaré de menos a Hugo y Héctor, también a Júls e incluso a Daniela; pero me merezco esto, un empezar de cero, una nueva vida donde solo ser yo: Susana, no la ex de Lucas, o la pobre de la que hablan a sus espaldas continuamente por la experiencia tan traumática que ha pasado, o la mentirosa que aseguran otros que soy.

Así que aunque sí, me da vértigo, también tengo una necesidad apabullante de que llegue el día y empezar esta nueva vida junto a Sara, el único motivo que me ha mantenido con vida durante los diez años de tortura física y psicológica.

La semana entrante es el juicio de Lucas, la verdad es que todo ha ido mucho más rápido de lo que esperaba, Adolfo, el padre de Daniela ha sabido mover los hilos adecuados, y es muy positivo en cuanto al resultado del juicio; me ha ayudado muchísimo a pesar de saber que no ha sido desinteresado, pues también es el agresor de su hija; aun así, me faltará vida

para agradecerse.

Muchas noches me pregunto qué sentiré en el momento en el que me den la sentencia, los nervios de saber algo, y como le diré a mi niña que seguramente su padre pasará una larga temporada en la cárcel; de hecho, eso es lo único que me preocupa, el cómo se lo tomará ella.

Sara ha empezado a ir a una psicóloga, está en una edad muy complicada como para asumir sin ayuda, que su padre es un violador y que ha maltratado a su madre en más de una ocasión, para aguantar los cuchicheos de la gente, que es muy mala y no rebotarse de malas maneras. Y parece que le está yendo muy bien, desde que ha empezado a ir la veo más tranquila, ha aparecido esa expresión de serenidad que hacía semanas no le veía; está más cariñosa conmigo y receptiva a recibir cariño de mi parte, algo que no permitía días atrás.

Héctor no ha vuelto más por casa desde que le dije que me marchaba, no se lo ha tomado demasiado bien y me duele, primero porque es mi amigo, y segundo... aunque me cueste reconocerlo, he empezado a sentir algo por él, algo que sé a ciencia cierta, que hubiera funcionado.

Llevo el pelo recogido en un moño alto descuidado, unas mayas negras que han vivido tiempos mejores y una sudadera dos tallas grande, que es la mar de cómoda. El timbre de casa suena; bajo de la escalera a la que estoy subida para empezar a meter en cajas los platos, vasos y demás.

—Voy.

Mi madre ha venido a vernos, me da un beso en la mejilla al pasar por mi lado. En las manos lleva unas bolsas de comida de Carmen; la madre de Hugo, con algo que huele de vicio.

—Canelones; los preferidos de Sara.

Pasa y deja la bolsa sobre la mesa llena de cajas.

—He pensado que te vendría bien algo de comida preparada, debes estar hasta arriba de trabajo aquí —dice mirando a su alrededor.

—¡La verdad es que sí! Gracias, mamá.

Sara se asoma por el quicio de la puerta del salón, ve a mi madre y sonrío de oreja a oreja.

—¡Abuelita! —se acerca, la rodea con sus brazos y besa su mejilla con afecto— ¿has traído canelones?

—¡Qué olfato tienes! —Ambas se echan a reír.

—Intento despejar la mesa y la preparo para comer las tres, porque te

quedas ¿verdad?

—Claro —asiente—, así os hecho una mano con todo este lío.

—No es necesario, mamá —agarro una de las cajas de sobre la mesa y la coloco con cuidado en el suelo—, lo tengo todo controlado, no te molestes.

—No es una molestia, cariño, así paso algo más de tiempo con vosotras. —Me ayuda con otra caja más pesada, agarrando cada una de un extremo—. Papá vendrá después con la furgoneta del trabajo, podrías hacer con él un primer viaje a Barcelona.

—Sí, me iría muy bien.

—Pues en un par de horas está aquí. Yo me puedo quedar con Sara metiendo cosas en cajas.

—Gracias, mamá.

Sara no para de reír durante toda la comida, tiene la mirada ilusionada; le hace una ilusión tremenda empezar de nuevo en una ciudad tan grande, siempre se ha quejado que nunca ha salido de este diminuto pueblo y, mudarse a la gran ciudad es una aventura inmensa para ella a pesar de que echará de menos a sus compañeras de clase con las que siempre ha tenido una muy buena relación.

Mi padre llega un poco antes de lo esperado, nos encuentra a las tres en el salón de casa cerrando cajas y apuntando en cada una de ellas lo que contiene en su interior. La puerta del salón se queda abierta mientras entre él y yo, damos viajes a la furgoneta que se encuentra con las puertas traseras abiertas de par en par para llenarla con facilidad; mi padre acaba de entrar en casa mientras yo salgo cargando una caja que dejo dentro del vehículo.

Un coche patrulla se para frente a mí, hecho una ojeada y el corazón me da un vuelco; Héctor me mira tras los vidrios oscuros de sus gafas de aviador, frente al volante.

—Hola.

—Hola —levanta las gafas—, de mudanza ¿eh? —Asiento.

—Sí, en algo menos de dos semanas nos marchamos. —Asiente mientras parece que procesa la información que le acabo de dar.

—¿Lo tienes claro?

—Sí, supongo que sí. —Dejo caer los brazos a los lados—. Oye, Héctor...

—¿Sí?

—Lo siento. —Me acerco al coche—. Lo último que quería era hacerte

daño; te lo prometo.

—Lo sé. —Mis labios forman una triste sonrisa—. Ambos nos dejamos llevar sin darnos cuenta del error que cometíamos.

—Ojalá todo fuera distinto. —Firmo los brazos en el hueco de la ventanilla bajada—. Sé que hubiera funcionado. —Pasa las yemas de sus dedos por mi mejilla, dejándola abrasada y unas mariposas revoloteando en mi estómago.

—Eso es lo peor, Susana. Sé feliz, ¿Vale? —Beso su mejilla, lo veo tragar con dificultad y soltar el aire poco a poco mientras su pecho sube y baja.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Me enderezo y el coche empieza a moverse lentamente y, veo como se aleja calle abajo sabiendo que podría ser que no lo vuelva a ver nunca más.

—Haces lo correcto —digo en un susurro para mí misma.

Cuando mi padre sale, me ve plantada en medio de la calzada, con los brazos caídos y una expresión que no sabe cómo descifrar.

—¿Todo bien, cariño? —Me giro y lo miro.

—Claro.

Paso por su lado y entro de nuevo en casa para seguir cargando cajas.

La semana ha volado; el día del juicio ha llegado y tengo un gusano que recorre mi tripa continuamente sin cesar. Son las once de la mañana, pero ya me he tomado tres tilas dobles, dos valerianas para poder dormir y nada de café cuando me he levantado. Sara se ha quedado a dormir con mi madre, quería dejarla al margen de todo este calvario que estoy pasando, que no viera en mi rostro los nervios que se adivinan que estoy pasando. Mi padre me acompaña como apoyo moral.

Al llegar al juzgado me encuentro con Daniela que va imponente. Lleva una falda negra de tubo por debajo de la rodilla, unos tacones de al menos diez centímetros y una americana negra marcando su pequeña cintura. Lleva el pelo suelto que llega más abajo de media espalda, hacía mucho que no la veía. Su pie derecho repica continuamente contra el suelo, lo que demuestra que también está nerviosa.

La miro a ella y me miro a mí, con un vaquero ceñido algo desgastado, una bota negra plana por debajo de la rodilla y un jersey de punto beis. Que distintas somos. Al verla, comprendo porque Hugo solo tuvo ojos para ella y nunca para mí, aunque eso ahora ya no me afecte.

Nos acercamos a ellos, tengo el corazón en un puño y martillea tan fuerte en mi pecho que puede ensordecer mis pensamientos. Mi padre echa un brazo alrededor de mis hombros, me acerca a él y besa mi mejilla.

—Todo irá muy bien. —Lo miro y asiento sin estar muy segura.

Adolfo; el padre de Daniela se gira y nos ve llegar. Mantiene las manos dentro de los bolsillos del pantalón gris de pinza, con una posición altiva. A su lado; Cristhian, la pareja de Daniela, se mantiene a su lado con la mano izquierda puesta en la cintura de ella.

—Hola —digo al llegar a ellos, a su lado me siento una hormiguita.

Daniela se gira y sonrío, pero su expresión no es la de siempre. Se agacha y besa mis mejillas.

—Hola, Susana. —Me abraza, algo que no esperaba y un poco dudosa, le correspondo.

—Hola, Daniela. ¿Qué tal estas? —Inspira profundamente.

—A ti no voy a mentirte, me muero de los nervios.

—No tienes por qué —intercede Cristhian—. Hola, Susana, encantado. —Me tiende la mano y se la acepto asintiendo con la cabeza.

Adolfo se acerca también y me tiende la mano que acepto también.

—Todo va a salir muy bien —dice mirando a ambas—, va a officiar el juicio una jueza muy feminista; no tendréis problemas para metéroslo en el bolsillo en cuanto os escuche declarar.

Un nudo se instala en la boca de mi estómago y lo encoge, más o menos como a Daniela, porque su cara ha sido un poema. ¿Acaso creen que revivir en voz alta lo que ese mal nacido nos ha hecho es fácil? No, no lo es. Seguramente sea de las cosas más duras por las que tenga que pasar en esta vida; porque ya tengo suficiente con recordarlo en mi subconsciente, en cerrar los ojos y escuchar los insultos continuos, en sentir las patadas en los costados y los tirones de pelo, como para compartirlo con un puñado de gente a la que no conozco de nada.

Se me ha secado la boca y; Daniela que parece ha adivinado mis pensamientos, me tiende un pequeño botellín de agua sin decir nada.

—Gracias. Parecerá un poco egoísta lo que voy a decirte —agacho la cabeza—, pero estar aquí contigo, que seguramente eres la única persona que puede entenderme, hace que sea un poco menos duro.

Daniela no responde, solo me abraza y ambas nos echamos a llorar en silencio.

—Sé que es duro, pero sois fuertes, tenéis que poder con él. ¿De acuerdo?
—Ambas asentimos.

Mi padre se mantiene al margen en todo momento, lo conozco y sé, que se siente desubicado entre tanta gente estirada. Una mujer alta, de mediana edad se acerca hasta nosotros. Es rubia, con la melena rozando sus hombros y muy estirada, por lo que deduzco al momento es la madre de Daniela. Lleva unas gafas de sol muy grandes, un bolso que tiene pinta de ser muy caro y una americana similar a la de Daniela. Mi padre la mira de arriba abajo, porque a pesar de su apariencia de estirada es muy guapa.

—No me lo puedo creer —murmura mi padre muy bajito todavía con los ojos fijos en ella y la boca abierta.

—¿La conoces, papá? —Suspira.

—¿Qué si la conozco? —la mujer besa la mejilla de Daniela y esta apoya la cabeza en su hombro buscando algo de afecto—. Es mi primer amor.

—¿Cómo?

Mi boca se ha abierto tres tercios, mis ojos están a punto de salir de las cuencas; no doy crédito a las palabras de mi padre.

—No me dijiste de quien se trataba.

—¿Cómo iba a saber que los conocías?

—Ella se ha criado en Arrosa; de hecho salía conmigo hasta que conoció al estirado ese por el que me dejó —responde con amargura—. Llevo media vida odiándolo sin ponerle cara.

—¿Lo sabe mamá?

No responde, se ha quedado mudo al ver que ella se dirige a él sin titubear. Se levanta las gafas y entonces no tengo duda; tienes los mismos ojos grandes y expresivos de Daniela.

—Fernando, ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Claudia. Sí, media vida...

Ella se acerca y le da dos besos que mi padre no sabe si aceptar o no.

—Me alegro de verte, aunque no en esta situación. —Me mira—. Tú debes ser Susana —asiento—, debes haber pasado por un infierno, pero hoy acabará tu tormento.

—Eso espero. —La voz me ha temblado y, aunque he intentado sonreír, no lo he conseguido.

—Vamos, debemos entrar —dice Adolfo interrumpiendo la conversación.

Daniela y yo vamos las últimas, las piernas no paran de temblarme y,

adivino que ha Daniela le pasa lo mismo. Toma mi mano, me mira y sonrío levemente a lo que yo le correspondo.

Pasamos a una sala de espera, donde la fiscal saluda con familiaridad a Adolfo. Según nos ha explicado, primero me llamarán a mí para declarar, y posteriormente a Daniela. Él en estos momentos está dentro prestando declaración.

A saber cuántas mentiras contará.

El tiempo en esta sala parece haberse detenido; solo hace cinco míseros minutos que he mirado el reloj que descansa en mi muñeca izquierda; y cada vez que lo miro, un bufido se escapa de entre mis labios.

La fiscal, que hace como media hora que se había ido, entra en la sala mirándome y haciendo un pequeño gesto con la cabeza.

—Daniela, es tu turno.

No respondo, solo asiento y me levanto.

—¿Te encuentras bien?—Daniela toca mi mano—. Estás pálida.

—Soy fuerte —me digo—, yo puedo. —Daniela asiente.

Cuando entro en la sala, todos los abogados están dispuestos en su sitio, con las togas puestas.

Frente a mí, se encuentra la jueza, a su izquierda, Adolfo con la fiscal y, frente a ellos, la abogada de Lucas, imagino.

Me hacen sentarme frente a un micrófono y mi cuerpo tiembla de los nervios a la vez que mi manos sudorosas, las paso varias veces por el pantalón.

Y mientras mi cuerpo tiembla y mis manos sudan, el juicio da comienzo.

—Dígame, Susana, ¿podría relatarnos los hechos sucedidos aquella noche?

Mi mente viaja atrás en el tiempo, revive el infierno de aquella noche, para que mi boca pueda pronunciar cada palabra.

Llego tarde a casa de trabajar. En La Guarida había una mesa que no tenía prisa y no puedo cerrar hasta las diez y media. Al entrar por la puerta de casa, sé que la noche va a ser movidita, el Barça ha jugado y Lucas lleva unas cuantas copas encima, el alcohol nunca le sienta demasiado bien que digamos.

—Hola—saludo al entrar.

—¿De dónde vienes?—Arqueo mis cejas.

—Pues de trabajar.—Se levanta.

—No me mientas, Susana.

—Ya has estado bebiendo...—respondo asqueada.

—¿Algo que objetar?

—¡Qué apestas a alcohol!

Me da un empujón contra la pared.

—Un respeto a tu marido.

—El mismo que tú a tu mujer—respondo muy gallito.

—Así que vienes peleona—su mano se va a mi cuello— ¿con quién has estado?

—Con nadie.—Miro sus ojos fijamente.

—¿Llamo a Hugo?

—Lámalo, no sé qué esperas que te diga.

—Es verdad —suelta mi cuello y se da la vuelta—, por más que te joda, es el perrito faldero de la puta esa.

—Se acabó, Lucas. —Se gira y me mira lleno de rabia.

—¿Qué has dicho?—masculla con la mandíbula prieta a un escaso centímetro de mi boca.

—Qué se acabó.

Me doy media vuelta e intento huir a nuestro dormitorio.

La abogada me interrumpe devolviéndome al presente.

—¿Lo iba a dejar por su amigo Héctor, no es cierto?

—Noo... ¡claro que no! Iba a marcharme a casa de mis padres, pero no me lo permitió.

Vuelvo al pasado.

Lucas me coge con fuerza del pelo y tira de él, pegándome a su cuerpo.

—Tú no te vas a ningún sitio.

—¡Suéltame, Lucas!—Chillo.

—Tu sitio es aquí, en esta casa. Y si no estás aquí, no estarás en ningún sitio.

Me da la vuelta y, cogiéndome de la cara, empieza a besarme con fuerza. Intento zafarme de él, de su mano y de su boca. Muerdo su lengua al entrar en mi boca haciéndole sangre.

—¡Hija de puta! —Escupe en el suelo—. Si me vuelves a morder, te reviento.

—No vas a tocarme sin mi permiso—respondo con el corazón a mil por

hora.

—No, eh, ¿quieres verlo?

Todo pasa muy rápido, cogiéndome de los brazos consigue tirarme al suelo, se tira sobre mí haciendo fuerza con sus piernas. Me resisto, forcejeo y chilló. Cojo impulso con la cabeza y le doy tan fuerte como puedo, lo que le pillá del todo por sorpresa y maldice para sus adentros.

Se levanta tocándose la frente, me mira lleno de ira y la mandíbula prieta. Está tan enfadado que su rostro ha adquirido un color rojizo, sus venas se han abultado considerablemente, y los ojos parece que van a salirse de sus cuencas. Seguidamente y pillándome esta vez a mí por sorpresa, me asesta una patada en un costado que me deja sin respiración.

—Ya está, ¿estás contenta? Venías buscándolo desde que has llegado a casa.

—Noo... —digo en un grito ahogado y desesperado mientras el llanto se escapa de lo más hondo de mi cuerpo.

—Más vale que te portes bien de ahora en adelante si no quieres recibir otra vez.

No contesto, no puedo. Estoy echa un ovillo en el suelo, mis manos tapan mi rostro compungido y sin parar de llorar.

Lucas se tumba de nuevo sobre mí, desabrocha el botón de mi vaquero gris e intenta bajarlo.

—No, Lucas, ¡por favor! —suplico intentando que no me baje el pantalón.

—Soy tu marido, chata, y tengo necesidades.

—Hoy, no... te lo suplico...

—Eso, suplica que es lo que mejor sabes hacer. Más valdría que aprendieras a chuparla un poco mejor, niña.

Sus palabras me dan auténticas arcadas y, a pesar de mi llanto, de mis súplicas, continúa bajando la braguita. Un arranque de ira hace que le dé un guantazo con la mano bien abierta. Ha sido una acto reflejo y, automáticamente se me corta la respiración a sabiendas de lo que viene a continuación.

—No vales ni para puta. Pero descuida, que yo te voy a enseñar.

Su puño estalla contra mi pómulo derecho y parte del ojo. He notado sus nudillos dentro del ojo y me duele tanto que no puedo ni llorar, ya no me quedan fuerzas, y mientras mi mente procesa todo lo que está pasando, sé,

que es mejor estarme quieta y dejar que me haga a su antojo, si no quiero acabar muerta.

Es en ese momento, en el que decido cerrar los ojos a pesar que de ellos no han parado de salir lágrima tras lágrima, hacer como que la cosa no va conmigo, y estar quietecita mientras él... me viola.

Vuelvo al presente.

Y mientras explicaba todo esto, nuevas lágrimas han aparecido en mis ojos.

—Según nos ha explicado su marido, es una fan de la trilogía Cincuenta sombras.

—¿Disculpe?

—Qué desde que leyó dicha trilogía, le gustaba poner en práctica «juegos» —hace unas pequeñas comillas con sus dedos— de pareja. Según ha contado, esa noche se les fue de las manos.—Niego.

—Es cierto que la trilogía me gustó, pero es ficción. Jamás he deseado poner en práctica nada. Y mucho menos aquella noche.

—No es cierto, y cito textualmente sus palabras: Por un hombre como ese, estaría dispuesta a dejarme dar unos azotitos.

Mi boca se abre tres tercios, sin poder creer lo que mis oídos están escuchando.

—Son bromas que se dicen entre amigas, pero jamás...

—No tengo más preguntas.

—¡Disculpe!—Intento llamar su atención.

—No tengo más preguntas.



El juicio ha acabado. Susana permanece a mi lado en todo momento; está pálida al igual que yo. Ha sido muy duro.

Mi padre piensa que he interpretado un papel, poco imagina que todo es cierto, que cada vez que cierro los ojos veo los de Lucas mirándome fijamente, como un depredador.

—¿Te apetece dar un paseo?

—La verdad es que sí —le respondo.

—Papá, márchate —dice tocando el hombro de su padre—. Necesito dar un paseo con Daniela. —Cristhian nos mira.

—Pensé que íbamos a comer. —Me mira para después mirar a mi padre.

—No me apetece, Cristhian. Ir vosotros, por favor.

—De acuerdo.

—¿Cómo volverás? —pregunta Fernando tomando la mano de Susana.

—Yo la llevo, no se preocupe.

Todos se marchan; ella y yo nos hemos quedado quietas, inmóviles en el mismo lugar viendo como se alejan. Mi madre me da un beso en la mejilla antes de marcharse y me mira a los ojos intentando averiguar qué es lo que ve en ellos.

—Esto ha sido mucho más duro de lo que me esperaba.

—Sí, por mucho que nos hubieran advertido, no tiene nada que ver con la realidad.

Empezamos a andar sin rumbo, viendo la gente pasar por nuestro lado con su habitual ritmo frenético de la ciudad. Nuestros pasos son lentos y la mayor parte del tiempo permanecemos calladas, reteniendo suspiros y callando las ganas de llorar que ambas tenemos.

—Gracias por ayudarme tanto, Daniela. No me he portado bien contigo y a pesar de todo, me has apoyado.

—No tienes que dármelas. No te equivocabas conmigo. Le he hecho daño a Hugo. —Miro al frente sin querer ver sus ojos acusadores—. No era mi intención, pero lo he hecho, tal como dijiste.

—Yo también a Héctor. —No me juzga como pensaba—. ¿Qué ha pasado? —Suspiro y la miro un segundo.

—Entre él y yo han pasado cosas, he empezado a sentir algo por él, pero no puede ser.

—Parece que estás explicándome lo que ha pasado entre Héctor y yo. Parece que estamos destinadas a entendernos. —Ambas nos echamos a reír.

Me siento en un banco de madera, frente a unos grandes árboles que ofrecen sombra. Susana se sienta a mi lado, se recuesta en el banco y echa el pelo a un lado con su mano derecha. Yo cruzo las piernas.

—No he sido sincera con él, Susana. Cuando volví de París donde fui a reencontrarme después de lo sucedido, Cristhian me pidió que me casara con él. —Susana me mira con una mueca en los labios—. Le he dicho que sí.

—¿Por qué? —pregunta arqueando las cejas.

—Pues porque lo mío con Hugo es demasiado complicado, cada uno tiene su vida en un lugar y uno siempre tendría que renunciar a su vida para poder estar con el otro. Además, llevo con Cristhian más de cinco años, supongo que era el paso más lógico.

—Disculpa, Daniela, quizás no soy la más apropiada para aconsejarte —se moja los labios pasando la lengua por ellos—, pero si sientes algo por Hugo, no estás siendo sincera con Cristhian, con Hugo y lo que es peor; contigo.

—Hugo se ha enterado de la peor forma posible y ahora no me habla. —Miro al frente y retengo una lágrima que quiere salir—. No quiere ni verme.

—Lo conozco muy bien, debe estar muy herido. La mejor forma que tiene para olvidarte, es borrarte de su vida. ¿Te arrepientes?

—Me siento muy confundida. No quiero perderlo. —Ambas miramos al frente—. Y mi madre me está volviendo loca con los preparativos de la maldita boda —mascullo apretando la mandíbula.

—Solo te puedo decir que lo tengas claro —apoya su mano izquierda sobre la mía que permanece sobre el muslo—, que si no quieres perderlo luches duro por él; Hugo merece mucho la pena. —Asiento.

—¿Te llevo a casa?

—Por favor.

El sol ha empezado a decaer; los tonos anaranjados se han apoderado del azul inmenso del cielo a la vez que el sol se empieza a esconder tras los edificios de esta gran ciudad. Ambas caminamos a paso lento, aletargado. Hace unos meses era imposible ni imaginarme que su compañía podría resultarme tan reparadora; tan tranquilizadora. Con ella las palabras sobran y los consejos que recibo resultan sumamente útiles; quizás sea porque son desinteresados, porque habla desde el corazón y no en beneficio propio como podría hacer mi madre o incluso mi hermana aunque sea en el lado contrario.

Entramos en el parquin donde permanece aparcado mi coche; cuando Susana lo ve sus ojos se abren considerablemente y silba, lo que me hace reír.

—¡Eres una pija! —dice sonriendo.

—Supongo que tienes razón —abro el coche y entro en su interior—, pero ¿a que es bonito?

—De eso no hay duda. —Arquea una ceja.

Se sienta mirando todo a su alrededor. Pasa los dedos con sumo cuidado por la piel beis de los asientos y por el salpicadero negro que está impecable. Enciendo la radio y James Bloom cobra vida cantando una melodía suave y envolvente.

Arranco el coche que ruge al contacto con la llave; Susana abre bien los ojos y ríe. Salimos del garaje casi derrapando rueda y ambas riendo. Fuera el tráfico es denso y nos cuesta salir de Barcelona lo que me parece una eternidad; pero cuando dejamos atrás las carreteras fluidas y nos adentramos en la nacional, aprieto el acelerador y salimos disparadas.

Susana abre la ventana haciendo que la brisa entre y alborote su pelo, asoma la cabeza y grita, lo que provoca una carcajada en mí.

—¡Gracias!

—¿por qué? —pregunto confundida.

—Hoy me siento viva. Gracias.

—A ti por estar a mí lado.

Sube la música y ambas cantamos a pleno pulmón a la vez que juntamos de tanto en tanto las cabezas y ponemos nuestros puños en forma de micrófono; una tontería que tiempo atrás hubiera criticado sin piedad y que hoy, me hace feliz, desinhibida y resuelta.

Al llegar a Arrosa pasamos por delante de la finca de Hugo; la que no

puedo evitar mirar y que hace se me encoja el corazón.

—Recuerda mis palabras —dice al ver que miro hacia allí. Asiento.

—Es tarde, Susana.

—Nunca lo es.

—Me tienes que explicar lo que ha pasado con Héctor.

—Estás desviando el tema. —La miro con una ceja arqueada.

—Tú también.

Estamos aparcadas frente a la puerta de su casa, desde donde me ha explicado con toda clase de detalles lo que ha pasado con Héctor; siento que hemos conectado tan bien, la entiendo a la perfección a pesar de que mi consejo sería que hiciera todo lo contrario a lo que va a hacer. Irse de su lado es un error, Héctor la quiere y ella a él también, y no se merece más que ser feliz al lado de la persona que ama; sin embargo, como he dicho la entiendo y sé, que al mudarse a Barcelona, tengo una nueva amiga en la que confiar de verdad y eso sienta bien.

Me he cansado de mis amistades, de la gente que me rodea en la ciudad en la que vivo; y aunque suene muy contradictorio, quizás en Arrosa es donde más yo me siento hoy por hoy.

Es de noche, llevamos varias horas charlando como si fuéramos amigas de toda la vida sentadas en el coche, cada una con el cuerpo ligeramente girado para mirarnos de frente; y en el rato que llevamos aquí, hemos reído, llorado y abrazado.

—¿Cuándo nos hemos convertido en amigas? —pregunta arrugando el entrecejo y riendo—. Te he odiado toda mi vida y culpado de mi sufrimiento, y míranos ahora.

—Es de locos.

—Gracias por estar aquí.

—Gracias a ti. Prométeme que nos veremos a menudo en Barcelona.

—Claro. Buenas noches, Daniela.

Abre la puerta del coche y sale después de regalarme una sonrisa sincera.

Arranco el coche y salgo de allí, guiándome en la oscuridad de la noche solo por la luz de las cuatro farolas que alumbran este bonito pueblo. Miro a mi alrededor; aquí no hay nadie por las calles, la gente anda recogida en sus casa, al lado de alguna chimenea compartiendo el calor que esta les ofrece al lado de una persona que les acabe de dar ese cobijo; yo estoy sola, por dentro

y por fuera.

Paso de nuevo frente a la finca de Hugo; las luces de la casa están encendidas y sin pensarlo demasiado entro de nuevo y aparco frente a la casa. Las piernas me tiemblan cuando bajo del coche y con mano dudosa toco el timbre de la casa que está en silencio. Solo se oye el crepitar de algún grillo en los campos que la rodean.

La puerta se abre; Hugo lleva puesto el pantalón del pijama, caído de cintura y pecho descubierto. La boca se me seca al momento. No dice nada, se queda mirándome en silencio y una ceja arqueada.

—Hola, Hugo.

—¿Qué haces a estas horas aquí? —Mira a mi alrededor.

—Estoy sola. He venido a traer a Susana a su casa; hoy era el juicio.

—Seguro que ha ido muy bien —responde con frialdad—. Tienes un buen abogado.

—Estás siendo muy duro conmigo. Me duele.

—Pues tomate un ibuprofeno, Daniela. Esto solo es el resultado de lo que has buscado.

—Lo sé. Siento haberte hecho daño, no lo pretendía.

—Pues para no pretenderlo —empieza a decir con la puerta entreabierta sin darme opción a entrar—, te has empleado a fondo.

—Lo siento, de verdad. Solo espero que algún día puedas perdonarme y seas feliz.

—Feliz lo seré; no tengas dudas. Buenas noches, Daniela.

La puerta se cierra sin mirar atrás y yo me quedo allí plantada, sin saber muy bien qué hacer y con una sensación de vacío que me dice lo gilipollas que soy; y eso que no me gusta decir tacos. Maldigo para mis adentros, me doy la vuelta y entro en el coche rumbo a Barcelona donde espero poder pegar ojo esta noche.

Conduzco de forma pausada; conducir de noche y con la música puesta de forma suave siempre me ha relajado. Ed Sheeran toca las cuerdas de su guitarra mientras canta y me dejo llevar por su voz melodiosa, la pasmosa tranquilidad de la carretera y mis pensamientos. La música se corta, el móvil empieza a sonar y el manos libres se conecta.

—Hola, Cristhian.

—¿Dónde estás? Es muy tarde.

—¿Es que tenía hora de llegada?

—Yo no he dicho eso.

—En tres cuartos de hora habré llegado a casa.

—Si quieres puedo llevarte algo de cenar.

—La verdad es que no tengo demasiada hambre; me apetece estar sola, si no te importa.

—Como quieras. —Le oigo respirar y dudar en sus palabras; algo poco propio de él—. No sé por qué pero tengo la sensación que, a pesar de habernos comprometido, cada día estás un poco más lejos de mí, Daniela.

—Estoy abrumada, Cristhian. Eso es todo. Te pido comprensión y tiempo.

—Por supuesto, lo tendrás. Nos vemos mañana.

—Claro. Buenas noches.

—Buenas noches, Daniela. Un beso.

La comunicación se corta y, a pesar de que no soy una persona muy propicia a las lágrimas; estas caen de mis ojos sin poderlas retener un segundo más. Mojan mis mejillas dejando un camino marcado e imagino que negro por el rímel que me apliqué esta mañana, pero ¿qué importa? A veces, dejar soltar lo que una lleva dentro sin más es reparador, necesario.



HUGO

Cerrarle la puerta en las narices ha sido de las cosas más difíciles que ha hecho, su expresión era atormentada y sé, que no es de las personas que se van arrastrando a los demás, por tanto, si está aquí es porque le importo, lo sé, pero eso no hace que duela menos.

Me siento un subnormal, un gusano que se ha arrastrado por donde ella ha querido y pedido, a pesar de las advertencias de todos. Ojalá jamás hubiera vuelto, ojalá no hubiera pisado jamás la tienda de mi madre para que no hubiera enterado de su estancia aquí; porque ahora, creo que nunca podré sacarme de la cabeza su aroma a cítricos tras su oído, ese que me gustaba aspirar cuando me acercaba a darle dos besos.

Y lo peor es que he creado recuerdos con ella en cada maldito rincón de esta casa. En el sofá mientras nos matábamos a cosquillas o mientras mirábamos una peli, con su cabeza en mi pecho y yo acariciando su pelo sedoso. En mi dormitorio, con su pelo desparramado por mi almohada, durmiendo boca arriba y cayendo un hilito de baba que se me antojaba encantador. En la cocina mientras le preparaba un desayuno del que seguro iba a quejarse, porque ella, solo desayuna alfalfa para caballos...

No puedo evitar sonreír mirando a mi alrededor mientras cada uno de esos recuerdos viene a mi mente y la veo con claridad, porque en el fondo, a pesar de todas sus advertencias, pensé que se daría cuenta que donde mejor está es conmigo; así que la pregunta es: ¿estoy enfadado con ella, o conmigo por ser tan imbécil?

Agarro el mando del televisor, coloco los pies sobre la mesa de centro y empiezo a cambiar sin apenas mirar, sin prestar atención a lo que ponen, y

entonces como buen gilipollas que soy, pongo Netflix para poner El diario de Noa; la película que vimos juntos y que terminó con nuestras lenguas enredadas.

Apenas he conseguido pegar ojo en toda la noche, pensando que quizás, he sido demasiado duro con ella. Me he dedicado a dar vueltas de un lado a otro de la cama, poniéndome boca arriba y mirando a través de la claraboya las estrellas que brillan en mitad de la oscuridad de la noche.

Me preparo un café solo y salgo sin querer permanecer encerrado un solo segundo más. Fuera el día es triste, el sol todavía no ha hecho acto de presencia y la niebla lo envuelve todo. Me acerco a los establos, quiero ver cómo anda el pequeño potrillo que hemos tenido recientemente y al que todavía, no le hemos puesto nombre. Estrella se remueve nerviosa al ver que me acerco; relincha y se levanta.

—¿Qué pasa Estrella? Solo soy yo...

Abro la cerca y le acaricio el morro con cuidado; resopla pero para de removerse. Continúo tocándola, con suavidad y cuidado. Está recelosa, cuida de su potrillo como haría cualquier madre.

Calma, que está al lado, intenta llamar mi atención. Le dejo heno a Estrella y salgo. Abro la puerta de Calma y la saco al exterior y la ensillo; quiero dar un paseo por los alrededores. Subo a su lomo, hincó el estribo suavemente en su costado dos veces; Calma responde empezando a trotar fuera de la finca, la conduzco hacia la montaña, por el camino habitual que solemos tomar.

La noche ha dejado todas las plantas mojadas por el rocío, dejando pequeñas gotas sobre las hojas. Inspiro profundamente y, dejo que todo lo que me envuelve cale en mí. El olor a humedad, el sonido de las pezuñas de Calma sobre el suelo, el aire puro de la montaña.

Hinco nuevamente el estribo en el costado y Calma responde acelerando el paso. No es una yegua rápida, desde luego, de ahí su nombre, pero tiene otras muchas cualidades que destacar. Es afectuosa, cuidadosa y leal; muy leal.

El día lo paso ocupándolo tanto como puedo: limpiando el establo, cepillando los caballos y entrenando a Furia, un potrillo que nació hace algunos meses y que por el momento, es muy nervioso. No es demasiado sociable y mucho menos le gusta que lo monten. He intentado subir en varias ocasiones; el resultado siempre ha sido el mismo: rodando por la tierra del

picadero.

Mi móvil vibra en el bolsillo trasero del vaquero, lo saco. Es Héctor.

—Hola —limpio los restos de tierra del pantalón.

—¿Te pillo en mal momento?

—Que va, solo acabo de salir rodando por los suelos.

Una carcajada se oye al otro lado.

—Furia es duro de pelar ¿eh?

—Sí, más de lo que pensé. —Paso una mano por la frente que tengo perlada de sudor.

—¿Te apetece una caña? —miro el reloj.

—Venga va, ahogemos las penas en el fondo de una copa de cerveza.

—Qué profundo, macho.

Voy a casa a asearme mínimamente, huelo a sudor y tierra. Me doy una ducha rápida, me cambio y salgo. Mi padre acaba de llegar del pueblo de al lado, con unas balas de heno para dar de comer a los caballos durante lo que queda de semana.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, las he conseguido a un buen precio. ¿Dónde vas?

—He quedado con Héctor para tomar unas cañas, ¿te apuntas?

—No, gracias. Voy a casa a ver si tengo suerte y cuando llegue tu madre me hace un masaje en los pies.

Me guiña un ojo sonriendo, porque sé, que será él quien se lo dé a ella y no al revés; la cuida muchísimo; pero es que mi madre es mucha mujer, sigue preciosa a pesar del paso del tiempo y sabe, que merece la pena esforzarse al cien por cien con ella.

Héctor está sentado en una mesa para dos al fondo del local en La Guarida, nuestra mesa de siempre, aquella en la que nos sentábamos alrededor, está vacía. Ya no tiene sentido sentarnos allí, después de todo, solo somos dos. Está pensativo, mirando por la ventana como las primeras gotas empiezan a caer, avisando lo que le precederá después: Un diluvio. El cielo está encapotado, una capa gruesa de nubes hacen que parezca más tarde de lo que realmente es, y aunque siempre me han gustado este tipo de días, hoy hace que todo parezca más difícil y cuesta arriba. Me siento decaído y enfadado a partes iguales.

Susana ya no está tras la barra y, si los rumores son ciertos, puedo adivinar el motivo por el cual mi amigo tiene un morro largo que le llega al

suelo. Me siento frente a él que despega la vista de la ventana al verme aparecer.

—Buenas.

—Serán para ti... —responde en un murmullo.

—¡Cómo están los ánimos...! —Asiente torciendo el morro.

—¿Ya te has enterado? —Mira hacia la barra.

—Así que es cierto. —Asiente.

—Sí, se marcha y no puedo hacer nada.

—Las dos van a estar en la misma ciudad.

—Eso parece.

Vero, la dueña del local, me trae la caña que he pedido al entrar y otra para Héctor con unas aceitunas que deja en el centro de la mesa.

—Lo peor de todo, es que me ha dicho que sabe que lo nuestro funcionaría; que ha empezado a sentir cosas —explica arqueando las cejas—, pero que no puede ser. ¿Cómo espera que pueda aceptar algo así? —Deja caer las manos sobre la mesa.

—Los dos sufrimos mal de amores. Daniela se va a casar.

—¡¿No jodas?! —Asiento.

—Sí. —Alzo mi copa levemente; Héctor me imita y las entrechocamos —. Por el mal de amores.

La verdad es que han caído más cervezas de las que deberían, unas quince o más. A partir de la décima he perdido la cuenta. Las luces de las farolas se han encendido, la claridad se ha ido y la oscuridad ha aparecido. Miro mi reloj por un rato, me cuesta enfocar la vista, porque después de las cervezas han caído creo que dos Martinis y algún que otro chupito. Vero se ha negado a servirnos ni un solo vaso más de alcohol.

Creo que son las diez y media de la noche, pero es que ninguno de los dos tiene prisa, nadie nos espera al llegar a casa; estoy por decirle que se venga a la mía y abrazarlo por detrás para no sentirme tan solo; no que va... ¡era coña! el alcohol me hace desvariar demasiado.

—Chicos, me sabe mal pero voy a cerrar. —Ambos la miramos con cara de fastidio—. No podéis seguir bebiendo; no sé qué os ha pasado, pero el alcohol no lo va a solucionar.

—Pero no veas como ayuda, Vero —responde Héctor alzando el dedo índice.

—Vamos, ¡fuera los dos!

—Vale, vale... ya que nos echas, tendremos que ir a casa.

—Eso, ir a dormir la mona, que falta os hace.

Fuera sigue lloviendo, lo que viene bien para despejarnos un poco. Me despido de Héctor en el parquin de las afueras, donde ambos tenemos nuestros coches; menos mal que el pueblo es pequeño y no hay demasiada carretera; menos aún coches que la utilicen a estas horas.

Arranco el coche, abro la ventanilla para dejar que la brisa entre y aclare mi mente; estoy agotado. En cuanto llegue a casa, me daré una ducha y a dormir; lo necesito. Enciendo la música que permanece apagada; un pitido me asusta, veo unas luces y, de repente, todo da vueltas a mi alrededor mientras me muevo sin parar como si estuviera dentro de una lavadora.



—No sabes cómo nos alegró la noticia, Daniela —dice mi futura suegra con el tenedor suspendido a medio camino entre el plato y su boca—, siempre supimos que tarde o temprano pasaríais por el altar.

Asiento y sonrío levemente.

—La verdad es que he tardado mucho en decidirme a dar el gran paso —Cristhian toma mi mano sobre la mesa cubierta por el mantel blanco—, pero ahora solo puedo pensar en porqué no me decidí antes.

—¿Y la fecha está puesta?

Intento hablar, pero Cristhian se adelanta y contesta él.

—Bueno, habíamos pensado para octubre del año que viene. Octubre es un mes muy romántico, ¿verdad?

—Lo cierto es que no hemos llegado a ningún acuerdo todavía —intercedo mirando a ambos.

—Yo estoy de acuerdo contigo, Cristhian —empieza a hablar mi madre—, podríamos contratar un catering y montar la boda en una carpa.

—Mamá, cuando lo tengamos claro, serán cosas que nosotros miraremos, pero gracias.

—Deja que tu madre nos ayude, Daniela. —Cristhian me mira con una sonrisa amplia—. Nosotros estamos siempre muy ocupados con nuestros trabajos, Claudia, así que toda ayuda es bienvenida.

Respiro hondo y dejo escapar el aire pausadamente, intentando que no me afecte tal y como está transcurriendo la conversación.

—Gracias, hijo. Menos mal que cuento con tu apoyo... —Me echa una ojeada de soslayo.

Mi móvil empieza a sonar en el bolso; lo saco para ver quién es tan

insistente. No conozco el número.

—¿Quién es?

—No lo sé, no conozco el número.

—No respondas —dice acariciando mi mejilla.

Pero la persona que está al otro lado es insistente y no se da por vencido; cuando la llamada se corta, vuelve a intentarlo de nuevo.

—Disculpad, voy a responder —todos me miran—, parece importante.
¿Sí?

—¿Daniela?

—Sí.

La voz de la mujer que me llama parece rota; le cuesta hablar.

—Soy Carmen.

—Carmen, ¿qué ha pasado?

Me alarmo al momento. Se ha formado un nudo en mi pecho que hace que me cueste respirar.

—Hugo ha tenido un accidente de coche; está muy mal.

Una arcada se va directamente a mi estómago, haciendo que suba hasta mi garganta. Las manos me tiemblan, mis ojos se han abierto considerablemente pero ven poco más que el plato que tengo delante.

—Daniela, ¿qué pasa? —pregunta Cristhian tomando mi mano temblorosa.

—¿Dónde está, Carmen?

—Se lo han llevado a Barcelona, a la Vall d'Hebron.

—Ahora mismo voy para allí. —Cuelgo el teléfono—. Tengo que irme, Hugo ha tenido un accidente de coche.

—Pero... está allí su familia ¿no? —Asiento—. Entonces, ¿para qué tienes que ir tú? —Lo miro con una ceja arqueada.

—Porque es mi amigo y no pienso fallarle.

—Yo te llevo —se levanta de su asiento—, vamos.

—Lo siento —digo mirando a mis futuros suegros y padres.

—Verás como se pone bien, Hugo es fuerte. —Besa mi mejilla—. Hugo es un amigo de la infancia —explica mi madre a mis futuros suegros—, Daniela pasaba los veranos con mi madre en Arrosa y ellos estaban muy unidos.

—Que se recupere, Daniela.

—Gracias.

Salgo disparada del local bajo la atenta mirada de todos y cada uno de los comensales que murmuran. Cristhian me sigue a unos pasos de distancia; no le hace ninguna gracia tener que llevarme al hospital, pero yo no se lo he pedido. Sé que si lo hace, es porque estoy nerviosa y no se podría perdonar que algo me sucediera a mí también.

—Cristhian, tengo prisa, si no vas más rápido voy en mi coche sin ningún problema.

No responde, solo acelera el paso. No entiende que yo necesito llegar cuanto antes al hospital, ver que está bien, y mirarlo a los ojos. Si algo le pasara, no podría perdonarme jamás.

El tráfico es denso, es viernes por la noche y la gente de la ciudad no quiere permanecer en casa, salen a recorrer las calles y los locales de esta ciudad que parece que nunca duerme. Tardamos en llegar una hora aproximadamente; la hora más larga de toda mi vida creo. La sangre circula a toda prisa por mis venas, haciendo que mi corazón la tenga que bombear a toda prisa y que me cueste respirar.

—Daniela, por favor, tranquilízate. —Agarra mi mano que tamborilea sobre el muslo—. Te va a dar un síncope.

—No lo entiendes, Cristhian.

—Claro que sí, es tu amigo. —Asiento.

—Déjame en la puerta, por favor.

No contesta, solo para el coche al llegar y me deja bajar. Salgo disparada a pesar de los taconazos que llevo puestos. En la puerta de urgencias, Carmen anda inquieta de un lado a otro, con un pañuelo de papel arrugado en la mano y limpiando las lágrimas que van cayendo sin cesar.

—¡Carmen! —llamo su atención. Se acerca a mí abriendo los brazos.

—Daniela... —me abraza y la cobijo con los míos. Ambas lloramos abrazadas.

—¿Cómo ha sido? —pregunto apartándome levemente.

—No lo sé, nadie nos dice nada. —Sorbe por la nariz—. La policía está allí estudiando lo que ha podido pasar. No nos dejan verlo.

Antonio sale fuera con un vaso de café en cada mano. Le entrega uno a Carmen.

—Gracias por venir, Daniela. —Besa mis mejillas.

—No podría estar en otro sitio, Antonio.

Las lágrimas han empezado a salir de mis ojos y, creo que no van a dejar

de hacerlo hasta saber que está bien. Que no ha sido grave y que pronto volverá a casa para acabar de recuperarse. Cristhian sube la cuesta con el ceño fruncido, no le gusta estar aquí y así me lo hace saber, no lo puede evitar. Me besa en los labios al llegar.

—Carmen, Antonio, él es Cristhian, mi pareja.

—Y futuro marido —dice tendiéndole la mano a Antonio.

Lo miro con una ceja arqueada, ese comentario ha estado demás en un momento así, ya habrá otras ocasiones en las que marcar territorio, esta no era una de esas.

—¿Verdad, cariño? —Asiento levemente.

—¿Por qué no vamos dentro? —Carmen niega—. Cielo te vendrá bien descansar un rato, no sabemos las horas que vamos a pasar aquí.

Paso el brazo por los hombros de Carmen y la conduzco al interior de la sala de espera, donde la mayoría de las caras que permanecen allí, son similares a las nuestras. Odio los hospitales.

Las horas pasan muertas ante nosotros, son las cuatro de la mañana y, a pesar de las insistencias de Cristhian, sigo aquí.

—Daniela, por favor, mañana vuelves.

—He dicho que no; puedes irte, no importa. —Me levanto y estiro las piernas—. Yo no pienso moverme hasta saber que está bien.

—Como quieras, yo me marchó.

Se levanta enfadado y, sin darme un beso, se marcha bajo la atenta mirada de Carmen y Antonio.

—¡Cristhian, espera! —Se gira a mirarme. Me acerco a él y tomo su mano—. ¿Por qué te enfadas? —pregunto arqueando una ceja.

—¿Qué te mantiene pegada a esa silla? —pregunta mirándome fijamente a los ojos. Me encojo de hombros.

—Es mi amigo, ya lo sabes.

Agacho la cabeza, pero él me la levanta con su dedo índice.

—¡Y una mierda, Daniela! —Mi pecho se encoge—. Estás aquí porque sientes algo por él, porque no podrías soportar que le pasara algo.

—¡¿Y es malo eso?! —pregunto alzando la voz con las manos al aire—. ¿Acaso no es lo normal?

—Deja de mentirnos a los dos, Daniela. Eres una egoísta; lo quieres a él pero no quieres perderme a mí y la vida que tienes aquí. —Sus ojos son acusadores y, a pesar de que sus palabras son ciertas, su tono es duro—. Mira

en tu corazón y cuando lo tengas claro, hablamos.

Dicho esto, se da la vuelta y se marcha dejándome allí de pie, llorando por las verdades que me ha dicho como puños y sin quererlo reconocer.

Cristhian no es un mal hombre; puede que no apruebe todo lo que hace o dice, que pueda llegar a ser un pelín pretencioso, egoísta y que esté acostumbrado a salirse siempre con la suya; tal como era yo hace meses atrás. Pero no es un mal hombre; me ha querido y me quiere a su manera, algo que me bastó durante mucho tiempo pero que ahora ya no.

Carmen se acerca, pasa su brazo por mi hombro y me conduce bajo la atenta mirada de todos los que han presenciado el numerito, de nuevo a mi asiento.

—Lo siento, Carmen —digo en un susurro.

—Tranquila, ya es bastante que estés aquí habiéndote traído tantos problemas.

Una hora después, un doctor pregunta por los familiares de Hugo Fernández. Los tres nos levantamos de inmediato. El doctor está serio, lo que hace que mi pulso se acelere temiéndome lo peor; creo que voy a mordirme las uñas de los nervios. Nos hace pasar a una sala privada donde los tres tomamos asiento frente al doctor.

—¿Cómo está? —pregunta Carmen sin poder esperar un segundo más mientras se acomoda en el asiento.

—No les voy a mentir; el accidente ha sido grave. Se encuentra sedado e intubado. Lo hemos tenido que operar de urgencia porque tenía un pulmón perforado. Además ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y tenemos que ver cómo evoluciona.

Las manos de Carmen se van directamente a la boca para taponar el sollozo que está a punto de soltar; Antonio toca su pierna inspirando profundamente, digiriendo las palabras del doctor.

—Se encuentra en observaciones, donde se quedará hasta que despierte y veamos que todo va correctamente. Los horarios de visita son por la mañana de doce a una y por la tarde de cinco a seis y solo podrán entrar dos personas en la habitación.

—De acuerdo.

—Ahora si desean pueden marcharse para casa, él duerme tranquilamente y tampoco pueden entrar. Si pasara algo grave, yo mismo les avisaría.

Asentimos los tres. Nos levantamos y salimos de nuevo a la sala de

espera.

—Yo voy a quedarme —cruzo los brazos bajo mi pecho—, no quiero separarme de él.

—Ya has oído al doctor, aquí no haces nada.

—No me importa, Carmen. Quiero quedarme. Marcharos a descansar que estáis lejos de aquí. Cualquier cosa os aviso.

—Gracias, Daniela.

Ambos besan mi mejilla antes de salir hechos polvo por la puerta. Me siento en un rincón de la sala, con la chaqueta por encima y la cabeza apoyada en las baldosas blancas, a esperar.

El doctor que nos ha atendido entra de nuevo en la sala en busca de unos familiares que no responden, momento que aprovecho para hablar con él.

—¡Oiga!

—¿Sí? —dice girándose a mirarme.

—Podría entrar a ver a Hugo un momento, sé que no es horario de visita, pero... —Mira el reloj de la sala que marca las seis de la madrugada—. ¡Por favor!

—De acuerdo, pero solo un momento. Sígame.

Voy junto al doctor que me conduce por los pasillos del inmenso hospital; parece un laberinto. Con su pase entramos en una sala sin camillas por los pasillos, parece que hay calma.

—Tiene diez minutos —dice frente a una puerta. Asiento.

Dentro todo está a oscuras, la estancia está iluminada por la tenue luz sobre la cama donde reposa Hugo inmóvil. Las máquinas a su lado marcan el ritmo de su corazón y el respirador que hace un ruido infernal, hace que se me ponga el vello de punta. Me acerco lentamente a él, las lágrimas van cayendo de nuevo de mis ojos. Mi nariz se taponaba y la limpio con un pañuelo de papel.

Está tan quieto, tan falto de expresión y frío que no parece él. Las yemas de mis dedos rozan su mejilla rasposa; parece que hace días que no se arregla la barba. Acaricio su pelo y me agacho para besarlo; como me hubiera gustado hacerlo el otro día. Tomo su mano y la acaricio con la mía.

—Hola —digo entre susurros—, sé que no puedes oírme, pero tengo la necesidad de decirte que estoy aquí y que no pienso separarme hasta que estés bien, hasta que te vea abrir los ojos y sonrías como siempre. Quiero decirte que me arrepiento de tantas cosas, que no sabría ni por donde

comenzar. —Tomo aire, las lágrimas no me dejan continuar—. Me arrepiento de no haber escuchado antes a mi corazón, de haberte echo daño. Quiero que sepas, que te...

La puerta se abre, se asoma el doctor y dice:

—Lo siento, pero debe salir ya. —Y yo asiento sin poder continuar con mi discurso.



Ya ha amanecido; he visto pasar ante mí las horas muertas sin noticias, e imagino que la falta de noticias en este caso es algo bueno; que significa que todo está estable y Hugo sigue igual.

Son las ocho y a pesar de que la hora de visita no es hasta las doce, por la puerta entran los padres de Hugo con cara de no haber pegado ojo, cosa lógica. Tras ellos entra Héctor, con unas ojeras marcadas bajo sus ojos oscuros y profundos. Antonio lleva un brazo por los hombros de Carmen, que se deja cobijar por este; los tres me miran e intentan sonreír.

Me levanto de mi asiento; me duelen los brazos de estar encogida, las piernas y hasta el culo de la dura silla. Durante las horas que he pasado aquí, me ha dado la sensación que la dichosa sala se estrechaba a mi alrededor, haciendo que me faltara el aire en más de una ocasión al recordar cada momento que me ha regalado a su lado en los últimos meses.

Si cerraba los ojos, podía notar sus labios suaves sobre los míos, besarlos con pericia y con sus dientes, aprisionar mi labio inferior con suavidad.

—Hola, Daniela. —Me da dos besos afectuosos—. ¿No te has marchado?
—Niego.

—No, el doctor salió más tarde y le pedí si podía verlo. —Los ojos de Carmen se abren como platos—. Entré cinco minutos de nada.

Héctor se acerca y, tocando mi brazo derecho, me da dos besos en las mejillas.

—¿Cómo está? —Inspiro profundamente.

—Parece tranquilo; pero impresiona. Está conectado a tantas máquinas: Un respirador, intubado, lleno de cables... no parece él.

—Deberías ir a descansar.

—Todavía no —paso una mano por la nuca; estoy agotada—, quiero estar un rato en el turno de visita.

—Te invito a desayunar —dice Héctor tomando mi mano—, te vendrá bien un café bien cargado.

—A esa oferta no puedo negarme. —Intento sonreír.

—Vamos entonces, en media horita estamos de vuelta.

Almorzamos en la cafetería del hospital; Héctor me deja sentada en una mesa frente al ventanal desde el que los primeros rayos de sol hacen presencia mientras él se va en busca de un café con leche bien cargado y unas tostadas; necesito algo contundente después de la noche que he pasado.

Tengo la cabeza apoyada en el cristal cuando llega, me siento agotada, por no hablar del aspecto que debo tener. Anoche me maquillé a conciencia para salir a cenar, así que después de más de ocho horas sin quitarme el maquillaje y haber llorado casi más que en toda mi vida, me hace pensar que debo tener una imagen deplorable.

—Verás que bien te sientan las tostadas.

Me tiene un plato con un par de tostadas recién hechas; un zumo natural de naranja y una café con leche humeante.

—Hugo me dijo una vez, que te gusta desayunar muy sano y aunque estoy seguro que esta no es tu definición de almuerzo saludable, es lo más parecido que he podido encontrar aquí. —Hace un gesto hacia el bufete en el que hay más bollería industrial que otra cosa.

—Gracias, Héctor. —Intento sonreír; abro el sobre de sacarina y lo vierto dentro de la taza.

—No hace falta que finjas una sonrisa para mí; me siento tan roto como tú.

Involuntariamente un puchero se forma en mis labios, las primeras lágrimas empiezan a aparecer y caer sin pedir permiso.

—No tienes ni idea; me he equivocado tanto. —Hago una pausa desviando la mirada intentando recomponerme—. Lo he hecho muy mal con él y ahora no sé si tendré tiempo de enmendarlo.

—¡Claro que sí! —Agarra mis manos—. Tendrás todo el tiempo del mundo.

—Lo quiero, Héctor.

—Lo sé. —Asiente.

—Le he hecho demasiado daño.

—Él te quiere, te perdonará —asegura intentando sonreír.

Al volver a la sala de espera, Susana está sentada al lado de Carmen y esta le explica en un leve murmullo lo que nos dijo anoche el médico que nos atendió. Héctor se tensa al verla; su pecho se hincha y deja escapar el aire poco a poco. Lo veo tragar saliva con dificultad; mete su pulgares en los bolsillos delanteros del vaquero oscuro que lleva y se queda un paso tras de mí.

—Hola, Susana.

Ella se levanta y me abraza.

—Hola, ¿Cómo estás? —pregunta mirándome a los ojos sabiendo lo que siento por Hugo. Agarra mis manos y las aprieta infundiéndome un poco de fuerza.

—Agotada.

—Deberías marcharte un rato a casa —vuelve a la carga Carmen.

—Cuando lo vea.

—Hola, Héctor —lo saluda mirándolo. Héctor hace un leve movimiento de cabeza.

No da un paso hacia adelante para darle dos besos, mantiene la distancia evitando a toda costa cualquier tipo de contacto.

Durante el almuerzo, Héctor me ha explicado que ayer estuvo con Hugo; que ambos bebieron más de la cuenta y ahogaron sus penas en el fondo de unos vasos de tubo con hielo. Me culpo por ello; porque si no hubiera tenido penas que ahogar, no hubiera tenido que beber tanto y, quizás, hubiera tenido los reflejos suficientes como para volver a casa de una sola pieza y no acabar en la camilla de un hospital inconsciente y con mil cables conectados a su cuerpo.

A la hora de visita todos nos encontramos frente a la puerta que, sin los pases adecuados, no puedes acceder. Los primeros en entrar como es normal son sus padres, que están deseando poder tocarlo y acariciarlo tal como hice yo anoche. Cuando entro, la imagen es como la de horas antes. Sumiso, sin vida, intubado y con el respiradero conectado.

No puedo reprimir las nuevas lágrimas que emanan de mis ojos; Héctor me echa un brazo por encima de los hombros y me estrecha contra su pecho.

—Se va a poner bien.

—No puedo soportar verlo así...

—Tenemos que ser fuertes; por él, por nosotros.

Me siento en una de las sillas junto a la cama; tomo su mano inerte junto a su cuerpo y la dejo prisionera entre las mías mientras mi dedo pulgar la acaricia una y otra vez.

Susana entra unos minutos después, sus manos se van derechas a la boca al verlo y las lágrimas también hacen acto de presencia en sus ojos. Héctor al verla, sale de la habitación.

—¡Héctor! —lo llama antes de salir—. No es necesario que te vayas.

—Lo sé, pero es lo que quiero.

Asiente a la vez que muerde el labio inferior. La puerta del dormitorio se cierra y nos deja a solas.

—Me odia —declara mirando a Hugo.

—Se le pasará.

—No, que va... en apenas una semana me marchó y no volveré a verlo.

—Si no es lo que quieres, no tienes por qué hacerlo. —Susana me mira—. Puedes mantener a Sara al margen de todo esto. Tu suegra tiene la custodia cada quince días y en vacaciones; puedes aprovechar para afianzar lentamente algo con él. —Niega inspirando profundamente.

Los días pasan y Hugo para nuestra desgracia no despierta; se mantiene en cuidados intensivos desde donde no están muy esperanzados con la situación; dicen que, a pesar de que la situación no ha empeorado, ya debería haber despertado y, el hecho de que no lo haya hecho, no es muy buena señal.

Sus padres van y vuelven cada día, al igual que yo, que lo primero que hago al poner un pie fuera de la oficina, es volver a su lado. No sé si puede escucharme, no sé si puede notar que estoy aquí, dándole fuerzas para volver a nuestro lado, pero no desisto. No pienso creer las palabras de los médicos y me aferraré a toda esperanza que quede, para creer que un día, cuando menos lo esperemos lo veré moverse como sucede en las películas, acariciará mi mano con lentitud y, cuando lo mire, tendrá una sonrisa preparada para dedicarme.

Cristhian por supuesto no lo lleva bien, y mis padres... ¡peor todavía! Mi madre una semana después del accidente, se presentó en casa cuando acababa de llegar del hospital, para decirme si me había vuelto loca; que estaba tirando a la basura una relación de cinco años con un hombre tan fantástico como es Cristhian. Enfurecí como jamás lo había hecho con ella.

—¿Qué quieres decirme, mamá?

—Que no encontrarás otro como él —dijo muy seria con los brazos en jarras.

No lo podía creer y, lo peor de todo, era como no podía haberme dado cuenta antes después de tanto tiempo.

—¿Tan poco valgo? —pregunté arqueando las cejas. Me di la vuelta, puse la mano en la frente y continué hablando—. ¿Es que las mujeres no somos nadie sin un hombre de dinero al lado? —fue a contestar, pero no la dejé—. No entiendo como teniendo unos padres con unos valores tan grandes, les ha salido una hija —me di la vuelta, señalándola con el dedo índice— tan frívola. Eres una mujer florero —la acusé.

—No te permito que me hables así.

—Tú no tienes que permitirme nada. ¡Vete de mi casa! —dije alzando la voz.

—Eres igual que tú hermana.

—Gracias a Dios —declaré con el pulso a mil por hora.

Me quedé llorando, sentada en el sofá gris del salón donde me hice un ovillo con las piernas y la cabeza enterrada en ellas, junto con Tom que se restregaba continuamente por mi lado ronroneando intentando consolarme.

El agua de la ducha cae por encima de la cabeza, dejo que cale en mí. Las semanas son una auténtica tortura, largas y duras sin que Hugo despierte, en las que paso más tiempo en el hospital que en casa a pesar de no tener más que dos horas al día de visita. El teléfono empieza a sonar, saco la cabeza detrás del cristal para ver quien llama. Es Carmen y mi corazón empieza a latir a mil por hora.

Acabo la ducha en apenas dos minutos que parecen eternos, me pongo lo primero que pillo en el armario y salgo disparada, con una coleta tirante hecha y en deportivas; algo insólito en mí, pero es que tengo prisa por llegar al hospital y, ¿qué me importa las pintas que tenga? Solo quiero poder correr para estar a su lado.

La doctora acaba de salir del dormitorio de Hugo y nos deja pasar. Sigue dormido, según nos ha explicado, permanece sedado. Carmen y yo, permanecemos sentadas en las sillas de al lado de la cama, cada una a un lado; esperando el momento en el que abra de una vez por todas; después de tres largas e intensas semanas con los nervios a flor de piel, abra por fin los ojos.

Hoy el sol brilla con fuerza, es uno de esos días de otoño en los que el sol

te recarga las pilas, te llena de energía y positividad. Es por la mañana, no he ido a trabajar, he llamado para decir que no me encuentro bien y, aunque sé que no está bien mentir, no podía perderme por nada del mundo el momento.

Estoy leyendo un libro, con las gafas de pasta negra puestas y la pierna derecha cruzada por encima de la izquierda mientras la muevo sin cesar; Carmen al otro lado hace un crucigrama, también con las gafas puestas y el bolígrafo en la mano. La oigo inspirar profundamente, la miro pero no es ella quien inspira.

Hugo hace una mueca de dolor y seguidamente sus ojos empiezan a parpadear, a abrirse pausadamente intentando enfocar la visión.

—¡Carmen!

Alza la vista de la revista y lo mira. Deja la revista y yo el libro; ambas pendientes de Hugo.

Agarro su mano y la acaricio con mimo; el momento ha llegado, sus ojos se van abriendo y estoy a punto de llorar de nuevo; esta vez de emoción. Creo que las últimas semanas he llorado más que en toda mi vida; a mí, que siempre me han llamado la dama de hierro.

Carmen se levanta del asiento y sale fuera para avisar a la doctora que nos ha explicado la nueva situación hace apenas una hora.

Hugo intenta hablar, pero parece que le duele el cuello, lo que es normal, solo hace unas horas que lo han desentubado.

—¡Tranquilo! —le digo susurrando y besando su frente—. Todo está bien, no hables aún. —Asiente levemente.



HUGO

Me duele todo; siento pinchazos en el pecho y no sé el porqué. Abro levemente un ojo, con el que veo que los rayos de sol entran por la ventana de una habitación que no reconozco. No puedo hablar y me duele el cuello. Toso. Una chica que no alcanzo a reconocer se acerca a la cama donde permanezco tumbado.

Intento enfocar la visión, el sol que entra me molesta en los ojos y me cuesta, pero entonces, cuando voy recuperando la vista, la reconozco: es Daniela. Sonríe ampliamente, con sus manos agarrando la mía, la va apretando de tanto en tanto mientras lo que creo es una lágrima empieza a caer de sus ojos a la vez que continúa sonriendo sin cesar.

Mi madre entra después, va acompañada de una señora que no he visto en mi vida; apenas reconozco donde estoy, la habitación no la he visto en mi vida y, el mobiliario es frío e impersonal.

—Hola, Hugo —dice la señora—. Soy la doctora Martínez, ¿sabes dónde estás? —Niego con la cabeza—. Estás en La Vall d’Hebron. Tuviste un accidente de coche hace unas semanas.

«¿Unas semanas?» me pregunto para mis adentros. No entiendo nada, ni lo que ha pasado, cómo y cuánto tiempo llevo aquí.

—Alguien encontró tu coche volcado en la cuneta, diste varias vueltas de campana. Entraste en el hospital con un pulmón perforado y hemos tenido que operarte.

La doctora saca del bolsillo de su pijama blanco una lucecita y, abriendo mis ojos los enfoca.

—Te vas a quedar un par de días más en observación para comprobar que

todo va como debería y después te subiremos a planta, donde acabarás de recuperarte para poderte ir a casar. —Asiento—. Ahora te traeremos un vaso de agua; bebe poco a poco para empezar a hidratar el cuello; dentro de poco podrás hablar bien; ya verás.

La doctora se va de nuevo; mi madre se acerca y besa mis mejillas repetidas veces; de sus ojos empiezan a salir lágrimas continuas que le es imposible de retener.

—No sabes el susto que nos has dado —dice todavía besando mis mejillas y acariciándome el pelo.

Los días aquí no pasan, van lentos y me siento muy solo hasta que llega el momento de las visitas; a pesar de que todo el mundo es muy amable conmigo. Las enfermeras me tratan genial y me miman como si fuera un bebé.

Mis padres no fallan un solo día en el momento de las visitas; porque aunque la doctora dijo que estaría aquí dos días, lo cierto es que hoy ya es el tercero y estoy que me subo por las paredes, en sentido figurado. Daniela tampoco falta, está tan cariñosa y atenta, tan desinhibida, que no me atrevo a hacerle las preguntas que tanto rondan en mi cabeza y las que parece que en cualquier momento van a estallar en mi pecho.

La hora en la que por fin me suben a planta estoy inquieto; la doctora ha entrado y me ha explicado que están preparando mi traspaso y que ella continuará haciéndome el seguimiento a pesar del traslado. Daniela entra en el dormitorio muy contenta, con un ramo de tulipanes amarillos.

—Hola, enfermito —dice dándome un beso en la frente—. Te he traído un ramito de flores para que la habitación no sea tan deprimente.

—Me gustan —declaro mirándolas—. El amarillo es mi color favorito.

—Lo sé.

Saca un jarrón de cristal que ella misma ha traído en una bolsa y lo coloca en la mesilla de al lado de la cama, después de llenarlo de agua y poner las flores dentro.

—Así, en las horas que estoy trabajando, te acordarás de mí.

—Para eso no me hacen falta unas flores —respondo mirándola fijamente. Se ruboriza a pesar de sus esfuerzos por disimularlo. Carraspea y se rasca la nariz.

—Tu madre vendrá en un rato; tú padre se está duchando y vienen hacia aquí.

—Así que tenemos un rato para estar a solas. —Asiente algo cohibida. Se sienta en el borde de la cama y tomo su mano entre las mías—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya me la has hecho —dice alzando la cabeza; sonriendo.

—Una en serio... —Acaricio su mano desnuda.

—Claro ¡dispara!

—¿Dónde está el anillo de compromiso que te regaló el pijo de tu novio?

Traga saliva con dificultad, mira hacia un lado y vuelve a carraspear. Me mira seria.

—Lo hemos dejado, ya no estoy comprometida.

Un pinchazo de esperanza atraviesa mi pecho; de alegría, de emoción.

—¿Puedo —hago una pausa— saber el motivo? —Daniela alza la vista y me mira fijamente, dubitativa.

—Tú —responde a secas.

—¿Yo? —Asiente y muerde el labio inferior.

—Te quiero —dice en un susurro con los ojos empañados.

Y entonces mi mundo se vuelve de color de rosa; con purpura cayendo del cielo y miles de estrellas iluminando este momento. Ha dicho las palabras con las que llevo soñando toda mi vida. Ha sucedido el momento, con el que me dormía cada noche soñando en cómo sucedería.

—Te quiero —dice de nuevo con las lágrimas cayendo ya de sus ojos—. ¿No piensas decir nada? —Sonríe más por nervios que otra cosa. Pero yo no tengo intención de contestar; me gusta verla sufrir, aunque sea un poquito.

Me endezco en la cama con cuidado, me acerco a ella y, tomando su rostro entre mis grandes manos, poso mis labios sobre los suyos con los ojos cerrados y los saboreo. La beso con delicadeza una y otra vez, con mi corazón tamborileando fuertemente bajo mi pecho, formando una sinfonía ensordecedora. Mis dientes agarran su labio inferior con delicadeza y tiran de él.

—Te quiero —digo con mi frente pegada a la suya.

Coloco su mano derecha sobre mi corazón que continúa palpitando con fuerza.

—¿Ves lo que me haces? —Asiente sonriendo y con las lágrimas derramadas por su mejilla—. Vas a hacer que me dé un ataque al corazón.

Ambos nos echamos a reír y nos abrazamos con delicadeza; no quiero que este momento acabe jamás. La puerta de la habitación se abre y mis

padres que entraban decididos, se paran en secos al observar la escena. Nos separamos unos centímetros.

—¡Podéis pasar! —digo con la sonrisa más amplia que he tenido en mi vida.

—¡No me lo puedo creer! —mi madre se echa las manos a las mejillas, sonriente y contenta.

Daniela se separa y limpia las lágrimas que han ido cayendo con el dorso de la mano a la vez que sonrío sin cesar.

—No tenéis ni idea de lo contenta que me hacéis. ¿Eso quiere decir que...? —Ambos asentimos sin dejarla continuar hablando—. Me alegro mucho por vosotros, os merecéis ser muy felices.

Daniela se levanta y se acerca a mi madre que le tiende sus brazos para abrazarla.

—Gracias por estar al lado de mi niño cuando más te ha necesitado —dice en su oído abrazándola.

—No podía estar en otro sitio, Carmen.

Se deshacen del abrazo y se acerca a la cama donde me estrecha entre sus brazos con suavidad.

—Felicidades a los dos —se pronuncia mi padre sonriente.

—Gracias, Antonio.

Tras una semana en planta donde los médicos comprueban que estoy fuerte como un roble; me dan el alta. Daniela ha pasado más tiempo conmigo en el dormitorio que en su piso y, parece otra. Una sonrisa abierta reina en su cara, está cariñosa como jamás lo había imaginado y me mimaba y cuida con una delicadeza extrema.

Los besos son tiernos y suaves al principio, para pasar después a ardientes y llenos de deseo. Una tarde en la que mi madre decidió darnos intimidad para hablar y disfrutar de nuestra compañía, los besos y las caricias pasaron a mayores, metiéndonos a ambos en un compromiso cuando entró la enfermera a darme las pastillas y vio que la sabana parecía una tienda de campaña. Las mejillas de Dani se tiñeron de un sonrosado precioso que me hizo quererla un poquito más.

La doctora me acaba de entregar los papeles del alta mientras Daniela acaba de meter las cosas que han ido trayendo estos días mis padres en una maleta de mano. Me levanto poco a poco de la cama y, agarrado al brazo de Dani, salgo del Hospital para disfrutar de este nuevo tiempo que la vida me

regala a su lado.

Ella es quien me lleva a Arrosa; lleva el pelo suelto ondeando por delante de sus hombros, no va maquillada y lleva un vaquero negro ceñido que le sienta muy bien y que poco tiene que ver con esa imagen de directora de negocios fría y calculadora que un día vi tras la puerta de la casa de sus abuelos. Esta nueva Dani, es cariñosa, divertida, extrovertida y me da la sensación que disfruta mucho más de los pequeños placeres de la vida.

Mi mano se apoya sobre la suya que permanece en todo momento en el cambio de marchas de su flamante Mercedes, va concentrada en la carretera a pesar de ir charlando tranquilamente conmigo.

—¿Cómo lo vamos hacer? —pregunto mirándola.

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro. —Se encoge de hombros.

—No me importa dejarlo todo cuando llegue el momento. —Me mira una fracción de segundo—. Esa vida ya no me llena.

—¿Y cuándo habrá llegado el momento? —me intereso acariciando su mano con la mía.

—Cuando estés preparado.

—Yo ya lo estoy —declaro muy seguro—, llevo toda la vida esperándote —Daniela sonrío y asiente.

Aparca frente a casa, se baja del coche y saca la maleta del maletero para después rodear el coche de donde ya estoy fuera. Saco las llaves y abro la puerta; tengo unas ganas locas de estar en casa, encender la chimenea y dejar pasar las horas muertas con Dani entre mis brazos, así, sin hacer nada. Solo con ella en mi pecho mientras acaricio su pelo sin cesar con alguna película a la que no le presto atención alguna.

Dani cierra la puerta tras de mí, deja la maleta al lado de la puerta y tirando de mi brazo me empuja con suavidad contra la pared, pasa los brazos alrededor de mi cuello y se lanza a comerme la boca diría que, casi con desesperación.

—Necesitaba estar a solas contigo ¡ya! —murmura con su boca pegada a la mía.

—Casi me asustas. —Me mira arqueando una ceja—. He dicho «casi».

Se lanza de nuevo contra mi boca, enredando sus dedos alrededor de mi pelo y tirando levemente con él. En sus ojos se lee una palabra muy clara: Deseo. Pero me pregunto si realmente, después de lo sucedido está preparada

o se siente en obligación de alguna manera después de los días de tensión sexual en el hospital.

—¿Estas segura? —pregunto separándome unos centímetros.

No responde; solo se quita la camiseta roja que lleva por encima de la cabeza y se queda mostrándome el sujetador negro que le hace un pecho redondo, lleno y turgente que se me antoja muy apetecible. No lo pienso, pues me ha parecido todo un ofrecimiento.

Mis manos suben por su cintura desnuda y se deleitan con el tacto de su piel bajo las palmas de mis manos. Acaricio la espalda tersa y subo hasta la tira del sujetador que desabrocho con pericia haciendo que queden las tiras por debajo de sus hombros. Dani agarra los extremos de mi camiseta de pico negra y la levanta dejando al descubierto la reciente cicatriz que mi pecho luce. La mira y creo que por un momento se queda sin respiración.

—Estoy bien. —La miro a los ojos a la vez que ella me mira a mí y asiente.

Aparto el pelo de su cuello; poso mis labios bajo el lóbulo de la oreja y empiezo a dejar un reguero de besos dulces y húmedos que la hacen gemir. Mis manos se van derechas a sus pechos, donde acaricio sus pezones que se endurecen al roce de mis dedos.

Me da la sensación que está nerviosa, noto como sus manos tiemblan sobre mi cuello, entonces paro; la miro y le pregunto de nuevo:

—¿Segura? —Ella asiente y vuelve a sonreír, a recuperar el color.

La agarro en brazos, la subo al dormitorio y la tiendo con delicadeza en la cama. Desabrocho el botón de su pantalón, ella alza al culo y lo bajo para quedarse con un diminuto tanga que le sienta francamente bien. Me siento a horcajadas sobre ella; entrelazo mis manos con las suyas por encima de su cabeza y desciendo en un reguero de besos que me hacen subir hasta el cielo.

—Te quiero —murmura con los ojos cerrados.

—Dímelo con los ojos abiertos.

Ella abre los ojos, gira la cabeza y mirándome fijamente dice de nuevo:

—Te quiero.

—Y yo a ti —respondo remarcando cada palabra.

Bajo hacia abajo, despacio, reconociendo cada centímetro de su piel como no lo he hecho antes; saboreando su piel. Aparto el elástico de su tanga y la miro para ver su reacción, la cual me hace saber que le gusta lo que le hago. Está húmeda, y eso hace que me excite un poco más de lo que ya estoy.

Me quito el pantalón que me molesta a horrores, me aprieta en la entrepierna, que lucha por salir de su prisión y ver por fin a la dulce doncella; por entrar en ella desesperadamente; por saborearla con vehemencia.

En cuanto me lo quito junto al bóxer, baja las manos para colmarme de atenciones, la agarra con contundencia y la acaricia arriba y abajo a la vez que me mira a los ojos y yo introduzco un par de dedos en su interior. Se contrae al notarme dentro; su vientre plano se encoje, su boca se abre y sus piernas se aprietan. Ambos jadeamos, ambos disfrutamos.

Le quito el tanga y lo lanzo por los aires sin mirar demasiado donde cae; no me importa en absoluto, ya lo recogeremos después. Su boca busca la mía desesperada y, cuando se encuentran, su lengua invade mi boca hasta arrasar con todo. Estoy sobre ella, embistiendo dos dedos en su interior, con la lengua enredada con la suya y ella masturbándome a conciencia; creo que ambos estamos a punto de estallar de placer.

—¡Joder, Hugo!

—¿Qué?

—Quiero sentirte dentro.

No me hago de rogar, quería hacerle mil cosas, pero ambos necesitamos con demasiada urgencia lo mismo. Abro el cajón de la mesa de noche y cojo un condón que anda suelto. Lo abro a toda prisa con los dientes y le pido con él en la mano:

—Pónmelo tú.

Lo agarra sin pensárselo un segundo, agarrando mi polla dura y la punta del preservativo, empieza a bajarlo por toda la envergadura a la vez que me mira fijamente a los ojos. Mi boca se abre a la vez que me acaricia y agarra con la palma de la mano mis huevos; lo que me provoca un escalofrío de placer.

Se apoya en sus codos quedando semi-recostada, abre sus piernas medio flexionadas y me invita a entrar. Parece tranquila, segura de lo que hace y eso hace que todo sea tan sumamente fácil. Pensé que después de lo sucedido ella simplemente no podría; algo que yo respetaría el tiempo que hiciera falta; pero verla así, tan decidida y resuelta, hace que me vuelva un poco más loco.

Agarro mi polla y la dirijo hacia su hendidura, que me recibe gustosa. Meto la punta con sumo cuidado y la miro; su cabeza se ha echado hacia atrás, tiene la boca abierta y los ojos cerrados. Empujo un poco más adentro, ella mece sus caderas a la espera de un poco más de profundidad, se recuesta

y pone una de sus manos en mis nalgas, aprieta en ellas y me clava las uñas; algo que me pone muchísimo.

Cuando por fin estoy completamente dentro de ella muero de placer, no hay una palabra que lo defina mejor. Empujo suavemente dentro de ella que mantiene las piernas bien abiertas y balancea sus caderas para recibir cada investida más profunda; más certera.

—¡Más fuerte! —demanda.

Soy obediente; acelero el ritmo y empujo con fuerza, con toda la que puedo al menos, no puedo olvidarme que acabo de salir del hospital.

—Espera.

—¿Qué?

Se levanta, se pone a cuatro patas y gira la cabeza para mirarme.

—Ahora.

Y Joder, como me pone verla así, a cuatro patas, jadeando con la expectativa de tenerme dentro y chorreando de su abertura; lo que me hace ver lo cachonda que está. Se la meto de una sola estocada; ella jadea con fuerza a la vez que retuerce las sabanas con sus manos, la agarro de las nalgas y empujo con fuerza mientras con la mano izquierda tiro levemente del pelo. Mantiene la cabeza entre sus antebrazos, jadeando y la espalda arqueada.

—Me voy a correr —declara entre gemidos.

No respondo, acelero el ritmo y la fuerza haciendo que me catapulte hacia un orgasmo demoledor que nos hace jaderar de forma estrepitosa a ambos y, joder, que erótico es escuchar a una pareja en pleno apogeo disfrutando y expresando cuanto les gusta a ambos.

En tres bamboleos más ambos llegamos al clímax; yo agarro su pecho cuando me doblego y me vacío dentro de la gomita elástica que mantiene mis soldaditos prisioneros.

Caemos derrotados sobre las sabanas revueltas de la cama, la luz de la tarde se está empezando a apagar y yo no puedo sentirme más feliz. Su pelo está desparramado por toda la cama, su respiración es entrecortada al igual que la mía y sonrío; igual que yo.

Acaricio su espalda desnuda, voy dibujando círculos con las gemas de mis dedos y ella se deja hacer.

—¡Me encanta!

—Lo sé...



Sigo en su cama, con su brazo bajo mi cabeza y el otro acariciando mi antebrazo. Siento una paz que creo jamás haber sentido en mi vida. Después de ver el dolor en sus ojos, la mirada de decepción cuando Cristhian le dijo que estábamos comprometidos fue tan grande, que pensé que no me perdonaría en la vida.

Después, cuando sus ojos se cerraron y me dieron la peor noticia que me podían dar, el terror se apoderó de mí, un nudo que no me dejaba respirar se formó en mi garganta, las palabras que no le había dicho nunca estaban atragantadas pensando en la posibilidad de quedar allí retenidas para siempre y salían de mí en forma de lágrimas incontroladas que salían sin permiso alguno incluso delante de Cristhian.

Morí de dolor al verlo postrado en la cama, tan quieto, dócil y tranquilo; tan poco él. Me agaché a besar su frente e inspiré el aroma, ese que prometía sedarme cada noche al saber que, él permanecía a mi lado y que, a su lado, nada malo podía pasarme.

Ahora, con la certeza de que todo aquello ha acabado, que ya no llevo un anillo que no siento en el dedo haciendo que pese demasiado, a pesar del disgusto que les he dado a mis progenitores; veo que todo ha valido la pena porque ha hecho que caiga la venda que tenía en los ojos.

Hugo besa mi coronilla; ambos estamos en silencio, permanecemos atentos a nuestros propios pensamientos; pero es que es tan cómodo todo a su lado, que los silencios se tornan en placenteros. Desde abajo suena mi teléfono móvil, incesante esperando quien quiera que sea, que responda el teléfono.

—Tengo que responder. —Me incorporo.

—Deja, ya te lo traigo yo.

—Tú eres el enfermo, se supone que soy yo la que tengo que cuidarte.

—Ya dejaré que me cuides, por eso no sufras. —Me guiña un ojo y se levanta de la cama.

Permanezco tumbada; mirando el cielo teñido de rosa a través de la claraboya del techo; es una pasada las cosas que se pueden ver aquí; paisajes que en Barcelona no puedes llegar ni a imaginar que existen.

—Se ha cortado —dice entrando en la habitación como Dios lo trajo al mundo.

Se mete de nuevo en la cama conmigo y me lo pasa. Miro la última llamada, es de Cristhian y me sorprende; no es el típico hombre que vaya a llamar para saber cómo me va o para suplicar que vuelva, así que decido devolverle la llamada.

—Es Cristhian, debe ser importante.

Hace una mueca con la boca que delata lo poco que le gusta mi llamada. La línea empieza a timbrar al otro lado; no tarda en responder.

—Daniela, hola.

—Hola —respondo algo cohibida—, ¿ha pasado algo?

—Esta tarde ha llegado la sentencia de la juez; ¿podemos vernos mañana?

—Claro, ¿a medio día?

Hugo toca mi espalda de arriba abajo, deslizando su dedo suavemente. Me giro y sonrío.

—Sí puede ser un poco antes, mejor. Tengo una comida a la que no me gustaría llegar tarde.

—Si no puedes, se la puedes entregar a mi padre —Hugo me mira, se muere de curiosidad por saber de qué hablamos, intenta que le diga y lo mando a callar con un dedo en la boca—, al fin y al cabo, él se ha ocupado del caso. —Suspira.

—Me ha pedido que lo haga yo —zanja el tema.

—De acuerdo, a las doce estaré allí.

—Gracias.

Ambos colgamos sin despedirnos; la relación acabó bastante tensa cuando le devolví el anillo y le dije que no podía seguir llevándolo, que pesaba demasiado y significaba cosas que yo ya no sentía. Lo dejé sobre la mesa de su salón, no me contestó, sencillamente se fue a su dormitorio y me dejó allí plantada, sola y sin un que te vaya bien la vida; que conste que le entiendo.

Me giro a mirarlo, con la sábana por encima de mi pecho y le explico:

—Ya ha recibido la sentencia por el juicio contra Lucas.

—¿Y? —pregunta impaciente agarrando mi mano y dejando un beso en el dorso.

—No sé nada, me ha pedido que vaya mañana a recogerla.

—Te acompaño —sentencia dándome otro beso, esta vez en los labios.

—No creo que sea buena idea, Hugo —me mira con una ceja arqueada—, lo acabamos de dejar. No quiero refregarle por la cara lo feliz que soy sin él.

—Pues te acompaño pero no entro.

—Mañana trabajo, ¿recuerdas? —Asiente con pesar—. Saldré de aquí muy temprano por la mañana, tengo que hacer muchas cosas antes de recoger la dichosa sentencia. Por la tarde volveré aquí, contigo, de donde no quiero salir de la cama —digo mimosa besando repetidamente sus labios.

La noche a su lado es maravillosa, plácida y tranquila. Sin una maldita pesadilla que lo perturbe. No dormía así desde que estuve en París junto a Elena; tengo tantas cosas que explicarle.

Me despierto muy temprano, Hugo sigue durmiendo cuando me levanto, me pongo su camiseta que me va tres tallas grandes y la huelo; huele a él, me encanta. Es ese olor a lo conocido, a lo cercano y lo seguro. Es este tipo de olor el que quiero oler cada noche justo antes de cerrar los ojos y el primero que perciban mis fosas nasales al abrirlos. Huele a amor.

Bajo silenciosamente, intentando no hacer ruido y que no se despierte. Entro en la cocina y tras encender la luz, cierro la puerta. Preparo café para ambos, el suyo solo, el mío con leche y sacarina, que veo que aún le queda. Preparo unas tostadas y una tortilla francesa, sé que le gusta desayunar fuerte así que también preparo algo de mantequilla y mermelada para que tenga donde escoger. Lo pongo todo en una bandeja que encuentro registrando la cocina entera, abriendo cada uno de los armarios que, como es de esperar, se encuentra en el último armario por mirar de toda la estancia.

Enciendo la luz del pasillo y entro a hurtadillas en el dormitorio donde todavía duerme a pierna suelta, con la mano bajo su cabeza, las piernas abiertas y la minga colgando. La imagen es tan tierna como graciosa. Dejo la bandeja en el baúl que tiene a los pies de la cama y me siento a su lado.

—Buenos días, dormilón.

Me agacho y beso sus labios tiernos. Como me gusta besarlos, pasaría horas con mis labios pegados a los suyos. Hugo abre un ojo, suspira y

agarrando mi cuello consigue tumbarme de una sola vez a su lado.

—¿Por qué te has ido? —protesta besando mi cabeza.

—Porque he ido a prepararte el desayuno.

—¿Ya? —Abre un ojo—. ¿qué hora es?

—Las siete; quería almorzar contigo antes de irme.

—No te vayas —me implora todavía con voz somnolienta y apretándome contra su pecho—. No quiero separarme de ti. —Lo miro desde abajo—. No ahora que por fin te has decidido.

—Voy a volver, ¿recuerdas? No pienso alejarme de ti nunca más. —Subo y beso sus labios.

Cuando quiero darme cuenta, estoy a horcajadas sobre él, refregándonos como dos gatos en celo y pidiendo un poco más entre gemidos y sin palabras. La ropa interior sobra, está a punto de abrirme un agujero que no existe, lo paro un segundo y me las quito. Hugo abre el cajón de la mesilla de noche y coge un preservativo a toda prisa para colarse en mi interior sin premura.

Sus manos agarran mi cintura, mis manos se apoyan en su pecho, con cuidado de no tocar la cicatriz que marca los días más oscuros de mi vida y en los que más miedo he pasado; lo que también me ha ayudado a darme cuenta que, sin él, mi vida carece de sentido.

No tardamos demasiado en corrernos, Hugo está abrazado a mí y, siento tantas cosas a la vez, que me siento extasiada de emociones; sentir tanto, agota. Acabamos sudados, con nuestras frentes perladas la una contra la otra y las sonrisas plastificadas en nuestros rostros.

—He subido el almuerzo —digo todavía con él en mi interior sin moverse.

—¿Me has traído el desayuno a la cama? —Asiento.

—Ajá. —Besa mis labios.

—No me cansaré nunca de besarte; te los desgastaré. —Vuelve a besarme.

—Yo no me cansaré de que lo hagas; hasta que se nos desgasten.

Me levanto haciendo que un escalofrío nos haga estremecer a ambos. Vamos al cuarto de baño donde nos damos una ducha rápida juntos. Al salir, nos sentamos en la cama y almorzamos viendo como sale el sale el sol, con la taza de café entre las manos y bocados a una tostada con mantequilla; si me lo dicen unos meses atrás no me lo creo.

Me duele en el alma separarme de él, me hubiera quedado días sin salir de

su casa, atados el uno al otro; sin que importe el resto del mundo, pero tengo que trabajar y, recoger una sentencia que me tiene en ascuas.

Lo primero que hago al llegar a la oficina es hablar con mi jefe por video llamada:

—Pablo, ya sé lo que vas a decirme, pero es una decisión meditada, de verdad.

—No me lo puedo creer, Daniela. ¿Es por dinero? —pregunta abriendo las manos sobre su mesa de cristal.

—No, claro que no. Estoy muy satisfecha con mi sueldo. Pero mis prioridades han cambiado.

—Eres una mujer de acción, no me creo que quieras irte a vivir al campo —dice incrédulo con total indignación.

—Creo que siempre me he comportado bien contigo, he cumplido con mis objetivos de empresa y he motivado a mi personal para que todos lo hicieran; mis resultados han sido inmejorables.

—Precisamente por eso no puedo permitir que te marches, ¿no lo ves? —Arquea una ceja frente a la pantalla.

—Pablo, lo lamento de verdad. ¿Vas a arreglarme los papeles o no?

—Por supuesto; si lo tienes claro, no tengo mucho más que decir.

—Gracias, Pablo. —Me recuesto en la silla, satisfecha—. Ha sido un placer trabajar contigo, he aprendido mucho.

—Total, allí donde vas no te va a servir de mucho —dice con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Eso es verdad. —Ensancho mi sonrisa—. Seguro que encuentras pronto a alguien que me llegue a la suela del zapato.

—Eres una pretenciosa.

—Y eso siempre te ha encantado.

Nos despedimos con familiaridad, Pablo es joven, pero un portento en los negocios y de quien he aprendido mucho. Me da pena despedirme de él y del resto de mi equipo a pesar de que me quedan quince largos días que seguir viniendo. Abro la puerta de mi despacho y me dirijo a Laura:

—Laura, por favor, pide a todos que antes de marcharse a casa vengan a mi despacho —toco la superficie de su mesa con las yemas de mis dedos y repico en ella—, tengo algo que anunciaros.

—Me estás asustando, Daniela. ¿Todo bien? —Sonrío y asiento.

A las once y media salgo camino al bufete de abogados de Cristhian,

donde no puedo dejar de pensar que está mi padre pero que al igual que a Elena, no me quiere ver. Para él mi felicidad no vale. No creo que alguna vez llegue a ser madre, es algo que en la vida me he planteado pero, sí tengo claro que, si algún día lo soy, su felicidad será lo primero, por encima de todo.

Al llegar encuentro a Susana traspasando la enorme puerta de Cristal. La oficina está en plena diagonal y los coches pasan incesantes durante todo el día.

—¡Susana...! —la llamo. Se gira y alza la mano. Me espera.

—Hola, Daniela —me saluda al llegar a su lado—. Ayer me llamó tu padre para recoger la sentencia. —Asiento.

Al entrar respiro hondo, la verdad es que el hecho de haberme encontrado a Susana ha sido una suerte, y sé, que no ha sido casualidad, seguramente mi padre así se lo ha pedido para que Cristhian no tenga que quedarse a solas conmigo.

—¿Estás nerviosa? —La miro, está pálida. Asiento—. Yo también, creo que voy a caerme en redondo al suelo. —Agarro su mano.

—Estamos juntas —murmuro.

—Sí. —Asiente.

Nos dirigimos al mostrador donde la recepcionista tiene los auriculares puestos para recibir las cientos de llamadas que entran al día. Apoyo las manos en el mostrador y la miro. Susana permanece un paso tras de mí. Eva que me conoce, me dedica una tímida sonrisa, se la devuelvo por inercia.

—Eva, por favor —empiezo a hablar cuando veo que su dedo pulsa la tecla de colgar en el teléfono—, ¿podrías avisar a Cristhian que estamos aquí?

—Por supuesto, señorita. —Asiento dándole las gracias.

La escucho hablar con Cristhian; su tono es formal y correcto como no podía ser de otra manera; Cristhian puede llegar a ser un auténtico cretino cuando quiere y muy borde también.

—Ya pueden pasar.

—Muchas gracias.

Recorremos el pasillo con paso decidido, haciendo resonar los tacones que me he calzado esta mañana justo antes de entrar a trabajar, por el suelo marmóreo. Susana inspira hondo al pararnos delante de la puerta de su despacho, con la placa con su nombre en la puerta. Estoy nerviosa, y no solo por la sentencia, voy a tenerme que enfrentar a la mirada acusatoria de

Cristhian. Miro a Susana y asiento. Ambas inspiramos, alzo el nudillo de mi dedo índice y repico en la puerta esperando que nos dé permiso para entrar.

—Adelante —se escucha desde la puerta.

La abro y asomo la cabeza. Cristhian permanece sentado en su sillón negro de piel; con el teléfono al oído, semi-recostado y escuchando muy atentamente a su interlocutor.

—Ahora no puedo seguir hablando, tengo una visita, pero después de comer acabamos de ultimar los detalles, ¿de acuerdo? Perfecto entonces.

Su imagen es fría; mientras hablaba me ha dedicado un par de miradas gélidas que me han dejado la piel erizada, porque a pesar de que ya no estoy enamorada de él, el tiempo a su lado hace que le tenga una estima especial.

—Hola, Cristhian.

—Pasad, por favor.—Ambas nos sentamos en los sillones frente a su mesa.

Cuelga el teléfono y acerca el sillón giratorio hacia su escritorio. Abre el primer cajón del que saca un sobre marrón abierto. Cruzo las piernas y apoyo las manos sobre la superficie de madera dejando el bolso en mis muslos.

Susana repica el pie contra el suelo y, sus dedos contra su muslo derecho.

—Como os dije ayer por teléfono, hemos recibido la sentencia, la cual considero bastante favorable. —Nos tiende un sobre a cada una—. El interior es confidencial —dice mirándonos.

—Yo no tengo inconveniente en que lo sepa. —Cristhian me mira.

—Yo tampoco —musito.

Empieza a leer los papeles con pose profesional, en un idioma que a pesar de parecer español, no entiendo demasiado bien. Habla de artículos y leyes, de años y agravantes.

—Cristhian, por favor, ¿puedes ir al grano?—digo exasperada.

—Lucas pasará a la sombra veinte años, diez por cada violación. Ambas recibiréis una indemnización económica por los daños recibidos, tanto físicos como psicológicos. —Ambas asentimos sonriendo.

—Gracias, Cristhian —responde llorando. Este continúa frío e impasible.

—Susana, el divorcio está firmado por su parte —continúa explicando— falta que firmes tú; la custodia de Sara se mantiene como hasta el momento, con dos fines de semana al mes del que disfrutarán sus abuelos paternos. Toma —le tiende un papel para que firme— cuando firmes estaréis oficialmente divorciados.

Susana firma sin pensárselo un segundo y le devuelve los papeles a Cristhian, que los vuelve a meter en una carpeta, la cierra y no mira entrelazando sus manos sobre el escritorio.

—¿Os parece todo correcto?—Ambas asentimos—. Perfecto, dejamos el caso zanjado entonces.

—Susana ¿me esperas fuera un segundo? —Asiente.

—Hasta ahora.

Estrecha la mano de Cristhian y sale del despacho.

—Gracias por todo. —Me levanto y me cuelgo el bolso en el brazo. Lo miro un segundo—. Siento que acabáramos así.

—No has venido a hablar de nosotros, Daniela. Tengo cosas que hacer, si no te importa... —Señala la puerta.

—Qué te vaya todo muy bien, Cristhian.

Alza la vista para mirarme a la cara y con una mueca de suficiencia se decide a contestarme:

—Siento no poder decir lo mismo.

Asiento, me giro y salgo de ese maldito despacho con un nudo en la boca del estómago. Susana me espera firmada en la pared.

—¿Vamos? —pregunta al verme salir. Asiento sin responder.

Empezamos a andar de nuevo por el pasillo que me llevará lejos para siempre de Cristhian. Ando a paso decidido, con Susana intentando seguir mis pasos yendo por detrás. Necesito salir de aquí cuanto antes, parece que me falta el aire, me cuesta respirar. Y cuanto más rápido ando, parece que el dichoso pasillo más largo es.

Veo la luz al final del túnel; el mostrador de recepción está a unos escaso cien metros y entonces lo veo; mi padre acaba de entrar acompañado por dos colegas de profesión; lleva su maletín en la mano, y la corbata de la suerte para los juicios; ¡que gracia me ha hecho siempre!

No me ha visto, va hablando con ellos ensimismado en su conversación hasta que me tiene frente a él. Me paro con la intención de darle un beso, acariciar su mano y darle un abrazo; pero cuando voy a abrir la boca, el pasa de largo mirándome a los ojos y agachando la cabeza.

—¡Papá! —le llamo; pero no se gira, continúa su paso hacia adelante como si solo hubiera sido un fantasma en el camino.



—Gracias a todos por este momento de atención —empiezo a hablar cuando entra la última persona en mi despacho—. Seré breve, en quince días será mi último como directora de esta sucursal.

Las manos de Laura se van a la boca, sin dar crédito a mis palabras. Rodeo el escritorio, me coloco delante de él y, apoyando las palmas de las manos en la superficie, dejo caer mi peso.

—¿Te trasladan, Daniela? —pregunta al fin Laura.

—No —agacho un segundo la cabeza—, me marcho a vivir a Arrosa y dejo el mundo de la banca; en realidad de los negocios en sí.

—No lo entiendo —intercede uno.

—Voy a vivir a un pequeño pueblo y me voy a adaptar al entorno de allí, esto ya no me llena.

—Guauuu... ¡vaya cambio!

—¿Lo tienes meditado? —vuelve a preguntar Laura.

—Mucho, estoy segura al cien por cien.

—Entonces, me alegro por ti. Hagas lo que hagas, te saldrá genial.

Ha sido duro decir en voz alta mis intenciones, sentir nuevamente que soy juzgada por los demás, a pesar de que no duele tanto como sentirte así por tu propia familia. Hoy mi padre ha dejado una herida abierta en mi pecho que no sé si algún día seré capaz de cerrar pero que deberé aprender a superar. O a enterrar en un rinconcito de mi corazón.

Los días que preceden son intensos; Hugo y yo hemos decidido que me mude ya a su casa y, entre las idas y venidas, de ir a mi piso para empezar a empaquetar todo, acabo agotada. Pero a pesar del agotamiento, he tenido tiempo de pensar, de organizar mi cabeza y pensar lo que quiero hacer con mi

vida. ¿Me quiero dedicar a los caballos con Hugo? La respuesta está clara: No. Su intención es que aprenda el oficio, que imparta clases a niños y guie excursiones, lo que no está mal, pero no es lo mío.

El viernes, cuando llego, Hugo ha preparado la cena. Abro la puerta y hago varios viajes con del coche a casa con cajas de ropa y demás cosas que voy trayendo poco a poco.

Me quito los tacones, me pongo las zapatillas afelpadas que Hugo compró para mí en la tienda del pueblo y me siento frente a él que me espera para empezar a hincarle el diente al lechón que ha cocinado; se le da muy bien la cocina, imagino que lo ha heredado de su madre.

—Dios, no sabes como esperaba este momento —digo agarrando la copa de vino tinto; una costumbre que he adquirido últimamente—. ¿Qué tal tu día?

—Aburrido —confiesa cortando un trozo de carne y metiéndoselo en la boca—. Tenía muchas ganas de verte y me mata no poderte ayudar con la mudanza.

—No puedes hacer esfuerzos, no te preocupes. Lo pesado no lo voy a traer, lo venderé.

—Pero los días son tan largos sin poder hacer nada...

—Lo imagino. ¿Sabes? hoy le he estado dando vueltas a un asunto.

—¿Has tenido tiempo? —pregunta arqueando una ceja y una sonrisa burlona en los labios.

—Sí —respondo frunciendo los labios—. Ya sé lo que quiero hacer con mi vida.

—Estar conmigo —dice sonriente.

—A parte de eso, bobo. ¿Sabes la masía que está abandonada en el otro extremo del pueblo? —Asiente—. La voy a restaurar y hacer un hotel de turismo rural. —Hugo me mira fijamente, sopesando las palabras que acabo de decirle.

—Me parece una idea genial.

—Estoy muy ilusionada. —Agarro la copa y la alzo—. Un brindis —agarra la suya—, por el nuevo hotel rural de Arrosa.

Nuestras copas se juntan en el centro haciendo resonar el cristal, para después conducir las a nuestras bocas y saborear el líquido granate al que le he cogido el gustillo.

—Estoy seguro que vas a ser una directora estupenda.

Sonrío y asiento, porque si algo es cierto, es que, lo que se hace con el corazón, se hace bien. Me voy a dedicar a crear un rincón en este bello pueblo, en el que la gente de ciudad pueda venir a relajarse y desconectar de su día a día; les mostraré lo que yo un día vi e hizo que me enamorara.

Después de todo lo sucedido, he empezado a sentirme feliz; dejando atrás los días oscuros, la indecisión que me estaba matando por dentro por negarme a mí misma lo que siente mi corazón. Ahora una sonrisa ha venido para quedarse a pesar de las circunstancias, a pesar de haber perdido una parte de mí misma, porque la que ha renacido es mucho más grande y pesa mucho más que la que he dejado atrás.

Hugo me llena, me hace feliz, me entiende y me hace ser una versión mejorada de mi misma; algo que no sucedía con Cristhian.

—¿Vamos a la cama? —interrumpe mis pensamientos.

—Claro.

Se levanta y tomando mi mano, nos conducimos hacia el que ahora es nuestro dormitorio. Me tiro literalmente en plancha, esta cama me produce somnolencia, huele a él; mejor imposible. Hugo, que es muy niño para estas cosas, se tira también en plancha, pero cayendo sobre mí.

—¡Aiiixxx...! —me quejo—. ¿Tú sabes lo que pesas? —pregunto entre risas y él sin moverse de encima.

—¿Me estás llamando gordo?

—Un poco, la verdad —respondo riendo—. ¡Me estás chafando!

Se retuerce un poco, disfrutando de mi sufrimiento.

—¡Con lo agustito que estoy!

—¡Quita!

Consigo moverme y tirarlo, cae directamente al suelo y yo me muero de la risa. Ha caído de culo y se ha golpeado levemente la cabeza. Me pongo de rodillas, con las lágrimas saltando de mis ojos y roja como un tomate; le tiendo una mano para ayudarlo a levantar y cuando la toma, tira de ella y caigo también al suelo.

—¿Quién se ríe ahora, lista?

—¡Burro!

Pero lo cierto es que estamos los dos tirados en el suelo riendo sin parar. ¿Y no es bonito el amor cuando realmente se tiene? Creo que no hay nada mejor.

Hugo rueda por el suelo y, sentándose a horcajadas sobre mí. Se acerca

lentamente a mi boca, y cuando está a unos escasos centímetros dice susurrando.

—Te quiero. Me haces muy feliz.

Dicho esto no me da opción de respuesta; se lanza sobre mi boca a besarme con dulzura. Su lengua entra en mi boca, se enreda con la mía y la saborea al igual que yo la suya. Me encanta su sabor.

No tarda en quitarme la camiseta por encima de la cabeza y desabrochar el sujetador, siempre dice que por muy bonito que sea, no se compara a la belleza de mi pecho, algo que me hace reír; yo siempre he tenido complejo, lo encuentro pequeño.

Se introduce uno en la boca, succiona el pezón haciendo que me arquee de placer. Abro la boca, cierro los ojos y dejo que tire con sus dientes con suavidad del pezón. Hugo todavía permanece vestido; nos vamos descubriendo poco a poco las cosas que a cada uno nos gustan en la cama; y que divertido es experimentar con la persona que quieres, sentir la piel de sus manos por encima de mi cuerpo, y las mías por el suyo.

Me enderezo un poco, obligándole a él que se incorpore también. Permanezco con mi boca pegada a la suya mientras le saco la camiseta. Toco su pecho desnudo, deslizo la yema de mis dedos por él y me entretengo a la altura de la cicatriz que está en el centro. La toco con cuidado y la resigo recordándome que está aquí de milagro. Lo abrazo y suspiro. Perderlo es lo peor que podría haberme pasado en esta vida.

Nos deshacemos del resto de ropa con urgencia, torpes, casi cayendo, mientras nos quitamos el pantalón. Hugo se sienta en el suelo y yo me empalo en él de una sola vez; no necesito preliminares, estoy muy mojada. Solo necesito sentirlo dentro, fundirnos y ser una sola persona.

Hugo tira de mi pelo y yo jadeo con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Lo monto deprisa, con las manos en sus hombros y las suyas en mi cintura mientras me muevo arriba y abajo sin cesar, cada vez un poco más rápido, buscando el placer de ambos.

—¡Joder, que bien lo haces! —susurra entre quejidos.

—¿Así, o más rápido?

—Más rápido —demanda.

Yo obedezco sin dudar. Su mano se pone entre ambos, justamente en mi clítoris hinchado y empieza a moverlo en círculos, despacio al principio, más rápido después. Mi pulso se acelera, mi boca se abre más y gimo con fuerza

junto con él.

—Me voy a correr —declaro.

—¡Yo también! —responde.

Su mano acelera y yo también, haciendo que ambos jadeemos fuertemente mientras nos catapultamos a un glorioso orgasmo que creo nos complace a ambos. Al acabar tenemos la respiración entrecortada, los ojos cerrados y las frentes pegajosas pegadas la una contra la otra. Al abrir los ojos ambos sonreímos y nos besamos.

—Ha sido increíble.

—Sí que lo ha sido. —Beso sus labios y me levanto—. ¿Nos duchamos?

—No —se levanta—, te preparo una bañera con sales y espuma.

—Me has comprado.

—Ya te tenía.

—Eso es cierto.

Le beso en los labios y me tiro en la cama mientras él se encamina al cuarto de baño.

PRÓLOGO

—Estoy de los nervios.

—Tranquila, todo va a salir bien. Ya lo verás.

—¿De verdad? —Agarra mis manos con las suyas y asiente.

—Claro, todo ha quedado precioso. —Me da un beso y sale del cuarto de baño.

Me coloco el último pendiente frente al espejo y me miro. No me puedo creer que la que está al otro lado del espejo sea yo, porque aunque en apariencia no haya cambiado nada más que las prendas que cuelgan de mi armario, mi interior es muy distinto; así como mi vida.

Hace un año que vivo en Arrosa; el mejor de mi vida sin duda. Estoy al lado de las personas que realmente me quieren: Mi abuela María, mi abuelo Paco, Hugo y mis suegros. Elena después de darle la noticia ha venido un sinnúmero de veces, de hecho hoy está aquí, decía que no se quería perder por nada del mundo la inauguración de La Bella vista de Arrosa, un precioso hotel de estilo rural que promete mucho.

La verdad es que la compra de la finca me ha salido por un ojo de la cara, pero bien lo vale, además, tenía algunos contactos en el banco que me han dejado una hipoteca con muy buenas condiciones y, con el dinero que tenía ahorrado, he podido contratar una empresa de arquitectura y diseño que ha restaurado la masía haciendo un trabajo excelente. Lucía, la interiorista, ha tenido un gusto exquisito y captado a la primera lo que tenía en mente, al igual que su marido Álex, el arquitecto de la obra. No puedo estar más feliz con el resultado.

—Daniela —me llama Elena desde abajo—, si no te espabilas vas a llegar tarde a la inauguración de tu hotel.

Asumo la cabeza por la puerta del baño y respondo.

—Dos minutos y bajo. —Tom aprovecha que la puerta está abierta y entra. Se ha acostumbrado muy bien a su nuevo hogar.

Abro el armario donde guardo mi perfume: Ultraviolet. Es el perfume que me define por excelencia. Me echo, me miro en el espejo y con los nervios en la boca del estómago, sonrío.

Llevo los labios rojos, hacía meses que no los pintaba así, me he puesto

un vestido negro ceñido tres cuartos y americana a conjunto, me he subido a los tacones que hacía once meses no me ponía y me he maquillado. Casi diría que voy a trabajar al banco y, aunque tengo claro que este no será mi aspecto durante el día a día, hoy no podía faltar.

A la inauguración asiste gran parte del pueblo a la que le he dado empleo sin que tengan que salir fuera a trabajar cada día; el alcalde y por supuesto mis abuelos, que son muy felices por tenerme cerca. También asisten Lucía y Álex, con los que nos llevamos tan bien que hemos empezado a quedar con asiduidad; por supuesto Héctor, y también Susana, a la que hacía meses que no veía y que le va genial en la ciudad; y gente influyente de Barcelona.

La verdad es que gracias al trabajo que he tenido en Barcelona y en el que he conocido mucha gente de dinero, tengo claro que muchos vendrán a relajarse y desconectar del estrés que sufren a diario.

Mis padres no han querido asistir a pesar de mis intentos; parece ser que los he perdido para siempre y, aunque no puedo negar que duele, no voy a dejar que empañe este momento de felicidad que estoy viviendo, tanto en lo personal que no me puede ir mejor con Hugo, como en lo profesional.

Quedarme al lado de Hugo, ha sido de lejos la decisión más acertada que he tomado en toda mi vida; él es esa tabla de salvamento a la que necesitas agarrarte cuando el mar está revuelto; ese compañero de vida que todo el mundo quisiera encontrar; el mejor amigo, amante y pareja. No digo que sea perfecto, también tiene sus pequeñas manías y defectos, sus días torcidos y sus cabezonerías; menos mal que existe San Google para demostrarle que yo, siempre tengo razón, hasta cuando no la tengo, la tengo. Esto con el paso de los días ya le ha ido quedando claro.

—Vamos a llegar tarde.—Interrumpe Elena mis pensamientos.

—Ya estoy.

Elena ha encontrado el amor en París; Pierre, el chico que me presentó los días que pasé allí con ella, ha resultado el amor de su vida; y el hombre que me convertirá en tía próximamente de una preciosa niña a la que pienso malcriar todo lo que pueda cuando venga a visitarnos o cuando nosotros vayamos.

—Ves con cuidado con las escaleras —le digo antes de bajar.

—¡Sí, mamá! —responde sarcásticamente.

—No quiero que a mi sobrinita le pase nada malo —me quejo.

—¡Pero a tu hermana que la parta un rayo!

—Con lo que yo te quiero.

—¡Pues demuéstramelo, anda!

Tiene las hormonas revueltas y necesita mimitos a todas horas. A mí no me cuesta nada dárselos.

—Ven, anda que te doy un achuchón y un montón de besos.

—Parezco una vaca.

—Pero una vaca muy guapa. —Me río con los labios pegados a su mejilla.

Me sacude un capón en toda la nuca.

Hugo y Pierre nos esperan al final de la escalera; están guapos a rabiar. Hugo lleva una camisa azul cielo con un pantalón oscuro y zapatos negros; los primeros botones están desabrochados y me dejan entrever ese pecho que me gusta besar cada noche antes de cerrar los ojos. Lo agarro por el brazo y salimos juntos seguidos de mi hermana y cuñado.

En el hotel todo está ya a punto; los canapés colocados en pequeñas bandejas repartidas por las mesas de la terraza y la gente con una copa de cava en la mano charlando animadamente. Antes de venir hacia aquí, hemos recogido a mis abuelos, que no pueden conducir ya.

—Mi niña, esto es precioso —dice mi tía cogida a mi brazo.

—¿Te gusta, tía?

—Mucho, estoy segura que te irá muy bien.

—Eso espero. Siéntate aquí que voy a saludar. —Se sienta con cuidado; está muy pachucha ya.

Lucía y Álex se acercan agarrados de la mano, sonrientes.

—Hola, pareja —dice Lucía acercándose a darme dos besos—. Todo está precioso.

—Gracias a vosotros —le doy dos besos a Álex—, no puedo estar más contenta con él resultado, de verdad.

—Me alegro mucho —intercede Álex—, me ha parecido una idea estupenda. Sin duda vendremos más de una vez.

—Os recibiremos encantados.

La masía mezcla lo antiguo y lo nuevo. Lucía se ha dedicado a buscar los muebles en los anticuarios de la zona y ha regateado hasta dejarlos al mejor precio posible teniendo en cuenta el valor incalculable que tienen algunos de ellos. Cada dormitorio tiene asignado un nombre y, el mobiliario de su interior, está adecuado a él. Tenemos una pequeña biblioteca donde los

clientes, pueden servirse unas pastas, sacar un libro de la estantería y tomar un té mientras las vistas que te ofrece el lugar, son de una montaña inmensa y una tranquilidad que en una ciudad no te puedes permitir ni soñar.

Aquí respiro y siento tranquilidad, paz, que es justo lo que quiero que sientan mis clientes y, para ello, les ofrezco lo mejor de lo mejor de la zona.

El alcalde se acerca y me tiende la mano para saludarme primero a mí y después a Hugo.

—El resultado es inmejorable —empieza a decirme—, creo que este hotel traerá grandes cosas a este humilde pueblo.

—He apostado fuerte por él porque creo que así lo vale.

Al fondo veo una chica de cabellos anaranjados que sonrío acercándose; es Susana, a la que hace demasiados meses que no veo, exactamente desde que fuimos juntas a buscar la sentencia, justamente el mismo día en que vi por última vez a mi padre.

—¡Daniela...!—Alza su mano a modo de saludo.

Se hace un hueco entre la gente para llegar hasta a mí, antes de que suba al estrado y así inaugurar este sitio.

—Susana, ¡qué alegría verte! —Abrimos nuestros brazos y nos abrazamos—. ¡Qué guapa estás!

Susana ha cortado su melena, que apenas llega por los hombros ahora, lleva un vestido turquesa atado al cuello y espalda descubierta que le sienta muy bien. Sus ojos brillan mucho más que la última vez que la vi, y el sol, ha hecho que le aparezcan pequitas repartidas por su rostro.

—Estás muy morena.

—Acabo de volver de Republica dominicana de dos semanas de desconexión para mí.

—¿Eres feliz?—pregunto con mis manos agarradas a las suyas. Ensancha su sonrisa mostrándome sus perfectos dientes.

—Sí. Ahora sí.

—Me alegro mucho. —Nos abrazamos de nuevo.

—Creo que sin ti, todo esto no hubiera sido posible.

—Yo creo que sí, eres fuerte.

—En cualquier caso, gracias.

Susana me da un beso en la mejilla después de un achuchón de campeonato, me suelta y me dice.

—Sube anda, todos te están esperando.

Me subo al estrado que hay montado en el jardín mientras la gente charla y pica tranquilamente con una copa en la mano.

—Buenas tardes —empiezo a hablar—, quería agradecerles que esta tarde tan importante para nosotros, estén aquí, a nuestro lado para ver el nacimiento de La Bella vista de Arrosa; un lugar que ofrece un remanso de paz y confort. Deseo que el local esté a la altura de sus expectativas. Gracias por venir y formar parte de esto.

Todo el mundo aplaude; yo bajo del estrado y, pasando los brazos alrededor del cuello de Hugo, le digo:

—Te quiero.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cómo siempre, creo que esta es la parte que más me cuesta escribir. Después de cerrar una trilogía, algo que no pensé jamás que pudiera llegar a hacer, me metí en esta nueva historia que surgió con fuerza en mi cabeza, aunque con dudas, porque... ¿y si no gusta como la historia anterior? ¿y sí... lo has dado todo lo que sabías y ya no tienes más? ¿Y si... los personajes se acaban pareciendo tanto, que parecen los mismos? Y así, todos esos «y si...» pueden llegar a hacer mella en la confianza de una. La historia que has leído la interrumpí un millón de veces entre correcciones de la anterior trilogía y realmente pensé, que cuando la terminara tendría mil fallos, que tendría que reparar mil cosas y que de seguro, no me gustaría. Pero la verdad es que no fue así, sino más bien como un amor a primera vista. Adoré a Daniela y me enamoré de Hugo. Odié a Susana y la compadecí por tanto sufrimiento. Algún día le daré a ella y Héctor el final que se merecen.

Y aquí viene la hora de agradecer. ¿Por donde empiezo? Pues por el principio. Mi familia. Gracias por soportarme las largas charlas interminables sobre mis personajes, hasta el punto en el que parece que estén vivos. Por no llamarme pesada (cuando seguro lo pensáis ☹). Amor, cariño, gracias por alentarme cuando más lo necesito ha seguir haciendo lo que más me gusta por más cansada que llegue del trabajo. Gracias por los «yo me encargo, tú escribe» que no son pocos, y gracias por aguantarme cuando la historia se ponía difícil y mi empatía hacia que cerrara el ordenador de mal humor.

Gracias también a mi madre deja de ser la mejor madre para convertirse en la mejor comercial. Sería capaz de venderle hielo a un esquimal.

Gracias también a todas aquellas personas que, sin conocerme de nada y siendo «novata» le han dado una oportunidad a mi historia y la han disfrutado, sin gente como vosotros esto no sería posible.

Y por último, gracias a mi sequito de compañeras que son las primeras en encargarme los ejemplares en cuanto llegan, que me acompañan a las presentaciones haciendo que mis nervios se aplaquen (soy extremadamente vergonzosa).



Jennyfer L. F. Es escritora de género romántico. Autora de la trilogía El Viaje con la que debutó como escritora, compuesta por: El viaje al mundo de Lucía – El viaje a nuestro mundo – El viaje... ¡de nuevo a ti! Jennyfer está casa, es madre de dos hijos y reside en un pueblo de Girona. Desde niña, su pasión han sido los libros, la lectura y por supuesto, escribir, que es su mejor método de comunicación.

Pudes seguir a la autora en:

Facebook: Jennyfer L.F.

Instagram: Jennyfer_lf